



**RAMSEY
CAMPBELL**

**LA
HISTORIA
SECRETA**

Lectulandia

Eres un funcionario mal pagado que sueña con dejarlo todo y convertirse en un autor de renombre. Vives con una madre dominante que siempre parece interrumpirte cuando estás escribiendo una escena crucial. Tienes una imaginación oscura, y tu inspiración son las cosas horribles que le pueden ocurrir a una joven que viaja sola. Van a publicar tu aterradora historia sobre un asesinato en el metro. Y aún mejor, la van al llevar al cine. Te persigue una joven y atractiva periodista. Pero...

Te han despedido. La periodista desea una entrevista, no una cita. El director de la película quiere que hagas algunos cambios en la historia. Y lo peor de todo, se te ha secado la imaginación. Solo tienes que matar a alguien más...

Lectulandia

Ramsey Campbell

La historia secreta

ePub r1.0

liete 26.10.14

Título original: *Secret Story*
Ramsey Campbell, 2006
Traducción: Inmaculada Pérez Burgos

Editor digital: liete
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Mat y Sharika, con cariño y especias

Agradecimientos

Como siempre, Jenny fue mi primera lectora y editora.

Ya que lo he pasado bien en algunos restaurantes de Liverpool durante el curso de esta novela, creo que sería justo recomendar algunos de mis favoritos, entre los cuales incluyo: el Sultan Palace (indio), el Maharajá (sur de India), el Jumbo City (chino), La Tasca y Don Pepe (españoles), el Alma de Cuba (sudamericano), el Olive Press (mediterráneo), el Istanbul (turco) y Zorba's (adivínelo). En nuestro lado del río nos gustan (entre otros), el Mezze (turco), el Magic Spices (indio), el Ming Vase (malasio y cantonés) y el Thai Rooms (tailandés y chino).

Tengo que darle las gracias especial y desconcertantemente también a mi amiga Margaret Murphy, la escritora de novela negra. En el lanzamiento del folleto sobre relatos cortos en Liverpool en el verano de 2004, leyó su contribución mientras yo hice lo que pude para divertir al público con el capítulo Gollum de esta novela. Imagínense mi sorpresa cuando su relato tenía virtualmente la misma narrativa que el segundo capítulo de *La historia secreta*. Le escribí un correo electrónico al día siguiente y nos quedamos maravillados por la coincidencia.

1

—Dudley, hay algo que no te he dicho —dijo ella, y enseguida a él le invadió el pánico porque ella lo sabía.

Su primer error fue pensar que él estaba loco.

Cuando el tren salió de la estación, empezó a hablar en voz baja y apasionada. Estaban solos en el vagón que estaba más alejado del conductor, menos por dos botellas de cerveza que rodaban sobre su propio charco y se golpeaban una contra la otra como si intentaran acoplarse sobre el suelo sin barrer. Greta fingió alejarse de ellas en vez de hacerlo del joven que estaba agachado en su asiento. Se sentó cerca de las puertas del vagón siguiente y, mientras sacaba del bolso el último éxito galardonado de Dudley Smith, vio que él hablaba por el teléfono móvil.

—No sé lo que quieres —pudo oír—. Creí oírte decir que ya te había dado lo que me habías pedido. Si eso no es amor, no sé lo que es.

Cambió de posición y se colocó de espaldas a él por si acaso le incomodaba. Cuando el tren llegó a Birkenhead Park lo miró con disimulo, como si hubiese mirado a cualquiera en el andén. Se guardó el teléfono en su discreta y elegante chaqueta de traje y se quedó mirando hacia delante. Incluso desde aquella distancia, fue capaz de ver aquella extraña inteligencia en sus ojos color azul cielo de verano. Parecía maduro a pesar de sus pocos años. Tenía el pelo muy corto, la nariz recta, labios firmes y barbilla redondeada. Se giró antes de que la pillara mirando. Entonces, cuatro hombres con chándales subieron en estampida por el puente peatonal.

Se dirigieron hacia el vagón delantero. Respiró aliviada y deseó haber tenido la oportunidad de haber llamado la atención de aquel joven. Cuando el tren ganó velocidad, abrió su libro. Estaba ansiosa por saber qué ocurriría después, pero aún no había terminado el párrafo cuando escuchó un portazo. Los hombres se estaban subiendo al tren.

Se sintió atrapada en aquellos muros abandonados y llenos de alquitrán. Más adelante, en el túnel ya no se veían y se oyó el estruendo del tren cerrándose. El primero de los hombres abrió por completo la puerta que había entre los vagones y los cuatro avanzaron por el pasillo, pavoneándose. Había un sitio libre a su lado y tres más enfrente. La dejaron encajada antes de que pudiera haberse acercado al joven del teléfono.

El hombre que se puso a su lado levantó los pies bloqueándole el paso. Olía a sudor, a tabaco y a demasiada loción de afeitado; quizá porque también se la había echado por el grisáceo cuero cabelludo que llevaba rapado. El que estaba sentado enfrente de ella le dedicó una gran y húmeda sonrisa enseñando unos dientes amarillos y una mella ensangrentada bajo la nariz rota.

—¿Estás sola, cariño?

—Debe estarlo —dijo el hombre del medio, escupiendo después en medio del pasillo—. Está leyendo un libro.

El hombre que había escupido se subió la manga de color morado y se rascó un tatuaje peludo en forma de calavera dentro de un corazón.

—¿De qué va?

A Greta no le gustaba ser maleducada.

—De alguien de quien todo el mundo piensa que es normal —dijo—, pero que en realidad es un maestro del crimen.

Suena genial, pareció pensar el hombre de la boca ensangrentada.

—Déjanos leer algo.

El hombre abrió tanto la encuadernación que la hizo estremecer y señaló con el dedo. Ella le habría pedido que fuese amable, pero el hombre tatuado sacó una cajetilla de cigarrillos.

—No se puede fumar en el tren —dijo.

—Podemos hacer lo que nos dé la gana, cariño —dijo el hombre de las piernas levantadas—. Hay muchas cosas que la gente dice que no podemos hacer y al final resulta que sí.

—Y muchos de ellos ya no pueden decir nada más —dijo el hombre del tatuaje.

El hombre al que le faltaban dientes arrancó una hoja y la arrugó.

—Este gilipollas de tu libro es un inútil. No tiene coche y ni siquiera roba uno.

El tren se detuvo en Conway Park, donde las vías estaban al aire libre. Greta siempre se imaginaba que la estación se elevaba para ella.

—¿Me pueden devolver ya mi libro, por favor? —dijo.

—Aún no he terminado de leer —dijo el hombre que había escupido.

—Ni yo tampoco —dijo el hombre del tatuaje.

No quería dejarles el libro, pero cuando el tren se puso en marcha, el que leía se lo tiró al de los pies levantados, quien lo dobló por la mitad y le quitó las pastas.

—Aquí tienes un poco para ti y el resto para mí.

Greta sintió como si le hubieran arrancado las entrañas, podía comprar otro ejemplar, había en todas partes, pero era como si le hubiesen arrancado una preciosa parte de sí misma y ya no hubiera remedio. Contuvo las lágrimas y miró a la cara al hombre del tatuaje, que sostenía un cigarrillo entre sus desdeñosos labios.

—El cartel dice que no se puede fumar —dijo lo suficientemente alto como para que la oyeran fuera del vagón—. Es peligroso.

—Nosotros también lo somos —dijo el hombre del escupitajo—. ¿Para qué gritas? Tu amigo se ha escondido. Y es mejor que se quede ahí.

Greta volvió la cabeza para mirar. El joven debía de estar fuera de la vista de aquella banda, si no se había bajado ya del tren. El golpetazo metálico de un encendedor le llamó la atención. El hombre del tatuaje se había encendido el cigarrillo con una página del libro y después se la tiró a las piernas.

—No haga eso —dijo, intentando sonar firme a la vez que frotaba el papel contra el suelo y lo pisaba—. Eso ha sido una estupidez.

—Nosotros decidimos quiénes son los que hacen las estupideces —dijo el hombre al que le faltaban dientes y le salía un hilo rojo de la comisura de la boca—, y tú has cometido una al haber dicho eso.

—No deberías haberlo hecho —le dijo el hombre del tatuaje, a la vez que prendía fuego a otra de las páginas y se la tiraba a la cara.

—Puedes gritar si quieres —dijo el hombre de las piernas levantadas.

—Nos gusta que griten —dijo el del escupitajo.

A Greta le escocían los ojos y le picaba la nariz por culpa del humo. Puso la hoja en llamas a un lado salpicando de chispas al hombre que estaba a su lado.

—Ten cuidado con lo que haces, cariño —dijo el hombre entre risas.

El tren estaba aminorando la marcha. ¿Se habría dado cuenta el conductor de que estaba en apuros? Quizá simplemente estaban llegando a la estación de Hamilton Square.

—Disculpen, por favor —dijo Greta en voz alta—. Esta es mi parada.

—Enséñanos tu billete —pidió el hombre del tatuaje.

—No es la nuestra, así que tampoco la tuya —añadió el hombre de la ceniza en las piernas.

Greta estaba a punto de levantarse cuando el hombre al que le faltaban dientes le puso una rodilla entre las suyas y sacó una navaja. Dejó ver la hoja y se la acercó a la parte interior del muslo.

—No grites o ya no le servirás de mucho a tu novio.

No tenía ningún novio en aquel momento. Podría haberse sentado con el joven de detrás mucho antes. A medida que el tren alcanzaba el andén, el frío y afilado metal le subía por el muslo. Las puertas del vagón se abrieron como si trataran de ayudarla. Ningún pasajero subió al tren, pero oyó un grito:

—¿Hay alguien aquí?

—Es tu amigo —dijo el hombre de la navaja—. Busca refuerzos.

A Greta le dio un vuelco el corazón y después se quedó helada. Nadie iba a ayudarla. ¿Por qué aquel joven no llamaba al conductor ni iba a buscarlo? Se le empapó la frente de sudor, fruto del asombro, cuando las puertas volvieron a cerrarse. El tren dio una sacudida hacia delante y la navaja avanzó más por el muslo. Pensó que haría cualquier cosa con tal de que aquel hombre le quitara la navaja de encima. Entonces, una voz dijo desde atrás:

—¿Os conocéis todos?

—No te conocemos a ti —dijo el hombre de los pies levantados.

—Ni tampoco queremos —añadió el hombre del tatuaje con el cigarrillo en la boca.

El joven se sentó en medio del pasillo, con las piernas separadas a ambos lados del escupitajo del suelo.

—¿Y ella?

—Está con nosotros —contestó el hombre de la navaja.

Greta era incapaz de hablar. Sintió que la navaja avanzaba unos centímetros más y se retrepó en el asiento, aunque no había ningún sitio al que pudiera ir. Apenas podía oír lo que el joven decía.

—Me sorprende.

—¿Crees que no somos lo bastante buenos para ella?

—Al contrario, yo diría que os estáis rebajando.

—Por ahora, ella será quien lo haga —dijo el hombre de la navaja, apretándosela más contra el muslo, debajo de la falda.

—No me gustaría que me vieses con ella.

Greta pensó que aquel desprecio era lo peor de todo.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre del tatuaje haciendo sonar el mechero.

—Para empezar, espero que sea virgen.

—Nos gustaría.

—Pero quizá no lo es. ¿Os habéis fijado en su aspecto? —dijo el joven mirándola—. Entonces, ¿lo eres o no?

—Eso es asunto mío y de nadie más.

—Parece que no lo es o que está presumiendo. Parece que tampoco tiene novio, ya veis por qué, ¿no?

Los cuatro hombres cada vez se sentían visiblemente más incómodos.

—No queremos ser sus novios —dijo el hombre que estaba a su lado, cogiéndole un pecho.

—¿Haciendo nuevos amigos, no? —preguntó el joven—. Apuesto a que trabajas con ellos.

¿Cómo podía él saber nada de ella? Escucharlo hablar con aquella banda era igual que sentirse violada.

—Si tuvieses más amigos —dijo—, no estarías leyendo un libro.

—¿No ve lo que han hecho? Lo han roto y quemado.

—Todos los libros sirven para eso, ¿no es así, caballeros? Entonces, ¿puedo unirme a la diversión?

—Este tipo promete —dijo el hombre del tatuaje con una risa de admiración e incredulidad.

—Ya llegamos a la calle James —anunció el hombre de la navaja—. Aquí es donde te vas a la mierda, amigo.

—¿Y cómo vas a conseguir que lo haga?

—Con esto —dijo el secuestrador de Greta sacando la navaja.

Pensó que le había hecho un corte al rajar el dobladillo de la falda, pero el frío que le bajó por el muslo solo era el del metal. La hoja de la navaja brillaba con la luz de la estación.

—Bájate o se lo hago a ella —dijo—. Y no vuelvas a llamar a nadie o se la clavo.

—Sigo diciendo que ella no vale la pena. Deberíais escucharme —dijo el joven, aunque se puso en pie.

Al menos los había mantenido hablando y distraídos y no le habían hecho nada peor a Greta. Bajó al andén, que estaba desierto, y se puso a mirar por la ventana. El secuestrador de Greta blandió la navaja delante de su cara para recordárselo. El joven

dudó y ella sintió como si la nariz y la boca se le hubieran llenado de papel carbonizado. Entonces, el joven señaló a la banda con ambos dedos índices clavados en el cristal.

—¡Cabrón! —gritó el hombre de la navaja.

El joven subió corriendo al vagón y toda la banda dio un salto. Greta sintió miedo por él, pero enseguida vio por la ventana a dos policías ferroviarios correr y subirse al tren. El hombre del tatuaje abrió la puerta que había entre ambos vagones. Mientras la banda huía, el joven agarró al del escupitajo por el pescuezo y lo tiró bocabajo sobre sus propios desechos.

—Eso es, límpialo —dijo.

Cuando la policía atrapó a la banda fuera del tren, en las escaleras mecánicas, se sentó en el último asiento frente a Greta. No dijo nada hasta que el tren comenzó a moverse.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Por qué? No me he sentido mejor en mi vida.

—Quiero decir que si te han herido.

Greta recogió las hojas que le habían tirado a la falda y las puso en el asiento.

—Ah, no. No me han herido, ¿no lo ves?

—Siento no haber podido impedir que te destrozaran el libro. Está por todas partes, ¿no?

—Ahora sí.

Juntó las piernas para que no le temblaran al ponerse de pie.

—Esta es mi parada —dijo.

—Y la mía.

Bajó al andén en Moorfields y se apresuró hacia la escalera mecánica, que era más alta que una casa. El joven subió por la escalera junto a ella. Aunque estaba parada, podía seguirle el paso con facilidad. A mitad de camino dijo:

—Llamé a la policía.

—¿Ah sí? —dijo Greta como si le estuvieran mintiendo como a una niña—. ¿Cómo conseguiste hacerlo con un teléfono móvil mientras estábamos en el túnel?

—Llamé antes de que entráramos en él.

—Entonces no había motivos para llamar —dijo, sintiéndose inteligente.

—Los vi subirse fumando y dirigiéndose hacia ti y también cómo eran. Intenté llamar de nuevo cuando estuvimos bajo tierra, pero, como tú dices, el teléfono no funcionaba. Por eso me escondí.

—Bueno, si de verdad lo hiciste, gracias.

Estaba siendo educada, más de lo que pensaba que se merecía. Ya estaban en lo alto de la escalera y delante se abría un pasillo bajo y ancho; tan blanco como la cobardía. Estaba vacío y solo se oía el eco de sus pisadas y las del joven que iba junto a ella.

—Discúlpame —jadeó—. Llego tarde.

—No me importa ir más deprisa. Me gustaría asegurarme de que no corres peligro.

Su propia voz y el eco le parecieron estridentes incluso a ella:

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, gracias.

—¿Y si te toparas con alguien como ellos?

—Al menos puede que no me insulten de todas las formas posibles.

—¿Eso va por mí?

—No veo a nadie más aquí.

—Pensé que lo mejor era fingir que yo era peor que ellos.

—¿Por qué tenías que fingir?

—Para distraerlos de ti. Parece que funcionó.

El pasillo terminaba en tres escaleras mecánicas la mitad de altas que la primera. La del medio estaba apagada. Él subió por ella y Greta, por las automáticas.

—Solo quería decir... —dijo.

A Greta le traía sin cuidado. Subió a pie los últimos peldaños, pero él llegó a la vez y con más aliento que ella a lo alto. A ambos lados, un pasillo estrecho y alicatado llevaba hacia la Línea Norte. Subió a toda prisa las escaleras que había en el medio y que conducían a una salida a la calle al final de otro gran pasillo blanco de la longitud de un campo de fútbol.

—¿Estás segura de que estás bien? —preguntó el joven.

Tuvo que detenerse para poder respirar.

—Ya te lo he dicho.

—Decía, que espero que todo lo que dije sobre ti no sea cierto.

—La mayor parte.

—Intentaba confundirlos. Pero...

Hablaba tan deprisa como podía respirar y aprovechó una bocanada de aire para preguntar:

—¿Qué?

—Supongo que no tienes novio en este momento, si no, los habrías amenazado con él.

—Puede ser.

—¿Estás buscando uno?

—No necesito buscarlo.

—Quiero decir, ¿te gustaría tener a alguien que pudiera demostrar que puede cuidar de ti?

—Yo ya sé cuidar de mí misma.

—¿No crees que dos podrían hacerlo el doble de bien? Estaban en el borde del andén. Más allá había otras escaleras mecánicas desiertas.

—Este no es el camino —dijo—. Me he equivocado. Cuando ella se giró, él también lo hizo.

—¿Qué opinas? —preguntó él. Su pregunta pareció arañar las paredes:

—¿Qué pasa contigo?

—Creo que no deberíamos irnos sin más, ¿no? No, cuando hemos pasado por eso juntos. Déjame que te dé mi número.

—No, gracias.

—O puedes darme tú el tuyo.

—Gracias, pero eso menos. Ella iba deprisa, pero él era más rápido.

—Déjame escoltarte —dijo—, hasta dondequiera que vayas.

Greta se dio la vuelta con la mano apoyada en la barandilla de las escaleras que conducían a la línea Norte.

—Mira, antes he fingido que me había perdido. Ahora voy por el camino contrario.

—Parece que no sabes adónde vas.

—A cualquier parte donde tú no estés.

—No hace falta que me hables así.

—¿Qué esperas?

—Para empezar, respeto. Cuando un caballero solía defender el honor de una dama, debía asegurarse de eso y de mucho más.

—De verdad que no entiendes nada, ¿eh? —dijo Greta y comenzó a bajar.

—Pensé que no ibas a ir por ahí.

—Sí, si así me puedo librar de ti.

Ya había llegado al final de la escalera cuando él comenzó a seguirla.

—Olvidaré que has dicho eso. Sinceramente, creo que es mi deber quedarme contigo aunque no me lo agradezcas. No sabes qué clase de maníacos puedes encontrarte ahí abajo.

—Tengo una buena idea.

—Iré contigo de todas formas.

—No, creo que no hay ninguna otra forma de hacértelo ver. No.

—¿Por qué no?

—Si no lo sabes ya, no lo vas a saber nunca. He sido lo más educada posible contigo. Si no me dejas en paz seré yo quien llame a la policía.

—¿Te dejo mi móvil? Sabes que no funciona.

—Si no te vas, no necesitaré ningún teléfono para hacerme oír.

—¿Vas a hacerme daño en los oídos otra vez? Como bien has dicho, aquí no hay nadie más. Creo que estás jugando.

—No, no estoy jugando.

Al decir la última palabra, le escupió a la cara. A medida que se limpiaba, sus ojos se abrieron tanto que también parecieron aplanarse.

—¿De verdad llamarías a la policía? ¿Crees que soy como esos tipos del tren?

—Creo que ya has conseguido lo que querías: ser peor que ellos.

Sintió una brisa repentina en el pelo y escuchó el estruendo del metro.

—Aquí llega el tren; habrá alguien dentro —dijo y corrió hacia la vía.

El andén estaba vacío. Al mismo tiempo, pensó en la vida hacia la que corría y se preguntó de qué huía. Él sabía muchas cosas sobre ella, ¿qué podía ser lo que sabía él y ella no? Era demasiado tarde para detenerse; los puños dándole en los hombros eran prueba de ello. Se agarró al borde del andén y trató de subir inútilmente.

El tren salió del túnel con gran estrépito, pero no avanzó más de la longitud de un vagón. A Greta le pareció una distancia enorme cuando lo pensó. Había oído que la gente veía toda su vida en un minuto pero a ella le quedaba aún menos. Vio la parte delantera del tren inclinada, como si el conductor hubiese echado la cabeza a un lado, sorprendido. Tuvo tiempo para arrepentirse de haber huido de una vida que ya nunca conocería. Entonces, el tren se la quitó de golpe y no sintió nada.

3

Walt estaba sentado en la presidencia de una larga mesa pulida y tenía las palmas de las manos hacia arriba como sin saber qué pensar. Entonces, dejó de reflexionar.

—¿Quién es nuestro ganador, entonces? —preguntó.

Valeria intentaba refrescarse del calor de junio abanicándose con su bloc.

—Yo creo que *Ganar a los Beatles* es el mejor redactado.

—Dejemos a un lado la buena redacción; casi todo Manchester escribe bien —objetó Shell, a la vez que añadía una línea a la cuadrícula que estaba garabateando en sus notas—. Se supone que somos la revista del *Mersey*.

—Pensé que podíamos proponer historias que nos gustaran y que no se ajustaran a las normas.

—Yo sé donde encajaría. Si quiere escribir sobre lo geniales que son los Manks, debería irse a vivir con ellos.

Vincent terminó de escribir *Beatles* y a continuación escribió un signo de interrogación. Tuvo la tentación de levantarse.

—A mí me ha gustado *El niño de celuloide*.

—A ti te gustaría cualquier cosa que pudiese ser llevada al cine. A mí no me gusta ese título. Si hubiera estado sentado al lado de alguien con un pitillo, se habría levantado lleno de humo.

—Me gustó la parte en que describía cómo había docenas de lo que llamaríamos salas de cine en Liverpool, Walt; y que todo el mundo veía todos los estrenos.

—Estoy segura de que mucha gente verá el tuyo, Vincent —dijo Valeria—. Sin embargo, ese trabajo no era de ficción, así que va contra las normas.

—¿Qué pensáis de *El misterio de la caverna*? —preguntó Walt.

—Una casa de campo donde no debería estar —dijo Shell—. Como cualquier viejo libro de asesinatos. Mi tía de Scottie Road solía sacar de la biblioteca cuatro a la semana.

—¿Y qué historia propones tú?

—Si tuviera que decidir, me decantaría por *Sirenas en el Mersey*.

—Tenemos que decidirlo entre todos —dijo Valeria—, pero el autor no es de los alrededores del *Mersey*.

—Se parece a las historias que mi abuelo solía contar sobre los barcos en el río. Si no puedo votar por esta, cierro la boca.

—No tienes por qué ponerte a la defensiva, Shell.

—No lo hago, Vincent. No como algunos que no quieren que se les note que son oriundos de Liverpool.

—Cómo hablamos es parte de quiénes somos —intervino Walt—. Os lo dice un neoyorquino exiliado.

—La hija de la editora aún no ha dicho nada —dijo Shell.

—Tiene nombre como todos los demás —murmuró Valeria—. ¿Cuál es tu

favorito, Patricia?

Patricia estaba mirando el horizonte más allá del Mersey en vez de discutir con Shell. A través de la ventana del cuarto piso de aquel almacén reconvertido, se veía un ferri que viraba la popa hacia el embarcadero de Birkenhead. Por encima de la terminal del ferri se veía la extensión de la ciudad, rojiza por el sol, a lo largo de la ribera, de la que surgían los edificios: el capitel del Ayuntamiento coronado por una cúpula verde y una aguja; la torre roja de la estación de Hamilton Square; el zigurat de la ribera del río con el gran ventilador del túnel de la carretera... Más allá, estaba el observatorio emplazado en la colina Bidston, delante del horizonte color pastel de las montañas galesas. El muro de ladrillo que había a la derecha de la ventana ocultaba los pueblos más cercanos a la bahía, por no mencionar todos los que había alrededor de la península, donde vivía Patricia. Sospechaba que Shell la miraba a ella y a su madre no menos extrañado que Walt, pero no iba a dejar que eso la intimidara.

—*Los trenes nocturnos no te llevan a casa* es la que más se me ha quedado —dijo.

—Mejor será que tires de la cadena, chica.

—Es el que más me ha dado que pensar.

—¿Qué es lo que tiene de interesante? Si lo que quieres es aterrorizar a mujeres, puedo presentarte a muchas. No queremos que la gente lea sobre esto, especialmente si lo ha escrito un hombre.

—El género no se especifica en las normas —señaló Valeria.

—No importa quién lo escribiera siempre que funcione, ¿no es así? —dijo Patricia—. Conmigo funcionó.

—O estás de broma o es que has pasado demasiado tiempo en la universidad. Deberías pasar más tiempo en el mundo real y ver si te sigue gustando esa clase de porno. Piensa si te gustaría que ciertos hombres lo leyeran si alguna vez tienes una hija.

Patricia estuvo a punto de soltar una contestación que habría despertado un recuerdo de sus padres muy bien guardado. Cerró los puños para intentar librarse de aquel picor bochornoso con las yemas de los dedos y le dijo a Shell:

—No estoy de broma. Aquí el único payaso eres tú.

—¿Vincent? —dijo Walt—. ¿Algo que decir?

—Es bastante flojo y lento. Tenía ganas de averiguar qué ocurría.

—Yo esperaba que ella le cortara la carne en pedacitos a él y a dos retoños —dijo Shell—. Pero al final acaba queriéndolo; es como decir que queremos que nos violen.

—Yo veo un final irónico —dijo Patricia—. Puede que Greta esté en estado de choque o que sea una fantasía del asesino y que eso fuese lo que él quería que ella pensase.

—Yo creo que no soy lo bastante inteligente; solo leí lo que estaba escrito.

—¿Queréis escuchar mi opinión? —preguntó Walt.

—Es tu revista —dijo Shell.

—Bueno, solo soy el que invierte el dinero. Estoy escuchando las opiniones de mis compañeros.

—Dinos tu valoración —dijo Valeria.

—Yo publicaría la historia; os ha tenido a todos hablando sobre ella. Podemos utilizar el boca a boca; atraer a más lectores con un poco de controversia y que después lean cualquier cosa que ofrezcamos. Pero solo se trata de mi voto.

—El mío también lo tiene —dijo Patricia.

—Yo os apoyo —dijo Valeria.

—Ya no podemos hacer nada, Vincent —dijo Shell.

Patricia pensó que se estaba distanciando de Shell cuando dijo:

—No me gustó que utilizara su verdadero nombre; el galardonado éxito de ventas de Dudley Smith.

—Hay algunos errores de aficionado que yo mejoraría —admitió Valeria—. Espero que no le sienta demasiado mal ya que se trata de su primera publicación.

—Quizá no sea la primera —dijo Shell—. Si es así, lo descalificaríamos.

—¿Cómo lo comprobarías tú, Patricia? —preguntó Walt—. ¿Y qué más hay que saber de él?

—No le des más trabajo —dijo Shell en un tono que a un recién llegado le habría sonado a compasión por Patricia—. Ya tiene bastante vida nocturna y más cosas.

—Pensé que a lo mejor te gustaría entrevistarle, Patricia.

—¿Hiciste muchas entrevistas en la universidad? —preguntó Shell aparentemente interesada en saberlo.

—Tuvo que realizar algunas durante las clases de periodismo —dijo Valeria—. No es por avergonzarte, Patricia, pero obtuvo varias de sus mejores notas gracias a ellas.

—Haré lo que pueda por la revista.

Mientras ella proponía la historia, su madre se llevaría parte de la responsabilidad editorial. Patricia debía averiguar lo que pudiera sobre el autor. Dibujó un gran signo de exclamación en su bloc y puso una cara sonriente a modo de punto, aunque se dio cuenta de que el palito se quedó colgando sobre él sin ningún apoyo.

—Me gustaría conocer a Dudley Smith —dijo.

Dudley estaba seguro de que ella le estaba haciendo mohines a través del cristal de la ventanilla en la que se encontraban.

—Dime cómo debo venderme —dijo ella.

Él bajó la cabeza hacia el formulario que estaba relleno: la secundaria y el bachiller con nota, y una carrera de Filosofía e Historia bastante regular...

—No, míreme —dijo ella.

Aunque el sol de junio daba poco sobre aquel mostrador en el que había unas seis ventanillas, parecía que el calor llameaba a su alrededor. La miró y contempló una bonita cara pequeña y pálida que su melena pelirroja hacía parecer aún más blanca. La ropa que vestía seguramente le habría costado más de la cuenta por lo diminuta que era, especialmente aquella camiseta sin mangas amarilla que dejaba al descubierto varios centímetros del escote lleno de pecas.

—¿Qué experiencia tiene? —preguntó él aclarándose la garganta antes de hablar.

—Mucha. Y no de la clase de la que se pueda marcar en una casilla.

Dudley dejó la punta de su bolígrafo sobre una de ellas.

—¿Algo que nos ayude a encontrarle un trabajo?

—Puede ser. Prométame que no se pondrá colorado.

Sintió como el calor le subía a las mejillas. Había intentado evitarlo en todas las preguntas de la entrevista.

—¿Por qué iba a hacerlo? —se escuchó protestar.

—¿Cómo me vería de bailarina de club nocturno?

El ventilador que había detrás de las ventanillas crujió y giró hacia él, despeinándolo y pegándole la húmeda camisa a la espalda. A través del cristal se le veía el pelo tieso a la vez que le daba el aire del ventilador. Tuvo que cerrar los puños con fuerza para no intentar arreglárselo.

—No quería decir personalmente —dijo ella dedicándole una sonrisa rosa y blanca—, pero le agradecería mucho que me consiguiera el trabajo.

El calor parecía haberle hinchado los labios que tenía fuertemente sellados. ¿Sería todo aquello una broma? Si así era, ¿quién se la estaba gastando? Oía a la señora Wimbourne hablando tan bajo como un sacerdote en un confesionario; a Trevor, con su voz de barítono entonando cada pregunta que hacía; a Vera, que se desesperaba cada vez que su cliente dudaba ante una respuesta y a Colette, mucho más compasiva de lo que Dudley había sido cuando era novato en el puesto. Todos le parecían igual de culpables. Morris seguramente estaba demasiado ocupado con la crisis que había en su casa y Lionel parecía preocupado hablando por el auricular con un tipo del personal de seguridad del centro comercial.

—Supongo que no sería un trabajo a tiempo completo —dijo la chica—. También podría ser modelo; es la misma línea de trabajo.

Dudley se humedeció los labios al abrirlos.

—Disculpe —dijo preparándose para decir la verdad—, no nos ocupamos de esa clase de cosas.

—¿Qué clase de cosas?

—Creo que ya lo sabe.

—Sinceramente, no. Su trabajo es encontrarle empleo a la gente, ¿verdad? ¿Por qué dice que no puede ocuparse de esas cosas?

—No lo digo yo, lo dice el Gobierno.

—Usted es quien está hablando conmigo, así que dígame a qué cosas se refería.

—El comercio s... —El cristal brilló a la vez que chistaba y bajaba la voz—. El comercio sexual —musitó.

—Eso es lo que hacen las chicas en la carretera del muelle. ¿Me está llamando prostituta?

A veces aquellas ventanillas le recordaban a las que utilizaban las visitas de los presos y en aquel momento, más que nunca.

—Yo no he dicho eso —protestó.

—A mí me ha parecido que sí. Si yo fuese usted, no me sentiría superior a nadie por su trabajo.

—Disculpe, pero debo rogarle que baje la voz.

—¿Por qué? —preguntó ella aún más alto—. ¿Para que nadie se entere de lo que me acaba de llamar?

—¿Algún problema, Dudley?

No necesitó oír la pregunta de la señora Wimbourne para saber que estaba detrás de él. Estaba atrapado entre su reflejo aplastado que la hacía parecer aún más ancha. Además percibió su empalagoso perfume, que no disimulaba muy bien los cigarrillos que se fumaba fuera durante los descansos.

—He venido a buscar un empleo completamente legal —dijo la chica—, y él me está haciendo sentir como una puta.

Dudley comenzó a sentir el calor de nuevo.

—Yo no he dicho esa palabra en ningún momento.

—Ambos sabemos lo que quería decir y me lo ha soltado.

—Eso es completamente incierto. Estaba intentando encontrarle a esta chica un empleo para el que estuviera cualificada.

—Mis amigos de la universidad han tenido que buscarse empleos de nada —le dijo la joven a la señora Wimbourne a la vez que se echaba el pelo hacia atrás—. Yo quiero ganar dinero de verdad mientras sea lo bastante joven —dijo mirando a Dudley—. No voy a hacer nada malo a pesar de lo que pasa por tu pequeña y sucia mente. Quizá necesiten a una de esas para trabajar en este pequeño y sucio lugar. Pueden hacerlo mucho mejor.

El último comentario estaba dirigido solo a Colette, quien soltó el comienzo de una pequeña y tímida risita nerviosa. A medida que la chica se iba ofendida por las filas de asientos verde claro y salía de la oficina de empleo, la señora Wimbourne

dijo:

—Ya veo que todo va bien en mi oficina.

Ya le había dejado a Dudley suficiente espacio para girar su silla.

—La gente se pasa el día jugando con el ordenador en donde trabaja mi madre — dijo—. No me gustaría trabajar en un sitio donde no se pueda tener privacidad.

El ventilador agitó el vestido de la señora Wimbourne y le hizo llegar todo su perfume antes de que pudiera contener la respiración. Cuando frunció el ceño, él pensó que no quería que le recordaran que su centro no había sido cambiado al plan abierto, sin embargo, ella dijo:

—No me importa la actitud de tus clientes. Espero que nada de esto te haya afectado, Colette.

Colette lo negó con otra risita nerviosa y Dudley se giró hacia el formulario que había sobre el mostrador.

—Márcalo como finalizado por el cliente —dijo la señora Wimbourne y vio que Lionel cerraba la puerta con llave—. Otro día liquidado. Coged vuestras cosas y vayámonos ya a nuestras madrigueras.

Cuando coincidieron en la sosa sala de personal de color amarillo y de tres asientos que olía a té añejo, Vera dijo:

—Dudley, ¿te vas a reconciliar con esa chica tan maleducada? Aquí tienes una chica agradable, ¿o estoy siendo demasiado entrometida, Colette?

Colette se mordió el carnosos labio inferior y bromeó escondiendo la cara, regordeta y bronceada, bajo su larga melena morena al agacharse para coger su mochila que tenía forma de conejito blanco. Trevor también se agachó y se la tendió, después se arregló el poco pelo gris que le quedaba en su reluciente cabeza.

—Creo que, y decimos lo que pensamos, ambos podéis tener mejores opciones.

Vera se frotó la frente bajo su pelo teñido de caoba como para eliminar las arrugas y redondeó la boca hasta que sus delgadas mejillas le marcaron los pómulos.

—Creo que hacen una pareja preciosa —objetó.

—No me refiero a vosotros, sino a algo mejor que esta rutina. Cuando yo tenía tu edad, Colette, o incluso la de Dudley, lo que quería era aventura. No os quedéis aquí o terminaréis como Vera y como yo, sin otro futuro que morir en una pensión.

Se dirigió tranquilamente hacia la puerta y les hizo una reverencia a Colette y a Vera. Dudley tuvo la sensación de que no podría escapar nunca de aquella habitación que parecía estar llena de té aguado. La oficina de afuera se había llenado de aire viciado ahora que el ventilador estaba apagado, pero en el momento en que se marchaba sintió como si alguien le hubiera echado un cubo de sudor por encima. En aquella calle peatonal que iba cuesta arriba, había una bolsa de plástico de Woolworth's tirada a las puertas de Virgin porque no había podido subir hasta la acera, que estaba decorada artísticamente con un paisaje marítimo con tiza. Por el medio de la desnivelada acera, las ramas más altas de los arbolitos cercados disfrutaban de la brisa, muy lejos del alcance de Dudley, aunque ya no se sentía

atrapado detrás de aquel cristal caliente. Lejos del centro de trabajo, se sentía él mismo.

Parecía que el mundo fuera un espectáculo representado para él. Más allá de Blockbuster y de las otras tiendas de la planta baja de Mecca Bingo, había unos chicos con bañadores que estaban demasiado concentrados en huir de alguna travesura por las piscinas Europa como para darse cuenta de su presencia. En la estación de Conway Park, cuyas baldosas eran tan pálidas como el helado, se abrieron dos ascensores ante él, uno a cada lado. Entre dos túneles subterráneos, se bajaron algunos viajeros del tren de New Brighton para dejarle sitio.

El tren serpenteó hacia la luz del día por Birkenhead Park, meciendo levemente el interior y llenándole la nariz de aquel polvoriento y cálido olor de los asientos tapizados y dejando atrás el vacío del túnel con un grave estruendo. En Birkenhead Norte, las puertas más cercanas se detuvieron justo delante de un pasaje demasiado estrecho como para albergar nada más que la oficina de billetes. Entonces su mente parecía controlar todo lo de su alrededor: la terraza de dos pisos, no más de una pared con puertas y ventanas que daban a la estación; una pelota de fútbol contra la valla metálica del complejo deportivo que estaba enfrente de un rudimentario supermercado; el olor frustrado de los gases de gasolina que despedían los coches obligados a dar marcha atrás debido a los trabajos de carretera en un cruce de cinco vías con una iglesia en medio; la gente aclarando con mangueras sus vehículos llenos de jabón en el tren de lavado o secándolos con bayetas, al igual que los mendigos en los semáforos... Todo aquello era mucho más para él.

Tras cinco minutos de fácil subida por una calle ostentosa llena de parejas de casas situadas enfrente del lavado de vehículos, vio el observatorio abandonado y su cúpula gris agazapada como una tortuga aletargada e introvertida, en lo alto de la colina Bidston. Estaba alejada de su camino y, cuando llegó a la carretera que casi seguía una línea curvada, gran parte de la colina había sido escorzada en una pendiente llena de plantas y mariposas. Su casa era una de la larga fila de casas adosadas que desafiaban a la vegetación de la carretera. Pasó por el jardín de rocalla de su madre, donde las hojas de los hierbajos estaban empezando a comerle terreno a las flores, y entró.

—¿Kathy? —dijo a la vez que abría la puerta—. ¿Estás en casa?

El silencio y la falta del olor de la cena le hicieron saber que su madre aún no había regresado del trabajo. Avanzó por el recibidor, abriendo todas las puertas. Le irritaba que ninguna encajara en su marco, desde que ella les había quitado el color y las había dejado del tono pino pálido del pasamanos y del perchero. Se quitó los zapatos de camino a la escalera y los recogió con una mano mientras se quitaba los calcetines con la otra. Los dejó en la escalera, pero no pudo quitarse la camisa hasta que se deshizo de la chaqueta del traje de la oficina. La dejó caer sobre la silla de su escritorio, enfrente de la ventana de su dormitorio, por la que se veía la ladera de la colina, tras el monitor del ordenador. Dejó allí los pantalones y encima, la corbata con

el nudo hecho. Lanzó la camisa y los calzoncillos empapados al cesto de la ropa sucia que había fuera del cuarto de baño, fallando, y regresó. Cerró la puerta con un pie y nada más despegar la planta del otro del suelo de madera, subió el marco de la ventana basculante tan alto como pudo y después se tiró de espaldas en la cama.

Le echó una mirada a su cuerpo desnudo en la habitación. La pistola de juguete que su padre le había comprado a pesar de las protestas de Kathy, seguía en la cómoda junto a los soldaditos de hacía muchos años. También estaban los libros que había ganado en el colegio y las colecciones de enciclopedias de sus padres seguidas de una de crímenes reales que él mismo había comprado. La pared que había entre la cómoda y las estanterías aún seguía decorada con los pósteres que su amigo Eamonn le había regalado. Kathy arrugaba la nariz cada vez que veía aquellas imágenes de películas de terror y la pistola cuando se acercaba a su habitación. ¿Cómo reaccionaría si se enterase de lo que además había allí? Se rió y gesticuló, pero no pudo seguir con sus pensamientos cuando oyó que llegaba a casa.

—Oh, Dudley —se quejó al cerrar la puerta.

Adivinó que había encontrado sus calcetines ya que sus pasos sonaron cansados al subir por la escalera. Casi había llegado cuando dijo:

—¿Estás aquí arriba?

—Iba a darme una ducha.

—Ve, entonces. Luego hablamos.

Pudo darse cuenta del nerviosismo que había en su voz incluso a través de la puerta.

—¿Sobre qué?

—Dudley, hay algo que no te he dicho. Voy a bajar para que puedas ducharte y luego hablamos sobre ello.

Pensó que lo sabía y el calor lo dejó deshidratado. Cerró las manos y agarró el edredón. Oyó a su madre bajar las escaleras deprisa y salir de la casa para esconderse de cualquier posible enfrentamiento del que tenía miedo. ¿Qué le habrían dicho como para haberla alertado tanto? No se le ocurría nada, no podía pensar. Quizá si se quedaba allí, en el edredón, aquel encuentro no tendría lugar ya que ella no se arriesgaría a entrar en su habitación. Aquello no tenía sentido, aunque, ¿qué lo tenía? Era su madre y tendría que guardarle el secreto, ¿acaso no era eso lo que había en su voz? De pronto sintió ganas de enfrentarse a ella. Dejó el edredón y dio una carrera hacia el cuarto de baño, el pene moviéndose como un dedo admonitorio.

Kathy había echado la ropa del cesto, en lo que parecía un gesto prometedor. Cerró la puerta con el pestillo y se metió en la bañera. Era tan grande como le gustaba a ella y por primera vez se sintió pueril. Al llegarle el agua de la ducha, que había tardado algo en caer, se estremeció. A continuación el agua se calentó y se imaginó que todo el calor de junio se había transformado en agujas punzantes. Hizo todo lo que pudo para quitarse el sudor del cuerpo antes de atreverse a mirarse en el espejo mientras se secaba. Después de atarse el nudo del albornoz, bajó las escaleras. Pensó

que estaba listo para la pelea, ya que iba vestido de boxeador.

Kathy estaba lavando los platos del desayuno en el fregadero de la cocina. Debía haberse soltado el canoso pelo del peinado que se había dicho para ir al trabajo (cuando por la mañana se despidió de él parecía llevarlo recogido), porque le caía por la espalda. Aún llevaba la ropa de funcionaría y no el caftán rojo descolorido que solía ponerse para estar en casa. Cuando se volvió hacia él, la luz dejó ver un ligero bigote oscuro, cosa que él pensaba que era símbolo del esfuerzo de su madre por contener cualquier necesidad de un padre que Dudley tuviese. Su gran cara huesuda de grandes ojos y acabada en una pequeña barbilla plana parecía estar determinada a ser razonable, como siempre. Tenía un dedo puesto en un surco por encima de la boca con un gesto de contención antes de que sus labios preguntaran:

—¿En qué habitación nos sentamos? ¿Te apetece beber algo?

—No quiero nada. —Aquello sonó como de estar a la defensiva e intentó corregir su error—. Querías hablar —dijo, con un tono parecido al de una acusación, y sacó una silla de pino y linóleo que chirrió en el suelo.

—No quiero que te... —Recuperó su voz antes de sentarse a la mesa enfrente de él—. ¿Tienes idea de cuál fue la vez que más me alteraste?

Hasta ahora, ¿estaba insinuando algo? Aquel comienzo indirecto convirtió sus pensamientos en punzantes chichones que le dolían en la cabeza.

—No tengo ni idea —murmuró.

—Inténtalo, hay motivos.

—Mi primer día de colegio.

—Y seguiste llegando a casa llorando día tras día. Ya no estás enfadado conmigo por aquello, ¿verdad? Recuerda que yo te conté que yo me sentí igual mi primer día. Eran otros tiempos, pero también fue malo. Sabía que tenías que acostumbrarte al colegio; no podíamos permitirnos que te enseñaran en casa aunque fueses más adelantado que los demás niños.

Le pareció que su nostalgia era más sofocante de lo habitual.

Mientras el calor le envolvía, se dio cuenta de que aún esperaba la respuesta a su pregunta.

—El primer día que quise ir solo al colegio.

—Eras demasiado pequeño, Dudley. ¿Recuerdas el berrinche que te dio? Me encantaba aquel jarrón. Nunca te he dicho que era de mi madre, ¿verdad? Pero no, tampoco fue aquella vez. Parte de mí te admiraba por querer ser independiente cuando solo tenías once años.

—¿Cuando acudí a mi primera entrevista de trabajo y no te dejé que me acompañaras?

—¿Qué te hace pensar que aquel día me enfadara? Estaba muy orgullosa de ti.

No era así como él lo recordaba. La oyó sollozar nada más salir por la puerta, después de haberse despedido de él.

—¿Cuándo me fui a buscar a mi padre? —sugirió con impaciencia.

—Tuve miedo hasta que la policía te encontró. Solo tenías trece años, pero no me refería a esa clase de irritación. Estoy segura de que la partida de Monty fue algo que te costó superar.

Entonces y durante muchos años Dudley había tenido la impresión de que su madre se sintió traicionada por su hijo.

—Entonces, no lo sé —se quejó—. Dímelo.

—Cuando hiciste pedazos aquella historia que te dije que deberías haber publicado.

—Ni siquiera la deberías haber leído.

—Pensé que la habías dejado encima de tu cama para que la encontrara. Si no debía leerla, ¿por qué no cerraste la puerta?

—Lo hice.

Seguramente aquella discusión había permanecido enterrada durante una década.

—Por eso ahora siempre la cierro —dijo.

—Estoy segura de que me habría gustado cualquier cosa que escribieras. Ni siquiera me dejaste terminarla.

Sus ojos siguieron brillando, a punto de llorar, cuando dijo:

—Deberías haber sabido que estaba de tu parte cuando fui al colegio con la otra que escribiste.

—Ya hemos hablado de esto, ¿adónde quieres llegar?

Kathy se inclinó hacia su hijo. Cuando él le soltó las manos, dijo:

—¿Conoces la revista que va a salir el mes que viene? *La Voz del Mersey*. ¿Te gustaría participar?

—¿Te refieres a trabajar allí? Pensé que tu idea era que tuviese algo seguro, como tú.

—Hacen un concurso de relato corto cuya acción tenga lugar en los alrededores del Mersey y que esté escrito por alguien de aquí que no haya publicado nada antes.

Tras una punzada de frustración, enseguida sintió alivio.

—¿No habrán elegido ya?

—Sí, Dudley.

Aquello reavivó su frustración aunque en gran parte, por ella.

—¿Entonces por qué me cuentas esto?

—Has ganado.

—Que he...

Ella debió pensar que lo que le ocurría no era otra cosa que incredulidad o sorpresa, pero el calor no solo le envolvía sino que le estaba dejando la boca seca y las manos sudorosas.

—¿Qué has hecho? —farfulló con rabia.

—No suelo rezar mucho, pero recé cada noche para que no dejaras de escribir solo porque yo había leído aquella historia de la que te habías deshecho. Estaba segura de que no lo habías dejado del todo pero, no me odies, no pude evitar buscar

las nuevas. Solo quería asegurarme de que no habías arruinado tu talento.

La voz de Dudley sonó tan áspera como un trago de arena.

—Has estado leyendo mis historias.

—Sí, y cuando oí lo del concurso quise decirte que enviaras alguna, pero tuve miedo de que te deshicieras de ellas si sabías que yo las había visto.

—Así que tú... —Parecía que el resto de sus palabras eran incapaces de cruzar el desierto de su boca—. Tú...

—Envié una de ellas. Con tu nombre, claro, ya que no la habías firmado.

Ella parecía estar esperando alguna gratitud por su parte.

—¿Cuál? —se forzó a sí mismo a decir.

—Una que me tuvo asustada y pegada al asiento y que no pude terminar antes de que volvieras de ver a tu novia. La del hombre del teléfono en el tren.

Si no hubiera fingido tener una cita, habría estado en casa. Aquella ironía le hizo tambalearse al ponerse de pie.

—No vayas a romper nada —gritó.

—Aléjate de mi habitación o lo haré —dijo, dando un portazo tras de sí al salir.

Arrastró un puñado de enciclopedias de la estantería y las amontonó sobre la cama. Vio por primera vez que el contrachapado sobre el que habían estado no era del mismo color que el de la pared. Siempre estaba oculto y nadie se habría dado cuenta a menos que hubiese estado husmeando en su habitación. Cuando bajó los últimos volúmenes, la tabla de madera se quedó vacía en la estantería y dejó al descubierto los manuscritos que allí escondía. Evitó que se cayeran al suelo y los dispersó sobre la cama. Estaban todos, incluido el de *Los trenes nocturnos no te llevan a casa*.

Aspiró el cálido olor de aquellos papeles viejos y cerró la puerta con la esperanza de que le hubiese retumbado en la cabeza a Kathy tanto como le retumbaba a él la suya.

—Me has dicho que la has enviado —gritó desde las escaleras—. Estabas intentando hacerme pensar que debían publicarme, ¿no? ¿De verdad crees que habría estado de acuerdo?

Su madre le tendió un sobre en la mesa. En la esquina superior izquierda había una cabecera de color azul intenso. Al revés parecían un par de desiguales cuchillas afiladas delante de dos trazos sin sentido. Lo puso derecho y pudo ver la gran «M» que comenzaba la palabra *Mersey*.

—Ábrelo —le instó su madre.

Lo abrió con tanta fuerza que la hizo retroceder. Dentro había dos copias de un contrato para publicar *Los trenes nocturnos no te llevan a casa*. Quizá por temor a que los hiciera pedazos, comenzó a hablar para distraerlo.

—Fotocopié tu historia en el trabajo. La revista llamó para comunicar que habías ganado. Quería decírtelo, pero pensé que era mejor esperar hasta tenerlo por escrito.

—No pueden publicar la historia si no firmo. Y no quiero que la publiquen.

—Lo siento, Dudley, pero sí que pueden.

No había ni pizca de remordimiento en su voz.

—¿Quién lo dice? —preguntó.

—Si envías algo a un concurso, se supone que estás aceptando las normas. Aunque no firmes, pueden publicarla si te la pagan. Mira, te van a dar quinientas libras.

—Yo no la envié.

—Tú no dirías que yo lo hice en contra de tu voluntad, ¿verdad? Me estás haciendo sentir como si no hubiese debido ayudarte. Pensé que te gustaría que alguien más aparte de mí supiera lo bueno que eres.

Mucho antes de que terminara de hablar, la cabeza de Dudley estaba colapsada de palabras.

—¿Firmas para que nos dé tiempo a echarlo al correo de hoy? —preguntó—. Aquí tienes un bolígrafo.

Buscó en su bolso de pana y sacó un bolígrafo para tendérselo. Le pareció viejo, ya fuese por la luz del sol o por el pánico que le envolvía. Hizo un pequeño y prolongado sonido que le puso de los nervios. Cerró la mano a su alrededor y consideró durante un momento si romperlo en dos o no, pero ¿qué habría conseguido con eso? Se la imaginó pasándole una interminable sucesión de bolígrafos hasta que terminara cediendo a su súplica. Sintió que sus labios dejaron ver sus dientes con una sonrisa, o quizá una mueca, a la vez que garabateaba su firma en ambos contratos.

—Aquí tienes —dijo tan serio que la voz sonó áspera—. ¿Estás ya contenta?

—Siempre que tú lo estés, yo lo estaré. Dame a mí uno y quédate tú con el otro.

Nada más ponerle el capuchón al bolígrafo, ella se inclinó sobre la mesa y deslizó la copia que tenía más a mano fuera de su alcance. Sacó un sobre ya sellado del bolso y lo dirigió a *La Voz del Mersey*. Introdujo el contrato y lo cerró a la vez que se ponía en pie.

—Iré corriendo al buzón —dijo.

Y se fue.

Arrastró las uñas por el contrato que le había dejado. Pensó hacerlo una bola y tirarlo a la basura, pero aquello no tenía sentido si Kathy no estaba allí para presenciarlo. Subió las escaleras y dejó caer la copia sobre los manuscritos. Después se sentó en la cama y hojeó la historia sobre la que ya no tenía ningún control.

—Su primer error fue pensar que estaba loco...

Debía haber leído aquello docenas de veces, pero hasta entonces nunca había sido capaz de traicionarlo.

—Ven y cógeme —dijo sin respiración.

Parecía que la luz del sol le daba como un foco cuando se dio cuenta de a lo que estaba invitando. Dio un salto, se puso de pie y buscó en el armario algo de ropa para poder ir tras su madre. Estaba intentando desatar el nudo de la corbata sin conseguir otra cosa que romperse las uñas debido a la prisa, cuando Kathy reapareció en el cruce de la calle. Lo saludó con la mano abierta y vacía.

—Ya lo he hecho —dijo.

—No van a venir, me voy.

—Espera unos minutos más, Dudley. Sé que vendrán.

—Ya los he esperado bastante, más de lo que debería. ¿Lo ves? No piensan tan bien de mí como dijiste.

—Claro que sí. Se habrán retrasado. ¿Por qué no llamas a la revista?

—No quiero hablar con ellos.

¿Era aquel uno de sus repentinos ataques de pánico contenido? A Kathy no le gustaba prestarles demasiada atención, aunque siempre se sentía culpable porque perdía los estribos y lo negaba. Nadie excepto ella se daba cuenta y suponía que, siendo su madre, nunca podría dejar de preocuparse por él. Se levantó del sofá de mimbre tapizado con un crujido y miró por la ventana con el ceño fruncido.

—No hay nadie, me voy.

—Prométeme que no te irás muy lejos. Llévate el móvil para que pueda llamarte cuando aparezcan y no te ensucies porque te van a fotografiar.

La mueca de desprecio que puso hizo que a Kathy le pareciese aún más joven.

—Solo quiero que tengas el mejor aspecto posible cuando te vea toda esa gente —dijo mientras él recorría la habitación.

Lo siguió hasta la puerta de entrada. Él se giró y le puso cara de pocos amigos desde el resquebrajado camino, pero ella, lo que estaba viendo, era cuánto se le parecía, excepto por el pelo, que se lo recortaba una vez al mes. Tenía la cara más ancha de lo que requerían los huesos, terminada en una barbilla aplastada y unos ojos color azul claro más amplios aún con las emociones que afrontaban. Monty había escrito una vez un poema llamado *Cuatro ojos*, que aparentemente hablaba de unos anteojos, pero que al final resultó tratar de los ojos de su esposa y los de su hijo.

—Apuesto a que la prensa llegará en el momento en que estés fuera —dijo.

Alzó los hombros hacia sus grandes y protuberantes orejas, el único rasgo del que consideraba responsable a Monty, y se apresuró a cruzar la calle. Tardó pocos segundos en desaparecer como una bestia en la jungla, aunque no antes de que los fuertes rayos de sol cayeran sobre la cabeza de Kathy. Debería haberle sugerido que se pusiera un sombrero. No había nadie en aquella calle de sentido único, así que se metió dentro.

Dudley había pasado la última media hora hojeando sus antiguas revistas de crímenes, pero únicamente le habían inspirado críticas burlonas. Ella quitó las revistas del sofá y del suelo, y las depositó en el organizador de madera de pino que tenían al lado de la televisión. Desde que había recibido el contrato de su historia, se había vuelto más desordenado que nunca. Ella prefería que fuese deliberado y no inconsciente, no le gustaba pensar que su hijo no tenía todo el control sobre su mente. Al menos estaba todo lo segura que podía de que nunca había tomado drogas, no como su Monty, varios años atrás, antes de nacer su hijo. Si a veces se pasaba horas

metido en su habitación, sin ni siquiera encender el ordenador, no había duda de que estaba leyendo. Si decidiera estar con su novia, Trina, quizá eso cambiara. Solo sus pánicos secretos le hacían recordar su experiencia con el LSD, aquella noche de la que estaba convencida no tendría fin, cuando se dio cuenta de cuán infinita era la oscuridad y de cómo el paso del tiempo solo ponía más y más estrellas en el cielo, sin permitir que el sol apareciera. Monty había estado garabateando poemas a la luz del día que eran incomprensibles; había estado distante y preocupado mientras escribía y había madurado más tarde en su matrimonio. Seguramente la única noche que se tomaron de complacencia no llegó a afectarle a Dudley, pero el temor a que sí pudiera haberlo hecho nunca se había ido del todo. Se dirigió a la cocina a echarse un poco de agua fresca en la cara y a beber para aclararse la boca de aquel recuerdo a sabor metálico. Tenía puestas las manos sobre el interior del fregadero de acero relativamente frío, cuando sonó el timbre.

Tuvo la esperanza de que a Dudley se le hubieran olvidado las llaves. Tuvo que poner una sonrisa menos llena de reproche cuando vio a dos personas en el camino: un hombre calvo, de cuerpo ovalado y con la cara roja, de su misma edad y con una chaqueta ligera de punto color beis colocada sobre la bolsa de su cámara, colgada al cuello y una pequeña y esbelta mujer de la edad de Dudley o quizá más joven. Tenía el cabello muy corto, pelirrojo y brillante, una cara compacta y amistosa a primera vista y llevaba un traje ligero de color gris claro que le llegaba casi a las rodillas y una blusa blanca con un broche plateado en la garganta.

—Sentimos muchísimo haber llegado tarde —dijo la mujer—. Nos bajamos en la estación equivocada, pensamos que era la de Bidston. Soy Patricia, este es Tom.

—Kathy. Mi hijo pensó que se habrían echado atrás.

Kathy esperó un momento antes de añadir:

—Entren; voy a llamarlo.

Los llevó hasta la habitación delantera y levantó el teléfono de la alta y pequeña mesa de pino. Sonaron media docena de tonos antes de escuchar su voz, pero lo único que oyó fue: «Dudley Smith, ahora no puedo hablar. Déjame tu mensaje».

—Dudley, están aquí. Date prisa en escuchar esto y regresa.

La periodista y el fotógrafo se sentaron en el sofá de mimbre con sendos crujidos que sonaron a interrogación.

—Estoy segura de que no tardará —dijo Kathy—. ¿Quieren beber algo?

—Me encantaría —dijo Tom.

—Sería maravilloso, gracias —dijo Patricia.

¿Tenía un tono demasiado profesionalmente amable o intentaba ser agradable? Kathy los condujo por el recibidor y se sintió desgarrada y huesuda en comparación con Patricia. Tom se quedó atrás con la nariz pegada a unas fotografías del Liverpool de los años sesenta.

—¿Dónde las han comprado? Espero que no pagaran mucho por ellas.

—Yo misma las tomé. Cuando pensaba que era creativa —dijo Kathy—. ¿Qué les

apetece beber?

—Lo más frío que tenga.

—Lo mismo para mí —dijo Patricia—. Y gracias.

Kathy puso una botella de limonada y tres vasos sobre la mesa.

—Mientras esperamos, háblenme de su revista.

—Yo no estoy en plantilla —dijo Tom—. Voy donde me dicen.

»A Walt, el dueño de la revista, le gusta darle un respiro a la gente, por eso llevamos a cabo el concurso.

Mientras Kathy llenaba el vaso, Patricia dijo:

—¿Sabe usted si su hijo envió esa historia a algún sitio antes que a nosotros?

—No la envió a ninguna parte en ningún momento.

—Excepto a nosotros, obviamente.

—Ni siquiera a ustedes.

Kathy pensó que ya no aguantaba más y además, ¿no se merecía un poco de crédito?

—A veces es demasiado tímido para hacer ciertas cosas —dijo—. Yo la envíe en su lugar.

—Igual que cuando tu madre te consiguió el trabajo, Patricia.

Después de darle un sorbo a su bebida, Patricia le dijo a Kathy:

—Pero su hijo lo sabía, ¿no?

—No. No creo que sepa lo bueno que es.

—Utilizaremos lo que usted nos diga, si le parece bien. ¿Hay algo más que puede que él no diga y que usted piense que debemos saber?

Kathy pensó que aquella pregunta era demasiado astuta, pero contestó:

—Es solo una de sus historias. Hay más de una docena en el piso de arriba.

—¿Las ha leído todas? ¿Elegió usted cuál era la mejor?

—Una de las mejores, pero únicamente soy su madre. Quizá alguien más cualificado debiera echarles un vistazo.

—Me gustaría mucho.

—Si me esperan aquí, iré a buscarlas.

—¿Usted escribe?

—Solía hacerlo, pero nada que mereciera la pena guardar. Bueno, guardé una historia que escribí sobre Dudley.

—Me encantaría verla si la tiene a mano.

—Espero que pueda ser así.

Kathy subió las escaleras a toda prisa con mucho más entusiasmo del que había estado experimentando. Detrás de su innecesaria cama de matrimonio, corrió la puerta amarillo intenso del armario nórdico y buscó entre los vestidos. Sacó el libro de ejercicios haciendo sonar las perchas y susurrar a la tela y se dio cuenta de que bajo su vestido rojo descolorido había un cadáver de polilla. Cogió el insecto con los dedos índice y pulgar y le quitó todo el suave polvo a medida que iba hacia la

habitación de Dudley.

Estaba mucho más desordenada que la última vez que la vio, aunque todo era para retarla y que admitiera que se había atrevido a entrar. Los manuscritos estaban apilados al lado del ordenador sobre el escritorio y no tardó mucho en darse cuenta de que eran las historias de Dudley. Ya que no se molestaba en esconderlas, ¿acaso no tenía la intención de que alguien las leyera? Cerró bien la puerta y casi tropezó con el borde de un escalón con las prisas por reunirse con la periodista.

—No lea la mía ahora —dijo—. Guárdela para cuando tenga tiempo.

—Prefiere que lea las de su hijo primero, entiendo.

Quizá se dio cuenta de que Kathy no quería que leyera la suya con ella delante. A Dudley le gustaba que se la leyera cuando era pequeño pero se refugiaba en su habitación para evitar escuchar la versión extendida de las celebraciones de sus años de adolescencia. Monty la había tachado de demasiado maternal, incluso la parte que más le solía gustar a Dudley. Cuando Patricia metió el libro en su bolso de escamas plateadas y comenzó a pasar las hojas de los manuscritos, Kathy preguntó:

—¿Ha leído la historia con la que ganó?

—No leo nada de ficción. Es solo otra forma de mentira. A mí me van más las revistas de fotografía.

—¿Usted la ha leído, Patricia?

—Voté por ella.

En ese momento comenzó a gustarle a Kathy.

—¿Todas estas historias tienen lugar en los alrededores del Mersey? —preguntó Patricia.

—Creo que sí.

—Creo que alguna puede que guste —dijo Patricia.

Pero la siguiente pregunta vino acompañada de una ligera mueca.

—¿Son todas sobre el mismo asesino?

—Eso es lo que yo entendí. Me gusta la forma que tiene de meterse en las chicas.

Se refería a las historias. El fotógrafo lanzó un resoplido de sorpresa, no de desaprobación, como si hubiese entendido otra cosa. Estaba a punto de retomar el comentario que había hecho cuando Patricia perdió el interés en ella y miró hacia el recibidor, tras oír el sonido de una llave en la cerradura. El peso de Kathy aplastaba la silla contra el suelo. Intentaba girarse cuando escuchó que la puerta de la entrada se había abierto.

—¿Dudley Smith? —dijo Patricia poniéndose de pie—. Espero que no le importe, pero su madre nos ha enseñado sus secretos.

A medida que Dudley subía por la ladera, sentía cómo las criaturas revoloteaban entre la maleza. Quizá ellas habían sentido su confusa ira. Pensó en una de las preguntas que la entrevistadora le podría haber hecho si se hubiese dignado a aparecer: Señor Smith, ¿qué fue lo primero que usted mató? Tenía que tener una cara así como la que le puso la regordeta y bronceada de Colette y su oficina como emplazamiento para la entrevista. Parecía tan sorprendida como la señora Wimbourne y los demás de la editorial; Lionel se había quitado el auricular para escuchar e incluso Morris había dedicado parte de su descanso a estar presente. La entrevistadora debía preguntarle: ¿Cómo espera que se desarrolle su carrera?, y la respuesta debería ser que Dudley se sentía capaz de escribir un éxito de ventas. La chica de la revista tendría que haberle hecho su primera entrevista en vez de haberlo dejado plantado.

Entre los árboles que entorpecían el curvado camino y cuyas ramas le llegaban a la altura de la cara, había helechos muy crecidos y matorrales de aulagas de color dorado. Una ramita chasqueó al igual que unos dedos bajo sus pies y soltó una risilla antes de gruñirle a una zarza espinosa a la cual le había dado un codazo. La luz del sol le dio de lleno con un zumbido eléctrico de insectos y sintió como si le enfocaran con una lámpara. Alguien de la revista debería de haberse dado ya cuenta de si *Los trenes nocturnos no te llevan a casa* iba a causarle algún problema.

El sendero conducía hasta un espacio abierto donde una hierba color marrón exhibía unas placas de arenisca sombreadas por un líquen gris. Se percató de unas agujas hipodérmicas que brillaban en la sombra de un arbusto carbonizado. Los mosquitos zumbaban como un coro de taladros de dentista y una lejana voz, distorsionada por la distancia, se dirigió a él:

—¿Qué es lo que te sucede ahora, Smith? ¿Aún te sientes demasiado débil para continuar o te crees mejor que tus compañeros?

—Tenía asma, pero ya no.

Dudley se vio forzado a contestar aunque había oído la voz pero no las palabras. Debía de ser el día del deporte en su vieja escuela en Birkenhead. La voz de los altavoces pertenecía al señor Brink, el profesor de deporte.

—El señor Brink y su asqueroso mal olor —gritó Dudley acordándose de la peste a sudor y suelas de zapato que había en el gimnasio.

Parecía que aquella voz le contestaba en la cabeza.

—Sigues garabateando ¿no, Smith? ¿Crees que sentarte a inventar historias es más sano que ir al gimnasio o al campo?

—El señor Fender me dijo que sabía escribir. Quizá usted lo volvió en mi contra, quizá le dijo que me dijera qué era sobre lo que tenía que escribir —dijo Dudley intentando controlarse—. De todas formas, no estoy aquí para hablar con usted. La primera cosa que maté debió ser aquella oruga que me tragué.

Casi veinte años después, aquel recuerdo fue tan rápido como un rayo de sol. Recordó aquel objeto que se retorció dentro de su boca; el roce de sus muchas patitas en su garganta; su esfuerzo por no toser incluso cuando sentía que intentaba darse la vuelta y trepar hacia arriba hasta que se la tragó de golpe; la lucha para no morir en su estómago, donde estaba seguro de que se había ablandado más antes de que las sensaciones se debilitaran y un sabor amargo le llegara a la boca. Colette lo miraba con sorpresa y admiración.

—¿Por qué hizo eso? —dijo.

—Se suponía que mi primo Bert también tenía que hacerlo, pero en vez de eso se puso a vomitar. Solíamos retarnos con cosas así y esa fue una de mis ideas. Él había matado tantas cosas como yo cuando terminamos con aquello. Cuando creció un poco ayudaba a los perros a perseguir a las liebres en Altear.

—¿Usted también ayudaba?

—Mis padres no me dejaban ir.

Un atisbo de queja cogió por sorpresa a Dudley cuando se acordó de que nunca había presenciado la caza de la liebre, que nunca había visto a dos perros coger el mismo animal (cosa que a Bert le había encantado contarle), y nunca había destripado una para oír cómo chillaba una bolsa llena de carne y sangre.

—Sin embargo, he matado muchas ranas. Docenas y docenas.

—¿Cómo solía cazarlas?

—Se mantienen unidas, como las personas.

Al recordar y darse cuenta de aquello, sintió un mal sabor de boca. Había observado detenidamente con repugnante fascinación cómo sacudían las patas, como si fuesen demasiado débiles para saltar, entonces pisaba a unas pocas antes de coger el palo. Cuando había elegido a la más grande y pesada para apuñalarla, temía que las ranas se escaparan a la charca, pero la hierba que la rodeaba estaba plagada de ellas. Seguían sacudiendo las patas incluso después de haber golpeado sus cuerpecitos; le llevó años comprender que podía ser que los machos fuesen incapaces de dejar de babear en las grietas donde se quedaban atrapados. ¿Cómo podía algo tan viscoso hacer un esfuerzo tan grande por adherirse? Aunque oyera a su madre llamarlo, continuaba con su misión en la charca hasta que veía que no se movía nada. Entonces, lanzaba el palo al agua y regresaba junto a sus padres al *picnic*.

—Parecía que no se daban cuenta de que las mataba. Debían de ser juguetes rotos. No creo que las cosas puedan sentir —dijo.

Deseó haber estado hablando con una periodista de verdad. No podía dejar que el móvil lo interrumpiera, como si esa fuese la razón de que lo hubiese apagado.

Si la entrevistadora y el fotógrafo se hubiesen molestado en aparecer, tendrían que esperar. Entonces se preguntó si le pedirían a su madre que les enseñara que más había escrito. Quizá vieran las historias que había en su escritorio; quizá las leyera.

Silbó entre dientes y corrió hacia su casa. Las moscas tropezaban con su cabeza como bultitos inertes mientras se le llenaba la boca de un sabor agrio y ardiente. No

había ningún coche aparcado en la puerta. Tomó algunas bocanadas irregulares, demasiado calientes para inhalar, mientras andaba por la calle. Cuando llegó a la puerta no pudo pensar en otra cosa que no fuese un vaso de agua. Abrió la puerta de par en par para recordarle a su madre que había llegado a tiempo para la gente de la revista, pero solo vio a un hombre corpulento y a una mujer joven, la mitad de grande, mirándolo en el recibidor.

—¿Dudley Smith? —dijo la joven—. Espero que no le importe, pero su madre nos ha enseñado sus secretos.

A Kathy le costó trabajo girarse hacia él. La joven se puso de pie como para demostrar lo menuda y taimada que era.

—¿Cuáles...? —comenzó a preguntar Dudley cuando vio el montón de papeles que había sobre la mesa.

La expresión de su cara y sus palabras cambiaron de forma.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Su madre nos las trajo —declaró el hombre—. Dijo que Patricia podía echarles un vistazo.

—Sentimos haber llegado tarde —dijo Patricia—. Nos pasamos de estación en el tren.

Lo único que aquella furia nerviosa le dejó decir a Dudley fue:

—Quiero beber algo.

—Entonces, será mejor que se llene un vaso —se permitió decir el fotógrafo.

—Yo puedo hacerlo, Tom —dijo Kathy, haciéndolo.

—Quizá pueda, pero no debería. Aunque solo es mi opinión, claro.

Dudley lo ignoró y observó cómo Kathy le servía la limonada. Se apoyó contra el frigorífico mientras sorbía un trago y otro más, hasta sentirse lo suficientemente refrescado para hablar.

—¿Qué ha leído?

—Menos de lo que me habría gustado —dijo Patricia—. No he tenido demasiado tiempo, pero sí el suficiente para pensar que quizá queramos quedarnos más de una.

—Patricia votó por tu historia —dijo Kathy mirándolo con gesto de súplica.

Dudley puso bocabajo los manuscritos y se sentó enfrente de la periodista.

—De acuerdo, no me importa que me haga ahora la entrevista.

Tom hizo un sonido sin pronunciar palabra, cosa que Patricia ignoró.

—¿Le importa si la grabo? —le preguntó a Dudley.

—A mí no me habría importado —dijo Kathy.

El comentario con el que Patricia lo había saludado ya le había dado qué pensar.

—¿Qué es lo que les has dicho?

—Que no se cree lo que ha conseguido —dijo Patricia.

Siguió con la mirada clavada en su madre.

—¿Eso es todo?

—Es su entrevista, Dudley. Usted debe ser quien hable.

—Adelante, Patricia. Pregúnteme.

Apretó dos botones de la grabadora de una sola pulsación.

—¿Qué fue lo que le hizo comenzar a escribir?

—Mi padre.

Pensó que era la respuesta más segura.

—Escribía poemas —dijo—. Yo solía leerlos, al igual que los de muchos poetas locales. Aún los escribe; vi un cartel suyo hace unas semanas.

—Podías haber ido a escucharlos si hubieses querido —dijo Kathy—. No me habría importado.

—¿Cómo se llama? —preguntó Patricia, aguardando un poco.

—Monty Smith —contestó Kathy enseguida.

—Solía leerme muchísimo. Aquello tuvo que ser lo que me animó a escribir.

—¿Solo su padre?

—Esta, también.

—Así no es como se llama a una madre —protestó Tom—. «Esta».

—No, yo la llamo Kathy cuando me dirijo a ella.

—Ella también le ha ayudado, creo —intervino Patricia.

—No dejaba de decir que debía seguir escribiendo. Un profesor del colegio también lo hacía.

—Quizá podría hablar con él.

—No.

—Al final dejó de apoyar a Dudley —dijo Kathy—. Una de sus historias le impresionó muchísimo porque era demasiado real. A mí también me impresionó, pero, eso no es malo ¿verdad? No es malo para un muchacho de quince años. Entonces nos demostró lo imaginativo que era y solo tuvo que leer los artículos de investigación sobre un asesinato.

—No me apetece hablar de ello.

—Entonces no debería haberla sacado a relucir.

—Tom, deja que yo haga la entrevista —dijo Patricia, y se dirigió a Dudley después—. ¿Recuerda cuándo empezó a sentirse atraído por el crimen?

Sintió como si todo el mundo esperara reprobar su respuesta.

—Mucha gente lo está —protestó—. Es algo normal.

—Quizá, pero si usted escribe sin ningún interés por publicar, debe encontrar algo de satisfacción en ello.

No tenía réplica para aquello, pero entonces se dio cuenta de que podía arreglarlo.

—Sé cuándo empecé a sentirme interesado —le dijo a Kathy—. Cuando me dejaste ver los vídeos de Eamonn.

Su madre sonrió.

—Se suponía que no eran aptos para verlos a tu edad, pero yo sabía que conocías la diferencia entre la ficción y la vida real. Los padres de su amigo tenían un videoclub.

—Eamonn también veía esas películas y acabó trabajando para el Gobierno como nosotros. Eamonn Moore, trabajaba en Hacienda. Sus padres llevaban el Moore y Moore Vídeo.

—Entonces, ¿fue ahí de donde obtuvo su inspiración? —preguntó Patricia.

—Empezaste con asesinatos reales, ¿no? —dijo Kathy.

Dudley trató de sonreír.

—¿Sí?

—Siento tener que volver a sacar el tema, pero la historia que no le gustó al señor Fender trataba sobre un asesino real y las cosas que hizo. El señor Fender dijo que era demasiado real para ser una historia.

—¿Aún la conserva? —preguntó Patricia.

—¿Por qué iba a hacerlo? Solo era un trabajo escolar.

—Podrías habérmela dado a mí —dijo Kathy con nostalgia—. La historia que quería que enviaras no fue la única que destruiste.

—¿De qué trataba? —preguntó Patricia a ambos.

—Sobre mi adolescencia. Era horrible.

—Nunca he estado segura de si aquel chico eras tú —dijo Kathy—. ¿De verdad te sentías tan solo? ¿De verdad las chicas no sabían todo lo que valías? Aquella chica que se rió de ti cuando intentaste besarla no existió, ¿verdad?

—Era una historia como todas las demás.

Aquello no hizo desistir la curiosidad, así que preguntó:

—¿Cuándo van a hacer las fotos?

—Podemos hacerlas ahora si desea descansar de tanta pregunta.

El fotógrafo abrió la cremallera de su bolsa y miró a Kathy.

—¿Me presta un cuchillo? El más grande que tenga —dijo.

Le pasó a Dudley el cuchillo que ella le había dado.

—Diríjase hacia mí con esto. Intente parecer peligroso.

Dudley intentaba resistirse a la tentación cuando Kathy dijo:

—¿Esto es necesario? Es un escritor, no un asesino.

—¿Qué tal si probamos en el lugar donde escribe? —dijo Patricia a la vez que Dudley soltaba el cuchillo encima de la mesa.

—Déjenme que suba y lo ordene un poco —dijo Kathy—. No tardaré.

—Ya has convertido mi habitación en un desastre. No quiero que entres más.

El fotógrafo entrecerró los ojos y Patricia dijo:

—Quizá yo tenga la solución.

—Eso espero —dijo la madre de Dudley con más palabras de las que él habría utilizado.

Patricia sacó un teléfono móvil de su bolso y marcó un número con el pulgar.

—¿Walt? Soy Patricia... Estamos lejos, pero tengo dudas sobre la foto. He pensado que podríamos esperar hasta que conozca a Vincent, si a Tom no le importa.

—A Tom no tendrá que importarle —dijo el fotógrafo cerrando la cremallera de

su bolsa.

—Está aquí. Se lo paso.

Dudley estaba ansioso por ver cómo reprendía a Tom por su comentario, pero Patricia le pasó el móvil. Estaba cálido por el contacto con su mejilla y olía un poco a jabón. Se lo apartó de la cara para decir:

—¿Hola?

Y con más esfuerzo:

—Dudley Smith.

—¿Cómo está nuestra estrella? —preguntó una inesperada voz norteamericana—. Tenemos muchas ganas de conocerle, uno de nosotros en especial.

—¿Usted?

—Nadie más que yo, pero por ahora se trata de un joven productor de cine llamado Vincent Davis. Ha hecho un puñado de cortos en Liverpool y le vamos a dar nuestro primer encargo. Está entusiasmado por trabajar en ello y es por eso por lo que necesitamos que ambos os conozcáis pronto.

—¿Por qué yo? ¿Nosotros?

—Porque la película va sobre su historia. Quiere que le dé más ideas.

En cuestión de instantes, el cerebro de Dudley se quedó vacío de ideas y de incluso palabras para responder. Se quedó mirando la pantalla, que parecía estar hecha de fragmentos de cerillas prendidas, como si aquello le ayudara a pensar. Entonces la voz del móvil dijo:

—Estamos planeando que el mundo conozca su nombre y el de Vincent en el tiempo del que disponemos. Este fin de semana está fuera, pero lo localizaré. Le veo pronto. Póngame con Patricia.

—¿Lo habéis arreglado, entonces? —preguntó—. Bien.

Dejó caer el teléfono en el bolso.

—¿Continuamos?

—No deseo responder a más preguntas —murmuró Dudley—. Yo tengo una. ¿Se han planteado que yo no quiera que mi historia llegue al cine?

—Creo que nos ha concedido ese derecho, si recuerda lo que firmó.

Dudley habría gritado que no lo hizo, pero Patricia cambió de tema.

—Muchas gracias por atendernos, Kathy. Ha sido un placer conocerles a ambos.

Dudley vio cómo su madre les acompañaba fuera y después utilizó el cuchillo para echar los manuscritos a un lado.

—Ten cuidado —dijo Kathy cuando se reunió con él—. No vayas a herir a nadie con eso.

Sintió cómo se clavó la cuchilla en el margen de una de las historias y se imaginó que era carne. El contrato con la revista estaba casi debajo del montón. «Todos los derechos subsidiarios, incluyendo la reimpresión, traducción, dibujos, mercadotecnia, electrónica, película animada, televisión y dramatización..., siguió leyendo, serán negociados por la editorial y su(s) agente(s) en nombre del autor. Todos los

procedimientos serán negociados igualmente entre la editorial y el autor después de la deducción de los honorarios del agente». Pinchó el cuchillo sobre aquella frase, casi clavando la hoja a la mesa.

—Me hiciste firmar y no me diste tiempo para leer lo que decía.

—Podías haberte tomado tu tiempo, Dudley. Después de todo, ya eres adulto.

Se atrevió a sentarse a su lado y tiró del contrato hacia ella con el dedo.

—Supongo que no puedes esperar demasiado ya que solo estás empezando —dijo—. Una vez que seas reconocido, tendrán que proporcionarte los términos que te mereces.

No se trataba de la división de sus ganancias, pero eso también hizo que su ira aumentara.

—Suelta el cuchillo —dijo su madre—. Me estás poniendo nerviosa.

¿Puso la mano detrás para convencerlo? Apuñalarla podría ser una buena lección para que su mano aprendiera a obedecerlo a él y a nadie más. Se imaginó cómo sería clavarlo hasta los tendones y retorcer la hoja, pero él no sentiría ningún dolor. Soltó el cuchillo que giró como una brújula y acabó señalándole a él mientras recogía el contrato y los manuscritos. Estaba en el recibidor cuando Kathy dijo:

—No estarás preocupado por cómo vaya a ser la película, ¿verdad? Estoy segura de que no van a arruinar tu historia si te han pedido que participes.

Se dijo a sí mismo que no lo estaba provocándolo deliberadamente y se marchó a su habitación donde se quedó mirando fijamente por la ventana. Tenía que ser mucho más cuidadoso ahora que ya estaba fuera de su control. Entonces sonrió levemente. Kathy había intentado tranquilizarle y quizá lo había conseguido inadvertidamente. Muy pocas películas les eran fieles a las historias en las que se basaban, pero esa no era ninguna razón para dar por supuesto que esta no iba a acercarse a la realidad. De hecho, podría asegurarse de que no se acercara demasiado.

Cuando el cliente de Dudley, un veinteañero gordo y pálido con pantalones cortos morados hasta las rodillas, sandalias y una corbata atada a la muñeca, se presentó en el mostrador para ser reponedor en Frugo, se levantó una mujer que estaba sentada en la fila delantera de las sillas de plástico. Llevaba una blusa blanca sin mangas con perlas (o botones en forma de perla) y una amplia falda amarilla sin forma hasta los tobillos. Aunque no le tocaba el siguiente número, se apresuró hasta la ventanilla de Dudley abanicándose con su sombrero de amplias alas.

—¿Es usted, no? —dijo—. Usted es el hombre al que busco.

Pasaba de los cuarenta y tenía la esperanza de que hubiera sido otra persona quien le dijera que era elegible para muy pocos trabajos. Sin embargo, enseguida vio que no se trataba de un cliente.

—Si tiene que ver con mi relato, lo soy —dijo.

—¿Su relato?

—El que van a publicar, o el de la historia de mi vida, si es lo que desea.

—Mi hija y yo ya sabemos bastante sobre usted, gracias.

—¿Es usted la editora? Ella puede preguntarme más cosas si quiere. Y usted también puede.

—¿Qué...?

La mujer se echó hacia delante con tanta brusquedad que la cargada cesta que llevaba en el regazo crujió.

—Sí, le preguntaré algo —dijo alzando la voz—. ¿Por qué llamó usted prostituta a mi hija cuando vino a buscar trabajo?

Sus expectativas se esfumaron y volvió a caer en la banalidad, y cosas peores, de aquella oficina. No estaba demasiado interesado en protestar.

—No lo hice.

—Ella dice que sí. Dígame por qué tendría que mentir, si nunca lo hace. Mejor será que cuide sus palabras si desea conservar su empleo.

—Puede que no. Puede que no lo necesite.

Mientras ella intentaba no abrir la boca a la vez que él murmuraba aquello, el calor estancado se volvió perfumado.

—¿Algún problema, Dudley? —preguntó la señora Wimbourne como si escuchara su propio eco.

—Mi hija vino buscando un empleo, que no diré que apruebo, pero no le corresponde a nadie de detrás de este mostrador aprobarlo o no, y su subalterno la llamó prostituta.

—Yo no soy subalterno de nadie.

—Bien, Dudley. Yo me encargaré de esto —dijo la señora Wimbourne dirigiéndose a la otra dama—. Recuerdo el incidente y creo que se trató de un malentendido.

—Lo único que yo le dije fue que hay trabajos que no nos permiten ofrecer.

—Me temo que es el caso, señora.

—¿Qué? ¿Que ustedes se permitan juzgar cómo debe la gente ganarse la vida o insinuar que mi hija sea una mentirosa?

—Yo diría que ninguna de las dos cosas. Seguro que el señor Smith...

—Si desea mi opinión, usted está más segura de él de lo que se merece. Le aconsejo que no le quite el ojo de encima —comentó la mujer antes de arrastrar la silla como si retrocediera de él—. Supongo que siempre podrán salirse con la suya, ya que trabajan para el Estado —dijo.

Inmediatamente se dirigió a la puerta.

Lionel se puso de pie a un lado para dejarla marchar y en ese momento la señora Wimbourne dijo:

—¿Qué es eso que van a publicar? Ven y explícamelo.

Sus compañeros estaban ansiosos por enterarse de por qué querría hablar con él en privado. Después de seguirla hasta la sala de personal, fingió haber cerrado la puerta, pero solo la dejó entornada unos centímetros. La señora Wimbourne buscó en su bolso, que estaba encima de la mesa, antes de darse cuenta de que ni siquiera ella podía fumar en el establecimiento. Quizá por eso su voz sonó más contrariada.

—¿De qué va, entonces?

—Tengo un relato en una revista y además lo van a llevar al cine.

—¿Es eso cierto o estás intentando impresionar a Colette?

—Desde luego que no —dijo con indiferencia sin importarle que Colette oyera aquello—. Es totalmente cierto.

—La historia no está basada en un hecho real, ¿verdad?

Aunque estaban fuera del alcance de la luz del sol, el calor llameaba a su alrededor.

—¿Por qué debería estarlo? Es una historia.

—No está basada en lo que haces.

Se aclaró la garganta, cosa que le ayudó más a hablar que a pensar.

—¿Cómo? ¿En lo que hago?

—Una vez que salís de esta oficina ya no es asunto mío. Quiero decir que trabajas aquí; que no has escrito sobre eso.

No pudo evitar un resoplido.

—No. ¿Qué podríamos escribir de aquí?

—No sabía que tuvieses tan mal concepto de tu trabajo. Deberías haber pedido permiso para la publicación.

—¿Qué tiene que ver eso con nadie de aquí?

—Deberías haber preguntado, aunque ya es un poco tarde. Parece que querías que todo el mundo se enterara de esto antes que nosotros. Quizá hayas olvidado tus condiciones de servicio. Se supone que debes comunicárnoslo antes de aceptar cualquier otro empleo que nos haga competencia. ¿Adónde vas?

—La puerta no está cerrada.

—Déjala abierta, entonces. ¿Qué tienes que decir?

—¿En qué sentido escribir es hacer competencia? Salvo que gané un concurso... Tras dar esa contestación, y ver que ella no hizo caso de su ingenio, continuó:

—No tiene sentido.

—Yo decidiré eso. Cuéntame los detalles, quiero que me lo cuentes todo ahora mismo.

—Va sobre una persona que es asesinada porque no aprecia a alguien a quien cree conocer por completo.

Tras darle a la señora Wimbourne un tiempo para interpretar si le gustaba o no, continuó:

—Estaré en la portada de *La Voz del Mersey*.

—Tendré que tener una conversación con alguien de arriba. Mientras tanto, adviérteles a los de tu revista de que puede que tengan problemas. Recuerdo casos de funcionarios a los que se les prohibió tener cualquier clase de trabajo adicional cuando tenía tu edad. ¿Vas a llamar a la revista?

—Aún no.

Despegó los labios con un sonido seco y cortante.

—Entonces, vuelve al trabajo.

¿Cómo se atrevía a hablarle de su edad y actuar como una directora de colegio? Mientras sacaba su caliente y entumecida cara de aquella sala, miró las coronillas de las cabezas de sus compañeros con la esperanza de que a ninguno se le ocurriera soltar lo que habían escuchado sin querer.

—Treinta y siete —gritó llamando a una joven madre cuyo bebé empezó a chillar al verlo.

Mientras ella lo mecía en su cochecito y después entre sus brazos e intentaba calmarlo con un biberón que aún lo angustió más, él le gritaba las preguntas. Al final consiguió un empleo con un grupo de actividades infantiles de entre las descripciones que aparecieron en la pantalla de su ordenador.

Finalmente pudo liberarse de aquel llanto que hacía parecer que la pantalla latía como si su dolor de cabeza se hubiese hecho visible. Mientras se preguntaba si había sido algún aspecto de su actuación lo que había llevado a la señora Wimbourne a inclinarse sobre él, Lionel abrió la puerta para dejar salir al estridente cochecito.

—Mejor será que te vayas a almorzar ahora —dijo.

Sería otra persona quien tendría que atender al joven, de cara pálida, delgada y llena de pecas que parecían pequeñas muestras de su cabeza pelirroja, que había entrado en la oficina como si buscara pelea. Dudley intentaba mantener las distancias con él mientras avanzaba hacia la puerta cuando le sonó el móvil.

—Dudley Smith —dijo.

—Soy Patricia, de *La Voz*.

—Voy a salir —dijo, saliendo hacia la luz—. Ya estoy.

—Vincent ha regresado a la ciudad. ¿Podría ser mañana? Walt sugiere que nos reunamos todos en el Ringo's Kit en Penny Lane.

—Esta misma noche, si quieren.

—No se preocupe, la reunión no es tan urgente. Entonces, ¿mañana a las ocho? Vincent desea que se traiga todas sus historias; le he hablado de ellas.

—¿De cuáles? —dijo tan violentamente que le escupió a una mujer en la espalda.

—De todas en general y de ninguna en particular.

—Entonces no le cuente nada más.

Tenía que pensar en nuevas ideas para ofrecerle al director. Dudley terminó con Patricia y dejó caer el móvil en el bolsillo de la camisa. Se dirigía hacia la tienda de bocadillos que había más allá del mercadillo cuando un hombre gritó:

—¡Dudley Smith!

Fue incapaz de identificar la voz hasta que el hombre dio un paso más hacia él.

—¿Se llama usted Dudley Smith?

Su pálida cara estaba más manchada que nunca, parecía que incluso las pecas estaban enfadadas.

—Lo siento —se vio obligado a decir—. ¿Me buscaba antes?

—Aún le sigo.

—¿De dónde es?

—¿De dónde le parece que soy? De por aquí, ¿qué le importa eso?

Aquello le sonó a Dudley más combativo de lo razonable.

—Quería decir que quién le envía.

—No me envía nadie.

Aquella palidez estaba haciendo que las pecas se volvieran virtualmente incandescentes.

—Vine por mí mismo.

—Quiere decir que trabaja por su cuenta; no hay nada malo en eso, yo hago igual.

—No, carajo, no se invente cosas sobre lo que soy o dejo de ser.

—¿Qué quiere exactamente? Se supone que debería estar almorzando.

—¿Así que puede seguir usando su poder para hacerle daño a más mujeres?

Pareció que todo el calor de la luz convergía en Dudley como si el cielo se hubiese transformado en una gigantesca lente. Tuvo que hacer trabajar a su lengua y humedecerse los labios para poder decir:

—No tengo ni idea de lo que me está hablando. ¿Dónde le han dicho mi nombre?

—¿Dónde cree usted? Antes lo estaba diciendo a voces.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Soy escritor.

—Entonces, ¿por eso se cree que puede tratar con desprecio a cualquiera que le pida ayuda?

—¿Quién dice eso?

—Mi hermana y mi madre. Venga, llámela mentirosa también a ella.

Tenía la cara iluminada de blanco y rojo y Dudley reconoció entonces el parecido

con la aspirante a bailarina de club de las pecas.

—Yo no dije que ninguna de las dos lo fuera —dijo Dudley—. Tendrá que disculparme, quiero almorzar.

Cuando Dudley empezó a caminar hacia la tienda de bocadillos, el hombre se puso delante de él.

—No lo disculpo, no.

—Está haciendo el ridículo en público —dijo Dudley lo suficientemente alto para que lo oyera cualquiera que estuviese cerca—. Le dejo para que continúe.

Se hizo a un lado y el hombre lo imitó.

—Quiero oír cómo se disculpa cuando vuelva con ellas.

—No tengo nada por lo que disculparme. Vaya y pregúntele a la encargada si no me cree.

—¿Ahora se esconde tras las faldas de una mujer? —dijo el hombre volviendo a imitar los pasos que daba Dudley—. Qué patética mierdecilla es usted.

Le acercó tanto la cara que Dudley vio cómo estaban incrustadas en la piel cada una de las pecas inflamadas. Aquella opresiva proximidad le hizo ponerse en guardia.

—¡Quítese de mi camino! —gritó—. O...

—¿O qué, esnob sádico?

Dudley esperaba que aquel arrebato atrajera la atención de al menos uno de los guardias de seguridad, pero estos parecían estar pasándose lo bien y sin preocupación con aquella confrontación, al igual que la gente que pasaba por allí.

—Las palabras no hacen daño —dijo plantándole las manos sobre los hombros y empujándolo.

Su perseguidor dio un traspié hacia atrás y se dio con el borde de un banco metálico detrás de las rodillas. Le hizo una mueca y dijo:

—Mira a ver si eso duele —gruñó a la vez que le metía la mano a Dudley en la entrepierna—. No tienes mucho, ¿eh? No hay duda de que lo único que eres capaz de hacerle a una mujer es daño.

El dolor que sintió Dudley le impedía pensar. El hombre retorció el puño abriendo los ojos en señal de triunfo o desafío. Dudley se imaginó cómo podría hinchársele si le clavara las uñas, pero temía gritar en público.

—¡Que alguien me ayude! —consiguió decir—. Miren lo que está haciendo, ¡deténganlo!

Una mujer empezó a reírse, pero eso fue todo. Más allá de su torturador podía ver un montón de basura y unos perros de plástico que golpeaban los lados de una caja de cartón que había en la acera. Volvió a tambalearse por culpa de aquel ataque sin sentido. El dolor le alcanzó el estómago.

—Déjame en paz o te mato —dijo entre dientes.

—Seguiré si no vas a disculparte —dijo el hombre apretando más.

Se protegía su propia entrepierna con el reverso de la mano con la que apretaba a Dudley. Podría haberlo agarrado por el nervudo cuello, pero ¿y si no hubiera podido

detenerse una vez que el hombre le hubiera soltado? Emitió un gemido que habría deseado que fuese solo de frustración y el hombre dijo:

—¿Qué ha sido eso? Perdona, ¿qué era?

—Siento que pensarán que dije algo que no dije.

—No me vale —dijo el hombre retorciendo más la mano.

Lo siguiente que dijo Dudley se pareció más a un grito:

—Siento que me escucharan insultar a tu hermana.

Dos mujeres que pasaban por allí lo abuchearon al oír aquello y el hombre se lo pensó durante unos segundos antes de abrir la mano.

—Se lo diré —dijo—. No volveremos a vernos. Ni sueñes con darte la vuelta.

Cuando el hombre se fue, Dudley pensó en lanzarse sobre él y agarrarlo por detrás. Se imaginó que la gente le advertiría, pero no a tiempo. En vez de eso, intentó no moverse mientras el hombre se convertía en uno más entre el conjunto que poco a poco se había renovado con personas que no habían presenciado el incidente. Una vez que estuvo seguro de que ya nadie lo observaba, se dirigió hacia algún sitio donde pudiera estabilizar aquel dolor.

Cada uno de los pasos que daba amenazaba con exacerbar el dolor y así era. Casi estaba lo bastante desesperado como para sentarse en el banco metálico, pero consiguió regresar al centro de trabajo. Caminó rígido, lleno de rabia y dolor hasta la puerta y pasó detrás del mostrador. Aún no había alcanzado la sala de personal cuando Colette volvió su silla. Mientras él intentaba no chillarle que dejara de mirarle, ella dijo:

—¿Es cierto que van a publicar una historia tuya y que la van a llevar al cine?

—Puede ser —gruñó mientras entraba en la sala.

Intentaba sentarse con mucho cuidado en la silla más blanda que había cuando la señora Wimbourne entró en la habitación.

—Debes mejorar tu actitud hacia los compañeros de trabajo, Dudley. Te sugiero que pienses lo que quieres hacer exactamente con tu vida.

Salió de la habitación dejándolo allí agachado sobre un dolor que parecía no aliviarse si no era transmitiéndoselo a otra persona. El problema era que no creía que nadie hubiera experimentado nunca aquel dolor excepto él.

—Al menos no somos nosotros los que hemos llegado tarde esta vez —dijo Tom antes de beberse un trago de su segunda pinta de McCartney's Marvel—. ¿Sacaste algo interesante de la entrevista? Yo le habría hecho algunas preguntas más.

Patricia ejecutó con los dedos un repiqueteo sobre la mesa. Después de todo, la mesa tenía forma de tambor, al igual que los asientos del Ringo's Kit, y los espaldares de las sillas tenían forma de guitarra metálica. Había fotografías de los Beatles con toda una selección de peinados, imágenes que Tom ya había dicho que podía superar, adornando las paredes del bar. Había notas musicales de plástico puestas sobre conjuntos de cuatro cuerdas bajo el techo negro de aquella sala baja y alargada. Nada de aquello le impidió darse cuenta de que el fotógrafo solo había pronunciado su insatisfacción en voz alta, la misma que ella había tenido desde aquella patética entrevista. Sorbió un poco de su sauvignon Starr, que hubiese preferido blanco en vez de cabernet. Después dijo:

—No seas tímido si Walt se muestra simpático.

—Te dejo a ti hacer tu trabajo.

Como si el pensamiento hubiese detenido su pinta de camino a la boca, Tom dijo:

—¿Has investigado ya los nombres que te dio?

Walt se rozó la frente con un botellín helado de Lenon, dejándose una gotita en sus pronunciadas entradas antes de descendiera por su cara rectangular y bronceada.

—¿Qué nombres?

—Parecía que no quería hablar sobre ello, ¿recuerdas, Tom?

—Razón de más para investigarlos. Si no quería que lo supieras, no debería haberlo mencionado.

Vincent, boquiabierto, depositó su jarra de cerveza de Best's Best sobre un posavasos con motivos del *Sgt. Pepper* manchado y arrugó su pequeña nariz para ajustarse mejor las gafas.

—Me tenéis intrigado —dijo.

—Había un profesor que intentó que dejara de escribir lo que escribe —tuvo que decir Patricia—. De acuerdo, quizá lo debería haber investigado. Pero aún estoy a tiempo.

—Tu tiempo comienza ahora —dijo Tom—. Aquí viene tu asesino.

Ella se levantó para recibirlo. Se acercaba con un paso que parecía claramente incómodo. Llevaba un traje gris con camisa blanca y una discreta corbata plateada. Su instinto le dijo que había sido Kathy quien le había elegido el conjunto.

—Walt, Vincent —dijo—, este es Dudley Smith.

—Se acordará de mí —dijo Tom.

—Dígame que veneno va a tomar —dijo Walt tras estrecharle la mano a Dudley—. Y, déjeme preguntarle, ¿ha envenenado ya a alguien?

Dudley murmuró algo parecido a un no mientras se agachaba hacia la lista de

bebidas como si su enorme cara pesara demasiado para su barbilla.

—Si quiere una aventura que nadie haya experimentado antes —dijo Vincent—, pídase un Harrison's Hock.^[1]

—De acuerdo.

—¿Qué queréis comer? —preguntó Walt.

Una camarera con una gran melena y vestida de uniforme de los Beatles vino a tomar su pedido. Tom se decidió por la parrilla George y Vincent por la *pizza* Pete. Patricia pidió un *jambalaya* John y Walt, tras esperar en vano a que Dudley se decidiera, pidió las gambas Paul.

—Me parece que quieres el pisto Ringo —dijo Vincent.

—Tomaré eso mismo —le dijo Dudley a la camarera.

—¿Sabes que es vegetariano? —se sintió obligada a decir Patricia.

Recibió una mirada poco amistosa que le hizo no mencionar que el menú ofrecía muchos otros platos bajo el nombre de los miembros de la banda. Sospechó que no estaba acostumbrado a este tipo de reuniones sociales, especialmente cuando no esperó a que la chica de los Beatles se marchara antes de decirle a Vincent:

—Así que desea filmar mi historia.

—Grabaremos todo esto, si no os importa —dijo Patricia.

—Quiere filmar mi historia.

Vincent no pareció mucho más seguro que Patricia de si Dudley había repetido la pregunta para que la grabaran.

—Supongo que es un buen punto de partida.

—Quiere decir que será la apertura.

—O quizá solo la historia pasada. Tenemos que hacerla más real si queremos llevarla al público.

Dudley cambió de postura en su silla.

—¿Qué es lo que no tiene de real?

—¿Cómo se escapó sin que lo atraparan? Hay cámaras de seguridad en todas las estaciones de metro.

Patricia pensó que la forma en que la cara de Dudley se entumeció y palideció, mostró lo cerca que se encontraba de la ficción; así que soltó una risita de alivio y dijo:

—Podrían no haber estado funcionando.

—Tuvo mucha suerte.

—Puede llamarlo afortunado, si desea. Nadie lo descubrió nunca.

—¿Podrían haber estado las cámaras estropeadas a propósito? —sugirió Patricia.

—Claro, claro que sí.

—Empecemos por lo básico —dijo Vincent—. ¿Cómo se llama?

—Nadie averigua ni quién es, ni nada sobre él.

—El público necesita algo para recordarlo. Van a querer saber más y yo también.

—Nunca ha tenido nombre —dijo Dudley con el ceño fruncido, captado por la

cámara.

—Eso no me sirve, tenemos que pensar en alguno que se quede fijado en la mente de la gente. Podría ser tan ordinario que a nadie se le ocurriese que pudiera ser un asesino.

—Como Dudley Smith —comentó Tom, atrayendo varias de las miradas al instante.

—No quiero pensar en nombres ahora mismo.

—Debería habérselo preguntado antes —dijo Vincent—. Quizá se le ocurra alguna idea sin pensarlo. Trabajemos en otra cosa, entonces. ¿Cómo lo atrapan?

Patricia tuvo la sensación de que la cámara estaba obligándole a realizar una introspección. Después de una pausa gracias a las risas que había provocado una fiesta de turistas japoneses, dijo:

—Nunca lo atrapan.

—Incluso los mejores pueden cometer errores —dijo Patricia, aunque sintió que aquello era sobrevalorar al personaje.

—Sherlock Holmes atrapó al profesor Moriarty, ¿no?

—Eso solo era... —dijo Dudley bebiendo un trago de vino—; solo era una película.

—Primero fue una historia.

—Sí, una vieja historia. Algunas personas se han vuelto más inteligentes desde entonces.

—Supongo que habla de sí mismo —dijo Tom.

Tras la mirada de Dudley, que parecía contener más que simple hostilidad, Vincent dijo:

—Tiene que haber algo que se le haya pasado por alto, así es como atrapan a los verdaderos asesinos.

—No, lo sé. Seguro que no.

—Esto es fascinante —dijo Walt—. Nunca había conocido a un escritor que estuviese tan cerca de su creación. Supongo que no esperaba que le pidiéramos que replanteara sus ideas. Podríamos darle un día, o un par de días, ¿por qué no?, antes de la siguiente sesión. ¿Qué le resultaría más fácil?

—Sé que Patricia dijo que era un as —dijo Vincent.

—¿Qué? —preguntó Dudley.

Ella sintió como si se comportara así para echarle un cable a ella.

—Encontrando lugares para matar a la gente.

—Quiere decir que es bueno con las localizaciones —se sintió obligada a traducir Patricia.

—Díganos entonces qué personaje puedo utilizar. Díganos los que ha utilizado.

—No serían buenos para la grabación. Tengo que encontrar algunos nuevos.

¿Era posible que un autor fuese tan posesivo con su material? A lo largo de aquellas líneas, Patricia se preguntó si tras la sonrisa de Tom había algún

pensamiento cuando este dijo:

—Aquí viene alguien que se conoce el camino.

Patricia se giró y vio a Shell andando a tropezones con unas botas guerreras de cuatro o cinco centímetros de tacón que la hacían más alta de su metro y medio. También llevaba un conjunto de combate, completado con una gorra de pico echada hacia delante para esconder su cara de enfado permanente en cualquier otro lugar más pequeño desde donde observar el mundo.

—Eh, Shell —gritó Walt—. Vaya sorpresa.

Shell levantó la barbilla, que tenía forma de nudillo, casi iluminando la sombra que la gorra le hacía sobre los ojos.

—Pensaba que teníamos que comer en lugares que tuviesen publicidad en *La Voz*.

—Supongo que diré que no pasa nada por apoyar a nuestros futuros anunciantes. Si estás sola, seguro que eres bienvenida a sentarte con nosotros, ¿no?

Cuando Patricia, y seguramente también Dudley, se guardaron sus reservas para sí, Walt dijo:

—Esta es Shell Garridge, Dudley. Es humorista y escribe una columna para nosotros.

Dudley le dedicó una media sonrisa.

—Si yo llamase así a alguien en una historia, nadie me creería.

—Solo Shell, el resto me lo inventé yo. Es de broma.

Vio que no terminaba de sonreír y dijo:

—Así que eres el que se deleita matando a mujeres.

Patricia no estaba segura de hasta qué punto el nerviosismo de su cara era producto de las luces de la cámara de Tom.

—Oye, tienes la lengua tan afilada como una cuchilla —dijo Walt—. No seas así con el ganador de nuestro concurso.

—Yo no voté por él.

La mirada de Dudley no se había ablandado.

—Si no te gustara pensar sobre esas cosas, no las escribirías —dijo.

—Creo que aún se nos deja disfrutar de nuestras creaciones —señaló Vincent—. ¿No te gusta a ti inventar tus chistes?

—Yo no los invento; los observo. ¿Y tú, Dud?

Los labios de Dudley dijeron algo que Patricia no esperaba:

—Mi padre solía llamarme así.

—Adivina en qué pensaba.

Finalmente, Shell apartó la mirada de él y le dijo a la camarera de los Beatles:

—Tomaré las enchiladas Elvis y un *jigger*^[2] Jagger. No dejéis que interrumpa a los genios que están trabajando en su obra maestra.

—¿Dónde vamos a matar a la gente? —preguntó Vincent.

—Podría despertarse y estar atada con algo en la boca en el borde de un tejado de... No sé, ¿cuál es el edificio más alto? Y después, se cae.

—Ya se habría despertado mucho antes de llegar hasta allí —dijo Shell tomando su *jigger* Jagger de un trago—. Si tiene el mínimo de sensatez que toda mujer posee.

—Se parece un poco a los argumentos de las series antiguas, ¿no? —dijo Walt—. Aunque si no la rescatan, ya no tanto.

—De acuerdo, están en un lugar concreto y él podría pisarle la cara sin que ella pudiera hacer ningún ruido. Y si no está muerta, entonces está inmovilizada.

—Os encanta que las cosas se pongan difíciles, ¿no, chicos? —dijo Shell—. ¿Por qué esto, Dud? ¿Te gusta atar y amordazar a las mujeres?

Mientras Dudley terminaba de retorcerse en su silla, Vincent dijo:

—Shell, a ti nadie podría cerrarte la boca. ¿Tienes alguna otra idea, Dudley?

—Podría colarse donde ella vive mientras se está secando el pelo. Ya sabéis el calor que desprenden esos secadores. Podría atarla y...

—Dudley, ¿te estamos forzando demasiado? —preguntó Walt—. Tengo que decir que no me estás convenciendo de que esa sea la forma de pensar de un verdadero asesino.

—¡Vaya cara! —dijo Shell—. Tom, deberías sacarle una foto.

Después de que Tom fotografiara la cara de pocos amigos que había sacado de Dudley, Vincent dijo:

—¿Necesitas ver las cosas desde otro punto de vista que no sea el del personaje?

—No hay nadie más en esa historia —objetó Shell—. Si ese es el punto de vista de una mujer sobre algo, me acabo de hacer un lío.

—Intenta hablarnos sobre él —le urgió Walt a Dudley—. ¿Cuáles son sus antecedentes? ¿Cuál es su historia?

Patricia se preguntaba si era alguna clase de dolor lo que le hacía estar tan agachado.

—Tengo que pensarlo —murmuró.

—¿Qué hay que pensar? —dijo Shell—. Todos son iguales, unos matones. Hay tantos hoy en día que deben de estar reproduciéndose.

—¿Cómo podría funcionar esto? —preguntó Walt—. Decidle a Dudley cómo veis a su personaje y así quizá le ayudemos a imaginarse cómo es.

—Nada parecido a lo que se os ocurra.

—Eh, eso suena a reto. Escuchemos lo que Shell tenga que decir.

—Ya os he dicho que será lo que son todos. Torturaba animales cuando era pequeño; le asustan las mujeres; no tiene novia; probablemente criado por una madre soltera... No es que las esté menospreciando, pero seguramente le ha estado diciendo toda su vida que era mejor que todos los demás, le ha tratado como si cada vez que se tiraba un pedo alguien tuviese que venir, embotellarlo y venderlo. Sin embargo, en el fondo él sabe que no es nada y la odia por no habérselo hecho saber. Esa sería otra razón en contra de las mujeres mucho mayor de las que la mayoría de los hombres tienen. Así que siempre que se siente peor de lo normal, porque no creo que tenga mucho con lo que jugar y de todas formas no creo que lo hiciese de forma saludable,

se arrastra detrás de las mujeres que van solas para poder fingir que vale la pena conocerlas. La mayoría de las veces no puede atrapar a ninguna, porque las mujeres no son tan idiotas como él; pero de vez en cuando una de ellas cae en desgracia y piensa que es tan patético que no puede hacerle ningún daño. ¿Hay alguna posibilidad de tomar otra copa sin tener que acostarme con nadie?

Mientras Walt señalaba el vaso vacío que ella blandía, Vincent se aventuró a romper el silencio:

—No me importaría que no consiguiera atrapar a nadie. Podríamos verlo desde ese punto de vista.

—Él no es nada de lo que estáis diciendo —dijo Dudley echando la silla hacia atrás.

—Parece que te vas a casa —observó Shell.

—Voy al servicio.

Patricia pensó que podía ser el momento de sugerirle a Shell que dejara de hostigarlo, pero la camarera pechugona de los Beatles llevaba ya la cena a su mesa. En cuanto Dudley apareció por la puerta de los *roadies*^[3] que estaba al lado de la de las *groupies*, Shell gritó:

—¿Qué has estado haciendo ahí dentro? Espero que solo estés intentando imitar el paso de John Wayne.

—Ahora mismo no tengo oportunidad —dijo Dudley intentando sonreír mientras se sentaba con mucho cuidado en la silla.

—Todo el mundo las tiene; espero que hayas querido decir que tu personaje es quien no tiene ninguna y que todo es por culpa nuestra.

—Él tiene muchísimas y las aprovecha. Le encanta lo que hace.

Shell desestimó su vehemencia con más risa que humor.

—No nos has contado por qué no tienes oportunidad.

—Me atacaron en el trabajo.

—¿Por qué? ¿Por tener una cabeza tan grande?

—Una chica quería que le encontrara un trabajo sexual.

—No nos digas que casi consigues pillar algo.

—He dicho que me atacaron —protestó Dudley moviéndose con cuidado en su silla—. Solo porque no nos dejan ofrecer ningún trabajo de bailarina de club y cosas de ese estilo.

Shell masticaba un bocado de su enchilada mientras sonreía.

—¿Qué fue lo que hizo? ¿Retorcer tu teclado hasta que se lo diste?

Dudley metió el cuchillo en el pisto como si buscara algún elemento que pudiera apelar por él.

—Se lo contó a su madre y se presentó allí también.

—Nunca te han atacado dos mujeres a la vez, ¿cuánto pagarías por eso si pudieras? —Las preguntas de Shell cada vez eran más irónicas—. ¿Qué les dijiste para que te doblaran la banana?

—Decían que yo la había llamado prostituta.

—Y tú no lo habías pensado.

—Quizá sí lo pensé, pero...

—¿Qué te da derecho a pensar así de las mujeres? No hay duda de que cuentas historietas desagradables. Según tú, las mujeres deberían ir tapadas hasta arriba o son putas merecedoras de que los hombres ideen formas de amenazarlas y hacerles tener miedo, ¿no es así? Una mujer también puede ver a través de los ojos de un hombre. Bien hecho por la chica y su madre; espero que hayan conseguido que te des cuenta de que no somos cosas sobre las que puedas fantasear, aunque eso te guste.

—Ellas no me tocaron, no se habrían atrevido —dijo Dudley señalando con el cuchillo—. Tuvieron que enviar al hermano de ella; él fue quien me atacó en medio de una multitud de gente. Pedí ayuda a gritos y nadie me socorrió.

—Qué lástima que no hubiese sido una mujer en vez de otro hombre derrochando sus hormonas en la calle. De todas formas, resulta igual de divertido —dijo Shell llevándose una servilleta en forma de partitura a la boca para limpiarse.

Tom se contuvo con un gruñido que podría haber expresado diversión. Tras hacerse notar la indiferencia de la mesa, Walt dijo:

—Espero que no te duela mucho, Dudley y creo que hablo por todos. ¿Quieres contestarle a Shell?

—Por ahora ya he dicho todo lo que tenía que decir.

—No me digas que te has enfurruñado por lo que he dicho de tu personaje —gritó Shell—. Eso es tristísimo.

—Dale al hombre un respiro. No hemos venido para hacer que deje de trabajar.

Patricia pensó que Walt podría haber intervenido bastante antes.

Shell engulló un gran bocado de enchilada y se ayudó a tragarlo con lo que le quedaba de su segundo *jigger*.

—Gracias por la comida, Walt. Si no me dejas hablar, no tiene sentido que siga aquí.

—¿Ahora quién se enfurruña? —preguntó Dudley.

Shell estaba a mitad de camino hacia la puerta cuando se dio la vuelta.

—Si alguien quiere oír lo que tengo que decir —anunció lo bastante alto como para que los japoneses se callaran—, estaré en el ferri *Egremont*, en la orilla del río de Dud, el viernes. Será una noche de chicas, imagínate lo que voy a decir sobre ti, Dud.

Al cerrarse la puerta tras ella, le llegó más calor que parecía condensarse en la frente de Dudley. Walt dijo:

—¿Te resulta más fácil pensar ahora?

—Aún no —dijo Dudley restregándose la muñeca por la frente.

—Si Shell ha hecho que te imagines un asesinato, nadie te culpará por ello —dijo Vincent—. Utilízalo si puedes, todo es material.

—Lo intentaré —dijo Dudley antes de arriesgarse a probar un bocado del pisto que eliminó cualquier expresión que, de otra manera, habría ocupado su cara.

—Eso es; come, muchacho —dijo Walt—. Quizá mientras cenamos sientas que el cerebro se está alimentando.

Patricia vio que Dudley no tenía mucho tiempo para imaginar o quizá para revelar más ideas. Al menos, no necesitaba culparse a sí misma. Paró la cinta de su grabadora por si era aquello lo que le inhibía, pero él parecía muy comprometido con lo de dejar el plato limpio. Cuando un fogonazo le hizo palidecer la cara, ella comenzó a comer como él. Sentía como si la tensión que Shell se había dejado atrás hubiese explotado en forma de rayo. No se trataba de Tom sino de los japoneses que estaban fotografiando el interior.

—No te preocupes, nadie te está espiando —le dijo a Dudley, captando un destello en sus ojos a modo de respuesta.

Cuando Dudley subió otro escalón de la grada de hormigón, comenzó a llover. Parecía que la oscuridad de las nueve había apagado todas las luces de los almacenes, mientras que la parte de Liverpool que estaba en la orilla del río brillaba dentro de un aura de lluvia. Más allá de lo alto de la rampa podía ver el bajo techo del ferri *Egremont*, pero nadie podía verlo a él. Otra de las olas de la marea alta le hizo subir más alto en la grada, cosa que le hizo agacharse como si le hubieran vuelto a agarrar por la magullada entrepierna. Antes de que pudiera enderezarse, le alcanzó el aguacero que antes había visto en la otra parte del río.

No había esperado durante horas en el paseo del río para ahora tener que marcharse. Al menos la lluvia no estaba tan fría como las olas que lo habían pillado desprevenido. En cuestión de segundos, el agua le había mojado el pelo y le chorreaba por la cara hacia abajo pegándole la camisa y los pantalones al cuerpo. Aquello le encolerizó, al igual que la ola que se había aprovechado de su distracción para salpicarle a la altura del tobillo y meterse en su zapato. Sin embargo, nada de eso fue lo que le hizo enseñar los dientes con la expresión que compartía con la oscuridad, sino la voz amplificada de la mujer que salía dando tumbos del ferri *Egremont*.

—Aquí está el regalo que habíais estado esperando, chicas. Shell Garridge y su mundo de pendejos.

Mientras todas las mujeres que había escuchado entrar en el bar empezaban a brindar, aplaudir y dar patadas en el suelo, fue caminando con dificultad por la grada hacia lo alto hasta que sus ojos vieron por encima del paseo del río. Un ciclista sin luces pedaleaba desesperadamente hacia Seacombe donde aún esperaba un ferri. Sin embargo, la avenida dormida flanqueada por el ayuntamiento y grandes casa iluminadas en lo alto de colinas de césped estaba desierta. Al otro lado de un gran espacio ocupado por bancos y unas cuantas farolas empapadas, las ventanas del bar le parecieron jaulas de cristal dentro de un acuario. En la jaula en la que se hallaba el bar vio a Shell brincando sobre sus pies y lanzando su gorra en forma de pico en señal de reto delante de los barriles de cerveza y dejando ver una cabeza que parecía ruda y calva a través de la distorsión del agua. Se enrolló el cable del micrófono en la muñeca y comenzó a pavonearse hacia delante y hacia atrás, haciendo que Dudley se sintiera como un enorme juguete de bañera moviéndose sobre una cuerda.

—Hombres —dijo.

Aquello provocó un coro de burlas que no sonó del todo gracioso. Dudley vio que una figura de detrás de la barra levantó las manos y las utilizó para protegerse la cabeza. No había duda de que la inseguridad que había en su cara también era divertidamente defensiva.

—No te preocupes, no abuceamos la bebida —le dijo—. Date prisa en sacar esas cervezas y estarás a salvo. No vas a pillar esta noche, así que no saques otra cosa que

no sea cerveza. Lo que me recuerda, chicas, que me he enterado de que esta semana un tío pilló en la calle. Más que pillar, le hicieron una paja y un nudo, si es que tenía lo suficiente para hacer un nudo.

Dudley no necesitaba espiar desde el paseo del río como si tuviese algo de lo que avergonzarse. Más allá de la grada había una zona del tamaño de su dormitorio que no estaba iluminada y, de todas formas, la lluvia lo hacía irreconocible (si no invisible), para la gente del bar. Caminó descaradamente hacia el paseo sacando los húmedos dientes bajo el chaparrón mientras Shell terminaba de esperar las carcajadas de júbilo y regocijo antes de bajar un poco el ritmo.

—Es una pena que no fuera una chica la que le diera lo que estaba pidiendo — dijo.

Dudley veía su figura saltona y líquida apretando los puños a la vez que cruzaba los brazos con un gesto que pareció estrujarle el agua de lluvia que tenía encima.

—Sin embargo, fue por nosotras —decía Shell—. ¿Cómo es él? Es funcionario, ya sabéis su especie. Como ciudadano es igual que un adolescente que se pelea con su madre por quedarse a pasar la noche fuera y piensa que todo el mundo es su criado, como si tuviésemos que hacerle una reverencia y llamarlo señor. De cara es como una rata olisqueando en un cubo de basura. Se viste de traje y corbata para que nadie se dé cuenta de que se esconde para ver programas porno y se lo hace con la mano. Lo que no sabíais es que trabaja en la oficina de empleo.

El rugido de carcajadas que provocó coincidió con una ráfaga de lluvia especialmente fuerte que le dio a Dudley en la cara. Pensó que solo se estaban burlando de su trabajo y que aquello no duraría mucho más. Se sacudió el agua de la cara y de los ojos y casi estalló en carcajadas al pensar cuánto sabía Shell de él cuando esta dijo:

—Piensan que somos una especie inferior porque tenemos que arrastrarnos hasta ellos para que nos den trabajo, ¿verdad? Aquí viene lo peor. Una chica acudió a él y cuando terminó de contarle todo lo que nos hacen contarles para que nos puedan mirar como si no hubiésemos debido levantarnos ese día, la trató como si fuese una puta.

El bar entero comenzó de repente a silbar más fuerte que la tormenta. Las mujeres se comportaban como si hubiesen visto a un villano. Dudley se rió hasta que la boca empezó a chorrearle, porque no lo podían ver.

—No digo que apruebe el trabajo que fue a buscar —dijo Shell—, pero la elección de cómo utilizar su cuerpo es suya, ¿no? El chiste es que son los hombres como él los que ven que los sueldos de las mujeres son tan malos que es mejor que se vendan a sí mismas y los hombres como él son los que pagan por ello y los hombres como él son los que intentan también que se avergüencen de hacerlo. Todas sabemos por qué, ¿no es así? Le dan miedo las mujeres reales porque puede que se le desbaraten las fantasías. Esa es la clase de chiste que no me hace ninguna gracia.

—Dinos qué fue lo que le pasó —pidió una mujer con un grito ronco.

—Parece ser que su hermano se encontró con este inútil por la calle. Quizá pensó que si el tío iba a imaginarse cosas sexuales sobre ella, debería hacerle daño. Por lo que oí, le retorció el grifo hasta que necesitó un fontanero. Y lo que es más divertido; la calle estaba llena de gente y nadie hizo nada cuando Dud, el inútil empezó a chillar pidiendo ayuda. Seguramente sabían que se lo merecía o pensaron que era un cantante de la calle. Tuvo que haber sonado como un montón de cantantes diferentes. ¿Cómo se llaman esos que cantan clásica? Un contralto. Un sensiblero, un soprano, un niño corista de iglesia, un eunuco.

Mientras Shell hacía una demostración chillando cada vez más fuerte, el dolor del que la lluvia le había hecho olvidarse regresó a la entrepierna de Dudley.

—Le dije que iba a estar aquí esta noche —decía Shell—. No habría venido, pero podría haberse quedado fuera para escuchar, aunque está lloviendo tanto que seguramente se habría marchado. Estará inventando historias sobre cómo hacer callar a mujeres liquidándolas.

En el momento en que ella acercó la cabeza al cristal, él no se movió. Le gustaba la forma en que la lluvia en la ventana hacía que pareciese que le arrancaran pedacitos de la cara y se los retorciesen como diversión.

—Aquí hay un puñado de mujeres al que nadie callará —gritó a la vez que le daba la espalda—. Mujeres, somos realmente salvajes y mejor será que los hombres lo sepan. Tira del barril, chico, si no quieres que acabe sin voz.

Dudley deseó que se hubiese quedado sin ella. Estaba más pendiente del implacable chaparrón que de lo que ella decía. Algunos conductores recorrían la carretera, padres solteros que se volvían idiotas intentando criar a sus hijas, hombres solitarios avergonzados de lavarse la ropa delante de las mujeres en la lavandería... él no era ninguno de ellos. Ella se había figurado que lo conocía y lo había convertido en un chiste. Se puso las manos alrededor del dolor y se quedó agachado como si la lluvia lo doblase cuando, en realidad, lo que hacía era añadir todas las burlas que ella hacía sobre los hombres a su furia, un nudo frío y duro alojado en su interior. Incluso su abandono del tema y el sacudirse el agua de las orejas por si lo retomaba, le hacía enfurecer. ¿Qué derecho tenían ella y sus compinches para dejarlo fuera bajo la tormenta? ¿Qué clase de hombre se encogería de miedo tras una barra y se pondría a actuar como su cómplice? Dudley no sabía si veía borroso a causa del dolor, de la ira o del agua cuando ella dijo:

—Bueno chicas, ¿hemos terminado ya con los pendejos por esta semana?

Cuando los brindis y las patadas en el suelo se fueron apagando, se liberó la muñeca del cable del micrófono y desapareció por las profundidades del tanque de la ventana. Casi de inmediato, la puerta de su izquierda iluminó las rectas paralelas inclinadas de lluvia. Ninguna de las mujeres que se agachaban a la vez que corrían hacia los coches era Shell. Las luces de los faros enfocaron en dirección a Dudley, pero no consiguieron localizarlo antes de que el coche empezara a avanzar lentamente hacia arriba por la carretera principal. Nadie que él no quisiera podía

verlo.

Sin embargo, nadie más apareció después de aquello durante un rato de lluvia muy intensa. Solo se escuchaba el barullo sin ningún signo de aplacamiento. Ni siquiera decayó cuando el camarero colgó una toalla sobre los barriles. Aquel gesto le recordó a Dudley que los jueces solían ponerse un gorro en los tiempos en que se les permitía pronunciar la sentencia de muerte. Finalmente, las mujeres empezaron a salir y le gustó pensar que cada una de ellas inclinaba la cabeza por deferencia hacia él aunque no tenían ni idea de lo cerca que se encontraba de ellas. Tuvo la esperanza de que Shell estuviese esperando a que saliera la última y pudo imaginársela asegurándose de que ella fuese quien tuviese la última palabra. El bar parecía ya vacío, pero al mismo tiempo, temió que saliera en medio de un grupo de admiradoras. La puerta volvió a abrirse y dos mujeres, a las que no había visto antes, salieron corriendo para protegerse de la lluvia. El ruido que hacían y la inutilidad que representaban para él, hicieron que su furia se hiciera mayor y más densa. Casi se perdió el momento en que la puerta volvió a abrirse antes de cerrarse por completo.

—¿Alguna de vosotras necesita un coche? —gritó Shell.

Dudley se quedó en silencio con la boca abierta y la lluvia le mojó la lengua. Tragó para no toser, y una mujer gritó:

—Solo tenemos que doblar la esquina, gracias.

Dudley las vio correr hacia arriba mientras Shell daba otra carrerilla hacia el coche que estaba aparcado más lejos. En cuanto desaparecieron por la esquina, la siguió bajo las luces de las farolas. Estaba abriendo la puerta del Viva con la llave cuando él preguntó desde unos metros más atrás:

—¿Me lo he perdido, Shell?

A la vez que giraba la cabeza hacia él utilizó la mano libre para bajarse la gorra, quizá para protegerse de la lluvia.

—Estás de broma, ¿o qué? Eres Dud. He estado hablando sobre ti, dije que lo haría.

—¿Qué has estado diciendo? —preguntó con la cara escondida en la oscuridad.

—¿Tú qué crees? Que eres lo más caliente que hay por aquí.

Lo segundo, ¿era una pregunta o una broma? Ella lo había murmurado mientras se metía en el coche y cerraba la puerta.

¿Podría habérselo contado al público después de dejar el micrófono? Después de todo, no era menos de lo que se merecía. Intentó preguntárselo cuando ella bajó unos centímetros la ventanilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella poco interesada en saberlo.

—Quería escuchar lo que has dicho.

—Te dije que solo era para chicas.

Se puso el pico de la gorra en la húmeda frente mientras intentaba mirarlo a la cara a través de la rendija.

—No me digas que has estado ahí fuera todo el tiempo.

—No pude encontrarte a tiempo, tuve que venir caminando desde casa —era lo que ella necesitaba que ella creyese—. No hay ningún autobús hasta aquí.

Shell arrancó con la llave y el motor emitió un resoplido parecido a un alborozo.

—Bueno, no parece que puedas mojarte más. Puede que tu mamá te seque con una toalla cuando llegues a casa. ¿A qué esperas?

—Preguntaste antes si alguien necesitaba un coche. ¿No quieres llevar en tu coche a la cosa más caliente de por aquí?

Ella se quedó mirándolo durante unos instantes y él escondió los ojos al aclarárselos de la lluvia con el pulgar y el índice.

—Dios, qué patético eres —dijo—. Voy hacia el túnel. Si te quedas por allí, entonces sube.

Mientras abría la puerta del asiento delantero, se imaginó el túnel que pasaba por debajo del río hacia Liverpool: un largo y desierto pasaje con tramos de solitaria oscuridad cada pocas luces. No tenía nada que ver con la realidad y no le servía de nada. Estaba descendiendo su renovado dolor hacia el asiento de al lado de Shell cuando esta gritó:

—¡Dios! No te sientes así. Pon algo sobre el asiento. Hay algunos plásticos detrás, se quedaron ahí cuando arreglaron el coche.

No había duda de que no quería que se le mojara la tapicería pero lo estaba tratando como si fuese un enfermo mental. Antes de que terminara de arrastrar el plástico entre los asientos para cubrir el suyo, sintió que la lluvia le daba en la espalda. Al menos pudo cerrar la puerta con tanta fuerza que se ganó una cara de pocos amigos por parte de Shell. Se arriesgó a echarse hacia atrás solo para librarse de la sensación de que tenía la camisa pegada. Estaba a punto de decir en voz alta que esperaba que todo estuviese bien en el coche, que no se había movido, cuando Shell se echó hacia delante para mirar con el ceño fruncido a través del parabrisas.

—He aquí otra cosa que los hombres le han hecho al mundo, este tiempo. Me gustaría pasar por el paseo para ver las luces sobre el agua.

—No puedes conducir por el paseo. Mira lo que dicen las señales.

Shell giró la cabeza como si no valiese la pena esforzarse en mirarle.

—Dios, ¿y quieres que la gente se crea que conoces a los criminales? —dijo—. Te podría presentar a algunos, pero saldrías corriendo cagándote en los calzoncillos. No eres más que un oficinista al que le asusta saltarse las normas.

Dudley le dejó ver sus brillantes ojos y dientes en la oscuridad.

—Intentaba advertirte. No te gustaría ir por ahí sola conmigo.

—¿Qué? —dijo Shell con tono de broma o al menos, lo fingió—. ¿Intentas ser como el patético cabrón de tu historia?

—No es patético en absoluto. Estás demasiado empeñada en llamar así a la gente.

—Solo a los que lo son. ¿Se supone que debo estar asustada?

—No estás haciendo lo que te dije que no deberías hacer, a fin de cuentas.

Al ver que aquella provocación no tuvo efecto en ella, dijo:

—Espero que fuese un hombre quien pusiera ahí la señal.

—Ya no puedes estar seguro. Os estamos adelantando en todos los campos.

—Estáis haciendo lo que los hombres dicen que tenéis que hacer. Sabes que sabemos qué es lo mejor realmente. Las mujeres solo necesitáis hacer lo que se os dice.

Cuando lo miró, tuvo miedo de haber calculado mal y haberla enfurecido tanto como para ordenarle que se bajara del coche. Puede que el personal del bar oyese lo que pasaba. Mientras intentaba no repetir nada de lo que había dicho, ella miró hacia el parabrisas.

—Mira esto —dijo y llevó el coche chirriando por el lado de las farolas hacia el bar.

La luz de los faros iluminó la calle desierta que subía hacia la carretera principal y después viraron bruscamente en busca del paseo que conducía hacia la boca del río. Se detuvieron lo bastante alto para mostrarle que el paseo estaba vacío, lo único que había era las cortinas de agua y aceleró hasta pasar la señal de prohibido el paso como si entrara en una carrera.

—¿Estás ya lo bastante asustado, Dud? —preguntó.

Le llevó un tiempo soltar una carcajada y contestar:

—Tanto como de una niña con una pataleta.

Pisó el acelerador a fondo y le sonrió levemente en señal de triunfo.

—Estás sudando a chorros.

Terminó de limpiarse la frente y le enseñó la palma de la mano.

—Es lluvia, ¿no sabes la diferencia? No eres más temeraria que cualquier otra mujer al volante.

—¿No? —gritó con tanta vehemencia que parecía desquiciada.

—Prueba esto.

Estaba ocurriendo, pensó. De hecho, ella estaba mejorando el plan. Cuando el coche giró en la siguiente grada, vio cómo había subido la marea. Shell también debió haberlo visto porque pisó el freno tan a fondo que las ruedas de su lado del coche patinaron casi hasta el borde del cemento. El vehículo tembló hasta detenerse a mitad de camino sobre la rampa.

—¿Qué tal eso entonces, señor escritor de terror? —preguntó Shell—. ¿Te has asustado?

Una ola alcanzó los faros delanteros antes de aplastarse bajo el coche y Dudley creyó haber sentido un tirón en las ruedas delanteras.

—Creo que deberías retroceder mientras puedas —dijo.

Se lo dijo justo a tiempo para impedirle que diera la vuelta metiendo la marcha atrás del coche.

—Vamos, dime por qué —dijo, apenas molestándose en burlarse.

—Puede que estés demasiado asustada para ponerlo en marcha. No querrás estar aquí abajo sola conmigo donde nadie puede vernos.

Ella cambió la mano de la palanca de cambios hacia el freno de mano, del que tiró con todas sus fuerzas y ayudándose de la mano derecha, alcanzó un trinquete más.

—Ya has conseguido por lo que babeabas antes. Vamos a averiguar quién asusta a quién.

—No puedes asustarme. Ni siquiera me haces gracia.

—Lo mismo te digo, Dud.

La miró fijamente a la cara, que parecía apretujada escondida bajo la gorra que se había vuelto a ajustar.

—Eso no significa nada para mí —dijo, mientras la lluvia repiqueteaba sobre los limpiaparabrisas del cristal.

—No vas a conseguir asustarme nunca. Eres aún más patético cuando lo intentas. Eres un chiste, uno de los malos. Me haces reír porque eso es lo único que me provocan los asquerosos como tú.

Le dejó averiguar qué había en sus ojos antes de hablar.

—Nunca has conocido a nadie como yo.

—Dios, ¿eso es lo que te dice tu mamá? Puede que sea lo que ella piense o puede que no, pero no nos engañas a los demás.

—No hables de mi madre. Ella no lo sabe todo sobre mí.

Aquello era demasiado defensivo, así que añadió:

—Se asustaría si lo supiera.

—Solo te sabes una frase, ¿no Dud? ¿Es lo que intentas con todas las chicas? No hay duda de que estás solo y tampoco funcionará conmigo.

Empezaron a elevarse las comisuras de su boca.

—Sin embargo, funciona —dijo.

—¡Lo que tengo que oír! Eres todo un actor. Podría llevarte conmigo si la gente no llegara a pensar que eres más gracioso que yo. ¿Estás seguro de que las chicas con las que lo intentas no lo piensan? Continúa, ¿qué es lo que hacen?

—Algunas gritan. Y otras no pueden.

Retorció los labios en señal de disgusto y él se imaginó que eran gusanos que salían de debajo de la roca que era su gorra.

—Dios, ¿de verdad estás intentando convencerte a ti mismo de toda esa basura? Quizá ya lo hayas hecho. Deberías ver a alguien.

—Ya te estoy viendo a ti.

—No por mucho más tiempo —dijo Shell intentando alcanzar el freno de mano.

—Entonces, al final te has asustado. Te asusta saber qué les pasó.

—No, estoy cansada de escuchar esto.

Retorció el cuerpo hacia él de tal manera que él pudo distinguirlo entre el camuflaje y volvió a desafiarlo:

—No vas a parar hasta contarme un cuento para dormir, ¿verdad? Vamos a ver si eres capaz de hacerlo. Tu mamá envió la historia, quizá fue ella también quien la escribió.

Aquello casi consiguió provocarlo y hacerle perder tiempo en negarlo.

—Deberías haber sabido de dónde salió. Creía que eras de Liverpool.

—Soy de aquí y estoy orgullosa de serlo. Veo que tú eres de la clase de los habitantes del Mersey que lo son cuando les conviene y no tengo ni idea de lo que tramas.

—Intenta retroceder. ¿Nunca habías oído hablar de la chica que se cayó bajo el tren en Moorfields?

—Otra vez con esa asquerosa historia tuya —dijo Shell parpadeando con dificultad—. Pero espera, ahora que lo mencionas, ¿sucedió algo así en la realidad?

—Se llamaba Angela. Olvidé el apellido. Salió en los periódicos y también en la radio.

A Dudley le habían empezado a temblar las piernas por el frío que le había provocado la lluvia.

—Yo la llamé Greta en mi historia —dijo—. Se parecen, pero no demasiado.

Shell se metió la mano en el pantalón y sacó un teléfono móvil.

—¿A quién llamas? —dijo enseguida Dudley.

—Ya lo verás —dijo Shell.

Frunció el ceño al ver que el teléfono no se iluminaba antes de volver a dejarlo en el bolsillo.

—Fuera de servicio cuando lo necesitas, igual que los hombres. Tienes suerte, pero no por mucho tiempo. Mañana se lo contaré a Walt.

—¿Qué le vas a decir?

—¿No era esa la parte en que supuestamente el asesino lo confiesa todo porque piensa que su víctima no puede hacer nada? No, con esta chica no —dijo Shell dejando atrás la sorna—. Le diré que convertiste el accidente de una pobre chica en tu pequeña obra de pornografía. No creo que siga interesado después de eso. Quizá le dé a tu mamá otro toque para que se entere de lo enfermo que estás. ¿De qué te ríes? No estoy de broma.

—Quieres decir que crees que tú no lo estás. No te das cuenta de lo que te estás perdiendo.

—Dios, ¿acaso estás tan enamorado de ti mismo? No me estoy perdiendo nada porque no tienes nada que ofrecer.

—Poseo la verdad.

Esperó que aquella pausa la dejara sin respiración antes de decir:

—La chica real tampoco se cayó.

Durante un segundo Shell permaneció muda y después se alejó de él.

—¿Por qué no intentas contárselo a todos cuando lancemos la revista? —dijo ella—. No formarás parte de ella mientras yo siga allí. Eso es lo que le voy a decir a Walt, te lo prometo.

A Dudley empezaban a molestarle las piernas tanto como ella misma. Quizá había hablado demasiado y ella también. No se molestó en hablar cuando ella agarró el

freno de mano y utilizó ambos pulgares para pulsar el botón mientras él apoyaba todo su peso sobre la palanca de cambios. Se quedó plana como un animal agachado tratando de esquivar un golpe y el coche comenzó a rodar por la pendiente a una velocidad que le pareció excesiva. A la vez que Shell pisaba el pedal del freno, una ola alcanzó los faros delanteros e inundó todo el capó, atascando los limpiaparabrisas con las algas marinas.

—¿Estás loco? —gritó—. ¿Quieres matarnos a los dos?

—A los dos no.

Lo miró con más desprecio del que contenían sus palabras mientras trataba de meter la marcha atrás.

—Solo eres un niño asqueroso, no sabes cuándo dejar de jugar, pero vas a aprender de una puta vez.

Su voz se había elevado más allá del gruñido. Antes de poder soltar el embrague y acelerar, Dudley había subido el freno de mano con ambas manos hasta el tope.

—Te lo dije —dijo ella con tanta furia que le salpicó saliva en la mejilla—. Déjame ir.

Consiguió soltar una risita nerviosa mientras mantenía ambas manos sobre la palanca de cambios y se aseguraba de que la lluvia que aún bajaba por su mejilla le limpiara el escupitajo.

—No es una competición, ¿verdad?

Cuando el motor produjo un chirrido frustrado que agitó el coche, no pudo resistirse a decir:

—Yo soy un hombre y tú, solo una máquina.

Sin levantar los pedales, Shell buscó en su bolsillo. Apenas había sacado el objeto cuando él se lo arrebató con la mano izquierda. Era un pulverizador que le habría gustado utilizar para cegarlo. Aún agarrando el freno, bajó un poco la ventanilla y tiró el arma al río donde se hundió con un impresionante *plaf*.

—¿Algo más? —preguntó acordándose de lo que aún no le había contado—. Estuve fuera todo el tiempo y escuché todo lo que has dicho sobre mí.

Finalmente ella pareció convencida de su seriedad.

—Estás loco de remate —dijo rotundamente, clavándole las uñas en la mano que tenía encima del freno.

—Deja de arañarme, eso no me va a detener.

Cuando terminó de decir aquello, su sonrisa era tan amplia que dejaba todos los dientes al descubierto. Una ráfaga de lluvia lo empapó a través de la ventanilla, que no había tenido tiempo de cerrar. Cuando Shell trató de arañarle también la cara, levantó el dolorido puño para protegerse de ella.

—Vamos, golpéame —gritó por encima del trepidante chirrido del motor—. Ya me han dado alguna que otra vez en mi vida.

—Entonces deberías alegrarte de que casi haya llegado a su fin.

De pronto, el motor se calló y Shell ladeó la cabeza hacia él.

—Ya no me divierto —dijo intentando alcanzar la puerta—. De todas formas iba a llevar este montón de chatarra al desguace. Aunque tengo ganas de ver cómo vas a explicar esto.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y buscó el tirador de la puerta. Se había abierto un poco cuando otra ola la cerró de nuevo, cosa que a él le gustó tanto que casi no pudo moverse. Shell empujó la puerta con el hombro y se volvió para ver cómo él se balanceaba para alcanzarla. La empujó contra la puerta y a la vez tiró para cerrarla. Pensó y esperó haber visto la comprensión de lo que ocurría en sus ojos cuando la ventana y su frente chocaron.

Puede que solo estuviese aturdida, pero era suficiente. Cuando se giró hacia la puerta, quizá para esquivarlo, le volvió a dar con la ventana en la frente, y otra vez, y otra para asegurarse. En el segundo impacto ella produjo un sonido confuso como si luchara por despertarse de un sueño. Después, hubo silencio.

—Yo soy tu pesadilla —le dijo, mirando el cristal que estaba hecho añicos debido a la dureza de su cráneo antes de estar seguro de que estaba inconsciente.

Cuando soltó el tirador, ella se quedó colgando a medio camino del asiento y de una ola que había inundado su lado del coche. Él se puso en cuclillas sobre su propio asiento y su dolorida entrepierna para retirar el plástico. Mientras lo usaba para limpiar sus huellas del tirador de la puerta, una ola hizo que ella le rozara la mano. Le recordaba a un perro apaleado intentando apaciguar a su amo.

—Zorra buena —murmuró para deshacerse del asco—. Ahora, abajo.

Pero casi se olvidó de colocar sus dedos inertes sobre el tirador para dejar allí sus huellas. Quitó las suyas del freno de mano y cerró la otra mano de ella sobre él. Después, dejó que los dedos cayeran en el agua que inundaba el suelo. Tuvo que eliminar sus huellas de la puerta del copiloto también por si alguien se molestaba en examinarla. Cerró su ventanilla y la limpió. También aprovechó el plástico para agarrar el tirador y salir, pero la puerta del conductor empujó a Shell contra él. La apartó con el codo hasta que la ola bajó y empujó el tirador, abriendo su puerta. Posó el pie sobre el asfalto justo a tiempo para encontrarse con una ola que le llenó de agua el zapato y el calcetín. No fue esa la razón por la que dijo:

—Zorra inútil.

Su manera tan espantosa de conducir no le había dejado espacio para ponerse de pie sobre la rampa en su lado del coche. Se inclinó para coger el volante con ambas manos a través del plástico para girarlo tanto como fuese posible.

—Pensaste que no sabía conducir, ¿verdad? —le preguntó al inerte cuerpo—. Equivocada, como siempre. No hay nada útil que yo no sepa hacer.

También tuvo que echarse hacia un lado del coche mientras las olas hacían lo posible por que perdiera el equilibrio y cayera al río. Echó las piernas a un lado aunque aquello le provocara un dolor punzante en la entrepierna y bajó el freno de mano. Lo agarró con las dos manos y hundió el pulgar en el botón para poder mover la palanca de cambios. En cuanto se quedó plana, se enderezó y se golpeó con el

marco de la puerta en la coronilla. Cerró la puerta de golpe aún sosteniendo el plástico mientras una ola vaciaba todo su contenido en sus tobillos y se preparó para levantarse hiciera lo que hiciese el coche. No tenía esperanzas de que se moviera ni unos centímetros.

Supuso que las olas lo empujarían por la rampa, pero lo que hicieron fue anclarlo aún más en el sitio. Parpadeó para aclararse los ojos de la última racha de lluvia y se giró hacia atrás para empujar el testarudo coche. Tenía las manos puestas sobre la puerta trasera de los pasajeros cuando el zapato quedó atrapado en el volante. Podía caerse por la rampa o ser arrastrado con el coche cuando al fin consiguió liberarse. Él no iba a acabar en el río, era Shell quien acabaría allí. Aquel pensamiento le hizo recuperar el control. Empujó el techo metálico y consiguió volver a ponerse en posición vertical haciendo bajar el coche por la rampa. En cuestión de segundos, una ola chocó contra el techo y arrastró el vehículo hacia el río.

Permaneció allí en la rampa mirando. Durante un momento pensó que el cuerpo de Shell se movía dentro del coche, pero solo era su gorra la que se movía tras el cristal trasero. Fue de un lado a otro como un pez muerto hinchado hasta que el coche se hundió bajo las negras aguas. El movimiento de las olas parecía hacer visible su emoción aunque cada vez estaba más en calma. Cuando la marea volvió a alcanzarle los pies, se dirigió a casa.

Los autobuses habían dejado de circular. Tenía una hora de camino por delante como mínimo. La lluvia era más fuerte que antes y le escocían los arañazos de la mano. De todas formas, no le importó. Las pocas personas que se encontró por las empapadas calles parecían tan mojadas como él y no estaba de humor para hacer comparaciones. Tenía que recordar no dejar que le vieran sonreír demasiado. Nadie más debía saber su nuevo secreto, la única había sido Shell, antes de ser demasiado tarde. La mejor parte del trabajo de aquella noche fue que ella lo había ayudado. Su sesión con Vincent le había hecho sentirse inseguro de sí mismo, pero ya no había necesidad. Lo de Shell probaba que no se había quedado sin ideas.

Patricia intentaba hacer café en la cafetera eléctrica cuando su padre dijo:

—¿Por qué te has despertado del sueño embellecedor, Trish? No tenemos que levantarnos para trabajar los sábados.

—Me gustaría ver cómo te haces la comida si nosotras no la hiciésemos, Gordon —dijo su madre—. ¿Y no crees que ya es lo bastante guapa?

Se dio un golpecito en la frente como para desorganizar sus líneas paralelas y arrugó su pequeña boca juntando así las dos mitades del cuidado bigote. Después levantó ambas cejas negras a la vez economizando el espacio entre las líneas que había bajo el poco pelo mientras abría los grandes ojos azules que reflejaban su honestidad. La chata y grande nariz no se unió a la actividad.

—Trish sabe que lo sé —dijo el padre de Patricia.

—No hace falta que lo digas, papá. Ya sabes que no me considero así.

—Ganarías muchos honores si lo hicieras. Las damas, o se dice las mujeres, ahora, me tendréis que perdonar por despertar y sentirme anticuado. Toda la culpa de esto la tienen los ordenadores del banco.

—Mientras estés aquí para la comida, lo haremos —dijo Valeria—. ¿Cómo te va con Dudley Smith, Trish? ¿Debería conocerlo?

—No hay otro como él —dijo Patricia mientras se servía huevos revueltos de la fuente cretense rojiza con una cuchara—. Amigos.

—¿No había un tipo de la universidad que era más que eso?

—Gordon. Espero que muestres un poco más de tacto cuando la gente acuda a ti pidiéndote consejo.

—Vale, mamá, ya lo he superado. Él quería ser algo más e insistió hasta que me volví muy desagradable con él y no me importaría volver a mostrarme así.

—Dios mío, si te refieres a lo que estoy pensando...

—Casi, papá, pero como digo, pude con él. Me dio la impresión de que no volvería a intentarlo con nadie más. Ahora, si no os importa... no pongas esa cara de preocupación, mamá, es algo que no iba a contaros nunca.

Para asegurarse de que ahí terminaba todo, miró más allá de donde estaban sus padres y por las ventanas que llegaban hasta el suelo del comedor. Más allá de la esbelta alheña que rodeaba el gran jardín y que brillaba con la luz del sol, había un golfista madrugador en un carro que daba resoplidos según subía hasta lo alto de un montículo y después se alejaba por el lado más lejano con la parsimonia de los jubilados. A Patricia le hizo gracia el parecido con un juguete mecánico. Entonces Valeria dijo con algo de neutralidad:

—Dudley Smith es el joven escritor de misterio, Gordon. Nos habrás escuchado mencionarlo. Trish tiene que llevar la entrevista a la imprenta el lunes.

—Creo que ya hemos cubierto casi todo lo que necesitamos. Encontré dónde trabaja su viejo profesor de lengua, pero no estará disponible esta semana, por

enfermedad.

—Se supone que debemos presentar a Dudley Smith a nuestros lectores. No me gustaría incluir cosas que él no deseara —dijo Valeria, a la vez que sonaba el teléfono en el recibidor.

—Hablando del rey de Roma... Quizá quiera reunirse con Trish —le dijo Gordon con una sonrisa de algo más que de disculpa que pronto se desvaneció. Unas cuantas desgarradas zancadas lo llevaron hasta el recibidor.

—Martingala —dijo—. Buenos días. ¿Con cuál de las creativas desea hablar? La mayor viene de camino.

Patricia observaba una pelota de golf que se reducía cada vez más hasta convertirse en una manchita de tiza en el mar cuando su padre se reunió con ella.

—No estaba en lo cierto, entonces. Vuestra revista tiene que estar en pie y preparada casi tan temprano como los viejos directores de banco —dijo.

Parecía listo para retomar el primer tema cuando Valeria llamó a su hija. Patricia se dirigió deprisa hacia el gran recibidor color claro decorado con las flores prensadas entre cristales que ella recogió en su infancia durante las meriendas en el campo. No podía definir con exactitud el grado de preocupación que expresaba Valeria con motivo de la llamada.

—Es Walt —dijo Valeria.

—Walt —dijo Patricia mientras su madre la dejaba a solas.

—Hola.

Después de una pausa innecesaria, dijo:

—Siento tener que decirte que hemos perdido a Shell Garridge.

—¿Quieres decir que deja una vacante?

—No en ese sentido. Se mató anoche o esta madrugada.

—¡Vaya! —Patricia estaba sorprendida, pero también intentó parecer afectada—. ¿Cómo ha sido?

—Aún no han dicho mucho en las noticias locales. Un tipo que paseaba a su perro la encontró en su coche en la playa. Todo lo que he conseguido que la policía me diga es que de alguna forma se cayó al río conduciendo. Supongo que todos vimos cuánto le gustaba beber.

—Es horrible. Qué lástima.

Patricia guardó un momento de silencio que esperó que pareciese tristeza y continuó:

—Entonces quieres que yo...

—¿Cuánto tardarías en escribir su necrológica?

Patricia se sintió un poco culpable por no haberse anticipado a la petición, pero también estaba un poco desconcertada.

—¿Cuánto tardaría?

—Mucho más de dos mil palabras sería un problema.

—¿Menos, entonces?

—Supongo que te costará hacerlo así de escueto. Tenemos cuatro páginas con algunas fotos y subtítulos. La imprenta lo necesita el lunes a primera hora. Lo puedes mandar directamente por correo electrónico, ¿de acuerdo? Si es necesario, que Valeria lo edite antes de enviarlo. Envíame a mí un boceto también.

Patricia tenía que haber admitido que no sabía mucho sobre Shell, pero aquello perjudicaría la elección del periodista que su madre llevó a cabo.

—Consigue todos los testimonios que puedas de la gente que la conocía —dijo Walt—. Quizá puedas encontrar una cinta suya para escucharla. De acuerdo, no dejes que te quite más tiempo. Pásame a Valeria.

—Al teléfono, mamá —gritó Patricia, sintiéndose absurdamente como si pidiera ayuda.

—Espera, ¿has enviado algo de Dudley Smith ya a la imprenta?

—Iba a darle un retoque esta mañana.

—Que llegue a tiempo también el lunes. Déjame hablar con Valeria.

—¿Qué tendremos que eliminar? —preguntó Valeria—. Tendremos cuatro páginas extra, claro —le dijo a Patricia—, como si eso resolviera el problema.

Patricia se dirigió al cómodo y discretamente despejado comedor y se encontró a su padre esperando, murmurando algo.

—¿Estás segura de que te ocupaste bien del cerdo que has mencionado?

—Más que bien, papá. Tampoco era tan malo como te lo imaginas y tampoco fue suya toda la culpa. Yo podría haber sido más tajante mucho antes.

—Recuérdame su nombre.

—Era Simon, ¿no Trish? —dijo Valeria de camino hacia la habitación—. No creo que sea así del todo.

—Esto es por lo que no os lo he contado nunca.

Le estaban haciendo sentir que, solo porque tenía menos estatura que la media, no podía cuidar de sí misma. El mismo error que cometió Simon, supuso.

—No quería preocuparos, no hay necesidad —dijo.

—No deberías guardarte las cosas malas dentro —insistió Valeria—. Así no es como un escritor hace las cosas. Sabía que algo iba mal entonces y te lo pregunté, ¿recuerdas?

—Mejor será que comience —dijo Patricia tomando un último bocado del desayuno antes de llevar los platos al fregadero.

Ya en su habitación, estiró el edredón estampado con un cielo estrellado y trasladó la novela de Margaret Atwood que había terminado la noche anterior del suelo a las estanterías llenas de páginas de periódicos estudiantiles con su firma. El ordenador ya había mostrado la pantalla de inicio. Un motor de búsqueda le proporcionó varias referencias de Shell, empezando por su página web. Pinchó sobre la dirección y comenzó a aparecer la cara de Shell en la pantalla.

Apareció bajo un titular en rojo que proclamaba: «Shell Garridge, cómica». Fue saliendo poco a poco, primero los ojos que expresaban más reto que bienvenida. Su

pequeña nariz chata tenía poco que añadirle a aquellos, pero a medida que se formaba, Patricia tuvo la innecesaria impresión de que era agua gris drenándose lo que estaba revelando la cabeza de Shell. Luego llegó la boca. Tenía la comisura derecha un poco levantada como sonriendo o riéndose, no estaba claro. La imagen de Shell se detuvo en la barbilla para dejar espacio para un titular en el que se leía: «¿Te hago reír?». Patricia pensó que aquello podía tomarse fácilmente tanto como por un atrevimiento como por una invitación. La página no contenía nada más que la dirección de correo electrónico y el teléfono móvil de Shell. Había anuncios de otras páginas: notas de prensa, fotografías, Shell entrevistándose a sí misma, enlaces a los sitios web de la gente a la que ella admiraba... pero aún estaban en construcción.

—Otra que no da demasiada información —murmuró Patricia pensando en Dudley Smith, pero sin ninguna relevancia en lo de Shell.

Fue a por su teléfono móvil, que estaba encima de la mesilla de noche y marcó el número que aparecía en la pantalla. Al menos habría seguido la pista solitaria, si es que lo era, que ofrecía la página.

El teléfono comunicó cinco veces y entonces le pareció que alguien contestaba.

—Shell Garridge —dijo la voz de Shell—. Si no eres un acosador, no tienes nada que temer. Di quién eres, qué quieres y cuándo puedo devolverte la llamada.

Patricia pensó que el mensaje podía ser humorístico. La referencia a un acosador sugería algo de paranoia, cosa que no pintaba nada en un homenaje. Se preguntaba si debía dejar un mensaje grabado por si alguien escuchaba la cinta cuando una voz no muy segura dijo:

—¿Hola?

Patricia pensó que podía ser Shell o alguien intentando imitarla y dijo:

—Hola.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

—Soy reportera, Patricia Martingala. ¿Puedo preguntar quién es usted?

—Eres una de ellos, ¿no? Esperaba que ya estuvieseis por todas partes.

Casi con amargura, la mujer añadió:

—Soy su madre.

—Lo siento, señora...

—¿Ni siquiera lo sabe? Garrett —dijo la madre de Shell con orgullo o resentimiento.

—Siento mucho su pérdida. Trabajé con Shell durante un corto tiempo.

—No parece que la conozcas. ¿En qué trabajabais juntas?

—En *La Voz del Mersey*, la revista nueva. Escribía una columna para nosotros.

—Me lo dijo. Solía decir que le pusisteis el nombre a la revista por de ella.

—¿En serio?

Patricia intentó parecer divertida, pero no demasiado.

—Lo escribiré. Vamos a publicar un artículo sobre ella.

—¿Qué más vais a escribir?

—Solo estoy empezando la investigación. Me enteré de la tragedia hace solo unos minutos. Por favor, no tiene que hablar si no quiere, pero ¿hay algo más que piense que debería incluir?

—Puedo hablar. No me sorprende que se haya ido de esta manera. Habría sido o la bebida o algún hombre haciéndola callar. Supongo que no escribiré eso.

—Quizá no —admitió Patricia.

—¿No les gusta tanto la verdad? Entonces no deberían haberla dejado trabajar con ustedes si no quieren ni siquiera saber cómo era ella.

—Claro que sí, señora Garrett, si no le importa contármelo.

—Abusaron de ella cuando pensaba que no sabía decir que no.

—Ojalá lo hubiese sabido, podríamos haber hablado.

—¿También le ocurrió lo mismo?

—No hasta esos extremos, pero podría haberla comprendido.

—Supongo que no hasta esos extremos. Tenía doce años y se trataba de su padre.

—Caramba, lo siento —dijo Patricia dándose cuenta de que era la segunda vez que lo decía—. Eso es horrible. ¿Qué fue de él? ¿Shell...?

—Me lo contó una vez que ya estaba muerto. Buscaba pelea cuando estaba borracho y seis hombres le pegaron en la cabeza.

—Bueno, supongo que eso... —decía Patricia sin tener ni idea de cómo seguir y sintiendo que ya se había atrevido demasiado—. ¿Sabe lo de Shell y su padre mucha gente?

—Solía contarlo en sus actuaciones cuando se sentía deprimida, pero nunca decía que se trataba de ella.

—¿Sabe si hay alguna grabación de esa actuación?

—Yo no tengo ninguna ni tengo noticias de que las haya —dijo la señora Garrett descontenta—. Quizá sea mejor que averigüe lo de las cintas en vez de lo que le estoy contando.

—Me gustaría utilizar las dos cosas y cualquier otra información que piense que yo debería saber.

—Ese era su secreto, el único que tenía. Si no le vale con eso, no tiene sentido que siga interrogándome.

—Le aseguro que no quería insinuar que...

—Me da igual el lenguaje educado. Solo está haciendo su trabajo y yo soy una vieja zorra amargada. Déjeme escuchar las noticias y vaya a ver si alguno de sus amigos tiene algo bueno que contar sobre mi Shell.

—Seguro que sí —se sintió obligada a contestar Patricia.

Pero cuando terminó, ya no había nadie escuchando.

Dejó el salvapantallas del ordenador con el sonido de las olas y bajó corriendo a la cocina donde Valeria estaba cortando ajo en láminas casi al compás de la marcha de Mozart.

—¿Comprobamos si el *Merseyside* está diciendo algo sobre ella? —sugirió

Patricia.

Al principio parecía que no había tiempo para Shell entre las noticias sobre robo y redadas policiales, pero entonces el locutor anunció:

—Están lloviendo homenajes en memoria de Shell Garridge, la controvertida cómica que ha muerto esta madrugada.

—Era única. Era cómica como ninguna otra —decía Sharika Kapoor.

Tulip Bandela la describió como la comediente más atrevida con la que jamás había trabajado.

—No tenía miedo de ser divertida —decía Ken Dodd—. Se ha ido lejos y ha dejado en Liverpool mucho más que una reputación.

—Acabo de hablar con su madre —dijo Patricia—. Su padre la violó cuando tenía doce años.

Valeria quitó la radio cuando comenzó la predicción del tiempo, que anunciaba aún más calor.

—Si alguien puede averiguar cosas tan íntimas esa eres tú.

—Sé que me crees, pero no hay necesidad de...

—Cree en ti misma, Trish. Eso es mucho más importante.

Valeria la miró desde la puerta y dijo:

—Quizá el escribir sobre ella te haga sentir cosas que no querías admitir que sentías.

En vez de preguntarse en voz alta qué podría ayudarla a cumplir el plazo de entrega, se fue al piso de arriba. La pantalla del ordenador estaba en blanco, como su mente; solo el sonido del agua le reafirmó en que el sistema no se había estropeado. Cuando regresó la imagen, retrocedió para buscar la siguiente referencia sobre Shell, la página de las celebridades de Liverpool.

Era considerablemente más informativa que la de Shell. Michelle Garrett había nacido en 1978 en Toxteth. Se hizo famosa por primera vez en el *Paddington Comprehensive*,^[4] donde escribió un artículo en una revista de educación alternativa llamada *Apisonadora* y se sintió muy orgullosa de que tantos padres y alumnos varones se hubieran quejado al director. En 1997, ella y sus compañeras de estudios politécnicos, Tulip Bandela y Sharika Kapoor, formaron Gente del campo, un trío musical y feminista. En 1999, cuando sus colegas insistieron en renombrar el grupo como *Inteligencia femenina*, se cambió el nombre por el de Shell Garridge y emprendió su carrera en solitario. Representó a Debbie la estibadora en el episodio piloto de una serie televisiva que no se emitió: *No nos llamen damas* y a Sin Botones en el musical navideño: *Panto sin pantalones*.

Patricia pensó que Dudley Smith podría haber hablado con Shell sobre lo de causar controversias en el colegio. Quizá el encontrar algo en común podría haberles ayudado a salvar sus diferencias. Sintió como si Dudley merodeara por sus pensamientos. Se deshizo de él pinchando sobre la entrada de Tulip Bandela. Estaba comenzando a escribirle un correo electrónico cuando el teléfono sonó.

—¿Es la reportera? He olvidado su nombre.

—Patricia Martingala.

—Mary Garrett —dijo la madre de Shell—. Tenía su número en el teléfono. Antes fui cortante con usted.

—Por favor, no se preocupe por eso, señora Garrett. Cualquiera entendería su situación. ¿Me llama solo por eso?

—No. Me dejó pensando y llamé al bar donde Shell actuó anoche. Hable con ellos.

Patricia estaba ansiosa por saber por qué.

—¿Sí?

—Tengo algo para usted.

Quizá no vacilaba para conseguir causar algún efecto, pero fue lo que le pareció a Patricia.

—Le diré lo que creo que debe hacer con ello —dijo la señora Garrett.

—¿Por qué tienes ese aspecto, Dudley? ¿Has matado a alguien?

Al principio solo vio una luz que le daba en los ojos. Conoció a Vera por la voz, pero no supo decir cuánta gente se había parado para mirarlo. Entonces el borde del tejado de un bloque de tiendas ocultó el sol y pudo verla fuera de la puerta cerrada del centro de trabajo a la distancia de un ataúd. No había nadie más que ella pendiente de él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó lo bastante alto para que ella lo oyera.

Su cara llena de pecas dibujó una sonrisa que coqueteaba con una disculpa.

—Confía en mí, una mujer que ve que has estado haciendo algo este fin de semana. No te habrás buscado una novia, ¿verdad?

La diversión llegó a sus labios y no vio ninguna razón para no dejarla salir.

—Estás en lo cierto, salí con una chica.

—¿De verdad? No te estarás inventando una de tus historias...

No había comprendido aquella decepción, parecida a la incredulidad, hasta que se dio cuenta de que Colette se unía a ellos.

—Ese no es el género que escribo —dijo.

—Tenemos la esperanza de que llegue a serlo, ¿verdad, Colette? Nos encantaría que nuestro Dudley escribiese una historia romántica, bonita y sensiblera.

—No les hagas caso.

Había llegado Trevor, que se frotaba la raya del pelo como si quisiera dejarla más brillante o alejarla más de la frente.

—Escribe lo que tengas que escribir si con eso consigues un trabajo mejor —dijo.

Colette agitó la cabeza para quitarse la morena melena de la cara y dijo:

—Yo no dije que no debiera hacerlo.

—Ni esta entrometida tampoco.

Vera esperó en vano a que alguien contradijera la descripción que había hecho de sí misma y prosiguió:

—No queremos cambiarte, Dudley. Lo único que te decía era que parecías contento contigo mismo.

Tenía un buen motivo y nadie podría sospecharlo. Se había percatado de un cartel que había en un puesto de periódicos y que decía: *Comediante local aparece muerta en el río*. Varios de sus compañeros viajeros habían estado leyendo el periódico en el tren así que pudo observar que decían que había bebido antes de sufrir el accidente. No había duda de que el estado en que estaba no solo la había hecho tomar la ruta equivocada durante la tormenta sino que también la había dejado incapaz de escapar del vehículo antes de que las olas alcanzaran la puerta y esta la golpeará dejándola inconsciente. Dudley sonreía porque Vera le había dado una excusa al decir:

—Espero que nos traigas tu historia para que la leamos.

—Todo el mundo podrá verla cuando la publiquen.

—¿No nos vas a dejar echar un vistazo gratis ni siquiera a tus amigos?

—No le quitéis sus derechos de autor —dijo Trevor.

Dudley consiguió no admitir que no esperaba ninguno. Hasta aquel momento no se le había ocurrido que su madre le había urgido tanto que aquel detalle del contrato también se le había pasado por alto. Luchaba por controlar su rabia cuando Colette dijo:

—Me compraré un ejemplar si me dices qué tengo que comprar.

—Ahí tienes, Dudley —dijo Vera—. Ahora di que no es tu amiga.

—Nunca he dicho lo contrario —replicó, a la vez que se giraba completamente hacia Colette—. Saldrá esta semana. *La Voz del Mersey*.

—¿No es esa...?

¿Le habría reconocido alguien por detrás? Se dio la vuelta con mucho brío y descubrió que la responsable de la interrupción era la señora Wimbourne.

—¿Aún no te has ocupado de eso? —dijo, empezando a fruncir el ceño.

Aquel movimiento le había despertado el dolor de la entepierna.

—¿Cómo? —preguntó entre dientes.

—Por favor, no me pongas cara de asco.

Hasta que no selló los labios por completo, ella no continuó.

—Se suponía que debías contactar con los editores.

¿Estaba intentando ponerle en ridículo delante de sus compañeros? Pensó desesperadamente en la forma de hacerla callar cuando de pronto se dio cuenta de que estaban siendo testigos de lo poco razonable que ella estaba siendo.

—¿Qué se supone que debo decir de nuevo?

—Estoy bastante segura de que ya lo sabes.

Probablemente su pausa estaba destinada a forzarlo a confesar.

—Tenías que decirles que quizá tengan que continuar sin ti —dijo finalmente.

—¿Eso es bastante ruin, no? —protestó Trevor.

—No estaba abriendo debate, Trevor. Nadie está seguro cien por cien en su trabajo hoy en día, ni siquiera yo. Si yo estuviese en tu lugar, no haría nada que hiciese mi situación aún menos segura.

Dudley no tenía claro en qué medida aquello iba dirigido a él. Mientras ella sacaba las llaves de su bolso gris metálico y abría la puerta, Trevor dijo a sus espaldas:

—Un poco ruin.

Intentó hacerle una reverencia después de hacérsela a Vera y a Colette, pero ella chasqueó los dedos para que se diera prisa en cruzar la puerta. Iba en cabeza llegando a la fila de sillas de plástico cuando dijo:

—Aún no hemos escuchado tu respuesta, Dudley. Pensé que tenías que informar a alguien.

—Lo haré hoy. La semana pasada él estaba de vacaciones.

Ella cerró la puerta con tanto vigor que hizo sonar la ventana, después cerró el

bolso con un golpe, para después elevar el tono de su voz:

—¿Me estás diciendo que no has intentado informar a esta gente de cómo están las cosas?

—No hay por qué. Les he vendido mi historia, no puedo evitar que la saquen.

—Vaya, ¿de verdad estás tan indefenso?

Antes de que pudiera advertirla de que era cualquier cosa menos eso, siguió:

—Me sorprende que quieras darle esa impresión a Colette.

—No quiero darle nada.

Vera le hizo un mohín de reproche sobre las cabinas mientras Colette se marchaba rápidamente a la sala de personal.

—Ten en cuenta lo que te he dicho —dijo la señora Wimbourne—. Estoy segura de que quienquiera que sea con quien tengas que hablar atenderá a razones si le dices que estás poniendo en peligro tu trabajo.

—Aún no sabe si va a ser así. No me puedo creer que pueda serlo.

Se sentía como si ella estuviese decidida a robarle todos sus méritos y después vio cómo podía transferirle parte de la impotencia que le estaba haciendo sentir.

—Entonces, ¿asumirá la responsabilidad? —preguntó.

—Más bien creo que debería ser tuya, pero ¿sobre qué?

—Del dinero que pedirán. Ya han imprimido mi historia. Les costará mucho dejarlo ahora.

—No me digas que te lo reclamarían a ti.

—Lo dice en el contrato, si les impido que publiquen la historia.

Ya que parecía que se estaba creyendo la mentira, añadió:

—Tendría que pagarles a ellos mucho más de lo que me han pagado a mí.

—Me parece que tendrías que haber pedido consejo antes de firmar nada. ¿Cuánto te han pagado?

—Hasta que no la publiquen, nada —dijo Dudley, regresando a la verdad—. Quinientas.

—El premio del concurso, por lo que veo.

No estaba tan impresionada como habría esperado que lo estuviese alguien al oírlo.

—¿Y cuánto por la película que dijiste que te habían propuesto hacer?

—Nada hasta que esté hecha. Un uno por ciento de todos los beneficios.

—Debo decir que sé tan poco como tú de estas cosas, pero no me sorprendería que intentaran aprovecharse de tu inexperiencia.

Dudley sintió como si todo el calor se le estuviera acumulando debajo de la piel. Tuvo que contener su rabia con una dolorosa respiración hasta que supo cómo hacer que su atrevimiento se volviera contra ella. Soltó el aire en silencio mientras ella lo miraba con desagrado.

—Déjame que te diga que te has metido en un buen lío. Esperemos que los que tengan que decidir se pongan de tu parte. Ahora será mejor que te prepares para

trabajar.

Esperó a que él le levantara la tapa del mostrador. Mientras se dirigía al aseo de señoras, apareció Vera seguida de Colette.

—No has estado muy agradable antes —le dijo Vera—. Ten cuidado, no te vayan a volver a arañar.

—¿Qué quieres decir? —objetó, aunque ya lo sabía.

—A la vista está que ha tenido una especie de pelea desde la última vez que lo vimos, ¿verdad, Colette? —dijo Vera señalando los arañazos que Dudley tenía en la mano—. ¿Fue por algo que dijiste, Dudley? ¿O intentaste llegar demasiado lejos?

—Se comportó como una zorra, eso es todo.

—Eso no nos gusta nada, ¿verdad? Las chicas tenemos que permanecer unidas.

Mientras que Colette intentaba expresar asentimiento, Vera dijo:

—¿Nos estás tomando el pelo, Dudley? Pensé que te habías peleado con un gato o un arbusto en la colina donde vives.

Se sintió como si hubiese caído en una trampa que ni siquiera era capaz de identificar.

—Entonces no te crees que haya podido estar con una mujer.

—Con ninguna que te haya podido hacer eso. No me había imaginado que fueses de la clase de hombres capaces de forzar a nadie. Aunque, son los más calladitos con los que hay que tener cuidado, ¿no es así, Colette?

Colette pareció tomarse aquello, y mucho más, como una invitación a ser una de esas mujeres. Con más frustración de la que era capaz de ocultar, Vera dijo:

—¿Qué querías preguntarle a Dudley afuera, cuando nos interrumpió la directora?

—Sobre tu revista, si es que vas a seguir en ella.

—Sí, nadie va a detenerme.

—¿No era la revista para la que se suponía que trabajaba Shell Garridge?

—Aún lo hace, a no ser que haya molestado tanto a alguien que se hayan deshecho de ella.

Mostró un poco de pánico, cuidándose de no sonreír, mientras continuaba:

—¿Queréis decir que ha ocurrido algo con la revista?

—Con la revista, no. Ella está muerta. Se ahogó en el río.

Disfrutaba con su secreto delante de la gente de la oficina, pero se había olvidado de preparar su reacción ante la noticia. Lo mejor que pudo improvisar fue:

—¿Cómo acabó allí?

—Aún no lo saben. Supuestamente condujo más allá del paseo del río. No sé cómo pudo hacer tal cosa con tanta lluvia, ni siquiera alguien como ella.

Para su gusto, aquello sonó demasiado parecido a una acusación. Y más aún:

—No parece muy alterado. ¿La llegaste a conocer?

—No —enseguida se arrepintió de su prudencia, que le hizo parecer demasiado insignificante—. Claro que sí —dijo—. Quiso conocerme después de leer mi historia.

—¿Era tan genial en persona como en el escenario?

Aquello le molestó tanto que respondió:

—No creo que lo fuese de ninguna de las dos formas.

—A algunos hombres no les gustaban las cosas que decía sobre ellos —le aseguró Vera a Colette—. Deberías haber intentado comprender su punto de vista, Dudley. Podría haberte convertido en más que un escritor.

—La verdad es que sí me dio algunas ideas.

—Espero que se lo agradezcas cuando las escribas. Me refiero a agradeceréselo por escrito.

Mientras intentaba no contestarle, Colette continuó:

—¿Dónde la viste, entonces?

—Ya te lo he dicho.

—No, no lo has hecho. Colette se refiere a dónde la viste actuar.

Solo fue capaz de pensar una respuesta segura.

—En la televisión.

—¿Qué estaba haciendo allí? —preguntó Colette—. Solía decir que estaba en contra porque no dejan que las mujeres se expresen, que solo sale lo que los hombres quieren oír.

—No lo sé —dijo Dudley sonriendo acordándose de la verdad—. La apagué.

—No creo que haya mucho de lo que reírse cuando muere alguien —dijo Vera.

—Tampoco lo había cuando estaba viva —dijo Trevor.

—Solo es tu opinión —dijo Colette.

—Entonces, escuchemos lo que tú tienes que decir, tesoro. ¿Qué tenía de genial? ¿Que les hacía sentir incómodos a los tipos como Dudley? Miradle. Yo diría que lo hacía.

Mientras Dudley pensaba en cómo rechazar la ayuda de Trevor, que se había convertido en cualquier otra cosa menos en eso, Colette dijo:

—¿Recuerdas cuándo la conociste?

—¿Qué te hizo, Dudley?

Vera quería que todo el mundo se enterara.

—Nada, no podía hacerme nada.

No sabía qué más podía haber dicho para poner fin al fastidio que estaba sintiendo, pero la señora Wimbourne salió del aseo de las damas desprendiendo su perfume, y dijo:

—¿Estáis todos listos para las aventuras de hoy?

Al menos estaba distrayendo la atención de él, una atención no bien recibida, no de la clase que él merecía. Casi había alcanzado su cabina cuando su teléfono móvil comenzó a sonar con el tema de la película *Halloween*.

—Sé rápido con quienquiera que sea si no es urgente —dijo la señora Wimbourne—. Abrimos en menos de cinco minutos.

—Dudley Smith —dijo, como si hablara desde su oficina privada.

—¿Qué tal estás esta soleada mañana?

Walt debió pensar que la pregunta se había contestado a sí misma porque añadió inmediatamente:

—¿Has tenido nuevas ideas este fin de semana?

—Podría ser.

—¿Algo que quieras compartir?

—Aún no lo sé —dijo Dudley queriendo decir que no.

—De acuerdo. Supongo que estás en el trabajo. ¿Sabes que eres una de las últimas personas con las que Shell Garridge habló?

Durante unos instantes que se prolongaron peligrosamente, Dudley no fue capaz de decir nada.

—¿Cómo lo sabe? —consiguió decir al final.

—Ya veo que no te has enterado de la noticia. El viernes por la noche su coche se cayó al Mersey y se ahogó.

Dudley tuvo que asegurarse de que nadie de la oficina se diera cuenta de que había mentido cuando dijo:

—No lo sabía.

—Sé que es una sorpresa. Lo ha sido para todos nosotros. No se había visto nunca a nadie tan viva como ella, es increíble que se haya ido, ¿verdad?

—Algo así.

—No hace falta decirte que queremos darle la mejor despedida posible. Voy a pedirte un favor.

—No creo que tenga mucho que decir sobre ella.

Aquella petición era tan inesperada que Dudley dio más respuesta de la que merecía.

—No creo que tenga nada —corrigió.

—No te estaba pidiendo que hablaras sobre ella, aunque estoy seguro de que encontrarías un par de pensamientos que serían muy bien recibidos en las próximas horas. No, la situación es que solo disponemos de la columna que ella escribía y Patricia ha escrito un buen artículo sobre ella. Así que íbamos a publicar ambas cosas cuando Patricia, bueno, ya sabes lo minuciosa que es, apareció con una primicia de verdad.

Dudley supuso que no podía evitar preguntar:

—¿Cuál?

—Una grabación completa de una de sus actuaciones. Por lo visto, una señora la grabó para su hija porque esta no pudo asistir. Lo ideal sería que hubiésemos podido sacarla, pero la calidad es demasiado pobre y no tenemos tiempo para mejorarla. Queremos publicar la transcripción esta vez y quizá sacar la cinta en una segunda parte.

—Aún no sé qué quiere que yo haga —se quejó Dudley cuando la señora Wimbourne lo fulminó con la mirada mientras se dirigía a abrir la puerta.

—Todo este material extra ha modificado la maquetación de la revista. ¿Te

importaría mucho si dejáramos tu historia para la próxima? Es el único contenido que nos deja el espacio que necesitamos. Haremos un resumen que haga que todo el mundo quiera leerla y pondremos tu nombre en la portada y te daremos el artículo principal.

La señora Wimbourne dejó entrar a Lionel y miró a Dudley con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿podríamos hacerlo por ella? —dijo Walt de golpe en su oído.

Dudley habría sido capaz de acceder más fácilmente si Walt no lo hubiese dicho de aquella forma. Tuvo que apretar un puño sobre el mostrador antes de poder decir:

—Si eso os ayuda...

—Más que eso, nos salva la vida. No olvidaré lo que has hecho hoy por nosotros. Debería decirte algo más.

Dudley vio a la señora Wimbourne acercándose a él con el guarda detrás de ella, una visión demasiado sugestiva de un arresto inminente.

—¿Qué más? —espetó.

—La cinta que ha encontrado Patricia es de su última actuación, lo cual es perfecto aunque puede incluir ciertas cosas sobre ti. No te preocupes, nos aseguraremos de que nadie pueda averiguar que eres tú.

—¿Vas a terminar ya, Dudley? —le preguntó fríamente.

—Parece que todo el mundo te persigue hoy —dijo Walt—. De acuerdo, nos vemos el viernes para almorzar. Te aseguro que llevaré a los medios. Que te vaya bien y no dejes de ser creativo.

Después de un momento el teléfono se quedó tan muerto como Shell. Dudley se lo metió en el bolsillo como si se tratara de un secreto demasiado vergonzoso como para enseñarlo y levantó los ojos para encontrarse aquel montón de carne trajeada que le tapaba la vista y le invadía la nariz de feminidad.

—¿Todo ya bajo control? —le preguntó la señora Wimbourne.

No se abalanzó. Aunque había añadido todas esas presiones que le habían hecho acceder a la propuesta de Walt, no la agarró del pelo ni le aplastó la cabeza con todo su peso mientras le serraba la garganta de un lado a otro con el borde del cristal. Con tantos testigos, no. Tomó aire, aunque apestaba a perfume, y le devolvió la mirada.

—Sí —dijo.

Mientras seguía a Dudley por la gran columnata de ladrillo, Kathy vio que había mirado de soslayo más de una vez las opacas aguas del muelle Albert. Instintivamente sabía que pensaba en la chica que se había ahogado. Su sensibilidad era otra de las cualidades de su hijo de la que se sentía orgullosa, aunque eso significara avergonzarse ante todos los que se enteraran de que había renunciado a su primera publicación en la revista para hacerle hueco a un homenaje. Fuera de la galería Tate fingió sorprenderse ante el cartel de una exposición de imágenes violentas (se veía una cara tan atroz que parecía que de tanto gritar había perdido hasta el género), para que él caminara delante. Con su traje de verano gris pálido, que ella le había insistido en que se comprara, parecía tan elegante como se había imaginado. Aunque le preocupaba ver que aún no se había repuesto de la cojera. Le persuadió para que le confirmara que aquello había sido el resultado de la primera pelea que había tenido con la novia, a la que se alegraba no haber conocido nunca y que también le había obsequiado con unos arañazos en la mano. Quizá al no seguir con Trina, pudiera conocer a alguien mejor para él, ya que ahora se codeaba con gente casi tan creativa como él. Lo alcanzó en la puerta del Only Yoko's. Mientras él enseñaba su entrada en la puerta del restaurante japonés, no pudo evitar decir:

—Es Dudley Smith.

—Como si es el mismísimo Jack el Destripador, encanto —dijo el portero—, siempre que tenga una invitación.

Cuando se detuvo en el umbral, la envolvieron unas risas. Mientras no se rieran de Dudley, no pasaba nada. La alargada e inesperada profunda sala estaba llena de gente conversando y comiendo *sushi* en mesas minimalistas, bebiendo cerveza o pasándose unos a otros los decantadores de porcelana de sake. Todo aquello los distrajo de la inmediata sensación de que el aire acondicionado estaba puesto a tope. Cuando le llegó el frío a la desprotegida espalda sobre el vestido de seda negro largo hasta los tobillos, entonces se percató del alboroto y la confusión que Patricia Martingala estaba provocando vestida con sus vaqueros y su camiseta con el jovial dibujo de una boca y una lengua en forma de río.

—Dudley, estoy deseando que nos leas en voz alta —dijo casi gritando—. Kathy, estoy segura de que usted también o, ¿acaso le lee a usted en casa?

—Ojalá lo hiciera. Quizá en un futuro lo haga. Mi idea era que leyera esta noche para que no os olvidarais de él.

—Me alegro de que se le ocurriera —dijo Patricia mientras un hombre alto, bronceado, vestido con unos caros pantalones y una camiseta como la de ella caminaba entre la multitud.

—Aquí llega el hombre al que estábamos esperando —declaró.

—Y esta es Kathy, la madre de Dudley.

—Walt Davenport. Dudley, ¿ves dónde está Vincent? Los medios también han

venido esta noche por ti. Pide una bebida por el camino y déjame a mí pedirle una a la dama que impulsó tu carrera.

Kathy aceptó un pequeño cuenco de porcelana mientras miraba a Dudley caminar entre la muchedumbre y reunirse con un hombre de cara redonda y gafas, que estaba en medio de un grupo de periodistas con libretas de apuntes.

—¿Le importaría si voy a escucharlos? —dijo ella siguiendo a su hijo.

El hombre de las gafas parecía ser el que más hablaba. Mientras caminaba sobre el suelo de piedra entre la multitud que la hacía dar tumbos con una lentitud frustrante, le pareció que el frío artificial y el calor que desprendían tantas personas jugaban con ella a un juego que ninguno ganaba. Aún no había alcanzado al grupo cuando un periodista gritó:

—¿Dejamos esto para la rueda de prensa? No me estoy enterando ni de la mitad. Con todo este alboroto.

—Asegúrate de quedar bien, Dudley.

Kathy no había dicho aquello para que todo el mundo lo oyera, pero se lo podía haber dicho a solas si no llega a ser porque un hombre de camisa naranja y vaqueros azules se lanzó hacia él como un futbolista intentando hacer una entrada.

—¿Quién vive ahora de su nombre? —gritó—. Me alegro por ti, hijo.

Aunque el hombre se volvió de cara al público, mostrando cómo sus orejas competían en prominencia con las de Dudley, Kathy no podía creerse lo que estaba presenciando, o quizá simplemente no quería creerlo. A pesar de la repentina pausa, apenas moderó la voz al proclamar:

—Que todo el mundo sepa que es mi hijo, soy el padre de Dud.

Kathy se quedó mirando fijamente su cara abigarrada y rojiza, coronada de gris, con unos ojos pequeños que harían que la nariz y la boca parecieran demasiado grandes y aplastadas en contraste, y se preguntó cómo pudo haber estado enamorada de él. Aquello no se resolvía girándose hacia su hijo y gritándole:

—¡Démonos un abrazo!

Y en vez de abrazarlo, fingió pegarle un puñetazo y después haber recibido otro.

—Me ha engañado —gritó tambaleándose hacia atrás.

Dudley estaba visiblemente desconcertado, sin saber ni siquiera cómo moverse. Kathy avanzó hacia él, cosa que distrajo su atención de Dudley.

—¿Es esa Kath? —pareció preguntar Monty a toda la concurrencia—. Estás muy arreglada. Nunca te había visto así antes, ¿verdad?

—No. El vestido tiene menos de quince años.

—Oh, eso ha sido un golpe bajo. Llamad a la poli porque me han atacado.

El padre de Dudley se dobló hacia delante a medida que decía aquello y de pronto se puso derecho.

—Su madre ha querido que todos os enterarais de que no he estado con ellos tanto como debería haber estado, pero no me habría perdido esto, ni ella tampoco.

—Solo más de la mitad de su vida —dijo Kathy casi para sí misma.

—No he estado ausente tanto tiempo, ¿verdad, Dud? Solía llevarte a los sitios antes de empezar las giras. De todas formas, ahora he vuelto al lugar adonde pertenezco, estoy descubriendo mi lado liverpuliano.

Kathy pensó que su intermitente y creciente acento de Liverpool era casi tan insoportable como el hecho de verlo al lado de su hijo, especialmente porque Dudley parecía helado por la incomodidad que sentía.

—¿Adónde dices que perteneces? —no pudo resistirse a preguntar.

—Le corresponde a él decirlo, ¿no, Dud? ¿Crees que tengo algo que ver con lo lejos que has llegado?

Dudley se aclaró la garganta y farfulló algo. Después volvió a intentarlo:

—Supongo que tú me animaste a empezar a escribir.

—Díselo a ellos. Soy parte de ti, así que nunca llegué a irme del todo —dijo su padre girándose por completo hacia el público—. Por si alguien se pregunta quién es el imbécil pelón que está armando todo este jaleo, soy Monty Smith, el poeta, orgulloso de escribir versos en liverpuliano —añadió, aumentando su acento y llevándose el puño al corazón—. Los poemas deberían tratar sobre lo que siente la gente real y no sobre mariquitas que se pavonean entre las flores y se bañan en los lagos.

En medio del resentimiento que sentía, Kathy se quedó consternada al escuchar lo ordinario que se había vuelto desde que se habían separado. Tuvo la esperanza de que parte de las risas y los aplausos que había provocado fuesen irónicos, al igual que el grito de Walt desde el otro lado del restaurante:

—¡Deberías escribir para nosotros! ¿Te has traído alguno de tus poemas?

—Tengo algunos memorizados. Aquí va uno dedicado a una empresa de tarjetas de crédito.

Monty adoptó una postura pugilista y recitó:

Por favor quitadme las deudas.

Aumentadme las cuentas.

¿Por qué no usáis la caja?

Idos de aquí y haceos una paja.

Kathy podía haber fingido no escuchar el alborozo de su alrededor si no llega a ser porque Dudley no dudó en unirse a los demás por educación. Lo que más la desconcertaba era ver a Walt reírse con la cabeza echada hacia atrás. No sabía qué hacer para atraer la atención de Dudley y entonces la voz de una mujer dijo:

—Ese le encantaba a Shell.

—Prefiero oír eso a ser el poeta vaquero. Ya sabéis a qué me refiero, el poeta del lazo —dijo Monty.

Enseguida escuchó la respuesta que había esperado para bajar el tono:

—Entonces, ¿conocía bien a Shell?

—Mejor que nadie —dijo una mujer regordeta de pelo gris desde una esquina—. Yo era su madre.

—Aún lo es, encanto. Siempre que alguien la recuerde, lo es y nadie la va a olvidar nunca. Esa es la noticia más triste que he escuchado este año. Una gran liverpuliana que vio su carrera truncada demasiado pronto. Decía la verdad y nos hacía reír y si eso no es lo que se supone que debe hacer un liverpuliano, entonces yo soy un árabe y acabo de poner una bomba —dijo.

Se frotó el ojo derecho con tanta fuerza que se le enrojeció la mejilla y perdió su forma natural. Después, pareció calmarse.

—Trabajar con Shell fue un honor para mí y el estar ahora en la misma habitación con la mujer que nos la trajo al mundo también lo es. Es un honor para todos los presentes esta noche. Creo que sabrá cómo hacérselo saber.

Aunque su padre empezó a aplaudir, Dudley pareció no estar seguro de si unirse o no al aplauso. ¿No le importaba la forma en que el público había perdido el interés en él? Cuando Vincent, con sus anteojos, comenzó a aplaudir también, a Dudley le pareció bastante fácil imitar el gesto.

—Debo decir que hemos dedicado este número a Shell —gritó Walt.

—No me dejéis acaparar vuestro espectáculo, aunque todo lo que dije me salió del corazón. No pude contenerme.

—Estoy seguro de que nadie habría querido que lo hicieras. Ha sido una historia fantástica —les dijo Walt a los periodistas—. Nuestra revista ha hecho que padre e hijo vuelvan a estar juntos. Y ahora, aquí viene lo que todos habéis estado esperando.

Aquella era la clase de anuncio que daba paso a Dudley. ¿Era tan modesto que no se había dado cuenta de que hacía referencia a él? Kathy permanecía muda, pero animando a que Dudley o Walt hablaran cuando escuchó un ruido como si alguien se hubiese desmayado y después otro golpe. Se dio la vuelta y vio dos montañas de revistas que un mensajero había depositado en el interior del restaurante.

—Que nadie se vaya sin una revista gratis —instó Walt.

Con el cuchillo que una camarera con kimono le había dado, cortó la cinta de ambos montones. Dudley fue adonde Walt estaba quitando los envoltorios de plástico. Sin dudarle, le dio un ejemplar a Dudley, que tenía la mano extendida.

—¿Dónde está la parte que habla sobre mí? —preguntó Dudley enseguida.

—En la trasera. La próxima portada será para ti, te lo prometo.

Cuando Kathy se unió a ellos tuvo el tiempo justo, antes de que Dudley pasara la última página, para ver la fotografía de la portada en la que se veía Liverpool al amanecer con la silueta de la estatua del ave Liver sobre un gigantesco sol. La página estaba ocupada por un resumen de su obra y encabezada por el titular: «El mes que viene, gran historia de ficción del ganador de nuestro concurso: Dudley Smith». Le habría gustado regodearse en el elogio pero él siguió pasando las páginas hacia atrás. Se detuvo en una fotografía.

Mostraba la cabeza en forma de bala y los hombros de la chica que había ocupado

las seis páginas centrales, quitándole algunas a Dudley, pensó Kathy con un poco de vergüenza. Tampoco estaba contenta con el titular: «Conociendo a Shell», impreso el doble de grande que la leyenda de Dudley. Le dio la impresión de que Shell miraba a la cámara sin compartir con el público el chiste que le había provocado la sonrisa en los labios. ¿Sería aquel el motivo por el que Dudley parecía estar enfrentándose a la foto? Antes de que Kathy pudiera preguntárselo, Dudley se dirigió hacia las páginas que reproducían la actuación de Shell. Rápidamente negó con la cabeza como si rechazara las líneas que estaba leyendo y después se acercó más la revista. Fuese lo que fuese lo que estaba leyendo, le tenía tan preocupado que el manuscrito de su historia empezó a resbalarse fuera del sobre de papel manila que tenía bajo el brazo, pero Kathy los rescató a ambos.

—No has cambiado nada —dijo bruscamente.

—Mejor así.

Había hablado la madre de Shell. Kathy no entendió ni su comentario ni por qué miró a la señora Garrett con algo más que disgusto, ni tampoco la respuesta que le dio Walt:

—Pensamos que nadie podría imaginarse de quién se trataba.

—¿Me da una? —preguntó Kathy.

—Claro que sí —dijo Walt, aunque después de un gesto de duda que ella no malinterpretó.

Apenas había empezado a leer por encima el texto de la última actuación de Shell, cuando el frío y el alboroto de las conversaciones parecieron apiñarse a su alrededor como un suave pero irregular bloque de hielo. La mitad de la página estaba llena de burlas sobre un funcionario que había sido atacado por el hermano de una de sus clientes. Algunos de los comentarios eran tan vergonzosos que se negó a tenerlos en cuenta, pero sí lo hizo al ver la palabra «imbécil» al lado de la de «Dud».

—¿Se supone que eres tú? —preguntó ella con la esperanza de que tardara en contestar.

Dudley miró la página con no menos disgusto.

—Quizá.

Después de aceptar una copia de la revista, Monty se volvió hacia él.

—¿Es esto lo que se supone que debe hacer una persona de Liverpool? —preguntó ella entre dientes—. ¿A esto llamáis verdad?

—Eh, me estás salpicando.

Se frotó los ojos, intentando parecer cómico.

—¿Qué?

Le hizo una seña para que la leyera fuera. Caminó con paso nervioso y con una rabia frustrada.

—¿Crees que habla de Dud? —preguntó.

—Deja de llamarlo así. Le hiciste sentir tan inseguro de sí mismo que ahora ni siquiera es capaz de contarle a su madre que se ha visto envuelto en un acto de

violencia.

—Eso no es violencia; son dos jóvenes discutiendo en la calle. No hay duda de que pensó que no merecía la pena gastar saliva.

Sin embargo, Monty miró hacia el restaurante.

—Ven aquí un momento, hijo —gritó.

Dudley dobló la revista en la mano con tanta fuerza que Kathy sostuvo la suya de forma protectora. No entendió por qué se mostró tan dispuesto a contestar:

—¿Qué?

—Tu madre dice que no te llame Dud. No te fastidia que lo haga ¿verdad?

Dudley contuvo la emoción.

—Ya no quiero que me llamen así.

—Me parece justo si eso significa que vamos a seguir manteniéndonos en contacto. Haré cualquier cosa que pueda para extender tu buena reputación. Y escucha, no dejes que lo que Shell dijera te toque las narices. Solo aproveché una idea, como solía hacer siempre. Deberías sentirte orgulloso por haber sido parte de su actuación. Quizá no necesites ser un esclavo del Estado ahora que van a publicar tu historia.

Kathy se tomó aquello como un ataque personal también hacia ella, pero había temas más importantes a los que hacer frente.

—Dudley, ese incidente del que hablaba, ¿es por lo que has tenido problemas para caminar?

—¡Ay! —dijo Monty con un sincero gesto de dolor.

—Estoy bien —murmuró.

—Si tú lo dices... ¿Por qué me contaste que habías tenido una pelea con tu novia?

—Porque siempre estás encima de mí —dijo Dudley mirando a su padre.

Ella intentó no pensar que le era desleal.

—Pensé que intentabas esconder lo que te había hecho porque no querías que pensara mal de ella. No creo que puedas decir que siempre estoy encima de ti; ni siquiera te lo mencioné al principio.

Estaba muy furiosa porque hablaba a la vez que intentaba impresionar al padre con aquello.

—Aunque el fin de semana pasado sí tuviste una pelea con ella, ¿verdad?

Mientras se tapaba los arañazos con la mano libre, miró a la señora Garrett con aversión. Kathy había hablado demasiado alto, claro, y él se sintió avergonzado. La mayor parte de su respuesta se quedó tras sus dientes apretados.

—Eso dije.

—Cielo santo, hijo, parece que has tenido peor suerte con las chicas que conmigo.

—También dijiste otras cosas, Dudley.

Estaba tan ocupada ignorando a su padre que la visión de dos personas saliendo del restaurante tuvo poca importancia para ella.

—De todas formas no vamos a discutir ahora —dijo levantando la mano para

detener a las dos jóvenes—. Todavía no se van, ¿verdad? Dudley Smith está a punto de leer.

—Buena suerte a quienquiera que sea —dijo una mientras se escapaban de Kathy por ambos lados—. Esperábamos a Shell Garridge.

—No era tan noticia como ella pensaba —comentó Dudley.

Kathy tuvo la esperanza de que la señora Garrett no hubiese escuchado aquello a través de la puerta.

—¿Les decimos que se preparen para escucharte antes de que se vaya alguien más?

—Ya no me apetece leer.

—Mira cómo has hecho que se marcharan —le dijo a Monty, casi gritándole.

Pero decir aquello era tan poco útil como culparse a sí misma.

—No te vengas abajo —le dijo a Dudley—. La revista quería que vinieras; sé que no te gustaría decepcionar a nadie.

—Lo arreglaré —dijo Monty dirigiéndose hacia el restaurante—. Walt, ¿les digo yo que va a leer o se lo dices tú?

—Mejor se lo dices tú, que quede en familia.

Aquello empujó a Kathy a entrar en el restaurante con tanta rapidez como pudo azuzar a Dudley delante de ella.

—Silencio —gritaba Monty—. Silencio para Dudley Smith.

—¿Quién? —preguntó alguien a quien a Kathy le habría gustado localizar.

—Una patata frita de la zona antigua, solo eso. Una patata sin pescado. ¿Qué vas a leer, hijo?

Kathy contuvo la respiración hasta que Dudley dijo:

—La historia que habrían publicado si no llega a ser por Shell.

—Saldrá en el próximo número —gritó Walt.

—Entonces nos estás dando un adelanto, ¿cómo decías que se llamaba?

—*Los trenes nocturnos no te llevan a casa* —articuló Kathy mientras Dudley hablaba.

—Porque las compañías ferroviarias anteponen los beneficios a las personas. Ese debería ser el eslogan: «Beneficios antes que las personas», ¿verdad? Por el tiempo que los trabajadores y los pasajeros emplean en el transporte público, si me preguntáis mi opinión. Bueno, ya habéis tenido bastante conmigo esta noche. Aquí está Dudley.

Kathy oyó el trabajo que le costó pronunciar la última sílaba de su nombre. Pensó que aquella fue una de las razones por las que Dudley titubeó sin alejarse mucho de la salida hasta que Patricia se apiadó de él:

—Podrías colocarte aquí —dijo señalando la esquina más lejana de la puerta—. Después puedes sentarte, si quieres.

Algunas personas también se dirigieron hacia allí a medida que Dudley buscaba un taburete. Ahora parecía más decidido y con más ganas. El público ya estaba en

silencio cuando sacó el manuscrito del sobre. Kathy no habría sido capaz de distinguir las primeras palabras que dijo si no las hubiese leído antes.

—Espera —dijo Monty—. Grita un poco más, hijo.

—*Los trenes nocturnos no te llevan a casa*, por Dudley Smith. Cuando el tren llegó a la estación, empezó a hablar...

—No se oye nada —anunció la señora Garrett, aunque pareció más un triunfo que una queja.

—No leas tan rápido, Dudley —dijo Kathy—. Y un poco más alto, no querrás que nadie se pierda nada, ¿verdad?

La miró con cara de pocos amigos aunque podría habérsela ahorrado para la señora Garrett. Entonces volvió a su tarea.

—*Los trenes nocturnos no te llevan a casa*, por Dudley Smith. Su primer error fue pensar que estaba loco. Cuando el tren llegó a la estación, empezó a hablar en voz baja y apasionada...

Quizá había intentado convencerles de su voz baja, pero ciertamente no de su pasión. Pasó de leer el texto aturulladamente a reducir a la mitad su velocidad, y su monotonía amenazaba con ser un plomo. Aún peor, aún seguía leyendo aunque no había visto las palabras antes. Alzó un poco la voz al llegar a: «... sacaba del bolso el último éxito galardonado de Dudley Smith», pero aquello solo provocó un revuelo de vergüenza y algunas risitas. Su frente había comenzado a brillar, aunque Kathy tuvo que contener sus temblores.

—Creí oírte decir que ya te había dado lo que me habías pedido...

Y su mirada se alzó por fin de la página. Tres personas le decían adiós a Walt mientras recogían sus revistas de camino hacia la salida.

Dudley parecía estar atrapado por aquella visión e incapaz de hablar.

—Vamos, hijo —le urgió su padre—. Los he visto peores en el sur.

—Cambió de posición y se colocó de espaldas a él...

Dudley tartamudeó y habló con monotonía hasta el final de la página, que deslizó dentro del sobre. Quizá aquello fue una demostración de cuánto le quedaba aún por leer porque cuatro personas se dirigieron hacia la salida mientras él recuperaba la página para acordarse de por qué frase se había quedado.

—Todo el mundo se agarrará fuerte a la silla cuando lea la escena de Greta y la banda —prometió Kathy echándole una mano a su hijo.

Pero a medida que leía el diálogo, la lectura cada vez era más monótona.

—Debe estarlo, dijo el hombre del medio escupiendo después en medio del pasillo. Está leyendo un libro...

Walt tosió y después de leer la mitad de aquella página, tosió aún más fuerte.

—Bueno, tal vez...

Kathy estaba a punto de gritar que deberían darle a su hijo una segunda oportunidad ya que su padre se había cansado de su actuación, cuando Patricia dijo:

—Quizá necesitaría una voz femenina, Dudley. ¿Podría narrarlo una chica?

Dejó de mirar el manuscrito y vio su cara en el otro lado de la habitación.

—¿Quieres decir que quieres leer las cosas que dice ella?

—O toda la historia si te resulta más fácil. Solían decir que no se me daba mal el teatro.

Dudley frunció el ceño y después sus ojos se abrieron para dejar paso a la aceptación.

—De acuerdo, deberías ser capaz de hacerlo, ya la has leído antes.

Kathy pensó que la gente confiaba más en ella de lo normal. Le tendió el manuscrito a Patricia y se colocó junto al público.

—¿Empiezo otra vez desde el principio? —preguntó.

—Empieza por donde Dudley lo dejó —sugirió su madre.

El suyo y varios gruñidos más le harían saber que había gente ansiosa por saber qué ocurriría después, pensó Kathy. Patricia leyó en voz alta y clara, modificándola sutilmente cuando Greta o el joven hablaban y caracterizando a los hombres de la banda con sosa monotonía liverpuliana. Cuando Kathy llegó hasta su hijo, esta vez sin problemas, lo encontró tan cautivado por Patricia, que llegó a mirarla con mala cara cuando esta le tocó el brazo. A veces los oyentes se distraían, pero él era uno de los que no. Hubo algunos gritos satisfactorios cuando Greta fue empujada bajo el tren y un silencio al final del último párrafo seguido de aplausos. Kathy habría pedido una segunda ronda si no llega a ser porque la señora Garrett habló por encima de ella:

—Por eso pensaron que Shell era más importante que esto, ¿verdad? Bien hecho. Es una vergüenza que tengan que publicar ambas cosas.

—No te lo tomes en serio, hijo. Seguramente echa de menos a su hija.

El padre de Dudley lo miró con más sinceridad de la que Kathy pensaba que tenía derecho a mostrar y especialmente cuando dijo:

—¿Quieres buscar tus raíces como hice yo?

Kathy se dirigía también a él y a cualquiera que lo necesitara cuando levantó la voz para decir:

—Gracias, Patricia. Gracias por hacerle justicia a Dudley.

Vincent, con sus gafas, caminaba entre la multitud que empezaba a disiparse.

—Esto ha sido inspirador —le dijo a Dudley—. La mejor parte de la obra. Me ha dado una gran idea para la película.

—¿Y de qué se trata?

—He pensado en la profesión del asesino.

—¿A qué crees que se dedica? —le preguntó Dudley con un recelo que a Kathy le pareció indebido.

—Espero que te guste. Podemos pasar ya a trabajar en el guión. Incluso podrías encargarte de hacerlo tú —Vincent sonrió antes de seguir—. Dinos cómo consigues atrapar a la gente, Patricia. ¿Cómo crees que actúa un asesino? Quizá tú estés demasiado unido a él para verlo, Dudley. Un escritor de crímenes como tú, por eso nadie sospecha de él.

Cuando Patricia entró en Les Internacionales, refugiándose del sol de mediodía, una camarera vestida con una blusa de los colores de la bandera italiana salió a recibirla.

—¿Tiene una reserva, querida?

—Tengo una cita con el señor Moore.

Aquella frase sonó como título de muchos géneros e hizo que un hombre se pusiera de pie en medio de la gran sala llena de ejecutivos y mesas con manteles de los colores de varias banderas.

—¿Señorita Martingala? —dijo—. ¿O debería decir señora?

—Me da igual señora o señorita siempre que no me llame «señora de...».

Se reunió con él y recibió un apretón de manos rechoncho y flojo. Su gran cara pálida y más que bien alimentada esbozó una sonrisa. Tenía la barba sin afeitar, quizá por celebrar el día libre de trabajo y adornada con rizos pelirrojos. Vestía una camisa blanca y un traje negro tan discretamente estampado que las rayas parecían subrepticias. Lo único que no hacía juego con el traje del funcionario era la corbata con dibujos de cerditos rosa.

—Yo estoy tomando el almuerzo combinado —dijo Eamonn Moore—, pero usted puede tomar lo que desee.

La carta que enumeraba los platos estaba entre los botes de salsa de soja y de aceite de oliva en medio de la mesa llena de comida griega tradicional. Gazpacho, *dim sum*, *gumbo*, *baklava*...

—Gracias —dijo Patricia—. Yo tomaré lo mismo —se vio obligada a añadir.

Llamó con el dedo curvado hacia arriba a una camarera vestida al estilo tradicional francés. Mientras la camarera se dirigía a la barra, cubierta de banderines, para servirle una copa de fino, Eamonn comentó:

—Entonces no está demasiado dispuesta a casarse.

—¿Eso dije? Lo único que quería decir es que no estoy casada.

—No debería hacerlo hasta que encuentre a la persona adecuada. ¿Se ha casado ya Dudley?

—No, no está casado.

—No seguirá viviendo con su madre, ¿verdad?

—Me temo que sí. Bueno, no me temo, no debería temerme nada. Si no llega a ser por Kathy no publicaríamos su historia. ¿Ha perdido el contacto con él?

—Más bien sí. Por eso me sorprendió que quisiera hacerme una entrevista a mí.

—Él dice que usted tuvo mucho que ver con el género que escribe.

—No sé a qué se refiere.

—Debería haber venido a nuestra comida de la semana pasada. Me habría escuchado leer su historia —dijo Patricia.

Al decirle aquello, tuvo aún menos seguridad de cómo funcionaban las cosas. La

única forma que había encontrado para hacerlo fue yendo directamente al grano, con la esperanza de que sus oyentes lo interpretaran como una ironía.

—Es la historia de un asesinato visto a través de los ojos de la chica que va a convertirse en víctima.

—Debería haber imaginado que se trataba de eso.

—¿Lo dice por las películas que solían ver juntos?

Eamonn no respondió hasta que la camarera se retiró después de servirle el jerez a Patricia.

—¿Qué dijo que hacíamos?

—Creí entender que veían muchas películas de suspense, pero no me quedó clara la edad que tenían.

—Estábamos en primaria. Él se sentaba a mi lado en la clase de primero. Debí contarle que mis padres tenían una videoteca y me pidió que viésemos algunas películas.

—¿Alguna en especial?

—De terror, cuando vio que las teníamos. Mis padres no sabían lo malas que eran hasta entonces. Un tipo con una furgoneta solía pasarse por las tiendas de vídeos y venderlas baratas.

—¿Se refiere a las que solían ver?

—Esas eran las que más le gustaban. Cualquiera cosa donde se torturara a la gente. Yo no sería capaz de verlas ahora.

—¿Se acuerda de algún título?

—Oh, Señor, no sé. Yo habría llamado a cualquiera de sus favoritas: «Rájala» o «Sácale las tripas».

—¿Tampoco le gustaban cuando las veía?

Patricia se sintió como si le echara una mano a Dudley.

—Era joven y no sabía demasiado.

Eamonn guardó silencio mientras una camarera, con ropa deportiva y con una insignia de Portugal, les servía la sopa fría.

—¿Tomamos vino? —sugirió él algo más entusiasmado.

—Si es seco y blanco, sí.

—Un sauvignon chileno nos vendrá bien.

Después de haber hecho alarde de su conocimiento, bajó la voz mientras la camarera se dirigía a la barra.

—Sí. No me gustaban las que él rebobinaba una y otra vez —dijo—. Debo decirle que nunca las veíamos en mi casa; aunque no estoy culpando a su madre. Siempre conseguía mantenerla alejada durante las escenas violentas. Le pedía que trajera bebidas o que nos hiciera otra cosa para comer. Y su padre casi siempre estaba fuera o escribiendo en el piso de arriba, donde no se le podía molestar.

—¿Cree que hay mucho de lo que culpar? No parece que eso le haya hecho ningún daño a Dudley.

—Yo tenía pesadillas —dijo como si aquello fuese algo más de lo que quisiera revelar—. ¿Va a poner eso en su revista?

—Aún no lo sé. ¿Hay algo que usted no quisiera que pusiera?

—Nada sobre mis padres; ellos odian que se les recuerde. Nunca han llegado a recuperarse de cuando la policía hizo la redada en su tienda cuando nunca habían tenido ningún problema antes ni desde entonces. Salieron en los periódicos y tuvieron que pagar una multa y, veinte años después, la ley dice que no hay ningún problema con que la gente vea esas películas, después de todo.

Su cara pareció absorber el enfado para poder decir:

—Y tampoco le cuente a nadie la edad que teníamos en caso de que eso les salpique a ellos.

—Quizá solo mencione que estaban en el colegio.

—¿Tendría que hacerlo? No estaría hablando de todo esto si él no se lo hubiera contado antes. Solo quería que usted supiera mi versión.

Aquella forma de hacer referencia a ver películas le sorprendió a Patricia de una extraña manera, pero finalmente dijo:

—¿Hay algo más que usted quiere que sepa?

Después de sorber una cucharada de gazpacho, con más dramatismo del que se suponía, dijo:

—En una de las pesadillas salía él.

—¡Caramba! No puedo creer que él tuviera tal efecto sobre usted. Supongo que sería porque eran muy jóvenes, ¿no?

—Fue una cosa que me dijo. No creo que quiera escucharlo ahora mismo.

—Desde luego que sí. No me deje en vilo o, ¿acaso está tratando de competir con él?

—No me gustaría hacerlo —dijo Eamonn bajando la voz tanto que ella tuvo que acercarse más desde el otro lado de la mesa para escuchar mejor—. Había ido a la biblioteca, creo y se había encontrado un perro callejero en el parque. Empezó a contarme la historia diciéndome que le había tirado algunos palos.

—Puede que fuese así, ¿no?

—Si lo hubiéramos hecho usted o yo, puede. Según él, no se dio cuenta de que uno de los palos era un trozo de una vieja valla, acabado en punta, hasta que se lo tiró y fue a parar al ojo del perro.

—Oh, pobre animal —gritó Patricia.

Tuvo que recordarse a sí misma que estaban hablando de algo que quizá había pasado veinte años atrás.

—¿Qué hizo entonces? ¿Había alguien por allí que le ayudara?

—Nadie más que él. Lo único que hizo fue quedarse allí y mirar cómo el perro intentaba sacarse el palo del ojo. Y al final lo consiguió.

—¿Quiere decir que le daba miedo tocarlo?

—Lo tocó cuando se echó en el suelo o cuando se cayó. Solo le estoy contando lo

que él me dijo.

Eamonn la miró por si acaso quería que dejara de hablar.

—Volvió a clavarle el palo y el perro se alejó corriendo. Nunca volvió a verlo.

Patricia hundió la cuchara en la sopa y la mantuvo abajo hasta que aquello no requirió ningún esfuerzo.

—¿Cuánto llegó a creerse de su historia?

—Todo. Ya le he dicho que tenía pesadillas.

—¿Cuánto se cree ahora?

—No tengo ningún motivo para no seguir haciéndolo. ¿Por qué se inventaría algo así un niño de esa edad, o de cualquier otra?

—Sé por experiencia que los niños pueden llegar a ser bastante desagradables a veces.

En vez de sugerir que Eamonn había relatado aquella anécdota con más entusiasmo y dudas sobre qué efecto tendría de lo que admitía, Patricia dijo:

—Podría haberse tratado de su primera historia, ¿no? Quizá intentaba competir con las películas que ambos veían.

—Entonces, ¿va a contar eso en su revista?

—Aún no lo sé —dijo Patricia aunque pensó que aquello era bastante improbable—. Depende de lo que me cuente.

—No hay mucho más que contar.

Cuando ella arqueó las cejas y sonrió, él dijo:

—No hay nada más.

Ella no dijo nada mientras la camarera vestida de alemana les servía los *dim sum*. Entonces dijo:

—¿Con quién más cree que debería hablar?

—Qué jugosos.

Eamonn se mostró entusiasmado con el bollo de camarones y se relamió los labios a la vez que los frotaba. Cuando terminó, dijo:

—Si él no se lo ha dicho, no lo sé.

—Aunque no siga en contacto con él, ¿podría decirme los nombres de algunos amigos?

—Debía de ser yo su único amigo, si él lo dice.

Tuvo que preguntarse si él había dicho aquello por el ansia de fama.

—Seguramente jugaba con más niños.

—Nadie quería jugar con él. Se cansaban de que siempre estuviese contando historias.

—¿Recuerda alguna?

—Quiero decir que contaba mentiras —dijo con aspecto cansado.

—Me interesaría oír cualquier cosa que recuerde.

—Decía tantas cosas que al final dejaba de escuchar. Por ejemplo una era cómo su padre había publicado montones de libros en vez de un par de ellos y que había

vendido millones de copias. Y que se suponía que su madre iba a publicar un libro del que la gente decía que era lo mejor que habían leído nunca. Ya se puede imaginar por qué empezaron a acosarlo en el colegio, aunque no digo que eso estuviese bien.

—No estoy segura de entenderlo bien. ¿Cuánto tiempo duró aquello?

—Los dos últimos años que estuvo en el colegio. No creo que su madre lo supiera.

—Si había contado tantas mentiras no entiendo por qué la historia del perro no podía haber sido una de ellas.

—Quizá lo fue. Ya ha pasado mucho tiempo para decirlo.

Devoró un panecillo de cerdo y admitió:

—Me envió una invitación para su acto. Me la envió al trabajo.

—Lo dice como si deseara que no lo hubiese hecho.

—No había motivo para que mi jefe se enterara que solíamos levantarnos de noche cuando nadie nos veía para ver películas que no debíamos ver.

Eamonn levantó la cara como deshaciéndose de cualquier sentimiento de culpabilidad.

—No acudí porque tenía un compromiso familiar prioritario —dijo—. Ellos tienen preferencia sobre todo lo demás.

—Entiendo.

Él pareció pensar que no lo suficiente. Pasó el resto de la comida poniéndola al tanto de su vida doméstica y enseñándole varias carpetas de fotografías que había recogido de las inmobiliarias de camino al restaurante. Cuando pidió la cuenta y dejó una impresionante propina, ella se sintió igual que si hubiera asistido a la mayoría de los cumpleaños más recientes de sus dos hijas menores; ciertamente tuvo que manifestar admiración ante docenas de fotografías de ellas con sombreros de fiesta. Se sintió llena de comida, pero vacía de información que pudiera publicar mientras le daba las gracias por el almuerzo.

—Ha sido un placer en todos los sentidos —dijo, dándose unos golpecitos en el estómago y después a ella en el brazo.

Fuera del restaurante, el soleado aire olía a las tres líneas de tráfico colapsadas en una sola dirección hacia la calle Dale. ¿Habría estado demasiado ansiosa por compensar los contratiempos del lanzamiento de Dudley mientras entrevistaba a Eamonn Moore? Al menos, Valeria había eliminado los comentarios de Shell que podían haberlo identificado y no había dejado referencias a sus escritos. ¿Era Patricia su publicista o periodista? Quizá pronto lo averiguaría.

Salió de la calle Dale hacia Moorfields y subió por una escalera mecánica hasta el acceso para descender a los trenes. Mientras se adentraba por los pasajes y las escaleras mecánicas paradas, se dio cuenta de que estaba siguiendo la ruta de Greta en el relato. Miró hacia atrás solo una vez y esperó que el tren la llevara por la curva que iba por debajo de Liverpool hacia Birkenhead. Más allá de Hamilton Square, la nueva estación de Conway Park dejaba al descubierto toda la longitud de los andenes,

detrás de los cuales se volvía a cerrar de camino a Birkenhead Park.

Subió corriendo las escaleras que le cerraban el paso a su taconeo y se dio prisa al pasar por la estrecha calle llena de tiendecillas baratas. Cuando llegó al cruce con la calle que unía Bidston con el centro de Birkenhead, vio en la parada del autobús a algunos niños que ya habían salido del colegio que estaba detrás del gran parque Victoriano. Antes de que el semáforo se pusiera en verde para cruzar, tuvo algunos momentos para observar que los niños estaban tirando piedras a los coches.

—¡Dejad de hacer eso! —gritó subiéndose a la acera, donde había una piedra de las que habían tirado.

Después le hicieron cortes de mangas y salieron corriendo.

Muchos más niños estaban concentrándose en ambos extremos del parque de la escuela. Patricia no veía a un solo adulto en el patio de cemento del colegio. Intentó dirigirse a tres chicas adolescentes que se habían parado a mirarla a través de la cancela.

—¿Podrías decirme dónde están los despachos?

—¿Eres de la policía? —dijo la chica con un corazón tatuado en el antebrazo.

—¿Es porque Denzil ha vuelto a apuñalar a alguien? —preguntó la chica embarazada con los dedos amarillos.

—He venido a hablar con alguno de vuestros profesores; con el señor Fender, no sé si lo conocéis.

—¿Seguro? Es el petardo de lengua —dijo la tercera de ellas escupiendo después—. El despacho está detrás de esas puertas.

Patricia se dirigió hacia la robusta puerta doble de roble que estaba en medio del edificio de ladrillo rojo de dos pisos. Tras la puerta, había una gran sala que conducía casi inmediatamente a una ventana en la pared de la izquierda. Una secretaria rellenita que vestía una chaqueta de hilo la condujo a la segunda de las impresionantes puertas que había en la pared de enfrente. Patricia llamó a la que tenía un cartel que decía: «Profesores». Después de unos segundos, cuando se disponía a volver a llamar, una voz seca masculina dijo:

—Adelante.

Parecía querer infundirle nerviosismo al visitante. Cuando abrió la puerta, el aspecto del sujeto se lo confirmó: sus ojos eran tan fieros como su bigote pelirrojo que tenía las puntas hacia arriba y era más ancho que su huesuda y calva cabeza: Tenía los brazos tan fuertemente cruzados sobre el pecho que los codos de la chaqueta de piel deportiva que llevaba apuntaban directamente hacia ella. Estaba solo en aquella sala escasamente decorada y llena de sillas que no hacían juego alrededor de dos mesas bajas sobre las que había periódicos desparramados.

—¿Es usted...?

—Sí.

Ya que con aquello solo había conseguido un único parpadeo de impaciencia y un encogimiento de labios, añadió rápidamente:

—¿Señor Pender? Soy Patricia Martingala de *La Voz del Mersey*. Hablamos a principios de semana. Deseaba que le concediera tiempo para pensar.

—La verdad es que no lo suelo hacer mucho. Esta profesión no requiere mucho que pensar hoy en día; solo hay que rellenar formularios mientras que intentamos contener la avalancha de analfabetismo. La mitad de estos bobos cree que sus ordenadores pueden escribir correctamente por ellos y que todo lo que esos horribles juguetes les dicen está bien —dijo el señor Fender haciéndole una mueca de decepción—. ¿Sabe usted deletrear «es inaceptable»?

—Supongo que sí —dijo Patricia. Y se lo demostró.

—Es una de las pocas personas que saben. ¿Quiere preguntarme por el estado de los asuntos que he estado llevando a cabo?

—Quizá podamos hablar de eso más tarde si hay tiempo. Debe estar muy orgulloso de que uno de sus antiguos alumnos siga manteniendo viva la literatura.

—No le voy a pedir que tome asiento.

El poco interés del principio había regresado a la cara del profesor.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de poder tener tiempo para mí. Sé la clase de notas que debo ponerle a la mayoría de ellos —dijo con severidad—. ¿A qué dijo que se dedicaba ahora Smith?

—Ahora mismo trabaja en la oficina de empleo.

—Y también tengo que leer la información de la mitad de los gandules estos, sin duda. Al menos él está dándole algún uso a sus habilidades —dijo el señor Fender llevando los codos al espaldar de la abultada silla—. Pero eso no es por lo que me pidió esta reunión, ¿verdad?

—Como iba diciendo, ha escrito una serie de relatos y estamos a punto de publicar uno de ellos.

—También dijo que iban a llevarlo al cine, ¿no? Eso no favorecerá su lectura, más bien lo contrario.

—Pero no hará que se pierda la historia, ¿verdad?

—Quizá debería esperar que así fuera. ¿Aún utiliza sus viejos trucos?

—Creo que no sé a cuáles se refiere.

Cuando el señor Fender dejó caer los párpados en señal de hastío, Patricia dijo:

—Me pareció que él cree que fue usted quien lo animó a escribir.

—Antes del curso que le tocó estar conmigo, ya tenía bastante idea de lo que hacía.

—¿En qué sentido?

—Gramática, puntuación, sintaxis, ortografía... Todas esas cosas que ahora pensamos que no vale la pena tener en cuenta. Ya era raro incluso entonces.

—Creo que él quiso decir que usted le dio motivos para escribir sus historias.

—Me pedían que le pusiera trabajo cuando le dispensaban de educación física. No tenía sentido probar las aptitudes que yo ya sabía que tenía así que le hacía escribir ensayos con la esperanza de que aquello le hiciera madurar.

El profesor presionó los labios hasta que estos perdieron el color, los abrió un poco y dijo:

—En vez de trabajos, me entregaba historias. En vez de ser lo suficientemente estricto, los aceptaba. Me he preguntado desde entonces si su verdadera habilidad era la de manipular a la gente; era capaz de exagerar su afección nerviosa para escaquearse de todas las clases de gimnasia.

—¿Por qué cree que haría eso?

—El motivo a menudo es la timidez o la pereza. Desde mi punto de vista y desde la del compañero que aquel año era su profesor de deporte, esa clase de hipersensibilidad significaba que el muchacho era capaz de observar minuciosamente.

—Quiere decir que eso es lo que ambos hacían, ¿no?

—En el caso de Smith, sospecho que no fui lo bastante cuidadoso.

—¿Hay algo de lo que se sienta responsable?

—Creo que nadie puede acusarme de eludir ninguna responsabilidad que se nos permita observar a los de nuestra profesión.

Una vez que sus ojos dejaron de desafiarla a contradecirle, el profesor dijo:

—Mirando hacia el pasado, creo que debería haberle llamado la atención a Smith por escribir esas historias mucho antes.

—¿Qué era lo que no le gustaba?

—No había nada que me gustase. Monstruos, violencia, todo lo que los adolescentes de hoy echados a perder creen que tienen derecho a ver. Pero estaban bien escritas y por eso se lo dejé pasar demasiado tiempo. ¿Sobre qué escribe ahora?

—Historias sobre asesinatos en los alrededores del Mersey.

—Entonces estaba en lo cierto. Sigue utilizando sus trucos y ustedes le pagan por ello.

—Aún no me ha dicho cuáles son esos trucos.

El señor Fender se puso en pie detrás de la silla, por lo que ella temió que estaba a punto de concluir la entrevista, sin embargo dijo:

—Me parece que Smith aún no le ha contado porqué finalmente me opuse a una de sus efusiones.

—Su madre sí. Usted pensaba que era demasiado real, ¿no? Yo diría que eso es un cumplido, no una crítica.

—Me temo que ella no lo entendió bien, o quizá prefirió no hacerlo. Es una de las madres modernas, de las que no aguantan ninguna crítica que se les haga a sus vástagos e impiden cualquier intento de corregirles.

Volvió a agarrar el espaldar de la silla como si fuese un atril.

—Era real porque estaba basada en un hecho real —dijo—. El caso había salido por completo en los periódicos; lo único que hizo Smith fue cambiar los nombres y los lugares y trabajar los detalles que la prensa había tenido el buen gusto de no incluir. El hombre sigue aún en la cárcel; ojalá le hubiese enviado la historia.

Seguramente se habría puesto en contacto con Smith y le habría hecho saber cómo son los asesinos de verdad.

Patricia pensó que aquello era improbable, pero solo dijo:

—Ahora escribe sobre ficción.

—Si yo fuese su editor, tendría cuidado con lo que publicara.

Patricia se sintió protectora de su madre.

—¿Por qué dice eso? —preguntó en vez de objetar.

—Me aseguraría del grado de ficción que tienen sus historias.

El señor Fender levantó el maletín que había en la silla y entonces fue evidente que la entrevista había terminado.

—Dije que su trabajo estaba escrito correctamente, y así era —le dijo—. Eso es lo único que puedo decir en su favor. Creo firmemente, y puede copiar mis palabras literalmente si se atreve, que Smith carecía por completo de imaginación.

—Muchas gracias por su tiempo —dijo Patricia.

Él le dio la espalda y se puso a organizar una montaña de libros de ejercicios rojos. No se sintió inclinada a agradecerle ninguna otra cosa. Mientras salía de la sala de profesores y del colegio después, tuvo la desagradable sensación de que sus averiguaciones sobre Dudley Smith estaban más incompletas que antes de visitar el colegio. Estaba cruzando el patio ya vacío cuando sonó su teléfono.

Tuvo la esperanza de que la llamada no fuese urgente. Tenía que asistir a una exposición de Weegee en la galería de arte Walker y después al estreno de *Representando un asesinato* en el teatro. Desenredó el teléfono de las llaves en el bolso y se paró sobre el cemento cocido que olía a polvo.

—Patricia Martingala.

—Patricia, soy Kathy Smith. Quería darle las gracias por haberle leído la historia de Dudley al público la semana pasada.

—No hay nada que agradecer, es parte de mi trabajo.

—Estoy segura de que fue mucho más, lo puedo oír en tu voz.

La madre de Dudley se aclaró la garganta produciendo un sonido tan fuerte que a Patricia le dio una punzada el oído y dijo:

—Quiero decir que quiero darle las gracias de verdad. Nos gustaría mucho invitarla a cenar.

Cuando su último cliente se fue de la ventanilla, Dudley vio a dos hombres que lo miraban fijamente desde la fila delantera de asientos de plástico.

—¿Es ese? —dijo el más delgado de los dos.

—Creo que sí —dijo su rechoncho y aún más sudoroso amigo.

Dudley sintió una punzada en la entepierna, pero después se dio cuenta de que eran miembros de su público. Cuando se aproximó el larguirucho, parpadeando rápidamente y levantando su angulosa y alargada cabeza como si le tiraran de ella hacia arriba desde las comisuras de su sonriente boca, Dudley se sintió mal por no tener nada que autografiar.

—Usted es el escritor, ¿no? —dijo el hombre—. El que sale en el periódico.

—El mismo —dijo Dudley pensando si debería levantarse para estrecharle la mano al otro lado del cristal—. También trabajo aquí por ahora.

—¿Puede conseguirnos un trabajo como escritores de libros?

Dudley no estaba seguro del grado de apreciación que debía sentir.

—¿Para ambos, dice?

—Para May también —dijo el hombre rechoncho—. Si hay para todos.

—Hay un libro en todos nosotros, ¿no? —le informó el hombre de la ventanilla a Dudley—. Solo hay que escribir sobre la vida de uno.

—Yo no lo hago. En absoluto —dijo Dudley.

Después trató de excusarse porque el comentario no iba por él.

—De acuerdo. Manténgase atento. ¿Por qué escribe esas cosas si no son reales?

—Yo no dije que no lo fueran. Las cosas así ocurren, pero no las que yo escribo.

—Denos algunos consejos, entonces. ¿Piensa usted en lo que va a escribir antes o solo se sienta y lo hace?

Dudley deseó que Patricia estuviese allí para grabarlo.

—No es tan fácil —dijo.

—Nosotros tampoco creemos que lo sea —dijo el hombre rechoncho—. Enséñenos.

—Primero hay que investigar.

—¿Cómo lo hace? —dijo el cliente larguirucho—. ¿Persigue sigilosamente a la gente y después piensa cómo asesinarlos?

—Son historias; escribo historias —dijo Dudley más alto de lo que debía—. De todas formas, no importa lo que yo haga. Me han pedido que les diga lo que deberían hacer ustedes.

—Es eso entonces, ¿no? En eso consiste el trabajo.

—Es mucho más que eso. Se necesita tener talento, cosa que la mayoría no tiene, incluso aunque tengan libros publicados. Y después hay que trabajar y perfeccionar. Puede llevar años.

—Creía que aquí era donde se conseguía trabajo —dijo el hombre de la ventanilla

con otro ataque de parpadeo.

—Nunca hemos tenido ninguno que consistiera en escribir libros.

—¿De qué tiene miedo? —preguntó el hombre rechoncho levantando la voz.

—De nada —gritó Dudley, aunque sintió que sus interrogadores querían hacerlo sudar.

—Suenan a competición.

—Estáis equivocados y lo sabéis —dijo Dudley riendo—. Si hubieseis leído el periódico entonces sabríais que yo he ganado una.

—Sigue pareciendo que quieres quedarte con el trabajo para ti solo —dijo el hombre larguirucho—. No debe costar mucho hacerlo porque si fuese así no estarías trabajando aquí también.

—Eres un acaparador —dijo el hombre rechoncho—. No hay muchos trabajos por ahí, deberías quedarte con uno y dejar el otro para otra persona. Cuidado, Reg. El fortachón viene para acá.

—No se preocupe, ya nos íbamos —le dijo Reg a Lionel, quien había dejado la puerta.

Parpadeó deprisa mientras se levantaba y después se dirigió a la ventanilla de Dudley.

—Debería saber que mucha gente sabe a lo que se dedica —le advirtió.

Dudley intentó no tomarse aquello como la amenaza que tenía visos de ser, puesto que no tenía derecho a serlo mientras la pareja caminaba con aire despreocupado hacia la puerta acompañada por Lionel.

—¿Qué ha pasado esta vez? —preguntó la señora Wimbourne.

—No puedes culpar a Dudley por haber salido en el periódico —dijo Vera.

—¿Ah no?

Sin más respeto del que se merecía, la señora Wimbourne dijo:

—¿Mencionan algo sobre la oficina?

—Habla de su historia y la película. Se lo puedo mostrar, si quiere.

—Supongo que es lo mejor —dijo la señora Wimbourne.

Después de la mención a su película, Dudley se tapó una risita con la mano. La idea de Vincent le ayudaría a disimular. De la última persona que alguien sospecharía sería de un escritor de crímenes que se había inventado a un asesino. El personaje era suyo y Vincent había sido algo presuntuoso al cambiarlo, pero ¿acaso aquello no probaba que Dudley estaba perfectamente camuflado? Se llevó el dedo a los labios para hacer desaparecer la sonrisa mientras hacía girar la silla.

—Aún no lo he visto —dijo.

La señora Wimbourne separó los labios con un sonido parecido al de un chasqueo de lengua truncado al ver el ejemplar del semanario local y bajó la frente hacia la página por la que lo había abierto Vera. Al poco, dijo:

—Pensé que se suponía que no debías contar dónde trabajabas.

Dudley dio un salto y se puso a su lado. «“Los asesinatos me dan de comer”, dice

el ganador del concurso». No estaba seguro de que aquel titular fuese del todo correcto, pero al menos habían publicado la foto en que salía escribiendo en el teclado de su escritorio, a pesar de las protestas de su madre por el desorden de su habitación. El reportaje decía que trabajaba en una agencia local de empleo, pero ¿por qué iba a quejarse por eso la señora Wimbourne? Estaba disfrutando con la forma en que seguía sosteniendo el periódico como si fuese su criada cuando de pronto solo pudo ver una línea.

—Yo nunca he mencionado eso —murmuró.

—No te preocupes, cualquiera que vea tu foto se dará cuenta de que no tienes treinta y ocho —le aseguró Vera—. Sabrán que el periódico te ha puesto unos años de más.

—Al menos es lo que está pasando aquí —dijo Trevor hablándoles a todos en general.

Dudley sintió como si todas las voces se amontonaran dentro de su cabeza.

—Tampoco dije que mis historias estuvieran basadas en la realidad —dijo en voz alta, con la esperanza de poner fin a aquella charla sin sentido.

—¿Qué has dicho? —le preguntó la señora Wimbourne sonando más bien a acusación.

—Escribo sobre lugares reales.

—No me imagino qué otra cosa podría pensar cualquiera que lea este periódico. No entiendo por qué te preocupa tanto —dijo la señora Wimbourne mirándolo fijamente.

—Nada. No me preocupa nada, ni tampoco dije que lo hiciera. El periódico debería decir la verdad, eso es todo.

—Al menos no han dicho que estabas en el artículo principal de la revista —dijo Colette.

—¿Disculpa? —dijo la señora Wimbourne—. Por favor, explícate.

—No importa —tuvo que mentir Dudley a la vez que retomaba asiento—. No merece la pena hablar de ello.

—A mí no me lo parece. ¿Colette?

—La historia de Dudley no saldrá hasta el próximo número. Supongo que debido a que Shell Garridge murió y le dedicaron una sección especial. La compré, Dudley, porque incluía una parte de tu historia para despertar el interés de la gente. Conmigo ha funcionado.

—Aquí tienes, Colette está interesada —dijo Vera creyendo que debía decirlo.

La señora Wimbourne se dirigió hacia él con paso firme.

—Creo que me debes una explicación.

Por primera vez deseó que la oficina hubiese estado más concurrida, pero no había ni un solo cliente que pudiera distraerla.

—¿Por qué? —fingió no saber.

—Te costó bastante trabajo convencerme de que la revista no podía dejar de

publicar tu historia y eso fue lo que yo dije en Londres. Ahora es obvio que a esta gente no le ha importado perderla.

—No la han perdido, la han pospuesto.

—No estés tan seguro. Ya hemos tenido una prueba de la clase de atracción que nos estás trayendo. No sé qué significará ese sonido, Trevor, pero te advierto que te lo guardes para ti. Volveré a hablar con Londres, Dudley, y cuando se enteren de lo que les tengo que decir, no serán tan complacientes.

Con un esfuerzo que le dejó la mente crispada e irritable, Dudley pensó que no debía abandonar la silla. Estaba en la oficina. Había testigos. Les pedía en silencio que intervinieran en su favor. Empezó a odiarlos casi tanto como odiaba la mirada de la señora Wimbourne, parecía seguir resistiendo en él con la creencia de que así, a lo mejor, lo forzaba a capitular de alguna manera. En ese momento el teléfono móvil comenzó a sonar. Al poner el móvil sobre el mostrador reconoció el número que aparecía en la pantalla.

—Es mi revista.

—En ese caso, empieza ahora tu descanso y habla con ellos.

Nada más volver a mirarla a la cara, la señora Wimbourne dijo:

—Asegúrate de que se enteren de que a lo mejor no te dan permiso para publicar la historia.

—No puedo hablar en público —dijo al ver a dos jóvenes madres que entraban empujando sus cochecitos a la oficina.

Pero contestó el teléfono de camino a la puerta por si dejaba de sonar.

—Dudley Smith, el autor.

—Eh, Dudley. ¿Muy ocupado?

—Nada que no pueda esperar por nuestra revista, Walt —dijo, a la vez que cerraba los ojos al levantar la cabeza hacia la luz del sol—. ¿Qué necesitas de mí?

—Veamos. Hay una buena noticia y... bueno, sé que podremos solucionar lo demás.

Cuando Dudley abrió los ojos, pensó que la multitud surgía e iba hacia él, pero estaban evitando a un vendedor de revistas y su invitación para ayudar a los sin techo.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—La buena noticia es que tu padre ha accedido a encargarse de lo de Shell.

Durante un momento, en que el sol se había escondido, Dudley vio su cara cabeceando en el agua oscura.

—¿Cómo? —preguntó Dudley, esquivando la visión—. ¿De qué va a encargarse?

—Va a escribir una columna para nosotros. Poesía, humor, comentarios, cualquier cosa que le inspire. No será Shell, pero apuesto a que puede llegar a ser tan bueno como ella escribiendo. Ya sabes cuánto la admiraba.

Dudley no sabía explicar cómo le hacía sentir la posibilidad de trabajar junto a su padre. La reaparición de Monty aún lo tenía afectado, al igual que su ineptitud a la hora de leer en el restaurante, lo cual fue una distracción, no la causa de ello.

—¿Qué hay de lo demás?

—Claro, lo demás.

Walt pareció decepcionado por la reacción de Dudley.

—Quizá lo mejor sea que no publiquemos tu historia —dijo.

—¿Por qué?

—Necesito preguntarte si la basaste en algo en particular.

—En mi imaginación, ¿por qué?

—¿No sabías que una chica había sido asesinada en el metro donde basas tu historia? No ahí mismo, pero sí en una estación de esa misma línea.

Dudley alzó la voz para evitar a la multitud y los detalles con los que Walt parecía estar pescando para él, pero la única respuesta que fue capaz de pensar fue:

—¿Cuándo?

—Hace unos siete años.

—No importará, ¿no? Ha pasado mucho tiempo.

—Me temo que sí, Dudley, especialmente porque se cumple su aniversario dentro de pocas semanas.

—¿Es cierto eso? —dijo Dudley sin acordarse—. ¿Quién lo dice?

—Su familia. Parece ser que su familia nunca ha estado convencida de que su muerte fuera un accidente. En la historia se dice que ella corría demasiado rápido hacia el tren, así que ya puedes imaginarte lo que deben sentir.

Dudley casi dijo que no y que no tenía ningún interés por saberlo. Sin embargo, protestó:

—Entonces deberían creer que mi historia está de su parte.

—Tristemente, no es así. Están muy enfadados y alterados porque parece que hayas escrito sobre ella. Si tú me dices que es una coincidencia, te creo. ¿O crees que has podido tener el hecho real en el subconsciente y que no te has dado cuenta?

Dudley podía haber usado eso mismo como excusa, pero ya era demasiado tarde. Entonces dijo:

—Mi historia fue anterior.

—Bien. Se lo contaré a la familia. Ahora, perdóname por preguntarte esto, pero, obviamente, no nos meteremos en más problemas de este tipo con el resto de los relatos, ¿verdad?

—Así es —dijo Dudley, no siendo lo bastante vehemente—. No habrá más problemas, claro que no.

—Según tu conocimiento. Entonces, no sabías que pasaba esto, ¿verdad? Bueno, supongo que hay que tener algo peor que mala suerte para encontrarnos con otra coincidencia como esta. ¿Tienes alguna favorita entre las demás?

—Me gustan todas ellas. Son tan buenas como esta.

—Quizá la mejor solución sea que llames a Vincent y se las cuentes todas. No queremos hacer esperar a la creatividad.

Dudley bajó la voz y la cabeza como si quisiera evitar que la multitud escuchara.

—La solución, ¿para qué?

—Para la historia que debe utilizar ahora. Debe dejar aparte lo del metro y la revista también.

El mundo alrededor de Dudley pareció allanarse y volverse estridente al igual que una cartulina mojada después de haberla pintado.

—¿No vais a publicar mi historia? —dijo, esperando que nadie más que Walt lo oyera.

—Debes ponerte en mi lugar. La controversia ayuda a las ventas, pero no la de esa clase. No queremos dejar de gustarle al público.

—No es justo. Yo gané.

Dudley vio que la gente que estaba de paso lo miraba con diversión o vergüenza ajena, cosa que lo dejaba vulnerable hasta llegar al repentino pánico tardío.

—De todas formas —objetó, como si pudiese así terminar con aquella situación —, ¿cómo puede saberlo la familia si aún no se ha publicado?

—Se lo comentó alguien del restaurante. No sabemos quién fue ni tampoco me lo dijo el padre de la chica. Tengo tantas ganas como tú de saberlo.

Dudley lo dudaba. Intentó acordarse de las caras del público, pero lo único que le vino a la mente fue el aspecto de incomodidad de una forma completamente equivocada y cómo su atención se había centrado en Patricia, una vez que esta retomó la lectura. Si ella no hubiese leído la historia, podrían haberla publicado antes de que la familia de la chica interfiriera. Se le empezaban a encoger las tripas cuando Walt dijo:

—¿Dejarías que Valeria escogiera esta vez? Aún estamos interesados en publicar una historia tuya ya que has sido tan comprensivo. ¿Por qué no nos envías por correo electrónico todas tus historias cuando llegues a casa? Valeria necesita elegir una tan pronto como le sea posible.

El pánico volvía a envolver a Dudley. Nunca debería haber dicho que se había inventado el resto de las otras historias. Sintió como si algunas personas, que no podía localizar entre la multitud, lo miraran desesperadamente.

—Quiero echarles un vistazo antes; no las he leído en mucho tiempo.

—Hazlo esta noche, entonces y envíanos tantas como quieras. Bueno, te dejo para que llames a Vincent.

El parloteo de la multitud pareció meterse por el auricular cuando el calor apretó a Dudley entre sus garras. Estaba tan distraído que casi seleccionó el número de Vincent, decirle aquello era peor que no decirle nada. Se metió el desleal teléfono en el bolsillo y se obligó a sí mismo a regresar a la oficina. Se había llevado el teléfono fuera para que la señora Wimbourne no pudiera escucharlo desde la sala de personal, pero ahora se sentía como si volviera a la prisión que ella había construido para él. Pasó detrás del mostrador, para dirigirse hacia su cabina cuando ella balanceó la cabeza hacia él como la vaca que era.

—Ya tiene lo que quería —dijo, con una expresión que hizo que le dolieran los

labios—. Al final, no van a publicar mi historia.

—Oh gracias, Patricia. Son preciosas, muy bonitas. Muchísimas gracias.

—Es un placer. Además esta vez no he llegado tarde.

—Si acaso, llegas un poco pronto, ¿no? No, claro que no. Debe de ser él, que no ha mirado el reloj. ¿Dudley? Acaba de llegar nuestra invitada.

Patricia utilizó ambas manos para cerrar la poco cooperante puerta mientras Kathy subía el ramo por la escalera y se agarraba al pasamanos color claro como si eso ayudara a que su voz llegara hasta su hijo.

—¿Dudley? —volvió a gritar—. Estaba escribiendo —dijo.

—¿Tenemos que interrumpirlo?

—Incluso los autores deben tener modales.

Kathy lo llamó de nuevo, golpeando suavemente el pasamanos.

—Es nuestra amiga de la revista —dijo—. Patricia.

Aquello provocó un farfallo que vino desde arriba, demasiado cortante para ser una bienvenida. Patricia vio que Kathy quiso fingir que sí lo era y ella intentó dejar el tema mientras seguía a la madre de Dudley hacia el otro lado del recibidor.

—Me gustan sus fotografías —dijo.

—Aunque no somos profesionales, ¿verdad? Su fotógrafo me dijo que solo era una aficionada. ¿Le importa si comemos en la cocina? A Dudley le gusta estar cerca del frigorífico para que las bebidas estén tan frías como sea posible.

—Será muy acogedor —dijo Patricia, aunque pensó que aquella no era la palabra que mejor convenía.

Solo veía esquinas en todos los sitios que miraba: las de la lavadora que impregnaba la habitación con un leve olor a jabón, el gran frigorífico, el fregadero de acero, la mesa rectangular... Lo único redondeado eran las sillas de pino, pero aún así eran rígidas y duras.

—Lo es —se vio obligada a añadir.

—Siempre hemos creído lo mismo, Dudley y yo. ¿Qué le gustaría beber?

—¿Vino, quizá?

—Puedo salir y comprar.

—Debería haber traído una botella. La limonada que tomamos la última vez estaría muy bien.

—De eso tenemos de sobra. Es su bebida favorita.

Kathy puso una botella en la mesa y comenzó a cortar los tallos del ramo para echarlos al cubo de basura de pedal.

—Ahora que no está aquí para sentirse avergonzado, ¿tuvo tiempo para leer mi historia sobre él?

—Espero poder hacerlo.

—Hágalo cuando desee.

Kathy se inclinó aún más al decir:

—No espero que lo utilice. Obviamente no lo haría.

—No creo que tengamos espacio suficiente, ni siquiera con el problema que hemos tenido con la historia de Dudley.

Kathy dio un pequeño grito a la vez que se pinchaba con el tallo de una de las rosas.

—¿Qué problema? —dijo chupándose la sangre del dedo—. ¿Él lo sabe?

—¿Le traigo una tirita para eso?

—No hace falta, de verdad. Apenas me duele.

Kathy puso el dedo debajo del grifo a la vez que se giraba para mirar a Patricia de frente.

—Aún no me ha dicho de qué problema se trata —dijo.

—Mi historia les asusta.

Patricia no dejó que la proximidad de la voz de Dudley la pusiera nerviosa. Giró la cabeza sin ninguna prisa y solo vio el recibidor desierto. Enseguida bajó los últimos peldaños que le quedaban sin hacer ningún ruido y le dedicó a Patricia una sonrisa de demasiada complicidad para su gusto.

—¿Qué demonios iba a temer nadie de ti? —dijo Kathy a punto de reír.

Cambió la posición de sus labios, aparentemente buscando una expresión en vez de una respuesta y Patricia se giró hacia ella.

—¿Se acuerda de la chica que fue asesinada en el metro?

—Hay demasiados casos hoy en día, ¿no? Ya nadie tiene el cuidado que se debería tener. Supongo que fue un caso de drogas, alcohol o de estar acostumbrado a lo peligroso. Siéntate, Dudley. Vamos a empezar.

Mientras se sentaba enfrente de Patricia, esta dijo:

—Lo de esta chica ocurrió en Moorfields.

—Qué extraño —dijo Kathy después de servir la sopa en los cuencos—. Es triste. Claro. Pero ¿no dicen que la realidad supera a la ficción? Sopa de champiñón. Nuestra favorita.

Patricia sospechó que se refería a Dudley, pero este estaba vaciando en la sopa la sal y la pimienta de la vinagrera en forma de estrella y luna nueva. Había puesto suficientes champiñones para darle su sabor a aquel líquido grisáceo. Después de elogiar la sopa dos veces, Patricia le dijo a Dudley:

—¿Por qué elegiste ese lugar para tu historia?

—Era el mejor lugar.

Ella arqueó las cejas y él continuó:

—Es el más alejado de la gente. Nadie podía oírla si gritaba. No hay otro lugar ahí abajo en el que se pudiera estar seguro de que estaría sola.

¿Ayudaba aquello a la historia menos de lo que debería? Probablemente Dudley lo pensó. Kathy retiró los cuencos, aunque él se había dejado todos los champiñones en el suyo. Patricia no hizo ningún comentario, pero se le leyó en sus ojos.

—Viscosos —le dijo—. Solo me gusta el sabor.

Kathy depositó los champiñones en el cubo de basura de pedal y sacó del horno una bandeja repleta de costillas de cordero.

—Espero que no se deje ni los huesos —le dijo a Patricia—. Su padre solía decir que era demasiado indulgente con él, pero nunca he visto que tenga sentido forzar a un niño a hacer algo.

Aquello fue seguido de un decidido silencio. Antes de traer los platos a la mesa, solo se escuchaba el sonido de la carne y las patatas cocidas que Kathy estaba sirviendo; las zanahorias no hicieron ruido y las verduras produjeron un leve golpe.

Después de que Patricia rociara el plato con salsa de menta de una jarrita con forma de un historiado tulipán rosa y después de probar el primer bocado de todo aquello con bastante vehemencia, se sintió obligada a resumir las preguntas en una:

—Vincent quería que te preguntara un par de cosas —dijo—. Está intentando comprender a tu personaje.

—¿No se supone que solo tiene que grabar lo que Dudley escribió? Eso debería ayudarlo a comprender lo que sea, aunque no sé qué tendrá que entender.

—Vincent no entiende muy bien por qué el señor Anónimo...

Cuando Dudley frunció el ceño al oír aquello, Patricia dijo:

—¿Ha buscado ya un nombre para él?

—No, porque nadie sabe nunca quién es.

—Entonces siempre escribes sobre el mismo asesino, ¿no?

—Claro. Todas mis historias tratan sobre él.

En vez de hablar por las víctimas, que no existían, Patricia dijo:

—¿Sabe más cosas sobre él de las que escribe en las historias?

—Quizá.

Dudley cortó un trozo de cordero y no se lo llevó a la boca hasta que terminó de decir:

—¿Como cuáles?

—Disculpe por volver a interrumpir, Patricia, pero, cómete también las verduras, Dudley. Seguro que tienen vitaminas que te ayudan a ser creativo.

Dudley intensificó su mirada hacia Patricia. Con mucha menos claridad, ya que tuvo que limpiarse los labios con la mano, repitió:

—¿Cuáles, por ejemplo?

—Sé que no he leído las historias como debía, pero no sé por qué el señor Anónimo mata a la gente.

Quizá le disgustó que volviera a mencionar aquel nombre. Una expresión de pocos amigos estrechó su mirada a la vez que decía:

—Porque ellas piden que lo haga —dijo.

—Se refiere a que eso es lo que su personaje cree, ¿no?

—Mmm, sí.

A la vez que relajaba la frente, pareció sonreír.

—El señor Matagrama —dijo—. El contrario de Besograma.^[5]

—¿Lo ha llamado así por la película?

—¿Por qué no lo ponéis como título? —dijo Kathy.

—Tendremos que ver qué piensa Vincent, ¿no? Entonces, Dudley, de alguna manera él culpa a sus víctimas.

—No las culpa. No llegan a importarle tanto.

—Debe tener una razón mejor que la de que no le importan.

—Ellas no saben que él está allí, eso es todo.

—Eso es más bien lo que hace y no la razón de por qué lo hace, ¿no? —dijo Kathy.

—Ambas cosas.

Quizá se sintió interrogado por partida doble, ya que añadió algo de irritación al decir:

—Entonces es cuando todo le va bien.

—Creo que no entiendo eso —dijo Kathy.

—Es el momento en que no hay nadie más que él y su víctima. El lugar también ayuda; es como si todo aquello tuviese que pasar —declaró Dudley, negando con la cabeza con tanta violencia que el bocado de carne que iba a comerse le manchó los labios—. No como si tuviese que pasar; cuando tiene que pasar.

Sin tener en cuenta la relación tan directa e íntima que tenía con su personaje, aquello incomodó a Patricia.

—Quizá debería hablar de esto con Vincent —se sintió aliviada al sugerir—. ¿Ha decidido en cuál de sus historias quiere que él piense?

—Permitidme que...

Kathy se volvió de espaldas y arrancó un pedazo de rollo de cocina con el que le limpió la boca a Dudley.

—Aún sigue utilizando la línea uno del metro, ¿no?

Él echó la cabeza a un lado y miró a Patricia hasta que esta admitió:

—Por desgracia, no lo haremos si eso molesta a la familia de la chica.

—Pero al final tendrán que publicar algo.

—No utilizaremos esa, pero estoy segura de que cualquier otra cosa que utilicemos ayudará igual a la reputación de Dudley.

—Pensé que habían firmado un acuerdo para publicar esa historia.

Patricia creyó que aquello era una acusación contra ella y contra su madre.

—No hay ningún compromiso de publicación por parte de la revista —dijo.

—Eso es algo injusto, ¿no?

Al ver que Patricia no asentía, Kathy continuó:

—Además, ¿cómo saben lo que piensa la familia? Solo se trata de la misma estación, después de todo.

—Se enteraron de la lectura de la historia y no les hizo gracia. No sabemos cómo llegó a sus oídos.

—¿Quién querría arruinarle esto a Dudley? —protestó Kathy, respirando

profundamente después—. No, lleva razón. Debería tenerse en cuenta a la familia. No sé qué sería de mí si perdiera a mi hijo. ¿Has terminado ya, Dudley? Aún hay muchas cosas buenas delante de ti.

—Ya he tomado lo que me apetecía —dijo Dudley tirando el cuchillo sobre la pasta de verduras.

Kathy no habló hasta que retiró todos los platos de la mesa.

—Tomemos algo dulce —dijo.

Mientras Kathy sacaba del horno un pastel tan aplastado que parecía doblado para invalidar su propia forma, Patricia no pudo resistirse a preguntarle a Dudley:

—¿También es su favorito?

—No. Lo hice porque teníamos invitados —dijo Kathy.

Patricia hizo lo que pudo para no preguntarse qué había hecho para crear una pasta tan parecida a la piel mientras cortaba un trozo con la cuchara. Después de averiguar que el relleno era a base de miel y manzana por igual, fue capaz de elogiar el postre, esperando que no fuese demasiado tarde. Pensó que no había sido capaz de convencerla, cuando Kathy dijo:

—¿Qué historia cree que debería enviar, entonces?

—No creo que tenga tiempo para decidirlo.

Patricia no sabía en qué medida la impresión que tenía era debida a aquellas historias (la misma cara pálida y tímida mirando desde cada relato), o a los comentarios de Dudley:

—¿Cuál enviaría usted? —preguntó.

—No ganaría ninguna, ¿verdad? —objetó Kathy antes de dejar a un lado su amargura con una sonrisa dedicada a su hijo—. A no ser que todas sean ganadoras. ¿Qué tal la de cuando finge que va ayudarla a que no se hunda en el lodo de la playa y la empuja en vez de sujetarla? Esa me provocó muchos escalofríos. ¿O sería demasiado desagradable para tratarse del héroe de la película?

—No creo que lo fuese —dijo Patricia.

—El personaje central, entonces. La persona que todo el mundo quiere que regrese —dijo dirigiéndose a su hijo—. La que más me asustó de todas fue cuando conoce a una chica caminando por el campo en un día como este y le ofrece agua envenenada con éxtasis. La forma en que la ve bailar hasta la muerte ya es bastante horrible, pero que alguien te ofrezca una droga como esa sin saberlo, es aún peor.

—¿Puede ser ese su error? —sugirió Patricia—. Le pueden seguir la pista a través de la droga.

—No. Estaba paseando, como ella dijo, y se la encontró donde alguien la había escondido. Entonces la diluyó en el agua de la botella, que ni siquiera era suya.

—¿Y qué hay de las huellas de la botella?

—Se la llevó después de que ella se bebiera toda el agua, después de sentirse acalorada por los brincos que daba. No la tiró allí mismo; la cogió y la puso en el contenedor de la basura porque sabía que nadie miraría allí.

—Esa no es la historia —dijo Kathy.

—Entonces quizá no lo escribí. ¿Qué más da? Yo sé lo que ocurrió y no tengo que contarle todo.

—No hace falta tomárselo como algo personal. No dejes que te regañen, cariño —dijo Kathy mientras miraba el plato, enfurruñado—. Bueno, ¿cuál es tu historia favorita?

—No quiero que publiquen ninguna. Estoy trabajando en una nueva.

—¿Hay tiempo para eso, Patricia?

—No mucho. Lo averiguaré, pero no creo que tenga más de una semana.

—¿Cuánto crees que vas a tardar, Dudley? ¿No sería mejor que les dieras una de las otras y que utilicen la nueva en otra ocasión?

Retiró la silla hacia atrás y se puso en pie de un salto.

—No. No sé cuánto tiempo voy a tardar en escribirla. Mucho, si seguís con esto —gritó desde el recibidor, subiendo después las escaleras en estampida.

—Discúlpelo, Patricia. Seguramente los artistas son así —dijo Kathy.

No la miró hasta que tiró todo el contenido del plato del postre, que no había tocado.

—¿Quiere un café?

—Estoy bien, gracias —dijo Patricia queriendo decir que ya estaba lo bastante acalorada y tensa—. Déjeme que la ayude a fregar.

—¿Por qué? Ya la consideramos como una más de la familia, pero no debería desperdiciar el tiempo de su visita conmigo. ¿Ha visto nuestra colina?

—Lo hice mientras venía.

—Pero no ha subido a echar un vistazo.

Cuando Patricia accedió, Kathy gritó:

—Dudley, sé que puedes oírnos; no has cerrado la puerta. ¿Por qué no llevas a nuestra invitada a dar un paseo por la colina?

Mientras Patricia se giraba para mirarlo, él bajó algunos peldaños menos de los que se habían oído cuando subió.

—Puede ser de ayuda —murmuró.

—Gracias por la cena, Kathy. Me ha encantado.

—Estoy segura de que no era a lo que está acostumbrada, pero soy una persona sencilla en algunos aspectos.

Kathy fue deprisa hacia la puerta para despedirse de ellos con la mano. El sol se había escondido tras la cresta y la masa de vegetación que había al otro lado de la carretera estaba en penumbra. Mientras Patricia seguía a Dudley por el estrecho sendero entre los árboles y los crecidos hierbajos, escuchó que la puerta se había cerrado con un discreto golpe. Se agachó bajo una de las ramas más bajas de un árbol y sintió como si la sigilosa oscuridad se estuviera apoderando de ella, especialmente desde que Dudley se había detenido bloqueándole el paso.

—¿Qué ha sido eso? —susurró él.

Durante un instante, escuchó el crujido del suelo. Quizá intentaba ponerla nerviosa, pero dijo:

—¿Qué desearía que fuera?

—Solo estoy haciendo una pregunta.

—Las víctimas del señor Matagrama han regresado a por él.

La oscuridad pareció concentrarse en sus ojos.

—No lo creo —dijo, volviéndose hacia delante aunque algo había sonado bajo su pie.

—A veces debe pensar en lo que ha hecho, ¿no? Debería hacerlo en la película.

—¿Y por qué?

—A menos que carezca absolutamente de imaginación.

—Tiene muchísima.

—Entonces, ¿no debería demostrarlo?

—Bueno, lo hará.

¿De verdad pensaba que una mirada como esa podría asustarla? Identificarse con uno de sus personajes estaba bien, pero estaba empezando a sentirse capaz de llevarlo aún más lejos.

—Continúe —dijo, caminando hacia él hasta que se vio obligado a moverse.

En menos de un minuto, llegaron a un espacio abierto rodeado de árboles, con urracas parlotando bajo un cielo azul que cada vez se volvía más pálido.

—Espero que no se lo tome a mal —dijo Patricia—, pero he estado hablando con un par de personas sobre usted.

Tuvo que alzar la voz para competir con aquel bullicio y fue bastante sorprendente que él mirara a su alrededor para comprobar que nadie lo escuchaba.

—¿Con quiénes? —dijo, tan alto que las urracas salieron volando.

—Con el señor Fender, de su antiguo colegio.

—¿Por qué iba a tomármelo mal? Kathy solía decir que estaba celoso porque yo sabía más que él sobre escritura.

Dudley se dirigió hacia el comienzo del sendero que conducía al observatorio abandonado que estaba por encima de ellos, en la cima, y se giró para ponerse frente a ella.

—¿Qué le dijo sobre mi?

—Sigamos moviéndonos si vamos a continuar con el paseo.

Cuando Dudley comenzó a subir en dirección hacia la achaparrada torre de un solo ojo de al lado de la cúpula, ella dijo:

—¿No se opuso a su historia porque se basaba en un hecho real?

—¿Y qué si lo hacía? Los escritores tienen que empezar por algo.

Del arbusto sobre el que se había apoyado salió un ruido parecido a un crujido de huesos.

—Vaya usted delante —le urgió.

No habló hasta que estuvo detrás de ella.

—¿Qué más le dijo sobre mí?

—Solo eso. La entrevista no fue demasiado productiva.

—Entonces debería haberse mantenido al margen, como sabía que yo deseaba. De pronto, la voz de Dudley bajó el tono, pero se escuchó más cerca.

—¿Le habló sobre ella?

—¿Se refiere a la chica de Moorfields?

—Sí, a ella. La que está causando tantos problemas. Angela o como se llamara. Supongo que sabría mucho sobre ella.

—De hecho, no. Ni yo tampoco.

—¿Debería creérmelo?

No estaba segura de si solo debía escuchar o si aquel comentario iba dirigido a ella. No se dio cuenta hasta que llegaron a la cima desierta. Entonces se giró para mirarlo desde arriba.

—Debería creerlo, si tiene algo de sentido común —dijo ella sin retirarse, aunque su tensa sonrisa estaba a pocos centímetros de su pecho—. No sabía nada de ella cuando fui a verle.

—Hay algunas personas que han averiguado cuánto sentido común tengo. Quizá debería conocerlas.

A Patricia le divertía que no fuese capaz de evitar amenazar de aquella manera, pero al poco, dejó de reírse.

—Por lo que más quiera, dígame a quién más puedo entrevistar —dijo—. También almorcé con Eamonn Moore.

—¿Cómo consiguió ponerse en contacto con él? Lo invité a la lectura de mi historia, pero no acudió.

—Me pidió que le presentara sus disculpas. Tenía un compromiso familiar. No dejó de enseñarme fotografías de sus hijas pequeñas.

—Debería haber averiguado dónde vive en vez de enviarle la invitación a la oficina. Seguro que se lo contó a su jefe y le llamaron la atención.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—No le tendrán mucho más aprecio a la imaginación que en el lugar donde yo trabajo. Ya sabe por qué, ¿no? Porque eso les hace sentir inferiores. Seguro.

Aunque lo único que hizo Patricia fue levantar una ceja, fue suficiente para provocarlo.

—¿A quién cree, a Eamonn o a mí?

—A quien diga la verdad.

Ni siquiera estaba segura de a qué se refería, pero aquello le permitió añadir:

—No me importaría saber cuál de los dos dice la verdad de un asunto.

—Yo —dijo Dudley, mirándola como si pudiera resolver por la fuerza cualquier conflicto que ella pudiese tener en su mente—. ¿Qué asunto?

—Probablemente, ni lo recuerde. Solo era una anécdota desagradable sobre un perro.

Dejó la mirada perdida, como si intentara encontrar la expresión adecuada.

—¿Qué le contó?

—Que le provocó pesadillas con aquello.

Dudley levantó la parte izquierda de la boca intentando sonreír.

—Espero que así fuera.

—La historia no fue así, ¿verdad?

—¿Por qué no iba a serlo?

—No querrá que piense que no se inventa sus historias, ¿no?

Su boca seguía buscando la forma de extender la mitad de la expresión.

—¿Por qué no esta? ¿Demasiado real para usted?

—No, solo creo que se comportaba como los niños pequeños. Y disculpe, pero ahora lo está haciendo.

—Nunca lo hice. Puede preguntárselo a Kathy.

Se dirigió hacia el otro lado de la cima, donde había un hueco bajo en la pared del observatorio.

—Este es el mejor sitio. Vayamos por aquí abajo —dijo.

Patricia se aventuró a acercarse lo bastante para distinguir entre la bóveda de vegetación unos pocos pasos que descendían por el bosque en penumbra.

—Supongo que debería coger el tren.

—Podemos ir por aquí.

—Creo que puede quedarse aquí arriba. No hay necesidad de que me acompañe caminando a la estación. Dele las gracias de nuevo a Kathy por esta tarde tan interesante. Y gracias a usted también.

¿Sospechó quizá que estaba siendo irónica? Cuando se giró para averiguar qué aspecto tenía, él había avanzado algunos metros, pero seguía quieto.

—Solía jugar a ese juego cuando era pequeña —le hizo saber—. ¿No debería marcharse a casa a escribir?

—Estoy pensando en ello ahora mismo.

—En ese caso, dejo de interrumpir —dijo Patricia a la vez que se giraba para no ver aquella mirada que no parpadeaba.

No volvió a mirar tras ella hasta que había andado al menos unos cien metros a lo largo de la irregular colina. No había ni rastro de él ni de nadie de camino hacia el otro extremo, donde un antiguo molino guardaba un puente de unos doce metros por encima de la carretera. Un perro huesudo, tan gris como el nombre de su raza, tiraba de una mujer que cruzaba el puente.

—Hace buena noche —le dijo a Patricia.

—Sí.

Quizá la mujer se sintió decepcionada con aquella respuesta.

—Una buena noche —dijo más alto, mientras llegaba a la altura del molino.

Patricia dijo lo mismo a la vez que subía al puente. No había nadie más a la vista, pero ¿no estaba la mujer demasiado lejos como para haberse dirigido a ella? El

tamaño del molino, contra el que el perro estaba levantando elegantemente la pata, era lo suficientemente grande como para albergar a media docena de personas, pero no había ninguna sombra en la que alguien pudiera esconderse. Durante un momento, Patricia se sintió tentada a buscar compañía, pero no le gustaba la idea de descubrir el comportamiento de la mujer si, de hecho, había estado hablando sola. En vez de eso, cruzó el puente, manteniéndose alejada de ambas barandillas y bastante impresionada por lo ligeras y bajas que eran, y se apresuró colina abajo.

Era evidente que había elegido el camino largo para ir a la estación. El erosionado sendero de resbaladizas piedras llevaba hasta un pinar en el que se escuchaba el golpeteo de las ramas y el crujido de las piñas bajo los pasos de otro caminante silencioso que se acercaba. Cuando llegó al campo de apestosa hierba, rodeado por los grandes pinos, tuvo la esperanza de que la otra persona saliera a la vista, pero los ruidos permanecieron detrás de los árboles. Más allá del campo, un rastro de suelo gastado la condujo hacia una parte de la calle de los Smith en la que había un patio de iglesia abandonado. Aquello la impresionó tanto como el tóxico que estaba atravesando y bajó por una carretera lateral. A la vez se sentía cada vez más enfadada consigo misma por darse cuenta hasta del tintineo de las piedras y los cristales que parecían conducirla hasta ponerse a cubierto en el gran muro.

Por detrás de las tumbas, una amplia carretera bajaba hacia la estación. Allí seguía estando la carretera principal que conducía a un cruce de cinco direcciones alrededor de una iglesia. Cuando tomó la ruta que llevaba más allá de la ruidosa portería de fútbol unida con cadenas, hacia la estación, sintió más calor del que le habían provocado sus nervios y la velocidad que estos le habían infundido. Al menos el tren estaba a punto de llegar. Sola en el andén, trató de calmar su respiración y suspiró en voz alta. Después, ya no había nada que la distrajese de la entrada de la estación que estaba detrás de ella. Nadie podía haberla seguido tan lejos sin que se hubiese dado cuenta. Y cuando el tren llegó a la estación no pudo evitar dar un paso atrás. Buscó las puertas más cercanas y miró por la ventana a medida que se dirigía a un asiento que estuviese de espaldas al muro. Por supuesto no había visto a nadie escondiéndose más allá de la salida a la calle, pero ¿y si lo hubiera hecho? Las puertas se cerraron, el tren partió y ella miró deliberadamente hacia el andén.

—Fin de la historia —dijo.

Nada más que el amanecer hizo que las puntas de los árboles más altos de la colina parecieran cerillas encendidas, Dudley se levantó de la cama dando un traspié. Tenía los pies enredados en el borde del edredón y cuando la uña del dedo gordo se deshizo del escurridizo tejido, casi se cae sobre la silla del escritorio. Estuvo a punto de gritarle al estorbo, pero aquello probablemente habría despertado a su madre. Quitó el edredón de en medio de una patada tan fuerte que se dobló la uña de su grueso dedo gordo y después encendió el ordenador. Tenía que escribir. Era más urgente que nunca; se había dado cuenta de que no era capaz de crear una historia nueva para la revista hasta que se quitara a Shell Garridge de la cabeza.

¿Cuánto tiempo más la iba a culpar de aquello? Si no le hubiese robado su espacio en la revista, su historia ya estaría publicada, antes de que nadie pudiera haberlo impedido. También tenía la culpa de la noche que había pasado y también la tenía Patricia Martingala, quien le había sometido a más presión y le había hecho perder la mayor parte de la tarde llevándola desde la colina al camino de la estación. A veces era suficiente el solo hecho de imaginar qué podía haber pasado, pero esta le había dejado tan frustrado que, nada más ver que el tren se la llevaba fuera de su alcance, había vuelto a casa y había intentado escribir a pesar de las interrupciones de su madre. ¿Le parecía que Patricia se lo había pasado bien? ¿La volvería a invitar? Era una chica agradable e inteligente, ¿verdad? ¿Habían encontrado algo en común aparte de la revista? Finalmente, después de ofrecer la llamada por respuesta a todas aquellas preguntas y algunas más, se había escapado a su habitación, donde se dio cuenta de que aquel interrogatorio le había quitado las ganas de escribir. Vio algunos vídeos de las películas de Vincent con la esperanza de que le reavivaran el ingenio, ya fuese para darle ganas de continuar con su colaboración o simplemente para ayudarlo a relajarse. Se sintió mucho menos reavivado por el documental sobre Lez y los Keks, un grupo de chicas con pelos de fregona, como homenaje a los Beatles y por un corto premiado en el que una joven prostituta negra tenía sueños, o quizá más que sueños, en los que aparecía vestida de vigilante. El último vídeo le hizo tener más ganas de animar a Vincent a que grabara una historia mucho más realista (una de Dudley), pero lo único que le había provocado fue un dolor de cabeza. No era capaz de inventar nada que no tuviera algo que ver con Shell.

Finalmente se había tirado en la cama y se había tapado con el edredón para seguir forzando a su cerebro. Cada vez que el sueño conseguía envolverle, su mente recobraba la conciencia. No sabía cuántas vueltas le había dado a sus ideas antes de aceptar la única respuesta: si no era capaz de escribir nada para la publicación mientras Shell siguiera en su cabeza, entonces primero tendría que escribir sobre ella. Nadie podría llegar a leer la historia nunca si no la imprimía y quizá ni siquiera tendría que conservarla una vez terminada. El ordenador se iba despertando a la vez que los rayos de sol, que, como sirope derramado, avanzaban lentamente entre los

árboles y mientras él intentaba sacarse una mota del ojo con algunos parpadeos.

Asesinada por el Mersey, Callada por el Mersey, Farfullando en el Mersey, Liquidada para bien. Todos los títulos le provocaban más de una sonrisa en los labios y la elección del nombre la agrandaba aún más hasta escocerle como los ojos.

—¿Creáis que iba a haber un puñado de hombres meando ahí fuera? —gritó Mish, mirando cómo la lluvia caía sobre la ventana del bar.

—Ni siquiera saben hacer eso bien, ¿verdad, chicas? Tienen que hacerlo de pie, como los perros que son todos. Al igual que no pueden quedarse un momento sentados porque les puede el ansia de tragar más cerveza o de ver porno o pegarle patadas a una pelota o cualquier otra cosa que sepan hacer esos pobres pequeños patéticos. Mean cerca de los lugares donde saben que estamos nosotras y eso también es un insulto. La próxima vez que alguna de nosotras se encuentre a uno meando sobre una pared creo que debería cortarle la meada.

Ella seguía gritándole a la ventana con la esperanza de que alguien que estuviese fuera en la tormenta la escuchase a ella y a las demás mujeres que se reían. Bebió un trago de su cerveza, porque ahora a las mujeres se les permitía beber pintas y no era lo mismo que cuando un hombre lo hacía y...

Cuando el dedo de Dudley se dirigía hacia la última tecla, la palabra se extendió a seis consonantes antes de quitar la mano. Su madre había salido de su dormitorio. Ya sabía que no debía invadir su cuarto sin permiso, pero si lo había escuchado teclear, le pediría entrar y echar un vistazo y él no podía hacer nada sin distraerse para responder. No se dio cuenta de que su presencia en el piso de arriba lo distraía hasta que escuchó los ruidos que comenzó a hacer en el cuarto de baño. Quizá el diálogo que había puesto en boca de Mish le había dejado demasiado sensible, pero tuvo que taparse los oídos con los dedos para no escuchar los sonidos y las imágenes que amenazaban con aparecer. Al escuchar que Kathy volvía a abrir la puerta del cuarto de baño, se quedó inútilmente quieto mientras ella bajaba al piso de abajo, escalón tras escalón. Tras escuchar que sus pisadas se alejaban sobre el linóleo de la cocina, empezó a borrar las letras e hizo lo que pudo para escribir más rápida y silenciosamente.

[...] gritó:

—¿Me oye algún hombre? Mejor será que vigiléis vuestras meadas. El que está detrás de la barra no tiene nada que temer porque es nuestro esclavo por esta noche. Hazlo todo bien y te dejaremos entero. Para los demás: habla Mish Mash, especialmente para los que estáis escondidos ahí fuera. ¡Venid a dar la cara si os atrevéis! Acabaréis meándoos en los pantalones.

Algunas mujeres parecían un poco confusas. Quizá pensaban que había bebido demasiado, aún siendo una mujer.

—Seguid riendo, es gracioso —les gruñó—. Hay un hombre al que todas odiaríais mucho más que al resto si leyeseis sus historias. No os preocupéis, he impedido que se publiquen para que nadie pueda leerlas. No me sorprendería que se ahorcara por ahí fuera por lo que hice. Espero que se haya asfixiado y que sienta como si alguien hiciese piiiiiiii.

—¿Dudley? —Su madre lo volvió a llamar desde las escaleras—. ¿Estás ya levantado?

—Sí, por segunda vez, sí —gritó Dudley teniendo que limpiar la pantalla.

—¿Tardarás mucho? Te estoy haciendo el desayuno.

—Intento escribir.

—¿Disculpa? No te entiendo si hablas entre dientes.

—No lo hago. Mish Mash es la que lo hace —dijo Dudley entre dientes, pero en voz alta y varias veces—. Intento escribir.

—¿Cuándo crees que tardarás en hacer un descanso?

Era casi tan mala como Shell, o sin el casi. Le había hecho perder el final de la frase. Lo único que veía era el subrayado del corrector de ortografía bajo la alargada pero incompleta palabra en color rojo chillón como una sierra ensangrentada. Casi olvidó guardar el documento antes de cerrar el ordenador. Arrastró la silla contra la cama.

—Ya no puedo escribir —bramó—. ¿Estás contenta ahora?

—Oh, no digas eso. Sabes que interrumpirte es lo último que quiero. No lo habré hecho, ¿verdad?

—Lo he dejado. Voy al cuarto de baño.

No se movió hasta que ella había regresado a la cocina con toda la lentitud de un doliente en un funeral. Entonces dio una carrera y cerró el pestillo una vez dentro. Ahora que estaba solo, tenía la esperanza de poder pensar, pero su cuerpo no se lo permitía. El estómago le dio un retortijón mientras hacía la tarea que Kathy solía llamar: sentarse en «el trono» y hacer lo propio de la realeza. Al cepillarse los dientes solo consiguió ver las muelas y la espuma de la boca. Cuando se metió en la bañera, su piel estaba tan nerviosamente tirante por el esfuerzo de capturar los pensamientos de Mish que no supo definir la temperatura del agua. Se retiró a tiempo de evitar quedar escaldado, pero el ataque de agua helada tampoco le fue de utilidad. Se secó todas las partes del cuerpo que se habían mojado y se roció dos veces las axilas con el desodorante en spray antes de regresar corriendo a su habitación. Miró de forma fulminante a la pantalla en blanco del ordenador y se vistió para ir a la oficina. Su mala cara fracasó en su intento por exprimir cualquier pensamiento. Quería que el desayuno fuese la recompensa por el trabajo, pero aquellos olores le estaban distrayendo de nuevo y finalmente acabó bajando haciendo aspavientos.

—¿Va todo bien? —preguntó su madre enseguida.

—Te he dicho que los huevos no toquen las alubias. Sabes que así no me los puedo comer.

Una vez que quedó satisfecho de la barrera de salchichas y bacón que le hizo ella, dijo:

—Ya no voy a escribir nada más.

—¿Quieres decir antes de irte a trabajar? Me refiero a tu otro trabajo. Estoy segura de que te pondrás con ello cuando vuelvas a casa.

—Sigues estando segura de todo, ¿no? Eso es todo lo que pasa.

—Sabes que no es verdad. ¿Quieres que llame y diga que estás enfermo?

—No serviría de nada. Ya es demasiado tarde. No puedo escribir.

—No sigas diciendo eso, Dudley. No querrás que te dé un golpe en la cabeza, ¿verdad? Le levantó el tenedor por encima del escaso desayuno que se había

preparado para ella.

—Vas a escribir esa historia para la revista —le informó—. ¿Puedes adelantarme algo sobre ella?

Dudley se llenó la boca con media salchicha con la esperanza de que su pregunta se hubiese atrofiado para cuando terminara de masticar, pero sus ojos permanecían a la espera.

—No —dijo, a la vez que se metía en la boca otro bocado.

—¿Tienes miedo de que no puedas escribir si le cuentas la historia a alguien antes? ¿Incluso a mí? Supongo que no debería leer lo que llevas escrito.

—Supones bien.

—Solo quiero ayudar, no quiero entorpecer tu trabajo.

Después de esperar en vano una respuesta, dijo:

—¿Vas a asesinar a otra chica?

—Si te refieres al señor Matagrama, sí.

—Entonces no te has quedado sin chicas.

Aquel comentario le hizo sentir incómodo, casi desconcertado, porque no sabía decir por qué le molestaba.

—Nunca se quedará sin ellas; hay muchísimas —dijo.

—¿Sigues creyendo que puedes ver las cosas desde su punto de vista?

—Claro que puedo —dijo Dudley.

Pero su mente se burlaba de él al no dejarle terminar la frase de Mish repitiendo una y otra vez: *piiiiiiiiiiiiiiiii*, como un coche en una rima infantil.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó.

—Nada, si tú lo dices. Tengo una idea por si te has quedado bloqueado. Si tienes problemas para que se te ocurra algo relacionado con el punto de vista de una mujer, quizá yo pueda hacer algo al respecto.

Enseguida se preguntó si su convicción de que tenía que escribir sobre Shell antes de poder continuar era simplemente una excusa, una forma de posponer lo que sabía que tenía que hacer. No tenía ni idea de por qué Kathy lo miraba así.

—¿Qué? —gritó.

—Quizá yo podría intentar escribir algo si quieres.

—¿Quieres decir en mi ordenador? ¿En el ordenador de mi habitación?

—Si me dejas. Lo que te venga mejor.

—Lo que me viene mejor es que me dejes en paz; cien por cien en paz.

—Eso es lo que crees que necesitas para escribir, pero no significa que deba ser así.

Durante los instantes que tardó en comerse el bocado de huevos, pareció haber capitulado, pero entonces continuó:

—Después de todo, estás colaborando con el director de cine.

—Se suponía que me ibas a dejar en paz.

Mientras retiraba la silla de la mesa, el ruido del pino sobre el linóleo le crispó los

nervios.

—Tengo que trabajar —se quejó.

—Aún no vas tarde, come algo más.

Al tirar el cuchillo y el tenedor sobre el plato, los cubiertos se hundieron en la ciénaga leguminosa.

—Al menos tómate el zumo de naranja —dijo—. Empieza el día de forma sana.

Agarró el vaso y se lo vació en la boca. Aún no había terminado de tragar, cuando el ácido se le mezcló con la bebida. Se apresuró hacia la puerta y se desvió del camino con el tiempo justo de escupir lo que tenía en la boca detrás del jardín abandonado. Cuando se puso derecho de nuevo, vio a Brenda Staples, una de las hermanas ancianas que vivían en la casa de al lado, inmóvil tras la ventana del piso de abajo sosteniendo la gran cortina que estaba abriendo. La rabia contenida que sintió ante el atrevimiento que la mujer exhibía le empujó a continuar avanzando por el camino. Antes de que pudiera levantar los dedos de la puerta, Kathy fue tras él.

—Podrías intentar escribir en la hora del almuerzo, ¿no?

No sabía si quería tranquilizarle a él, a ella o a ambos.

—Quizá también durante los descansos.

—No —dijo Dudley—. No.

Y lo repitió por toda la calle que conducía colina abajo. Se imaginaba a sus compañeros leyendo sus cosas detrás de él e incluso inventándose historias para llevarlo hasta la sala de personal. Deseó haberle permitido a Kathy que le contara a la señora Wimbourne que no se sentía bien, aunque no era así. Quizá podía fingir en el trabajo y así lo enviarían a casa.

—Piiii, piii, piii...

Su mente repetía aquella melodía. Cruzó la calle para evitar escuchar a los madrugadores compradores del supermercado y comenzó a salmodiar aquella sílaba con un tono lo suficientemente estúpido como para avergonzarse y dejar de hacerlo.

—Pis en su cabeza —gruñó con algo de inspiración—. Quería que alguien hiciera pis sobre su cabeza, esa estúpida y vengativa zorra sin imaginación.

El problema era que se sentía así, o al menos como si el sinsentido cayera por su cabeza, gota a gota, lentamente y apagara todos sus pensamientos. Seguramente aquello se debía a la falta de sueño. Lo único que necesitaba era algo que le despertara del todo.

Consiguió guardar silencio cuando llegó a la estación. Cuando el tren partió, el ritmo de las ruedas le hizo repetir:

—Su cabeza, su cabeza, su cabeza...

La joven que estaba sentada enfrente retiró las rodillas de su lado y se quedó con la mirada perdida más allá de él. Antes de poder unir cualquier pensamiento, una voz metálica anunció Birkenhead Park. Se bajaba en la siguiente parada y no tenía sentido seguir intentando pensar mientras estaba enterrado en medio de aquella masa de gente que no tenía ni idea de quién era él. Su alrededor cada vez era más confuso y

monótono cuando de pronto una frase atrajo su atención. Decía: «La película sobre el asesinato».

El periódico estaba tres asientos más allá de él. Tuvo que forzar sus ya cansados ojos para poder estar seguro de que se trataba de aquellas palabras. El recordatorio del titular estaba tapado por un pulgar, pálido como una oruga, con un corazón carmesí. El pulgar temblaba como si estuviese a punto de retorcer el periódico, pero al final se deslizó hacia un lado para pasar la página. La parte trasera de su cabeza, una masa de paja ingeniosamente despeinada, casi no dejaba ver a Dudley el titular completo: «La familia de la víctima condena la película sobre el asesinato».

Estuvo a punto de gritarle que no pasara la página. ¿Quién más estaba leyendo aquel periódico? Cuando ya había terminado de revolverse sobre el asiento, ignorando las tonterías que la joven estaba haciendo para que sus rodillas no se contaminaran al tocar las suyas, localizó tres copias. El tren seguía con la charla sobre el tema que había en su cabeza mientras las luces incrustadas en las paredes del túnel penetraban en su visión con más rapidez de la que era capaz de formar pensamientos. Intentó no agarrar el periódico más cercano mientras se dirigía a las puertas. Cuando se separaron, se llevó los dedos a los carnosos labios y corrió hacia el otro lado del andén.

Podía haber subido corriendo los noventa y nueve escalones que había hasta la calle si el ascensor no hubiese estado abierto y a la espera. En el momento en que vio la luz del día, Dudley se escabulló entre la gente, salió por las puertas y corrió por la agostada y desnivelada calle. Los coches pitaron cuando cruzó como una flecha la calle principal. Pasó corriendo por el edificio del bingo dirigiéndose hacia el callejón donde estaba el puesto de periódicos de al lado de la oficina de empleo. «Artículo: Insuficientes policías nuevos en Mersey», rezaba el cartel del puesto, el cual no tenía nada que ver con él. Cogió el primer periódico del montón y se obligó a sí mismo a entretenerse hasta que el hombre sin afeitar y vestido con pantalones cortos le dio el cambio de la moneda de una libra, por si la prisa lo traicionaba de alguna manera. Pasó las páginas casi a arañazos mientras se dirigía hacia el banco más cercano.

La falta de candidatos para entrar en la policía ocupaba la página delantera. Sin embargo, el tema de la película no era ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto, ni el quinto... Aquel titular no podía tener nada que ver con él si estaba tan en el interior del periódico. Al abrir la siguiente página y agacharse sobre ella volvió a sentir el retortijón en el estómago.

La familia de la víctima condena
la película sobre el asesinato

La familia de Angela Manning, que murió atropellada por un tren en la estación de Moorfields en agosto de 1997, ha criticado los planes que hay para hacer una nueva película sobre los alrededores del Mersey.

Basada en una novela sin publicar del escritor Dudley Swift, la película va a incluir una escena en Moorfields donde un asesino en serie arroja a una chica al tren.

En nombre de Producciones Polywood, el empresario americano Walt Davenport ha dicho que la

escena puede que no aparezca en la película. Es improbable que esto vaya a contentar a la familia de Angela.

«Dicen que no tiene nada que ver con Angela, pero al eliminar la escena lo están confirmando, comenta su padre, Bob Manning. En la película aparece un hombre que asesina a una chica como ella. Esto no nos va a dejar llorarla en paz y también hará que se extienda la idea de que los alrededores del Mersey están llenos de criminales».

Dudley supuso que si se refería a que la zona estaba llena del señor Matagrama, debería tomárselo como un cumplido. Pero le enfurecía que le pusieran la etiqueta de criminal, pero no tanto como que se refirieran a él con un nombre equivocado. Le resultó difícil mantener los dedos quietos para llamar a *La Voz del Mersey*. Le respondió una máquina con la voz de Patricia Martingala.

—Soy Dudley —protestó—. Dudley Smith. Que alguien me llame cuando lleguéis.

Cerró el periódico y se dirigió hacia la papelería más cercana. Nada más llegar, escuchó a la señora Wimbourne decir:

—Dudley, no lo tires. Yo me lo quedaré.

—No —murmuró mientras lo tiraba en el cubo de cemento.

Se quedó abierto por la historia que hablaba de él. Se agachó sobre el cubo con tanta prisa que los bordes de su campo visual se quedaron en blanco al igual que los bordes de una vieja fotografía. Nada más cerrar el periódico, la señora Wimbourne estaba a su lado.

—¿Me lo das ahora? —preguntó.

Debió haberse imaginado que intentaba ponerlo fuera de su alcance. Tuvo la precipitada idea de que si él lo dejaba allí, ella cambiaría de parecer solo porque era una mujer y lo cogería. Había una lata de cerveza medio llena sobre el borde de cemento y la vació sobre el periódico.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó la señora Wimbourne.

—No querrá que un niño se la beba, ¿verdad? De todas formas pensé que no quería el periódico para nada.

Le dedicó una mirada lo suficientemente larga para dejar claro que era una muestra de desaprobación y después giró el tacón.

—Ya he perdido bastante tiempo contigo. Ven conmigo enseguida y asegúrate de que haces algo útil.

Seguramente no le gustaría saber lo útil que era para algunas cosas. Se le estaban ocurriendo algunas cosas mientras miraba su rechoncha espalda cuando vio a Trevor, Vera y Colette mirando desde la puerta de la oficina de empleo. Se dieron la vuelta cuando la señora Wimbourne metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta, se retiró con gran dignidad.

—Volveré enseguida —dijo—. Entrad.

Nadie dijo nada hasta que Trevor cerró la puerta tras ellos, dejándolos atrapados en el opresivo calor. Entonces pronunció:

—¿Qué has hecho para ponerla de tan mal humor, Dudley? No hace falta que nos

lo pongas más difícil al resto de nosotros.

—No estaba pensando en vosotros.

—¿Ni siquiera en Colette? —le respondió Vera.

—¿Por qué has tirado a la basura ese periódico? —preguntó Colette interesada, o al menos para interrumpir.

—¿Piensas que la gente debería leer tus cosas en vez de eso? —sugirió Vera—. ¿Cuándo vamos a hacerlo?

—La familia de la chica verdadera les pidió que no publicaran la historia, ¿recuerdas? —dijo Colette—. Podrías entender cómo se sienten, Dudley.

—¿Por qué tienen que sentirse así?

Apenas tenía conciencia de lo que estaba diciendo mientras veía a la señora Wimbourne comprando un periódico en el puesto.

—¿Quién dice que deban sentirse así?

—Lo que yo quería decir es —intervino Vera—, ¿por qué no nos traes la historia para que podamos juzgarlo por nosotros mismos?

Podía haberle preguntado que quiénes eran ellos para juzgarle a él, pero en ese momento se encontró con la mirada de la señora Wimbourne mientras entraba.

—Gracias, Dudley, por la molestia y el gasto —dijo.

Colette se dirigió hacia el lavabo de señoras mientras que sus compañeros siguieron a la señora Wimbourne a pesar de las palabras de reprobación de Trevor en defensa de Vera. Todo lo que a Dudley le importaba era mantener vigilado el periódico hasta que pensara en algo para impedir que ninguno de ellos descubriera el último de sus contratiempos. Cuando la señora Wimbourne se sentó en la silla, él tomó el asiento de enfrente y miró la página en blanco del techo. Desde su ángulo de visión pudo comprobar que ella cambiaba el orden en el que pasaba las páginas y aquello no le dejaba pensar. Pasaba de una en una o de dos en dos en cualquier momento.

—Siento que haya tenido que comprar otro —dijo—. Yo se lo pagaré.

—Creo que no, gracias. Así yo haré lo que quiera con él.

Estaba llegando a estar tan desesperado como para considerar prometerle regalárselo, cosa no iba a resolver nada, cuando reapareció Colette. La señora Wimbourne cerró el periódico antes de soltarlo en la mesa y dirigirse hacia el servicio de señoras. Apenas había cerrado la puerta cuando Trevor se abalanzó desde el otro lado de la mesa para cogerlo.

—Déjalo ahí —gritó Dudley—. Ya la habéis oído, es suyo.

—No sabía que le tuvieras tanto miedo.

—No tengo miedo de nadie. Deberían... —Tuvo que dejar de alardear para enfrentarse a Vera—. ¿Qué es tan gracioso?

—Solo el pensar que hay alguien de quien sí tienes miedo.

—¿De quién?

Aquello pilló por sorpresa a Dudley y este intentó contener la voz.

—¿Qué estoy? ¿Asustado? ¿De quién?

—Quizá un poquito de Colette.

—¿De ella? No siento nada por ella. Ya sé de qué te reías; se trata de un chiste.

Se quedó mirando al suelo fijamente con la esperanza de que se dieran cuenta de que necesitaba estar solo. Sin embargo, aunque Trevor sí se marchó al servicio de caballeros, Vera se quedó allí como si quisiera proteger a Colette. Cuando Trevor regresó, un sabor tan rancio como el calor de la habitación invadió la boca de Dudley y fue entonces cuando Vera fue al servicio de señoras seguida de Colette que se quedó a la altura del mostrador. Trevor se sentó a la mesa y esperó a que Dudley lo mirase.

—¿Qué te pasa hoy, tío? ¿No vas a estar contento hasta que nos hayas mosqueado a todos?

—Estoy tratando de pensar en una historia —gritó Dudley—. Necesito que os calléis y os alejéis de mí.

Trevor lo miró con una cara que parecía soportar el cansancio de toda una vida.

—No estoy de acuerdo con la jefa en muchas cosas, pero quizá deberías dejar en casa parte de lo que haces.

—Yo sé quién soy. No creáis que lo sabéis todo sobre mí.

Mientras Dudley se esforzaba por no dejar salir a la luz más verdades, la señora Wimbourne salió del servicio de señoras.

—Es hora de que vayamos al mostrador —anunció—. Y eso va por todos, incluidos los genios novelistas.

Trevor se levantó con las manos en los bolsillos y se dirigió hacia la puerta.

—Será mejor que muevas las piernas. Suena como si una mujer quisiera verte.

Se detuvo en la puerta y le dedicó una mirada dudosa que hizo que Dudley se sintiera inmóvil por los nervios. Tan pronto como Trevor se marchó, Dudley se abalanzó sobre el periódico y arrancó la ofensiva hoja para esconderla de todos, también con la que estaba pegada a ella. Tardó unos segundos en ordenar los restos de papel antes de arrugar su premio formando una bola y metérselo en el bolsillo trasero del pantalón mientras se dirigía hacia el mostrador.

—Voy al servicio —le informó a la señora Wimbourne.

—De aquí en adelante, por favor no lo dejes para el último momento.

Estuvo a punto de contestarle que era por su culpa y por la de todos los demás. No se molestó en cerrar la puerta del solitario cubículo como preámbulo para tirar la bola de papel de periódico al inodoro. Orinó encima de ella, como buena medida, y tiró de la cadena. Después, caminó hacia el mostrador reprimiendo una sonrisa. Ocupó su lugar en el mostrador mientras la señora Wimbourne abría la puerta para dejar pasar a Lionel y al público representado por un hombre que, después de beberse un botellín de cerveza, lo depositó en el contenedor de cemento y caminaba dando tumbos detrás del guardia. Dudley pensó que podía presenciar algo de violencia, pero enseguida el hombre adelantó a Lionel y salió disparado hacia el servicio de

caballeros.

No había nada que pudiera encontrar y ciertamente ninguna razón para mencionarle a nadie que él sí lo había encontrado. Dudley intentó quitarse de la cabeza la amenaza mirando la pantalla en blanco del ordenador; entonces lo encendió y el hombre volvió a aparecer. Se fue derecho hacia la puerta, lo que alivió a Dudley de aquel sabor a rancio. Casi había alcanzado la calle cuando Lionel lo abordó:

—¿No busca empleo? No somos un baño público.

—Esto es un edificio público; debería serlo ya que es el público el que paga sus sueldos.

El hombre tenía ya un pie en la acera cuando se detuvo para añadir:

—De todas formas, lo he dejado como lo encontré. Alguien ha tirado hojas de periódico en el retrete y se ha atorado.

—Yo no he sido —informó Trevor a quien le pudiera interesar.

La señora Wimbourne se levantó de su cabina y echó un vistazo a todas las mamparas.

—¿Dudley?

Se quedó mirando la pantalla a la espera de que los iconos pudieran ofrecerle algo de inspiración.

—¿Cómo iba a hacer yo eso?

—Precisamente eso me gustaría saber —dijo dirigiéndose hacia la sala de personal.

Escuchó una oleada de cuchicheos que le puso en la mente de una rata envenenada atrapada por las convulsiones en su nido y después cómo su pesada pisada se acercaba a él mientras veía su reflejo en el cristal que separaba las cabinas. Su perfume llegó a la par que el ácido en su garganta, cuando dijo:

—¿A qué has estado jugando con mi periódico?

—Me ofrecí a comprárselo.

—Muy bien.

Su regordeta mano apareció a la altura de su hombro, dejando la palma hacia arriba sobre el mostrador. Movía las yemas de los dedos en señal de que se diera prisa en contribuir. ¿Cómo se retorcerían y sacudirían si le clavara un bolígrafo en la mano y siguiera empujando hasta que la punta metálica atravesara la carne hasta llegar a la madera? ¿Cómo gritaría y suplicaría? Demasiado ruido habiendo testigos. Alguien o todos ellos intentarían detenerlo antes de concluir. Sacó algo de cambio y lo contó en su mano. Sin embargo, no se deshizo de ella con aquello; lo que hizo fue levantar el puño lleno de monedas por encima de la cabina y decir:

—Lionel, ¿podrías traerme un periódico?

Mientras el guarda cogía el dinero, Dudley se agachó al sentir un pinchazo en las tripas. El reflejo de la señora Wimbourne estuvo a punto de ocultar la visión de Lionel corriendo hacia el puesto de periódicos para después regresar con otro ejemplar.

—Gracias, Lionel. Quizá ahora podamos averiguar por qué ha pasado todo esto —dijo la señora Wimbourne a la vez que pasaba las páginas por encima de la cabeza de Dudley. Los ruidos parecían estar aplastándole el cráneo al igual que el silencio que siguió hasta que la voz de la señora Wimbourne añadió más peso:

—Al final, tu comportamiento lo dice todo, Dudley. Ya sabes exactamente lo que tienes que hacer.

—No sé lo que me está pidiendo.

—Me temo que si quieres continuar trabajando aquí, vas a tener que guardarte tus historias para ti. Y eso incluye lo de la película.

—No puede decirme que haga eso. Dijo que se lo tenía que preguntar a los jefes de arriba.

—No necesito hacer nada de eso. Es decisión mía y Londres me apoyará en lo que decida. Supongo que llevarás el teléfono encima, como es habitual en ti.

—Puede ser.

—Esta vez lo vas a usar aquí. Quiero escuchar lo que le dices a tu americano.

Dudley se agarró al borde del mostrador para mantener sus quisquillosos dedos quietos.

—¿Qué está esperando que haga?

—Me da igual lo que tardes en alcanzar el resultado mientras sea el que se te pide.

Ella se acercó para asegurarse de que Dudley no podía escaparse y le humedeció la nuca con la respiración.

—Podrías explicarle que estás dañando nuestra reputación. Cualquier cosa que hagas está relacionada con nosotros ahora que sales en los periódicos.

Tuvo la sensación de que le estaba ofreciendo ayuda. Pensó hablar con Walt en sus términos y después llamarle para aclarar aquel sinsentido, pero el panorama era tan degradante que todo su cuerpo retrocedió ante aquello. Seguramente ella también se había retirado o no estaba tan cerca como le sugería su sudoroso cuello, porque la silla no consiguió tirarla al suelo cuando la lanzó hacia atrás y la giró para ponerse frente a ella.

—¿Qué clase de reputación cree que tenemos? —preguntó.

—Quizá me lo podrías decir tú.

—Sosa. Sin imaginación. No solo usted, sino todos. Si supieseis la mitad de lo que yo soy ninguno se atrevería a hablarme de la forma en que lo hacéis. Deberíais estar orgullosos de que se os relacione conmigo. La gente quizá pueda pensar que sois hasta interesantes.

—Vaya por Dios —dijo Vera con una risa de desdén que arrastró también la de Colette y la de Trevor.

La señora Wimbourne relajó la cara un poco para dejar que Dudley viera las reacciones que había provocado con sus comentarios antes de decir:

—Te voy a dar una última oportunidad. Haz la llamada que te he dicho o da la

noticia inmediatamente.

—No voy a hacer ninguna de las dos cosas.

Se acercó al mostrador y levantó la tapa con un impacto parecido al de una claqueta. Si sentía la boca seca y rancia era por culpa de todo aquello de lo que estaba escapando al final. Cuando salió a la luz del día, se dio la vuelta para mirar a Trevor, Vera y Colette en sus cabinas de cristal, figuras que no parecían mucho más animadas que el inmóvil ventilador que tenían detrás, mientras Lionel los vigilaba y la señora Wimbourne permanecía de pie con ellos doblando el periódico como si así pudiera poner todo en orden después de lo de Dudley. Parecía que ninguno de ellos se creía que habían presenciado su dimisión y quizá no lo habían visto todo.

—Gracias por ayudarme a escribir —gritó sonriendo.

—No, no, no...

A medida que la voz de Dudley disminuía, Kathy tuvo la impresión de que lo veía encogerse y volverse un niño pequeño otra vez. Después llegó a la esquina de la empinada calle y pasó a su lado. Estaba rechazando sus sugerencias no a ella misma. Quizá con el tiempo se daría cuenta de que algunas tenían sentido, pero no necesitaba añadir más presión a la que ya sentía. Ella esperó hasta verlo subir con determinación por el camino en dirección al trabajo y después, cuando se giró, vio que Brenda Staples había salido a la puerta de la casa de al lado.

A pesar del calor, vestía una bata enguatada rosa a juego con sus zapatillas. Al ponerse el collar alrededor de su arrugado cuello, lo único que traicionó su frágil cara cuidadosamente maquillada y sus rizos tintados de negro fue la venosa mano.

—No sabíamos que Dudley fuese un chico problemático —dijo.

Seguramente también le estaba hablando a su hermana mayor.

—Ni yo tampoco —dijo Kathy con algo de educación—. ¿Por qué dice eso?

—¿No acabamos de presenciar el final de una riña?

—No tenemos que estar de acuerdo en todo. Quizá Cynthia y usted sí.

—Claro, si a usted no le importa que provoque una escena en público, los demás no debemos quejarnos. ¿Ha estado celebrando algo?

—No que yo sepa. No sé qué tendría que celebrar.

—Bueno. ¿Tiene alguna enfermedad?

Kathy tuvo la sensación desconcertante de que la estaba interrogando sobre la excusa que le había propuesto contarle a su jefa.

—¿Qué clase de enfermedad?

—La que tuviese antes de que usted saliera a hablar con él. Suponemos que es por eso por lo que lo hizo.

De pronto Kathy temió enterarse de más cosas. ¿Cómo le habría afectado su insistencia a su ya tenso cerebro? ¿Podrían haber pasado las drogas de su juventud a sus genes y permanecer latentes cuando su mente era más vulnerable que nunca? Todo a su alrededor se volvió plano y brillante como una pared recién pintada.

—¿Qué estaba haciendo? —se escuchó a sí misma preguntar.

—Algo bastante asqueroso —dijo Brenda negando con la cabeza y señalando la parte de atrás del jardín—. Perdóneme si no miro.

Kathy se asomó al césped lleno de hierbajos y vio la prueba. Aunque estuvo a punto de desmayarse, para sus miedos era mejor disimular con una sonrisa de alivio antes de volverse hacia su vecina.

—Eso debe haber sido mucho para usted. Le pido disculpas en su nombre.

Brenda estaba mirando los hierbajos.

—Espero que tenga algo de tiempo para ayudarla en el jardín si va a dejar su afición.

—Me temo que dispone de muy poco.

—No creo que le pueda llamar trabajo a esas historias que nos hemos enterado que escribe.

—Aún no, pero espero que pronto sí pueda. La gente solo está empezando a ver lo que es capaz de hacer.

—Debería esperar que no llegara a nada.

Kathy consiguió contenerse.

—¡Qué extraordinaria sugerencia! Explíquemela.

—Lo decía por el artículo del periódico.

—¿Se refiera a lo de que le han echado unos años de más? Así es la prensa. O están sordos o no revisan lo que escriben. Yo estaba presente cuando les dijo su edad.

—Me refería al periódico de hoy.

—Me temo que aún no lo he leído —dijo Kathy sintiendo una punzada de inquietud.

—Entonces me parece que debería hacerlo.

Brenda entró en su casa con determinación, desde donde dijo:

—¿Me dejas el periódico unos minutos, Cynthia? El periódico, Cynthia. El periódico. El que tienes ahí.

—No quisiera causarles tanta molestia —dijo Kathy intentando ignorar la silenciosa respuesta del cuidado jardín de las hermanas.

Pero Brenda ya venía de vuelta. Abrió el periódico antes de pasárselo a Kathy por la valla.

—No compramos el periódico de la mañana. Ya me imagino la cantidad de cosas malas que suceden sin tener que leerlas —dijo Kathy.

Entonces vio el titular que Brenda quería que viera. Mientras miraba rápidamente los dispares párrafos y se saltaba las frases y pensamientos que se interponían, sintió como si la oscuridad llegase a su mente y la luz del sol de la mañana se hubiese resquebrajado para dejarla entrar. Mantuvo los ojos fijos sobre la historia hasta que las palabras se redujeron al sinsentido y le ocultó sus emociones a Brenda.

—Me parece que están llevando demasiado lejos una coincidencia —dijo levantando la mirada.

—Si usted cree que lo es...

Kathy se dio cuenta de que estaba enrollando el periódico como si tuviera la intención de utilizarlo como un garrote.

—¿Qué otra cosa quiere que crea?

—Nada. Estoy segura de que lo es si Dudley lo dice. ¿Le importaría no hacer eso con nuestra propiedad?

—Lo dice —dijo Kathy, desenrollando el garrote antes de devolverlo—. Dice que lo es.

—Si una madre no cree en su hijo, entonces nadie puede hacerlo.

Brenda alisó el periódico contra su plano pecho antes de añadir:

—De todas formas, la testarudez no le hace bien a la reputación de nadie.

—¿Quién piensa que necesita ayuda?

Brenda la miró fijamente suponiendo que aquello era suficiente respuesta, pero habló:

—Espero que esta urbanización no vaya a necesitarla por culpa de toda esta publicidad. En especial espero que no vayamos a ser invadidos por la prensa. Bueno, no la entretengo. ¿No está ya de camino al trabajo a estas horas?

—Hoy no —dijo Kathy entrando en su casa.

El recibidor parecía mucho más oscuro ahora que había dejado la despejada luz de la mañana. Al principio creyó que se debía a su enfado, pero cuando cerró los ojos para calmarse, aquello fue como resbalarse y caer irremediabilmente en su propia profundidad; en una oscuridad que ninguna cantidad de luz podría aliviar porque se debía a sus propios miedos y a la soledad. ¿Que Dudley no compartiera con ella sus secretos no era igual que estar sola? Hasta que la revista no lo dijo, no se enteró de que le habían atacado en el trabajo. Tuvo que enterarse por Patricia de que no iban a publicar su historia y ahora, insoportablemente, por Brenda de lo de la película. Seguramente no habría más revelaciones y al menos le había contado el problema que tenía. Aquello tenía que haber sido una petición de ayuda, aunque no lo admitiera. Tan pronto como fue capaz de marcar los dígitos, llamó a la oficina.

Le contestó su propia voz enumerando las horas de apertura de la oficina e invitando a dejar un mensaje. El señor Taylor la persuadió para que ella grabara la cinta con la excusa de que su voz era la más simpática.

—Soy Kathy —dijo tras su propio silencio—. No iré hoy. Me temo que es un virus veraniego.

No fue directamente a la habitación de Dudley. Se quedó mirando el desayuno que se había dejado en la cocina. A veces comía con ganas y a veces incluso repetía, ahora que Kathy lo pensaba, siempre después de haber estado con su novia. Seguramente él podría hacerlo si Kathy le pudiera hacer la vida más fácil. Vació los dos platos en el cubo de la basura y los puso en el fregadero antes de apresurarse a subir al piso de arriba.

Mientras encendía el ordenador deseó con todas sus fuerzas que Dudley no tuviera contraseña. Parecía que confiaba en que ella no entraría a su habitación y no se había molestado en poner una. No tuvo tiempo para avergonzarse mientras buscaba el último documento que él había abierto.

Liquidada para bien. La experiencia de leer una nueva historia de Dudley antes de estar siquiera imprimida, le hizo sentir tan especial que no dejó de sonreír hasta que llegó al final de la primera frase.

¿Qué estaba intentando hacer? ¿No se daba cuenta de que la revista nunca publicaría aquello? Cada frase que Kathy leía la hacía sentirse más nerviosa por él. Ni siquiera sonrió al ver que había llamado Mish Mash a aquella mujer. ¿Estaba tan distraído que había pensado que aquello divertiría a la editora y así se aseguraría de

que no rechazaba la historia? Aquello no se iba a publicar. En la mitad de la segunda hoja se quedaba colgada extendiéndose con una palabra que parecía no tener fin.

Mientras miraba las estridentes letras extra y la raya roja del corrector de ortografía bajo la alargada palabra, recordó cómo en los meses posteriores a haber dejado las drogas, a veces había visto que las palabras que leía empezaban a andar por la página. Parecían tan desesperadas por salir como ella por escapar de allí y cada una de ellas parecía sacar de quicio a las otras, haciendo que ella cayera más en la profundidad del abismo de su pánico. ¿Podía tener algo que ver el estado mental que había producido aquella chillona palabra con el anterior, del que se recuperó a base de tranquilizantes? Seguramente aquella palabra solo era un grito de desesperación al haberse dado cuenta del tiempo que le había hecho perder esa historia, o quizá una protesta por una interrupción en su trabajo. Toda la historia debía de ser una protesta por la forma en que se estaban resintiendo su trabajo y su reputación. Estaba escribiendo de manera deliberada una historia desafiante que no iba a ser publicada, una historia que fingía estar basada en su propia imaginación o en hechos reales que le habían hecho responder así ante los comentarios que Shell había hecho sobre él. Su salvajismo había sorprendido a Kathy, pero seguramente no podía ser capaz de escribir otra historia para la revista hasta que no se hubiese ocupado de la de Shell. ¿Podría ayudarle Kathy? No había ninguna necesidad de cambiar su plan. Alcanzó el teclado y borró las redundantes letras de la última palabra.

Aquello era como aceptar el mayor atrevimiento de su vida sin dar marcha atrás. Aunque podía borrar luego todo lo que escribiera y ese pensamiento la animó a comenzar. Tecleó: «pis sobre él», y leyó la frase que había completado: «Espero que se sienta como si alguien hiciese pis sobre él».

Aquello era lo que Dudley quería decir. Era la burla que él y ahora Kathy habían imaginado que Shell Garridge habría hecho sobre él, aunque no era peor que los comentarios con los que la revista había reemplazado su historia. Kathy miró el resto de insultos que Mish Mash le había dedicado y comenzó a escribir con furia para ir a la par con sus pensamientos.

¿Por qué ya no se reían las demás mujeres? Algunas de ellas parecían pensar que Mish había dejado de ser graciosa. Quizá veían que temía parar. Si no seguía bromeando, sus miedos la atraparían por completo. Quería que estallaran en risas para poder tener una oportunidad para gritar. Seguía hablando de lo mojado que estaría el hombre al que estaba insultando bajo la lluvia porque lo que realmente temía era mojarse de miedo ella misma. Si él había estado escuchando ahí fuera, había llegado demasiado lejos. Aquel pensamiento la hizo precipitarse. Lo único que podía hacer era decir lo peor que fuese capaz de imaginar sobre los hombres, y sobre él en especial, para convencerse a sí misma de que él no estaba allí.

Kathy no sabía cuándo había sido la última vez que se había sentido tan cerca de su hijo. Se alegró de estar escribiendo las ideas que él hubiera añadido si hubiese tenido tiempo. Ciertamente estaba compartiendo su furia con el personaje que él había inventado para despejar su mente. No importaba lo viciosa que fuese escribiendo sobre alguien que no existía y sobre hechos que nunca habían tenido

lugar. Su hijo era lo único que le importaba y él sería el único lector.

—Espero que se baje los pantalones si está ahí fuera —se burló Mish Mash, y más cosas.

Mucho antes de terminar de despotricar, el público ya había encontrado varios motivos para irse. Solo una pareja leal seguía bebiendo allí aun cuando ella se dirigió hacia el servicio de señoras, pero cuando terminó de deshacerse de su gran ingesta de cerveza, el único que la esperaba para salir era el camarero. No le iba a pedir que la esperara hasta que llegara al coche; nunca habría estado tan desesperada como para pedirle ayuda a un hombre.

—Será mejor que te pongas un delantal si vas a fregar —le dijo, mientras agachaba la cabeza al meterse bajo la lluvia.

Su coche estaba a unos cientos de metros en el gran paseo del río. Se dirigía hacia él dando tumbos bajo la tormenta que no le dejaba ver nada. ¿Aquello era un hombre que le hacía señales para que fuese hacia él? Lo único que allí se movía eran las ráfagas de lluvia. ¿Eran pisadas de puntillas lo que escuchaba tras ella? Solo era un desagüe roto. Entonces Mish pudo distinguir algo y...

Kathy estaba extasiada visualizando cómo la mujer empapada avanzaba dando un traspié tras otro, tan indefensa como cualquier víctima que no es consciente de que está viviendo una historia de terror. Podía haber estado a medio camino de su coche cuando escuchó un susurro cerca, tan débil y helado que al principio creyó que le hablaba la lluvia. «Mish, pareces una víctima», decía, al menos hasta que Kathy borró la línea. «¿Cuál es tu misión, Mish?» le pareció mejor escribir.

La comediante miró a su alrededor y anduvo en círculo como si fingiera estar haciendo payasadas ante su público. Lo único que podía ver era la lluvia que le llenaba los ojos. Parpadeaba y se la quitaba con la mano hasta que fue capaz de distinguir la forma de su coche. A medida que avanzaba, el susurro era más cercano.

—Eres mi víctima, Mish.

Ella miró hacia atrás por encima del hombro, pero la lluvia parecía haberse aclarado en todas partes menos donde ella estaba. ¿Estaría escondido detrás del coche quien le hablaba? Peor: parecía estar más cerca aún.

—¿Crees que eres un pez, Mish? ¿Vas a darte un chapuzón?

De repente, apareció una figura de detrás del borde del paseo, como si hubiese estado esperando allí bajo la lluvia y hubiese ido tras Mish.

—¡Toma esto, Mish! —gritó.

Lo único que Kathy fue capaz de inventar, resultando nada útil para él, fue que el hombre arrojó un líquido a la cara de la mujer.

No era ácido, ni siquiera ningún compuesto químico; demasiado improbable, a pesar de la tentación. Solo era un cubo de agua de lluvia. Sin embargo, aquello la privó de visión y casi le hizo perder el equilibrio, así que solo hizo falta un leve empujón para tirarla a la rampa desde donde el señor Matagrama le había tendido la emboscada. Antes de que pudiera recuperar el control, el paseo se elevaba por encima de ella y se vio metida en el río hasta la cintura. Intentó subir a duras penas por el inclinado y resbaladizo borde, pero entonces él le pisó la cabeza.

El impacto, o la impresión, hizo que Mish perdiera el equilibrio y se deslizara bajo el agua hasta que una ola rompió en su barbilla y la boca se le llenó de agua. A continuación él volvió a poner el pie sobre su cabeza y la empujó hacia abajo. Mientras él le pisaba los brazos para asegurarse de que la mantenía abajo, empezó a

cantar y, finalmente, cuando sus manos dejaron de parecer dos pálidos cangrejos, a bailar. «Splish, splash, me voy a bañar», cantaba hasta que Kathy decidió que debería cantar: «Mish Mash». Quizá aquello sería lo último que ella escuchara o, quizá mejor, pensaría que las olas sabían su nombre.

Cuando Kathy estuvo segura de que aquel tenía que ser el final, levantó la cabeza. La luz del sol le había estado dando en la frente durante horas y aquello había sido como una inspiración. Mientras dejaba allí la colaboración, creyó que mientras había estado escribiendo había sido capaz no solo de entrar en la mente de Dudley, sino en la del señor Matagrama. ¿Se engañaba a sí misma? ¿Su contribución sería de ayuda para ambos?

Miró la pantalla hasta que se dio cuenta de que no lo sabía. Había llevado los dedos a las teclas de eliminar y deshacer varias veces. No debía opinar así por el bien de Dudley. Cuando fue consciente de que había caído la tarde, guardó la historia y la imprimió antes de apagar el ordenador. Escondió el manuscrito debajo de su almohada y bajó corriendo a la cocina. No tenía hambre a pesar de que se le había olvidado almorzar, pero Dudley tenía que cenar. Sospechó que no podría comer mucho hasta que se enterara de lo que Dudley pensaba de su ayuda.

Dudley no estaba seguro de cuánto tiempo había permanecido observando la oficina de empleo desde el banco metálico. El implacable sol de la montaña en el cielo azul sobre los ásperos bordes de cemento de los tejados parecía intentar concentrar toda su luz sobre su cráneo, haciendo que sus pocos pensamientos se le resecaran en el cerebro. ¿Cómo le iba a ayudar espiar la oficina a escribir? Aunque tenía muchas ideas, no pasaban de ser meros deseos, demasiado coartados por la furia como para que terminaran siendo una historia. Quizá la inspiración estaba allí mismo, pero ¿cómo podría reconocerla en medio de toda aquella gente y seguirla hasta donde pudiera utilizarla? Mientras miraba a su alrededor buscándola, se dio cuenta de que lo observaban.

Un guardia de seguridad lo observaba desde la puerta de una tienda a menos de cien metros y también había otro que no le quitaba ojo desde la entrada de Woolworth, aún desde más cerca. Al devolverles la mirada, pudo vislumbrar algo de recelo por lo que se dio cuenta fácilmente de que estaban hablando por sus micrófonos. ¿Lo tomaban por un criminal? Eran los guardias que no habían hecho nada cuando el asalto de aquel hermano de la mujer que le había hecho la vida bastante difícil. Quizá estaban avisando a Lionel porque este salió de la oficina de empleo para echar un vistazo a la multitud. Antes de que Dudley pudiera pensar en si reaccionar o no, empezó a sonar el teléfono.

Aquello le dio la excusa perfecta para agacharse y pasar desapercibido para Lionel. Cuando contestó: «Sí», sonó apenas un silbido.

—Oye, parece que estás liado en la oficina, aunque el mensaje que acabamos de leer parecía urgente.

—Lo era. Y ahora, aún más.

Para culpar a Walt y a la vez entretenerlo, continuó:

—Ya no estoy en la oficina. Solo me voy a dedicar a escribir.

Aquello no fue lo suficientemente acusador así que dijo de repente:

—El periódico dice que os habéis dado por vencidos.

—No me gusta la forma en que he quedado.

—Ahí dice que harás cualquier cosa para complacer a la estúpida familia de la chica que lleva muerta años porque también era demasiado estúpida y que no estarán satisfechos hasta que impidas que se haga la película.

—Eso no va a ocurrir, te doy mi palabra de honor.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Nos gustaría que le echaras un vistazo al guión. ¿Te lo podemos enviar por correo electrónico?

—Será mejor que sí.

—Sería genial que pudiéramos incorporar en el guión la historia que estás escribiendo ahora. ¿Podrás hacerlo?

—Ya veremos.

La mirada de Dudley siguió a una joven madre que empujaba un cochecito de bebé hasta que la pared de Woolworth la ocultó. De pronto se dio cuenta de que tenía que ponerse a escribir de inmediato su siguiente historia.

—Lo haré —dijo.

—Antes de que te pongas con ello, hay alguien que quiere hablar contigo. Va a escribir a tiempo completo.

Mientras Dudley asimilaba su último comentario, su padre dijo:

—¿Dud? ¿Qué es lo que ha dicho el jefe, vas a unirme a los artífices de la palabra? Aquello le sonó inapropiado a pesar de la presencia de su padre en la revista.

—Ya lo soy desde hace mucho tiempo —objetó Dudley.

—Entonces, ¿vas a dejar el trabajo? Espero que lo sustituya alguien que sepa lo que es estar en el paro. No te lo tomes como algo personal pero tú solías tratar con tipos normales como yo, ¿es eso justo? Supongo que tienen derecho a esperar que cualquiera que maneje los trabajos sea de su misma clase. Es mi opinión —dijo Monty—. Ahora tendrás tiempo para fijar tu imagen.

—¿Qué tiene de malo?

Dudley se acercó al pasillo más cercano con la intención de que nadie lo escuchara cuando hiciera su próxima llamada, pero había unas chicas que lo estaban llenando de bolsas de basura.

—No sé adónde quieres llegar —se quejó.

—¡Es una pena! Dar vueltas por la acera, eso es malo, ¿crees que estoy acabado? No me volveré loco, bueno, solo un poco. Debería buscar un lugar, si no lo tuviera no sería tu papá. Esto podría empezar una moda, mejor lo escribo en mi memoria.

Después de haberse quedado sin rimas, al parecer, Monty dijo:

—Solo quiero ayudarte a conseguir un nombre.

Dudley apareció en un patio de cemento cuyas paredes eran las partes traseras de las tiendas.

—Ya tengo uno —protestó.

—Está bien, tienes el mío. Creo que nos podrían poner a ti y a mí en algún viejo espectáculo.

La improbabilidad de que aquello ocurriera hizo que Dudley dijera de pronto:

—¿De qué tipo?

—Mejor que el último que diste. Créeme, la primera actuación es siempre la peor.

Monty se detuvo como si buscara más rimas y dijo:

—La asociación de pensionistas quiere que actúe una noche para ellos. ¿Te gustaría ser la segunda parte del acto? Seguro que a muchos de ellos aún les encanta un poco de suspense. Les podrías leer una historia o dos que no sean demasiado fuertes. Es por caridad, pero puede ayudarte a dar buena imagen.

Dudley no sabía por qué debía de hacer aquello, pero ahorrar tiempo era más importante.

—¿Cuándo es?

—A finales de este mes. ¿Puedo decirles que cuento contigo? Tendrán que hacer los carteles.

—De acuerdo —dijo Dudley ya que no podía pensar en ningún otro modo de terminar la conversación.

—Guay. Será la primera de muchas veces, ¿vale? Seremos una empresa familiar.

Dudley interrumpió la conexión y marco el número de un directorio de información. Primero lo saludó una de las muchas voces indias con sus respectivas fórmulas.

—Liverpool —tuvo que decir primero—, Eamonn Moore —dijo después.

—¿Puede deletrearlo, por favor?

—*Eamonn. Eh mon. Aim on.*

Ninguna de esas sílabas le sirvió para deletrearlo dos veces. Igual que *Moore*. ¿Y si Eamonn no quería que diesen con él y hubiera ocultado su nombre de la lista? Sin embargo, los murmullos de las voces extranjeras le gritaron al informante de Dudley los datos.

—¿Quiere que le conecte? —preguntó.

¿Haría aquello que su número fuese menos identificable? No estaba seguro y no quería correr el riesgo. Le colgó y se concentró en retener el número en la memoria mientras pulsaba las teclas para ocultar el suyo. El teléfono de Eamonn sonó varias veces y otras más, así que Dudley tuvo que recordarse a sí mismo que no debía hablar con el contestador automático. Entonces la voz de una mujer contestó:

—¿Diga? —dijo con una voz más entrecortada que de bienvenida.

—¿Es la señora de Eamonn Moore?

—Soy Julia Moore, sí.

—Debo pedirle disculpas. —Por muy irracional que encontrara su actitud, podría sacarle partido—. No necesito hablar con su marido si usted es también señora de la casa.

—De todas formas no podría hacerlo. Y sí, lo soy.

Comenzó a visualizarla: Tenía el codo del brazo que sostenía el auricular apoyado sobre la otra mano, en una postura de agresividad, con las piernas abiertas, como los hombres y la nariz y la barbilla en señal de desafío. Todo aquello le vino a la mente cuando ella dijo:

—¿Con quién hablo?

Estaba listo para aquello, por eso sonreía.

—Mi nombre es Killan, señora Moore.

—Nunca había oído ese nombre antes.

—Es real, se lo prometo. Es irlandés.

En su mundanal vida pasada, una vez había tenido un cliente con aquel nombre.

—¿Me puede decir para qué llama, por favor?

Estaba tomando aire para empezar su interpretación cuando escuchó un ruido

detrás de ella: el lento zumbido y el traqueteo de un tren eléctrico alejándose.

—¿Está cerca de una estación? —preguntó esperanzado.

—Sí, estamos cerca. No me diga que vende cristales dobles.

—No, señora Moore. ¿Tienen hijos usted y su marido? —fingió no saber.

—Dos pequeñas, ¿por qué?

—Entiendo por qué no desearía tener cristales dobles si eso significa no poder oírlos.

—Y si podemos, ¿para qué vamos a quererlos?

—Exacto. ¿Y qué diría de un nuevo y revolucionario sistema de insonorización que puede conectar y desconectar cuando lo desee?

—No tengo ni idea de qué me habla.

—No lo sabrá hasta que no lo vea funcionar. Le garantizo que no puede ni imaginarse la tranquilidad que le proporcionaría.

Con total convencimiento, sin haberlo ensayado antes, dijo:

—¿Puede oír ahora a sus hijas?

—Claro que no, están en el colegio.

—Discúlpeme. Claro que lo están. Debería haber pensado que usted no es de la clase de las que las mantiene al margen.

Su absoluta convicción de que todo iba bien le hizo arriesgarse a preguntar:

—¿Prefiere esperar a que todo el mundo esté en casa? ¿Será el señor Moore el responsable de la decisión?

—¿De qué decisión habla?

—Le hablo de la demostración que les haré con mucho gusto.

—Yo soy completamente capaz de ocuparme de ello.

—Eso es lo que quería oír. Estoy en la zona de Aigburth, puedo llegar donde usted en una hora.

—No.

—¿Cuándo le vendría bien? Por desgracia, solo estaré en este distrito hasta esta tarde.

—Entonces, no le entretengo. Buena suerte en su búsqueda de otra persona.

Dudley respondió antes de que ella hubiera terminado porque estaba claro por su tono que no le estaba deseando ninguna suerte.

—No tiene ninguna obligación por su parte, señora Moore, pero le puedo prometer personalmente una verdadera experiencia especial. Tiene usted mi palabra de que no puede imaginarse lo que es hasta que lo haya comprobado por usted misma.

—No debería sorprenderme puesto que no tengo ni la menor idea de lo que me está hablando.

—Entonces, ¿se lo enseño? No le robaría demasiado tiempo y, créame, cambiará su forma de vida.

—Somos completamente felices con ella, gracias. Debería haberle dicho mucho

antes que nunca invitamos a ningún vendedor a pasar. Ahora debe disculparme, realmente tengo que...

—¿Le podemos enviar información, al menos? Podrá ver mejor lo que está en oferta en vez de decírselo yo por teléfono. Puede tirarla a la basura si lo desea, pero le probaré que estoy haciendo mi trabajo.

—No tiramos el papel a la basura, lo reciclamos. Nos llega mucha propaganda de empresas como la suya. Por cierto, ¿cuál es el nombre?

Dudley tuvo que idear uno.

—Silencio Mortal —dijo antes de pensarlo—. Todo lo que usamos es reciclado.

—Algo es algo, aunque no es un nombre muy atractivo, ¿verdad?

Aquellas parecían ser sus últimas palabras hasta que suspiró y añadió:

—De acuerdo, envíenos la propaganda, supongo que eso no le hará daño a nadie.

—Me aseguraré de que reciba todo lo necesario.

Aunque no le hizo ninguna gracia decir aquello, era mucho más importante decir:

—¿Me da su dirección, por favor? Parece ser que no está registrada en el sistema.

—Desford Road —dijo, más el número y el código postal.

Muerte en Desford Road...

Aunque no dijo aquello, su sonrisa dificultó la pronunciación de su siguiente frase:

—Muchas gracias por su ayuda.

Quizá ella malinterpretó su comentario como sarcástico. Le colgó sin decir nada más. Él cerró los doloridos ojos y levantó la sonrisa al cielo abierto y después se dirigió hacia el pequeño callejón que terminaba enfrente del edificio del bingo. A medida que se apresuraba a pasar por allí y por los baños en dirección a la estación, se preguntaba si alguna vez volvería a verlos. Tenía la sensación de dejar algún asunto pendiente: ¿por qué no habría copiado las direcciones de los clientes que le habían dado problemas? Solo había seguido una única dirección desde el trabajo, por lo que se pasó de la vieja casa y fue entonces cuando vio dos coches abollados en el camino. Ahora ya no tenía que sentirse frustrado una vez conseguida la dirección de Julia Moore. Estaba seguro de que habría puesto a Eamonn en contra de él, pero nadie podría establecer ninguna conexión. No se había dado cuenta de lo amplia que era su sonrisa hasta que sobresaltó a uno de los empleados de la oficina de billetes de tren.

El ascensor se abrió en el andén a la vez que lo hicieron las puertas del tren. En menos de diez minutos, Dudley estaba en la Central de Liverpool. Mientras subía por una escalera mecánica y después bajaba por otra hacia la línea Norte, reflexionaba sobre su título. *Muerte en Desford Road* se dejaba mucho atrás; al igual que *Asesinada en Aigburth*. Le llamaba la atención el de *Matanza en los suburbios*, pero quizá no debería establecer un título hasta que tuviera el material. Aunque aún no estaba acostumbrado al proceso de búsqueda de un tema antes de poder escribirlo en vez de escribir para fijar sus recuerdos y así mejorar cualquier elemento

insatisfactorio, podía hacer que aquel método funcionara. Después de todo, era un profesional.

Lo único que parecía estar bien era que un tren iba trazando la línea del andén al pie de la escalera. Estaba solo en el vagón y también en la estación de Aigburth, donde subió algunos pasos hasta la oficina de billetes. Se puso de espaldas a la ventanilla donde había un empleado mientras asentía con la cabeza ante el cartel que prohibía el comportamiento antisocial en las vías del tren. De hecho, estaba de acuerdo con aquello. Había demasiada gente que no sabía comportarse en público en aquellos días.

Fuera de la estación los coches aparcados lo saludaban con la ausencia de sus conductores. Más allá del aparcamiento tampoco había nadie que lo observara. A su izquierda, al otro lado de un puente, que una señal describía como en mal estado, unos gritos y golpes secos hacían eco en un campo de fútbol. A su derecha, dos pares de casas llenas de guijarros conducían a una calle sin salida: Desford Road.

Los Moore vivían a mitad de camino en el lado que estaba de espaldas a la vía del tren, a la izquierda de las dos casas que compartían fachada y que parecía una playa pedregosa de color rosa palo. Dudley pasó de largo por dos casas más antes de darse la vuelta. En la carretera, al lado del porche de cristal, había un solitario coche y espacio para otro más. Sobre el grueso y bajo muro del jardín de baldosas color plata pudo ver una habitación llena de espejos a través de la única ventana que había en la planta baja de la casa. Oía a niños que jugaban en algún sitio detrás de las casas, un detalle que le sugirió lo inocente que le podría parecer a cualquiera que le observara. Cruzaba la calle absolutamente convencido de que los acontecimientos de los próximos minutos estarían a su favor cuando, entonces, vio algo de actividad reflejada de un espejo a otro. Antes de poder reaccionar, una mujer abrió la puerta y salió al porche.

—¿Busca a alguien? —preguntó.

Era más baja y ancha de lo que había sonado por teléfono. No sabía decir cuál de los dos tonos, el de su piel o el color castaño rojizo de su pelo, había variado para estar tan parejos, especialmente cuando la camiseta y los pantalones cortos de color rojo aún confundían más el tema. Llevaba en la mano un vaso largo repleto de agua o limonada con gas. Recordó que no podía decir su nombre en voz alta ni hablar nada hasta estar lo suficientemente cerca como para que ella no elevara la voz.

—¿Está Eamonn en casa? —se divirtió preguntando mientras abría la cancela de madera sin pintar.

—Me temo que no.

Miró a Dudley igual que si hubiera saludado a un niño que no era bienvenido.

—¿Le conozco? —preguntó.

—Eso es cosa de él, ¿no? Soy un viejo amigo.

—Tan viejo que habéis perdido el contacto, ¿no?

—Puede que sí, durante un tiempo. ¿Por qué?

—Si hubiese sido de otra manera, habría sabido que está en el trabajo. ¿No debería estarlo usted también?

—Lo estoy —dijo Dudley—. Mezclando negocios y placer —se deleitó al añadir.

En aquel momento ya tenía un pie puesto en el porche y podía oír el burbujeo de su bebida. Cualquiera que hubiese estado observando la conversación podría haber visto a una figura con traje gris, un visitante sin descripción, como si fuese invisible.

—¿Qué negocio? —preguntó.

—Investigación.

—No hay nada que investigar aquí, me temo. Nunca respondo ningún cuestionario.

—No esa clase de investigación, usted no tendrá que hacer nada.

Aquello no era del todo cierto y, durante un momento de distracción, pensó que su mirada había identificado la falacia hasta que respondió:

—Es usted, ¿verdad? Es quien creía que era.

No importaba lo que ella pensara, porque a ella tampoco le importaba y pronto importaría aún menos.

—¿Quién es ese? —dijo él de todas formas.

Sonrió cuando ella miró hacia el recibidor color beis, gesto que implicaba que había creído que se refería a alguien que hubiese aparecido detrás de ella.

—El escritor —dijo de nuevo frente a él—. Volviste a ponerte en contacto con él la semana pasada y ahora sales en los periódicos. Dudley Smith, ¿no es así?

—Así es.

Al sostenerle la mirada, Dudley se dio aún más cuenta del escalón que había en la puerta y sobre el que sus tobillos no tenían demasiada resistencia. Un buen empujón y caería redonda sobre la alfombra color champiñón mientras él cerraba la puerta de golpe tras ellos, pero tenía que preguntar:

—¿Qué le contó Eamonn sobre mí?

—No tengo tiempo de ponerme a contárselo —dijo la esposa de Eamonn—. Pregúntele a la chica que envió a entrevistarlo. Ya le contó a ella todo lo que tenía que contar.

—Yo no la envié —objetó Dudley.

—Entonces fue su gente, ¿no? Los que van a publicar su historia y están invirtiendo dinero en la película —dijo, a la vez que fruncía el ceño—. Espero que no esté investigando esas cosas por aquí. No quiero que mis hijas crean que ocurren esa clase de cosas donde vivimos.

El sonido de los niños estaba aún más distante. El coche de al lado del porche emitió un sonido metálico parecido al golpe final de un péndulo.

—Pueden ocurrir en cualquier parte —dijo.

—En mi calle, no. Ni en cualquier sitio que esté cerca de aquí si no quiere tener problemas con mucha gente que sabe cómo hacerse escuchar. Ahora, me temo que debe disculparme —dijo y se giró para entrar en la casa.

Aún podía escuchar el burbujeo de la bebida; un sonido crispado como la promesa de un cristal que está a punto de romperse. Esperaba que el borde y algunos fragmentos adicionales le abrieran la garganta de un corte cuando se cayera sobre el cristal. Había perdido la cuenta del número de gargantas que había visto cortar o destrozarse en las películas, pero estaba seguro de que el hecho real podría ser diferente y merecedor de ser presenciado.

—¿Puedo dejarle a Eamonn un mensaje? —dijo avanzando hacia el porche.

—Supongo que sí —le dijo—. ¿De qué se trata?

Estaba a punto de ser ella y era una pena que no se diese cuenta.

—¿Tiene algo para que pueda escribírselo? —preguntó.

—¿No tiene usted nada? Pensé que era un escritor.

Se le dio bien combinar impaciencia y renuencia a la vez, mientras se dirigía hacia una mesa de patas arqueadas que había al lado de las escaleras gruesamente acolchadas y sacó un bloc de notas de al lado de un teléfono que imitaba a los antiguos.

—¿La cierro? —dijo Dudley a la vez que cerraba la puerta tras él.

Tras el ruido sordo de la puerta ella empezó a moverse, pero ya era demasiado tarde para cualquier cosa que hiciera. Aún llevaba el bloc de notas en la mano. Mientras Dudley se acercaba a ella, observaba su decisivo progreso en un espejo que tenía a mano derecha y, lo que era más importante, que no había nadie en la calle que se percatara de él. En cuestión de segundos ya estaba fuera del alcance de cualquier espejo y a la distancia de un brazo de la mujer de Eamonn.

—Aquí tiene su material de escritura —dijo, al parecer queriendo que sonara a chiste.

De hecho, lo era. Dudley estaba cautivado por los pensamientos y el hecho de darse cuenta de que estaba representando el papel del personaje que Vincent le había pedido que creara para él. No se sentía inclinado por evitar el atrevimiento que aquello implicaba ya que el personaje le había ayudado a llegar hasta la casa de Eamonn. Lo único que tenía que hacer era deslizarse hacia ella como si quisiera apoyar el bloc sobre la mesa y entonces ya estaría a su espalda. Sintió una exquisita presión en el estómago y una deliciosa sequedad en la boca. Tendió la mano izquierda y dio unos pasos hacia la escalera para que ella pusiera el vaso sobre la mesa para ofrecerle un lápiz.

Casi le quitó el vaso de las manos para lanzárselo, pero justo a tiempo se acordó de que no podía tocar nada con los dedos. Hizo el ademán para cogerlo con el bloc en la mano y sostuvo el vaso a través del papel.

—Aquí tiene —dijo a la vez que se sentía como si le ofreciese un brindis final por ella.

Al aceptar el vaso, se extendió un parpadeo por su pequeña y rechoncha cara, haciendo que su nariz y su boca se retorcieran a la vez con desagrado. Se había dado cuenta de cómo había evitado dejar sus huellas en el cristal, lo que hacía que su

destino fuese aún más inevitable. En menos de lo que tardó en respirar, ya estaba sobre ella y había dejado caer el bloc de notas sobre la mesa. Ella giró la cabeza hacia el sonido y la mano izquierda de él se puso fuera de su vista para agarrarla por la nuca. Aún no la había agarrado cuando la puerta del recibidor se abrió de par en par, como una trampa, dejando pasar el sonido de los juegos de los niños en el jardín y la figura de una mujer, al menos tan rechoncha como la mujer de Eamonn con un vestido que le recordaba el dibujo de un parterre.

—Julia, quieres que yo... —dijo antes de bajar la voz—. Oh, no me había dado cuenta de que tenías compañía.

—En un minuto estaré sola. No te vayas, Sue. El señor Swift estaba a punto de marcharse.

—No es cosa mía —dijo la mujer con la sonrisa lista para guardar el secreto—. ¿Qué estabas haciendo?

—Buscando algunas herramientas para el negocio del señor Swift.

—No digo tú, sino tu amigo. Parecía dispuesto a darte un masaje, si queréis que me vaya para continuar...

—De ninguna manera —dijo la esposa de Eamonn girándose para mirar a Dudley de frente—. ¿De qué está hablando?

Primero pensó en cometer un acto doble, pero la recién llegada no traía nada de cristal y, ¿qué tendría que hacer con los niños? Ocuparse de ellos le llevaría más tiempo del que era seguro, especialmente porque se había quedado sin ideas. La situación había llegado a un punto tan frustrante que apenas era capaz de fabricar o pronunciar una respuesta.

—Solo buscaba el lápiz —murmuró.

—¿Así es como lo llamas? —dijo la mujer floreada, como si una versión de la inocencia le agrandara los ojos—. Yo diría que iba tras de ti, Julia.

—¿Más investigaciones tuyas, señor Swift? Intentaba averiguar si una mujer podría descubrir a alguien como usted merodeando a sus espaldas. Bueno, yo sí lo hice.

—¡Cielos! ¿Por qué habría de estar yo interesado en eso?

—Al señor Swift le gusta considerarse un narrador de historias. Aunque no de las que nos gustan; historias desagradables según lo que cuenta Eamonn.

—¿Hemos oído hablar de ti, señor Swift? ¿Tiene algo publicado?

—No es Swift, es Smith. Smith. Smith. Smith. Smith.

Cada vez que lo repetía, lo enfatizaba aún más agitando los puños, alejándose de las dos mujeres y de la risa de los niños.

—Dudley Smith —gritó aún más fuerte—. Hay gente que no quiere que se me conozca, pero lo soy.

—Realmente tiene carácter, ¿verdad Julia? Esperemos que lo acompañe con talento.

—No tengo ninguna intención de averiguarlo. ¿Al final no va a escribir nada?

A pesar de la pregunta, Dudley se sentía más inclinado a continuar con su retirada, pero ¿y si ella le contara a Eamonn el truco para colarse dentro de la casa? Su vida ya era bastante complicada. Se dirigió hacia la mesa y garabateó: «Siento haberte perdido, estaremos en contacto». Estaba firmando la nota cuando la mujer de Eamonn se agachó para leerla.

—No merecía la pena gastar un papel, ¿no? —preguntó—. Ni siquiera son frases completas.

Jamás se daría cuenta de cómo la presencia de su amiga la estaba protegiendo.

—Deberías guardarlo —dijo—. Quizá algún día le puedas sacar mucho dinero.

Las mujeres se taparon la boca como si quisieran esconder su risa en un acto de civismo. Aquello también era una práctica de ventrilocuismo, porque las niñas escondidas de pronto estallaron en risas.

—Pensé que... —dijo Dudley provocado antes de poder controlarse—. ¿No deberían esas niñas estar en el colegio?

—Solo por la mañana —le dijo Sue—. Aún son muy pequeñas para estar todo el día.

La mujer de Eamonn seguía mirándolo con severidad a la vez que hablaba.

—¿Fue usted quien me llamó esta mañana?

—¿Yo? —dijo Dudley demasiado tarde, en vez de decir simplemente que no.

Su mirada no cesaba.

—Fingió ser un vendedor.

—¿Por qué iba yo a hacer eso?

—Eso mismo me pregunto yo. ¿Lo hizo? ¿Por qué?

El espacio que hubo entre las preguntas fue tan pequeño que ni siquiera se molestó en disimular.

—Veamos si usted es capaz de averiguarlo por sí misma —dijo.

—Investigación.

Por si aquella palabra era insuficiente para contentarlo, añadió:

—Estaba representando el papel de un criminal, por eso sostenía así el vaso. Creo que Eamonn tiene razón, de verdad tiene que estar enfermo.

Con mucho esfuerzo, Dudley consiguió restringir su respuesta a algunas palabras y una sonrisa que le escocían casi tanto como los ojos.

—Apuesto a que piensa que lo estoy, pero si es así como viven los que no lo están, me alegro de estarlo.

—Bueno, yo no voy a leer ninguno de sus libros —escuchó que Sue prometía mientras cerraba la puerta tras él.

Salir a la luz del sol fue como escaparse por suerte. ¿Y si Eamonn hubiera relacionado de alguna forma el destino de su mujer con Dudley; con la forma en que ella le habría hecho avergonzarse de aquella amistad? Dudley tenía que encontrar alguna manera para que nunca sospecharan de él y le atribuyeran algún motivo para utilizarla para su investigación, y pronto.

El problema estaba en que no podía esperar a que ella se presentara por sí sola. Se apresuró hacia la estación, ya sin preocuparse por esconder su cara del empleado de la taquilla. Mientras avanzaba por el desierto andén, escuchó unas risas infantiles por encima del otro lado de la zanja, por lo que tuvo que repetirse a sí mismo que ni los niños, ni el cielo, ni ningún dios podría estar mofándose de él. Finalmente llegó el tren, descuidando las puertas delante de él. En cuanto subió a bordo, su teléfono comenzó a sonar.

—Dudley Smith —respondió, más que como saludo, como desafío.

—Dudley, no quiero interrumpirte si estás ocupado —dijo Walt—. ¿Dónde estás?

—Intentando investigar.

—Te dejo para que continúes. Solo queríamos que supieras que Vincent te ha enviado el guión.

—De acuerdo —dijo Dudley sin darse cuenta de lo irónico que estaba siendo.

—Y Patricia quería estar presente en tu sesión de audiciones. Pensamos que podíamos publicar todo el proceso de producción.

—Patricia.

—Patricia Martingala. Nuestra periodista que siempre desea lo mejor para ti.

—¿Eso cree? —dijo Dudley—. Eso está bien. Estoy en el metro ahora.

—Estaremos en contacto, pero ¿puedo decirle a Patricia que está bien?

—Sí. Gracias por llamar.

Dudley cerró el teléfono móvil entre sus calientes palmas mientras las agitaba.

—Patricia —murmuró.

Y casi experimentó un ápice de arrepentimiento mientras el tren aumentaba su velocidad hacia la secreta oscuridad.

Kathy comenzó a sentir pavor algo antes de que faltara media hora para que Dudley llegara a casa del trabajo. ¿Cómo podía haber invadido su habitación aun sabiendo que no había nada más valioso para Dudley que su privacidad? ¿Y si ya nunca más volvía a confiar en ella o dejaba de hablarle? ¿Y si se mudaba de casa? Aquella idea trajo consigo otras que le hicieron sentirse mal consigo misma. ¿Acaso no le perdonaba su desorden con tal de que no se marchara de casa? ¿No había deseado en secreto que no creciese y que no tuviese ningún motivo para marcharse? ¿O solo era una excusa para no buscar a otra pareja? Quizá a ella le gustaba tanto su privacidad como a él, en cuyo caso, la culpa era suya por el ejemplo que le había dado. Ella no estaría siempre para cuidar de él y, ¿qué pasaría con él cuando se encontrara solo? ¿Debería volver a invitar a cenar a Patricia Martingala? No le importaría conocer mejor a la chica ni animar a Dudley a establecer una amistad con ella, pero no podía dejar que eso la distrajesen, tenía que decidir qué hacer con la historia que había terminado para él.

Estaba en la cocina rodeada por el vacío, prueba de que aún no había pensado en nada para la cena. ¿Debería decirle que lo había ayudado nada más que llegara? Aquella perspectiva hizo que se le secase la boca. De pronto pensó que podía posponer su descubrimiento hasta que encontrara el momento adecuado para prepararlo para ello. Lo único que tenía que hacer era renombrar el archivo que contenía sus aportaciones y restablecer su trabajo con el nombre original. Salió corriendo de la cocina y cuando casi había llegado a las escaleras, oyó el ruido del pestillo de la puerta del jardín. Se lanzó hacia las escaleras y se detuvo a la mitad al oír los pasos que se esforzó por no reconocer. Si eran los de Dudley, ¿podría de alguna forma correr hacia su habitación y hacer que permaneciera en el piso de abajo mientras ella utilizaba su ordenador? Si le gritaba que estaba desnuda, ¿podría detenerlo? Asió el pasamanos para ayudarse a subir a la vez que una llave se peleaba con la cerradura. Antes de que pudiera llegar al rellano, Dudley entró en la casa.

Kathy se esforzó por relajar su expresión de sorpresa mientras se giraba hacia él.

—Llegas temprano —se limitó a comentar.

—Tengo trabajo por hacer —dijo él apresurándose hacia las escaleras.

Ella apenas le bloqueaba el paso, pero su mano se interpuso en su camino aunque lo único que dijo fue:

—¿Cómo te fue el día?

Él miró fijamente la mano hasta que ella la retiró para dejarlo pasar rápidamente.

—Como siempre, ¿qué esperas que te diga? —dijo, ya de espaldas a ella—. ¿El tuyo no?

—Ha sido uno de los que me gustan.

Aquella era su oportunidad, pero se resistía a aprovecharla, al menos mientras él observaba el comentario sin molestarse por la mueca.

—Pero no he hecho nada para cenar —dijo.

Aquello le hizo detenerse con un pie puesto en el rellano.

—No importa —refunfuñó mientras caminaba hacia su habitación.

—Pero no quiero que enfermes, ¿pedimos comida china?

—No tengo tiempo para ir a recogerla.

—Yo iré.

De pronto sintió muchas ganas de salir de la casa, pero se quedó para preguntar:

—¿Hay algo que te guste en especial?

—Sí —dijo mientras sacaba la cabeza de su habitación—. Que me dejen en paz.

—Pediré mis platos favoritos, ¿vale? —prometió a la vez que se apresuraba a poner la puerta de entrada como barrera entre ella y su hijo.

No debía sentirse humillada por la brusquedad de su hijo; no había nada más importante que su éxito. Bajó a toda prisa por la pendiente que conducía al restaurante de comida china para llevar de la calle principal. En aquel momento él ya debería de estar leyendo la historia completa sobre Mish Mash. Mientras Kathy pedía los platos que le gustaban a él (pan de gambas, pollo con almendras, gambas agris dulces y pollo al curry), al pensar en el veredicto sintió que la boca se le quedaba tan seca que apenas reconocía su propia voz. ¿Estaría borrando todo su trabajo en aquel momento? Seguramente le habría gustado demasiado como para borrarlo, si no estaba demasiado enfadado por su intromisión. Tendría que acatar cualquier decisión que él tomara pero el calor de aquella habitación alicatada no era de gran ayuda ni tampoco la incomprendible e incesante charla que venía de la cocina abierta. Finalmente, después de que varios clientes ya se hubiesen llevado su pescado con patatas fritas, llegó su pedido. Asió la bolsa de plástico con las fiambreras metálicas dentro, que se movía y se golpeaba contra ella sin importar el modo en que cogiese el asa y comenzó a subir por la calle.

Al entrar por la puerta, solo la recibió el silencio. Se sintió tentada por evitar hacer ruido al entrar, pero al final solo consiguió un moderado portazo. Al ver que aquello no había provocado ninguna reacción audible, gritó:

—¡Ya he vuelto!

El sonido que hizo Dudley fue menos que una palabra y ciertamente, menos que una bienvenida. Kathy se dirigió hacia la cocina, metió las fiambreras en el horno y puso la mesa para dos.

El pan de gambas venía en una bolsa, así que lo vació en un plato directamente. Intentó comerse uno, pero aquello crujía entre sus dientes como el poliestireno y le dejó la boca aún más seca. Después de hacer lo posible para que su mente no diera rienda suelta a la imaginación, se aventuró a caminar hacia la escalera y se aclaró la reseca garganta:

—¿Hay algo que pueda hacer? —gritó.

—¿No has hecho ya bastante?

Aquello que escuchó ni siquiera había salido de la boca de Dudley. Seguramente

la había oído, lo que significaba que no quería ni hablar con ella y aquello era peor que cualquier respuesta que pudiera darle.

Ella respiraba con dificultad y estaba a punto de suplicarle cuando él contestó:

—Ya casi he terminado.

Se refugió en la cocina y utilizó un guante de horno para llevar las fiambreras al mantel estampado con dibujos de arcoíris de varios tamaños. Después de depositar la última fiambarrera y liberarse del calor que le llegaba a través del guante, escuchó que Dudley salía de su habitación. Cada uno de sus pasos al bajar la escalera, sin prisa y sin presagiar nada bueno, parecían ir añadiendo peso a sus ya de por sí tensos hombros, haciéndole presión sobre el cuello. Giró el cuerpo por completo para descubrir la expresión que contenía la cara de Dudley.

—¿Cuánta hambre tienes? —apenas pudo preguntar.

—Aún no lo sé. ¿Por qué no dejas de preguntármelo?

—De acuerdo —dijo, sin que pareciera una mala contestación—. Dejaré que te sirvas tú mismo para variar.

Observó cómo se llenó el plato de arroz y cómo se sirvió grandes cucharadas de las distintas fiambreras, separándolo todo con cuidado en los compartimentos. Se sintió bastante bien al ver que iba a comer bastante. Después de que probara las gambas, ella le preguntó:

—¿Qué tal están?

—Igual que la última vez.

—Entonces no están mal, ¿no?

Cuando estaba a punto de negar con su preocupada cabeza, ella probó algunas.

—Yo diría que están bien. ¿Y cómo está todo lo demás? —preguntó sin tener otra opción.

—Puedo arreglarlo.

—Eso es lo principal, ¿no? Me alegro.

—Así que te alegras...

—Sí, de verdad. Creo que lo que sea que tengas que hacer, estará bien.

—Te lo volveré a recordar en el futuro —dijo Dudley sin estar muy seguro de ella.

—Hazlo siempre que lo necesites. No se trata de mí, sino de ti.

—No había pensado lo contrario.

Ella habría apreciado cualquier elogio que se molestara en hacerle, pero seguramente estaba demasiado preocupado por su trabajo.

—Encontrarás tiempo para hacer eso que estás planeando, ¿verdad? —dijo.

Se le dibujaron unas líneas como alambres marcados en la frente y aquello la hizo estremecer.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó soltando a la vez el cuchillo y el tenedor sobre el plato y provocando un golpe estridente—. ¿Con quién has hablado?

—Solo contigo, Dudley. No dejes de comer.

—Fue alguien del trabajo, ¿no es así? ¿Llamó alguno de ellos?

—¿Por qué habrían de...? —comenzó a preguntar Kathy aunque después vio que no necesariamente se refería a los de la oficina de, empleo—. No habrán vuelto a quitarte de la publicación, ¿verdad? No se atreverían.

—Así es; no se atreverían. Mejor que no se atrevan.

—No te lo habré hecho yo más difícil —dijo.

Y al ver que solo la miró, tuvo que preguntar:

—¿Verdad?

—Lo harás si sigues con el mismo tema. Estoy intentando pensar lo único que he hecho ha sido leer la maldita cosa.

—¿Tan mal está?

—Probablemente no está tan mal. Aún no puedo decirlo; no sé cuánto de mí hay en la historia.

—Tanto como quieras. Te prometo que no me enfadaré.

—¿Y por qué ibas a enfadarte?

Sus ojos se estrecharon como para no dejar pasar lo que sentía.

—¿Qué tiene eso que ver contigo?

—Pensé que tendría que ver un poco, aunque no más de lo que tú consideres que lo merezca.

—Mira, ya tengo bastante con Vincent como para meterte a ti. Se supone que es nuestro guión, suyo y mío.

Por primera vez en todo el día, Kathy sintió que le había beneficiado equivocarse en su suposición.

—¿Estás hablando de la película?

—Me ha enviado por correo electrónico lo que él ha escrito y acabo de leerlo. Dice que puede que lo cambie una vez que tengamos el reparto.

—¿Tienen permiso para cambiar cosas? Son tus personajes a fin de cuentas.

—Ahora mismo no son míos. El señor Matagrama sí que lo es, no cabe duda.

Dudley parecía tan impaciente con ella como con la situación.

—Quiere que participe en las sesiones de audición —dijo—. No van a contratar a nadie que no me convenza.

Kathy abrió la boca y pensó en guardar silencio llenándose la boca con el tenedor, pero no era capaz de fingir apetito hasta que supiera:

—¿Qué pasa con la historia que estabas intentando escribir esta mañana?

—La he dejado.

A pesar del riesgo de agravar su impaciencia, dijo:

—¿Qué va a ser de ella, entonces?

—Nada. No sirve ni para publicarla ni para rodarla. Solo es un estorbo. Ya he pensado cómo escribir lo que tengo que escribir.

Kathy vio que todas las emociones que había sentido desde que salió de su habitación solo la habían dejado exhausta y le habían hecho perder el tiempo.

—¿Puedo preguntar cómo? —dijo.

—Siendo un escritor. Pensé que creías que lo era.

—Sabes que lo creo y tú sabes que lo eres.

Después de haberse vaciado de los sentimientos acumulados tuvo espacio para el apetito, pero mientras levantaba el tenedor dijo:

—Entonces van a hacer la película; qué emocionante, ¿no?

—No tanto como otras cosas.

—¿Quién nos iba a decir que conocerías a estrellas famosas? Y que ellas conocerían a otra estrella también —añadió rápidamente—. Si tienes que ir en día laboral, siempre podré llamar a la oficina para decir que estás enfermo.

—No tendrás que hacerlo. La señora Wimbourne me ha dado un tiempo. Le he dicho lo que es más importante para mí.

—Eso es aún mejor. No necesitamos que la gente crea que no tienes buena salud si no es así.

Muy en el fondo de su corazón sintió que aquella mañana podría haber deseado su enfermedad como verdadera excusa. Al menos ahora lo estaba arreglando y se sintió bien por haber recuperado el apetito por solidaridad con él. Se preguntaba si la razón de todo aquello era que había conocido a alguna chica que le importara, pero no quería arriesgarse a que se enfadara si se lo preguntaba. Tenía que dejar que fuese él quien se lo contara a su debido tiempo, a pesar de lo frustrante que pudiera ser. De hecho, ya lo era.

—Entonces ahora somos dos de las personas más sanas que conozco —declaró.

Y mediante un bocado de sabrosa comida, dejó de decir nada más.

Dudley se repetía a sí mismo que no tenía ningún sentido planear nada. Lo único que conseguía era sentir la cabeza vacía de ideas. Las cosas se abrían camino como siempre y lo único que tenía que hacer era sentarse a esperar. Una vez que conociese al hombre que haría de él en la película, podría pensar en el diálogo que le serviría al personaje. Tenía que dejar que el trabajar con Vincent aliviara un poco la presión que sentía. Si a Vincent se le ocurría algún truco lo suficientemente inteligente para que el señor Matagrama lo llevase a cabo, a Dudley no debía molestarle el simple hecho de que no fuese suyo. Sin embargo, la espera lo frustraba tanto que no podía dejar de recorrer el andén de la estación de arriba abajo con la esperanza de que le llegara la inspiración, mientras soportaba que la luz del sol utilizara su cabeza como receptáculo vacío. El tren de Kirby Oeste partió hacia Birkenhead Norte y él seguía sin ideas.

Estaba lleno de pensionistas que viajaban con sus abonos. Con la espalda apoyada en el motor, tuvo la impresión de que desfilaba ante él un pedazo de mundo para que él le diese su aprobación. Se imaginó a sí mismo empujando a alguien a las vías justo delante del tren, pero ¿a quién? Buscó con la mirada entre las caras pálidas y rechonchas, algunas de ellas incluso parecían no tener ya un sexo definido (tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que una de las figuras calvas era una mujer). Entonces su atención se centró en el fondo del vagón, como si los lados del tren la hubiesen fijado en aquel punto. Desde el último asiento del vagón, lo observaba Patricia Martingala.

Cuando sus miradas se encontraron, Patricia cambió la expresión que tenía por una sonrisa. El tren estaba aminorando como anticipación de su llegada a Birkenhead Park. Cuando la pareja que se tambaleaba en medio del vagón pudo poner los pies en el suelo, Patricia le señaló los asientos vacíos. Recorrer el tren para unirse a ella pareció una de aquellas escenas de las películas que le gustaban a su madre y en las que los personajes corrían a abrazarse. Sin embargo, él sonrió. Recuperó el control de su boca, se sentó frente a ella y objetó:

—No sabía que vivieses por aquí.

—Quizá podamos compartir algunos secretos si me dejas escribir sobre los tuyos.

Una vez que conociese su secreto, no podría escribir sobre él. Sintió algo de nostalgia ante la posibilidad de que no podría leer en ningún sitio la apreciación que habría hecho de él. Guardó silencio mientras el tren se aproximaba a Conway Park, donde la señora Wimbourne ya no podría rebajarlo más a su nivel. Patricia se acercó a la luz y preguntó:

—¿Tienes ya algo de la historia?

Intentó no sonreír al darse cuenta de que tenía enfrente la respuesta a aquella pregunta.

—Estoy trabajando —dijo.

—¿Hay alguna posibilidad de que esté para mañana o antes? Si no tenemos nada para mañana, habrá que dejarla para el siguiente ejemplar.

—Este es el siguiente ejemplar.

—El siguiente a este, quiero decir. Quizá mientras más tiempo mantengamos a la gente esperando, más interesados estarán en tu trabajo.

La luz retrocedió tras ella a medida que el túnel se cernía sobre él. Volvía a sentir cómo su mente chirriaba y soltó la pregunta con mucha severidad:

—¿Y tú has terminado de escribir sobre mí?

—Casi.

—¿Cuándo lo podré ver?

Una copia de su artículo podría probar que él sería la última persona que podría haber querido hacerle daño, así que se quedó mirándola hasta que ella dijo:

—Me quedan algunas cosas por terminar y cuando lo tenga quizá puedas echarle un vistazo.

El rugido del túnel a través de la ventana abierta la hizo callar. Lo miró solo alguna que otra vez a medida que el tren aumentaba la velocidad hacia Hamilton Square bajo el río de Liverpool. A él no le importaba la forma tan cercana de observarlo; lo único que ella podía ver era un escritor famoso. Abandonó el tren delante de él en James Street y entró también delante en el monótono ascensor, que no era más que una caja metálica gris tan apretada que ella casi estaba sobre él. Los subió hasta un pasillo demasiado corto como para ser útil, fuera del alcance de la vista del revisor, pero no lo bastante de las escaleras mecánicas ni del andén. Había un segundo ascensor varias veces mayor que el primero, pero que aún estaba más cerca del personal. En cualquier caso, la estación sería volver a repetirse.

Al final de James Street había tres carriles de tráfico a cada uno de los lados de la carretera del muelle. Se le ocurrió que si fuese de la mano de una chica, podría arrojarla a un coche o mejor, a un camión, pero aquello debería pasar bien entrada la noche, con poca visibilidad y antes ella tendría que sentirse algo más que relajada con él.

El muelle Albert no servía: coches, turistas, compradores, patrullas de vigilancia...; pero más allá de las puertas de cristal, de las que Patricia tenía la combinación, el pasillo de piedra y las escaleras con paredes iluminadas por ladrillos blancos, la cosa prometía. ¿Y si algún desconocido la seguía? Entonces se percató de la zona muerta de las cámaras de seguridad en una esquina y no pudo refrenar la sonrisa mientras la seguía hasta la oficina de *La Voz del Mersey*.

Seis hombres de su misma edad estaban sentados en unos sofás de piel gruesa en la zona de recepción, entre una mesa lo suficientemente baja como para arrodillarse en ella y una pared de ladrillo llena de borrosas vistas sobre el Mersey de Tom Burke. Si aquellos eran los actores, ninguno de ellos se parecía a Dudley. Intentaba decidir si aquello era bueno cuando la chica del mostrador, bronceada por medios artificiales, le dedicó una amplia sonrisa. Patricia lo condujo a través de la solitaria puerta a mano

derecha de uno de los pasillos interiores hasta una gran sala ocupada por Vincent. Había una ristra de sillas de la sala de conferencias apiñadas en el lado de la habitación que daba al río y tres contra la pared del fondo.

—¿Has visto a los candidatos? —preguntó Vincent no demasiado bajo—. ¿Alguna primera impresión?

—No se parecen al señor Matagrama. No se parecen a nadie.

—Se supone que él es alguien que siempre pasa desapercibido.

—Pensé que serían estrellas. Nunca había visto a ninguno de ellos antes. ¿En qué han actuado?

—Algunos de ellos en obras de teatro más que en películas. Otros en anuncios o en telenovelas locales. Todos son buenos y eso es lo principal.

Al ver que Dudley encajó aquello con la mirada en blanco, Vincent agitó la cabeza con tanta vigorosidad que su redonda cara tembló y casi se le cayeron las gafas.

—Tendríamos que destinar todo nuestro presupuesto y algo más para las estrellas —dijo—. Esto es el Mersey, no Hollywood.

—Creía que Walt solo trabajaba con los mejores.

—Todos somos prueba de ello, ¿no? —intervino Patricia—. Míralo de esta forma: si eligieses a alguien con una cara conocida, la gente pensaría que no se trata de tu personaje.

Dudley reconoció aquello con rencor después de que le hubieran metido en el mismo saco con Vincent y Patricia.

—Pongámonos a elegir —le dijo a Vincent.

—Empecemos —dijo Patricia.

Le molestaba que ella intentase involucrarse al aparecer el primer actor. No veía por qué tenía que sentarse entre él y Vincent. Podría haberlo dicho, pero se concentró en el candidato.

—Bob Nolan —dijo el actor de cara huesuda y afilada.

—Cuando estés listo —dijo Vincent.

—No me conocen, pero lo harán. Soy escritor. Las historias de asesinatos son mi sustento. ¿Quieren oír algo divertido? Todas son reales. ¿Que cómo lo sé? Porque yo los cometí...

Su voz era demasiado aguda y su cara demasiado impaciente por agradar. Parecía estar a punto de sonreír, pero de la peor forma, no como el depredador enseña sus dientes ante la presa muerta. Cuando el actor terminó con su apertura de voz en *off*, Dudley estaba ya casi seguro de que había querido darle un enfoque divertido al personaje. Apenas pudo esperar a que Nolan se fuera para volverse a Vincent:

—¿Te parece divertido? —preguntó.

—¿Acaso al señor Matagrama no?

—Yo diría que ocurrente.

—Inténtalo tú, si quieres.

Dudley se esforzó por pensar en la forma mientras observaba la procesión de hombres que querían ser él. Uno de ellos tenía una voz demasiado retumbante como para ser discreta o, ¿al ser tan llamativo podría ser que nadie sospechara de él? Otro se agachaba como si no se diese cuenta de que ya era lo bastante pequeño para pasar desapercibido, pero era tan poca cosa que Dudley se sintió insultado. El siguiente actor miraba al público de reojo mientras decía su discurso como si le diese vergüenza admitir que era el señor Matagrama. Sin embargo, el cuarto actor entró en la sala sin contener del todo su aire de fanfarronería.

—Colin Holmes —anunció.

Dudley consiguió que Vincent no hablara.

—Tómese tu tiempo.

A medida que el actor caminaba hacia delante, parecía crecer más en altura de lo que parecía. Se detuvo en mitad de la sala y le sostuvo la mirada a Patricia.

—No me conoce, pero lo hará...

Su original y severa voz se había vuelto suave y penetrante. Si él o el señor Matagrama estaban disimulando algo de humor, no había duda de que era profundamente negro. Tan pronto como terminó de hablar, salió de la sala sin decir palabra.

Patricia tembló al volver en sí misma:

—Ha sido convincente —murmuró—. Yo diría que le interesaba el trabajo.

Su suposición, destinada a ser solo un comentario, podría haber enfurecido aún más a Dudley si él no hubiese sido de su misma opinión. Contuvo la impaciencia y esperó a ver al último aspirante, quien mantenía las manos sobre el estómago como si rezara u ocultara su prominencia. Aquel gesto hizo que Dudley no necesitara escuchar su poco fluctuante voz para estar en su contra. No le importó que el hombre escuchara:

—Sé a quién quiero.

—Déjame adivinarlo —dijo Patricia cuando estuvieron los tres solos—. Al mismo que yo.

Justo a tiempo de no traicionar su indignación, Dudley vio que ponerse de su parte demostraría una razón más por la que nunca le haría daño.

—¿Lo traemos de nuevo y despedimos al resto? —preguntó Vincent.

Patricia ya estaba en camino antes de que Dudley pudiera enviarla.

—Gracias a todos por venir —la escuchó decir—. Queremos volver a reunirnos con usted.

Le pilló desprevenido una risilla que disimuló con un ataque de tos. Si tantas ganas tenía de presentarse como alguien importante en el trabajo, también tenía que limitar su deseo.

—Creemos que es usted —le informó Vincent.

La cara del actor era tan dura como la expresión de Dudley, tan afilada como angular, con una boca movable y expresiva, cuyos orificios nasales destellaban con

impaciencia.

—Debo decir que me siento halagado —dijo suavizando la voz.

—Colin, este es Dudley Smith, el hombre que hay detrás del señor Matagrama.

—Entonces es el hombre al que deseaba conocer —dijo Colin Holmes.

Dudley se levantó y le estrechó la mano.

—Llámame Dudley —le dijo.

El actor avanzó y le agarró la mano con tanta fuerza que le hizo daño. Dudley cerró la otra mano sobre el puño y lo levantó en señal de victoria.

—Y yo te llamaré señor Matagrama. ¿En qué otros sitios has trabajado?

—He hecho telenovelas, sobre todo. No creo que usted vea ese género. Es demasiado ordinario para usted.

¿Había algo de despecho en sus grandes ojos azules?

—Lo es, pero tú no —dijo Dudley.

—No lo seré —dijo el señor Matagrama.

Mientras la recepcionista los conducía a la habitación, anunció:

—El resto de actores está aquí.

—No necesitamos más —dijo Dudley—. Ya lo tenemos; le presento al señor Matagrama.

Ella le respondió frunciendo el ceño ligeramente, él supuso que intentaba ser encantadora, aunque no se lo dirigió a él directamente.

—¿Quién?

—El héroe. Es el único hombre que necesitamos ahora mismo, ¿no es así, Vincent?

—No me refería a los hombres —dijo la recepcionista.

Ni Patricia ni Vincent estaban dispuestos a contradecirla. El único que se permitió una mirada divertida fue el señor Matagrama, lo suficiente para convencerse de que tenían más en común de lo que los demás podían imaginar. Cuando la primera víctima, una alta y esbelta criatura llamada Jane Bancroft, hizo lo posible por su aprobación y la del señor Matagrama, sintió como si hablara por los dos al comentar:

—Es un buen nombre para una actriz.

—¿Podemos probar algo de la escena del tren? —dijo Vincent dirigiéndose a ella—. Solo para ver cómo trabajáis juntos Colin y tú. No saldrá en la película.

El señor Matagrama miró a Dudley a la cara.

—¿Sería eso mucho problema?

—Lo único que ocurre es que una familia está haciendo que todo esto huelga mal. Dicen que la historia se parece a la de una chica que murió hace años y años.

Antes de que Dudley terminara de tener la sensación de que el señor Matagrama se sentía tan indignado como él, el actor cogió el guión que estaba al final de la sala y aguardó a que Jane Bancroft se uniera a él.

—¿Seguro que está bien? —le preguntó.

Ella irguió hasta el último centímetro de su cuerpo hasta casi alcanzar la altura del

actor y Dudley se imaginó que Patricia apenas le llegaba al hombro.

—¿Por qué no iba a estarlo? —respondió Jane Bancroft.

Su voz se volvió más suave pero no menos audible.

—No me refiero a ti, es ahí por donde he empezado.

—Lo siento, lo siento —se disculpó también ante el público.

—Cuando estés lista. ¿Empezamos de nuevo? ¿Seguro que está bien?

Ella lo imitó como para determinar quién se creía que era.

—Ya te lo he dicho antes.

Aquella era una frase de Dudley y le pareció oír su voz.

—Supongo que no tienes novio —dijo el señor Matagrama.

—Puede ser —dijo Jane Bancroft con más recelo que timidez.

—¿Estás buscando uno?

—No necesito buscarlo.

—¿Te gustaría tener a alguien que pudiera demostrar que puede cuidar de ti?

—Yo ya sé cuidar de mí misma.

—Dos pueden hacerlo mejor.

El señor Matagrama se dirigía hacia ella, acorralándola contra la pared.

—Ese no es el camino —dijo abruptamente—. Me he confundido.

—No puede conmigo.

¿Aquella frase era de Vincent? No, era del propio señor Matagrama. Y la forma en que estaba atrapando a la chica con sus mudas maniobras, hizo que Dudley sintiera una deliciosa tensión en el estómago con la anticipación, al igual que su lucha por no parecer nerviosa mientras intentaba caminar.

—¿Qué pasa contigo? —gritó ella ahogadamente.

—Creo que no deberíamos irnos sin más, ¿no? No, cuando hemos pasado por eso juntos. Déjame que te dé mi número.

—No, gracias.

—O puedes darme tú el tuyo.

—Gracias, pero eso menos —dijo Jane Bancroft mientras daba unos cuantos pasos hacia un lado, cosa que pareció algo cómica—. Mira, antes he fingido que me había perdido.

Aquello podría haber sido un baile de pareja si el señor Matagrama no hubiese caído también en aquella clase de estupideces. El calor y la tensión se extendieron en el estómago de Dudley cuando el señor Matagrama dijo:

—Te escoltaré de todas formas.

El señor Matagrama se había mantenido de espaldas al público a lo largo de todo el diálogo, una posición que le permitía a Dudley realizar sus pensamientos. No veía la expresión del señor Matagrama responsable de que ella estuviese tan tensa, pero ciertamente, se estremecía.

—Lo siento, lo siento —dijo, más por Vincent que por él—. No sabía lo serio que era esto.

—¿De qué creías que se trataba? —le preguntó Dudley casi sonriendo.

—Creía que era algo más divertido; un trabajo agradable. Espero no haberles hecho perder demasiado tiempo. No creo que me vayan a tener en cuenta para su próxima película —dijo, dirigiéndose a Vincent por completo.

Cuando terminó de hablar, salió.

Vincent levantó las manos y después se quitó las gafas para adornar una segunda gesticulación.

—Intentemos no asustar a nadie más —dijo.

Mientras el placentero dolor que sentía se iba debilitando, Dudley dijo:

—¿A quién te refieres?

—Deberías dejar de sugerir que no te parecen actores —dijo Patricia.

No tenía que prestarle atención a su desacuerdo.

—Ya.

—¿Quién es la siguiente? —dijo el señor Matagrama impaciente—. No me digáis que se han ido corriendo.

—Mejor será que bajes el tono o lo harán —dijo Vincent—. ¿Podemos ver tu cara esta vez?

El señor Matagrama se dio la vuelta y desplegó una sonrisa de la que Dudley podía haberse sentido orgulloso.

—Aquí llega —dijo, mientras la siguiente víctima se aventuraba a entrar en la habitación.

¿Acaso pensó que se refería a ella? El señor Matagrama seguramente sí.

—Lorna Major —anunció frunciéndole el ceño.

—Este es el señor Matagrama —dijo Dudley.

—Quiere decir que Colin hace de él —explicó innecesariamente Vincent—. Él te llevará en la escena del tren.

El señor Matagrama se puso frente a ella enseguida, dejando ver su perfil al público.

—¿Seguro que está bien?

—Ya te lo he dicho.

La rapidez de su respuesta estuvo a punto de desconcertar a Dudley, pero no al señor Matagrama. Mientras representaban la escena, él se echaba hacia delante y hacia atrás, encerrando a la chica mientras le dejaba ver a ella y al público una expresión de amplia racionalidad que parecía reforzar levantando las manos extendidas. La chica se negaba a mirar hacia otro lado y su determinación a enfrentarse a él le impedía poder escapar. Dudley estaba tan seguro de que podía inventarse un destino adecuado para ella que cuando Vincent le preguntó por su opinión, tuvo que detener sus pensamientos.

—Ella quedará bien —dijo—. Me quedo con ella.

—Entonces, estaremos en contacto.

Lorna Major parecía algo menos entusiasmada con la idea de haber sido elegida

de lo que Dudley podía esperar, otra razón más para inventarse su fallecimiento. Lo mismo ocurrió con las otras aspirantes, una de ellas siguió intentando sortear al señor Matagrama y se quedó casi atrapada en la pared, mientras que la última tenía la costumbre de añadirle de distintas formas a la misma palabra corta: adjetivo, adverbio o verbo, un fuerte acento liverpuliano a lo largo del diálogo, un rasgo que el señor Matagrama no había sido capaz de evitar. Después de que finalizaran todas las audiciones, Dudley se agachó hacia adelante, exacerbado por el espectáculo del señor Matagrama y el desfile de víctimas y tuvo algo de dificultad al sentarse derecho, hasta que se calmó.

—Entonces, estás contento —dijo Vincent.

Durante un momento, Dudley se preguntó con un poco de culpabilidad lo evidente que era.

—No podría haber sido posible sin el señor Matagrama.

El señor Matagrama abrió los ojos con impaciencia y placer.

—No podría serlo.

—¿Te dejamos ir entonces para que puedas pensar qué hacer con ellos? —dijo Vincent.

Dudley tuvo que adivinar que la pregunta iba dirigida hacia él, no al señor Matagrama.

—Sí, mejor —le dijo a Patricia, preguntándose si había sonado demasiado arrepentido. No tenía nada de lo que arrepentirse. Sin embargo, probar a las chicas debía reservarse para la película. Ella era la chica que iba a devolverle la vida a su imaginación y no iba a traicionarla con ellas. Aún era elección suya.

Patricia hizo lo que pudo para aguantar el silencio de Dudley, pero cuando alcanzaron la carretera que pasaba por el muelle Albert ya le resultaba demasiado incómodo.

—¿Puedo preguntar en qué piensas? —dijo ella por encima del ruido del tráfico.

Dudley extendió una mano hacia el botón del cruce de peatones y finalmente lo pulsó. Cuando la señal en forma de hombre rojo se encendió, dijo:

—Te lo contaré luego.

—Me preguntaba qué tienes en mente para nuestros actores.

—Aún no he pensado en nada.

—Me refiero a cómo los has visto —dijo Patricia sin poder contener su impaciencia.

—Él es perfecto y los demás también deberían serlo.

La estampida del tráfico fue aminorando hasta detenerse renuientemente cuando el compañero del hombre rojo intensificó su inocente color. Patricia cruzó la calle, que olía a gasolina y a metal caliente, tan rápido que Dudley no pudo alcanzarla hasta que se hallaba subiendo la calle cuesta arriba que conducía hasta la estación.

—¿Vas a casa? —preguntó ella.

—Voy en tu misma dirección, sí.

Él estaba suponiendo demasiado para su gusto, por lo que ella dijo:

—No, Dudley. Voy a la ciudad.

—Caminaré contigo si no te importa. Así me podrás hacer más preguntas.

Después de haberla convencido, aquel comentario infantil la desconcertó. Encajaba con casi toda la descripción que Kathy había hecho de él en su primera historia: un angelito de rizos dorados desordenados celestialmente; ojos azules como dos espejos gemelos del mundo; una cara que dejó de ser mofletuda demasiado pronto. Patricia se detuvo fuera de la estación, al lado de un puesto de periódicos lleno de titulares sobre la reconstrucción de la muerte de una chica y le dijo:

—No te preocupes, no hay prisa.

—No puedes decirme que no hay prisa; yo tengo que seguir con mi escrito.

—Estoy segura de que habrá tiempo para todo.

—Quizá no pueda continuar escribiendo hasta que te quite de mi camino.

—Espero que no lo digas literalmente.

Ya que su boca no tenía claro qué expresión se merecía aquel comentario, ella dijo:

—Por favor, no te sientas presionado por mí. Estoy segura de que ya me has contado bastante.

—Aún no me has visto en acción.

—¿No crees que eso te pondría las cosas más difíciles? ¿Alguna vez alguien ha estado presente mientras escribías?

Aún no había respondido a la pregunta (su boca seguía considerando qué forma tomar), cuando comenzó a sonar la melodía de *Halloween* en su teléfono móvil. Al sacárselo del bolsillo, enseñó los dientes al aparato en vez de a ella para que se alejara, como había deseado Patricia.

—Te dejaré para que hables —dijo.

—No hace falta.

Su voz se volvió más seria mientras levantaba el teléfono.

—¿Sí? —dijo sin mucha amabilidad—. Oh, Vincent. Estoy trabajando.

Probablemente aquello era una mentira destinada a dar la conversación por terminada.

—¿Cómo? —dijo—. ¿No puede esperar? De acuerdo, sé que tendré que hacerlo. He dicho que lo haré.

Mientras guardaba el teléfono en el bolsillo, informó a Patricia:

—Ha aparecido otra actriz. Tendrás que verme con esta también.

—No, gracias. Ya he tenido bastante por hoy.

Vio que su mano se dirigía de nuevo al móvil y se preguntó si pensaba en volver a llamar a Vincent.

—No te entretendré más —dijo a la vez que comenzaba a subir la pendiente.

Al llegar a la esquina miró por encima del hombro. Claro que no estaba justo detrás de ella; estaba más allá de la estación, casi en la carretera del muelle. Él la miró y ella tuvo que esconderse tras la esquina. Podía haber espiado desde Castle Street y después volver a la estación, pero aquello habría sido ridículo. Tomó el tren en Moorfields, lo cual era ya suficientemente ridículo.

Más allá de Castle Street, detrás del Ayuntamiento, un esqueleto aguardaba a cuatro prisioneros encadenados, pero nadie de las oficinas que formaban el cuadrángulo parecía darse cuenta del monumento. Patricia fue hacia el otro lado de la plaza hacia Moorfields y subió por la escalera mecánica para después bajar dos veces hasta el andén. No estaba siguiendo la ruta de la historia de Dudley y se sintió particularmente molesta por haber mirado hacia atrás al escuchar tras ella el sonido de unos pasos que corrían. Pertenecían a un hombre con la cara colorada que transportaba dos maletines como si probara que estaba trabajando por partida doble. Si Dudley había empezado a revelar una obsesión con ella mayor de lo que era de agradecer, quizá debería admitir que ella también estaba empezando a sentirse algo obsesionada con él.

Cuando su tren salió de su guarida, se acordó de aquel al que Greta había sido arrojada y después se sintió avergonzada por haber pensado en una víctima ficticia cuando habían asesinado a alguien de verdad. El tren la condujo por las curvas del subsuelo de Liverpool y la llevó de nuevo a James Street, donde resistió el impulso de agacharse por si Dudley se encontraba en el andén. El tren ganó velocidad bajo el río y se preguntó si estaba recreando el viaje de la chica fallecida así como el de Greta. Se alegró del breve descanso de túnel al pasar por Conway Park; cerró los ojos

y levantó la cara solo para recibir el intervalo de luz. Cuando los abrió, el mundo parecía haber palidecido. ¿Habría pasado Greta por aquella estación nueva que había al final del trayecto? ¿Existía entonces Conway Park?

Las paredes de azulejos blancos se escabullían como para demostrar que ella tampoco podía atraparlas. Dudley le había contado a Walt que había escrito *Los trenes nocturnos no te llevan a casa* hacía unos siete años. Sacó el teléfono móvil del bolso y lo colocó para marcar los dígitos del número de información que había en un cartel del vagón nada más que el tren saliera del túnel. Apenas había retomado su venganza la luz del sol, cuando alguien le contestó rápidamente, por lo que tuvo que tomar aire antes de decir:

—¿Podría decirme cuándo construyeron la estación de Conway Park?

—Bueno, esta pregunta no es de las comunes. Deje que lo compruebe.

La chica o, a pesar de su voz, la mujer tuvo una pequeña y discreta conversación con alguien más.

—Unos seis años —le dijo a Patricia cuando regresó.

—¿Podrían ser siete?

—Casi siete, ¿no?

Una segunda consulta permitió que la informante de Patricia le dijera:

—No tanto. Solo alrededor de seis.

—Gracias —dijo Patricia.

Estaba del todo segura de que la gratitud resumía cómo se sentía, así que volvió a guardar el teléfono en el bolso. Entonces Dudley había mentido sobre la fecha en que escribió la historia. Supuso que aquello era comprensible, dada la controversia que había levantado. ¿Estaría molesta solo por haberse dado cuenta tarde? Aún lo estaba decidiendo cuando el tren pasó de Birkenhead Park a Birkenhead Norte, dos estaciones donde podía haber esperado encontrárselo. Estaba considerando aquella posibilidad cuando empezó a sonar su teléfono móvil.

¿Era Dudley? Se sintió como si él la hubiese llevado a aquella estación aunque él se había aprovechado de sus pensamientos. Sus sentimientos eran absurdos pero esperó que la llamada fuese suya.

—Patricia Martingala —le desafió.

—Lo siento, Patricia. Solo soy yo.

—Soy yo quien debe pedir disculpas, Kathy. Le he gritado.

—No quisiera entrometerme. ¿Habéis terminado ya la audición? Me sigue sonando a oído —dijo Kathy con un humor nervioso.

—Ya hemos terminado por hoy, creo.

—Estás en el tren, ¿verdad? ¿Estás sola? ¿Cómo ha ido?

—¿Se refiere a la audición?

—¿A qué otra cosa si no? ¿Cómo eran las chicas a las que tenía que elegir?

—Él parecía estar contento. Creo que está trabajando en otra historia.

—¿Y cómo ha ido lo más importante?

Durante un momento, Patricia pensó injustamente que solo podía referirse a Dudley.

—¿El señor Matagrama? Creo que nos ha convencido a todos. Definitivamente, está contratado.

—Entonces Dudley estará contento.

—Yo diría que sí. Supongo que se lo puede preguntar a él, ¿no?

—Ahora sí. No quería arriesgarme a sacarle un tema que pudiera molestarle cuando tiene que trabajar en su manuscrito.

El tren estaba llegando a Bidston. Patricia se acordó de cuando fue caminando desde la estación, cuando fue por primera vez a visitar a los Smith, y tomó una rápida decisión.

—Kathy, ¿está en casa?

—Estoy en mi hora del almuerzo, sentada fuera de la oficina bajo este glorioso sol.

—Debería haber supuesto que estaba en el trabajo. Le iba a pedir un favor.

—Hágalo.

—Es uno bastante grande. Me gustaría examinar detenidamente las otras historias de Dudley antes de terminar lo que he escrito sobre él, pero ya le conoce. No me dejaría hacer tal cosa.

—Sé cómo debe sentirse. Yo me he sentido así.

Patricia lo dudaba, especialmente porque se sentía culpable por haber predicho la reacción de Kathy para aprovecharse de ella.

—¿Cree que existe alguna posibilidad de que pueda leerlas?

—¿Serviría de algo?

—Sí.

—Estará fuera el sábado porque va a leer junto a su padre. Tendremos que perdérselo si quieres venir.

—Si a usted no le importa —dijo Patricia sintiéndose aún más culpable.

—Espero que pueda convencerlo de que es por su bien. Te llamaré cuando sepa exactamente cuándo se va.

—Eso sería genial —dijo Patricia, aunque no tenía ni idea de para quién—. Ahora que hablamos de ello, ¿usted cuándo leyó sus historias?

—En diferentes momentos a lo largo de los años. Solía leer las nuevas que sabía que estaba escribiendo.

—Entonces, ¿sabe decirme cuándo las escribió?

—Podría hacerlo cuando estemos sentadas y echándoles un vistazo.

—Espero sus noticias —dijo Patricia para terminar la conversación, aunque sus pensamientos seguían confusos.

Ahora que había persuadido a Kathy para actuar en contra de los deseos de su hijo, no estaba segura de qué consecuencias habría. ¿Realmente sería capaz de recordar los incidentes que subyacieran en las demás historias? Y si lo hacía, ¿qué

sería lo peor? A fin de cuentas él rechazó publicarlas. El tren dudó en Bidston antes de continuar y apenas se había despejado el andén cuando sonó de nuevo su teléfono, como para advertirla de que aún no había escapado.

Si Kathy había cambiado de opinión, Patricia dudó de que fuera capaz de engañarla más.

—Diga —dijo para reponerse.

—¿Patricia? Vincent. A Colin se le ha ocurrido una gran idea.

—Ah.

No se esperaba que fuese Vincent así que no pudo pensar en nada más que añadir que:

—De acuerdo. Está bien.

—Creo que es lo mejor que nos ha pasado desde lo de Dudley.

Parecía que Vincent había estado buscando las palabras adecuadas para expresar todo el entusiasmo que había en su voz y al final las hubiera encontrado.

—Va a ser real —dijo.

—¿Ha conseguido ya su hijo que le publiquen la historia, Kathy?

—Cualquier día de estos, Mavis.

—Eso esperamos, ¿verdad, Cheryl? Si no empezáramos a pensar que Kathy se lo ha inventado.

—Supongo que puedo haber exagerado algunas cosas sobre él, como hacen todas las madres. Espero que podáis entenderlo aunque no tengáis hijos.

—¿Estás admitiendo tus mentirijillas?

—No, Mavis. Espero haberle ayudado a llegar a ser quien es.

—No te referirás a la clase de escritor que el periódico dice que es, ¿verdad?

—No sé lo que quieres decir, Cheryl.

—Hay muchísimos escritores y ahora cualquiera puede publicar con un ordenador. Quizá tu hijo debería hacer eso, ya que está tardando tanto. Seguramente ha leído lo del escritor que convirtió la muerte de una pobre chica en un asesinato. Quienquiera que sea, si no sabe hacerlo mejor, no debería escribir nada.

—No veréis nada parecido que pueda ser obra suya —les aseguró Kathy a sus compañeras.

Sin embargo, se le enrojeció la cara por la vergüenza y la rabia. Aunque aquello hubiese sido el fin de una tarde agotadora (una mujer desempleada que había dirigido todos sus comentarios a la niña pequeña que llevaba en su regazo como si fuera una muñeca de ventrílocuo; un hombre que analizaba en voz alta todo lo que decía Kathy; un tipo de unos cincuenta años que se negaba a decirle su verdadera edad y al que parecía haberle molestado no encajar inmediatamente en ningún trabajo), ¿cómo podría haber evitado el problema sin poder defender a su propio hijo? Lo único que podía hacer era rogarle a cualquiera que estuviera oyendo sus pensamientos que las presiones de su oficina de empleo no le hicieran venirse abajo al igual que ella intentaba aliviar las suyas. Quizá pronto podría dar la noticia de que la película estaba en marcha; estaría más solicitado una vez que consolidara su nombre.

Cuando el tren de Kirby Oeste se alejó del río, el recuerdo se fue perdiendo. ¿Debería haber accedido a la petición de Patricia Martingala? Patricia tenía que entender que jamás debería contárselo a Dudley para que él supusiera que ella había obtenido toda la información de sus historias gracias a su primera visita. Seguramente merecería la pena correr cualquier riesgo que pudiera provocar un acercamiento entre Patricia y Dudley, y en esta ocasión, no veía ninguno.

Pasó de largo la estación de Bidston y se bajó en Birkenhead Norte. Había algunos futbolistas haciendo sonar la jaula de alambre que estaba enfrente del supermercado, más allá de la cual se encontraba la iglesia en medio del cruce de cinco vías, inestable entre los humos del impaciente tráfico que permanecía a la espera. Cuando cruzó al otro lado, vio una humeante camioneta que conducía a los vehículos fuera del lavado de automóviles. Al doblar la esquina y comenzar a subir la

pendiente, vio a Dudley más adelante.

Cuando él giró a la izquierda para llegar a su avenida, miró hacia atrás y la vio. Ella dibujó una sonrisa mientras que él solo seguía mirándola.

—¿Qué intentas hacer? —preguntó.

Una vez que estuvo lo suficientemente cerca para poder hablar en voz baja, ella contestó:

—No molestarte, eso es todo.

—¿Y arrastrarte detrás de mí se supone que no me molesta? No serías capaz de hacerle tal cosa al señor Matagrama.

—Puede que la gente no sepa quién es él si lo hago.

—Lo averiguarán muy pronto —probablemente aquello calmaba a Dudley—. Quiere investigar un poco. La policía está llevando a cabo la reconstrucción de los hechos de un asesinato y vamos a ir a echar un vistazo.

¿Seguiría enfadado con ella? Estaba introduciendo la llave en la cerradura al igual que un cuchillo en una herida. No intentó decirle que seguramente tendría ganas de trabajar hasta que él se dirigió a las escaleras.

—¿Qué te apetece cenar? —se arriesgó a decir en voz alta.

—No lo sé. Necesito estar de humor para escribir.

—Entonces cenaremos chuletas, ¿te parece bien?

Mientras desaparecía en su habitación ella gritó:

—¡Cenaremos chuletas!

Había muchas en el frigorífico. De hecho, superaban en número a cualquier otro alimento. Sacó seis y, después de retirarles el hueso con un cuchillo de trinchar, se tomó su tiempo para colocar las chuletas sobre la parrilla de una forma atractiva. Encontró una bolsa de menestra de verduras. Al cogerla, el frío le produjo un cosquilleo en las yemas de los dedos. Después cogió dos puñados de patatas del organizador de plástico. Mientras iba a buscar el pelador del cajón de al lado del fregadero, oyó una especie de sonido que venía del cuarto de Dudley.

¿Habría sido un grito de no dar crédito a lo que veía? ¿Se habría averiado su ordenador? Kathy se dio cuenta de que no necesitaba saber más. Empezó a pelar la primera patata y la sensación que tuvo con aquel ruido seco y estridente fue la de estar pelando sus propios nervios. La dejó caer en la cacerola con un sonido hueco y levantó la mirada para ver el vago y silencioso movimiento del jardín. No, no había sido una bandada de mariposas volando entre los crecidos hierbajos; había sido un reflejo en la ventana. Se dio la vuelta, casi soltando el mango del pequeño cuchillo y vio que Dudley la miraba desde el recibidor. Estaba tan inexpresivo que pensó que había dejado de ser él mismo.

—¿Quieres hacerme pensar que me he vuelto loco? —preguntó.

—¿Cómo iba yo a querer eso?

Kathy intentó reírse, pero estaba a punto de descubrir lo peor.

—¿Quién iba a pensar que lo estás? —intentó preguntar.

—No puedes haber sido tú si dices que no sabes nada, ¿verdad? No eres tú quien quiere meterse dentro de mi cabeza.

El miedo que sentía por él era capaz de secarle el cerebro hasta convertirlo en cenizas. ¿Se habían apoderado de él finalmente las drogas con las que había contaminado sus genes?

—Nadie pretende hacer eso —alegó—. Nadie excepto Patricia Martingala, quizá. Su falta de expresión apenas le dejaba sentir nada.

—¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Ha estado haciendo lo posible por averiguarlo todo sobre ti, ¿no es así? Solo me preguntaba si a lo mejor no ha ido demasiado lejos.

—Ella no ha sido. Ahora no me importa ese asunto; ella no es la entrometida.

—Entonces, ¿qué vamos a...? —comenzó a preguntar Kathy.

Entonces lo supo.

—Si no se te ocurre otra idea que pueda convencerme, quizá la loca eres tú.

—Llámame loca si eso te hace sentir mejor.

—Quizá lo estés de todas maneras, habiendo hecho lo que hiciste.

—Sé que nunca escribiré tan bien como tú, pero no podrías haber publicado esa historia, ¿verdad? Solo quería terminarla para que pudieses continuar.

—Así que fuiste tú.

Durante un momento Kathy se sintió como si hubiese caído en una trampa, pero de pronto le vino a la mente otra posibilidad aún más angustiosa: que su intervención podía haberle molestado tanto que se había imaginado que otra persona había entrado en su habitación.

—¿Quién más habría podido ser? —dijo ella riéndose tímidamente.

—Quien tú creías que estabas siendo.

—Nunca podría ser tú, Dudley.

Ya que aquello no lo calmó por completo, añadió:

—Aunque estoy de acuerdo contigo. Espero que te hayas dado cuenta. Lo que le ocurrió a la chica de tu revista fue terrible, pero no puedo perdonarla por haberse reído de ti. Vamos a mantener en secreto lo de mi escrito, ¿de acuerdo?

—No voy a mantener nada en absoluto.

Sintió una punzada de agonía interna más afilada que la punta del cuchillo. Al darse cuenta de que aún lo tenía en la mano, lo soltó sobre la tabla de cortar con un sonido sordo.

—No me importa, si eso te ayuda —le dijo.

—Sí. Me he dado cuenta de lo que tengo que hacer para escribir.

—Entonces, me alegro. Sé que fui presuntuosa y no me habría atrevido a serlo si tú no hubieses parecido tan desesperado por escribir. Puedo sentirme orgullosa, ¿no crees?

Hizo una pausa para esperar estar completamente seguro de que ella había terminado antes de revelar la expresión que había estado conteniendo: boquiabierto

sin dar crédito a lo que estaba pasando.

—Podrás hacer lo que quieras cuando me haya marchado —dijo.

—Marchado.

Aquella palabra era tan inmensa que apenas pudo pronunciarla.

—¿Marchado adónde? —dijo con mucho esfuerzo.

—A cualquier sitio donde esté a salvo lo que escribo.

—Aquí lo está. Te prometo que no me acercaré nunca más a menos que tú me lo pidas.

—Ya no tiene sentido que prometas nada; ya no confío en ti —dijo, a la vez que se daba la vuelta y cruzaba el recibidor.

—Que me caiga muerta en este instante si alguna vez entro en tu habitación sin permiso. Que el señor Matagrama venga a por mí si lo hago.

Quizá porque no debería haber hecho aquel chiste o quizá porque a Dudley le había molestado que tomara prestado a su personaje, se detuvo al pie de la escalera para decir simplemente:

—No me importa lo que digas. Ya lo habías prometido antes y entraste e hiciste aquello.

—No de la forma en que lo estoy prometiendo ahora. ¿No sabes que no podría soportar perderte?

—Bueno, lo acabas de hacer ahora —dijo, antes de comenzar a subir las escaleras.

Mientras Kathy corría tras él, el recibidor parecía encogerse y oscurecer. Podía ser el interior de su mente, ya que parecía que la soledad la había encarcelado, la que le hacía sentir tan sola en la oscuridad.

—No pierdas la sensatez —dijo, aunque sin saber muy bien a quién—. No puedes llevarte auestas el ordenador con todas las historias dentro. Los ordenadores son objetos delicados y tus historias también lo son ¿Y si lo tiras o se te cae y las pierdes?

—Entonces será culpa tuya por haberme obligado a irme de casa.

—Yo no he hecho tal cosa, Dudley. Sé que tienes una gran imaginación pero ¿cómo puedes pensar que haría algo así?

Al verlo titubear mientras subía la escalera, ella asió el pasamanos, aunque solo para apoyarse.

—Sabes que debes quedarte —dijo—. No hay ningún sitio adonde puedas ir.

—Eso es lo que tú te crees. Hay mucha gente que estaría encantada de tener mi presencia.

Quizá aquella protesta había sonado algo infantil, pero se volvió y miró hacia abajo:

—Sé quién estaría encantado.

—Ya la estás viendo. Nadie podría estarlo más que yo.

—Tú ya has tenido tu oportunidad.

Seguía con la sonrisa en los labios, pero puso los ojos en blanco.

—Ahora le toca a papá —dijo.

—No creas que él te dejará trabajar de la forma que deseas.

Dudley endureció la mirada hacia ella.

—¿Por qué no?

—Se entrometerá. Yo sé que también lo hice, pero tienes mi promesa de que nunca lo volveré a hacer de ninguna de las maneras, mientras que él querrá cambiar lo que escribes. Acuérdate de lo que dijo.

—No lo hará —se aseguró Dudley a sí mismo dándole la espalda a Kathy.

—Lo intentará. Utilizará todas sus críticas para impedir que trabajes. Lo conozco mejor que tú. Como mínimo te hará el trabajo más duro y cuando menos te lo puedas permitir.

—Entonces será culpa tuya —dijo Dudley sacándose el teléfono móvil del bolsillo.

Iba a llamar a su padre, lo cual hizo que Kathy se desesperara tanto que dijo lo peor que se le vino a la mente:

—A él no le gusta lo que escribes.

Dudley volvió la cara adonde ella estaba. Sus ojos se hincharon de odio. Ella extendió las manos y comenzó a subir por la escalera con la esperanza de abrazar alguna parte de él, pero él levantó el teléfono como si fuese un arma.

—Busquemos otra alternativa —suplicó—. Déjame pensar. Haré todo lo que pueda por arreglar lo que hice. Haré cualquier cosa para ayudarte.

Mientras Dudley salía de la estación de Lime Street, no le habría importado ver a alguna chica sola. El teatro Empire estaba lleno de jubilados y no había nadie más allá de las columnas de St. George Hall. Finalmente, el tráfico de la hora punta le permitió cruzar hasta la calle William Brown, pero tampoco vio a nadie fuera de la galería de arte Walker ni de la biblioteca. Mucho más abajo, había una figura en vaqueros que pasaba por delante del museo. Dobló la esquina al final de la cuesta, dejando ver su perfil y aunque estaba a cientos de metros, vio que era una chica.

Ella iba por el camino que él debía tomar. Nunca debía dejar pasar una oportunidad así si se le ponía delante. Se apresuró a bajar la cuesta hacia la esquina. A lo largo del museo, había tres carriles de tráfico que iban en su misma dirección a toda velocidad por el paso a nivel de hormigón que había encima de él. Más allá había otro paso a nivel, destacado por una pasarela y por debajo del cual estaba pasando la chica en dirección al cruce de seis carriles desde el que se veía la Universidad de John Moores. Algunas calles no tenían pasos de peatones y las aceras se estrechaban tanto que no llegaban a ser más que cornisas. Había tráfico por todas partes, más del que debería haber, ensordecedor y absorbente. Sería invisible; ¿cómo no iba a aprovecharse de eso? No oía sus propias pisadas al correr hacia la chica y ponerse detrás de ella en el precario borde de cemento al pie de una pendiente de tres carriles. Su sombra sentía aún más deseo por alcanzarla que él mismo. Podía ver las huellas de sus manos aparecer en sus hombros mientras extendía los brazos. Aún no la había tocado cuando las sombras de sus manos comenzaron a formarse sobre el rápido tráfico y ella miró atrás por encima del hombro.

—¡Oh! Hola Dudley —dijo—. Cuidado.

Era Patricia Martingala. Parecía una oportunidad perfecta, pero ¿valdría la pena escribir aquella historia? Ahora también tenía que pensar en aquello. No sabía qué forma debía adoptar su boca para decir:

—No te preocupes. No me caigo.

Ella se imaginó que él había corrido para socorrerla. Un camión más alto que una casa y tan largo como varias de ellas pasó a toda velocidad a menos de la distancia de lo que mide un brazo, sacudiéndole la cazadora vaquera que llevaba y despeinándola.

—No camines delante del tráfico —dijo.

Podría haber dicho también que aquello sería prematuro e insatisfactorio además de grotescamente injusto.

—No me gustaría.

—A mí tampoco.

Volvió a mirar a la carretera cuando pasaron tres coches, uno tras otro, saltándose el semáforo en rojo y después cruzó a la acera de enfrente, donde caminó hacia una valla que conducía hasta un paso oficial. La alcanzó cuando ya había llegado a la acera de enfrente de la universidad.

—¿Fuiste a la *uni*? —le preguntó de pronto.

Le dio la sensación de que alardeaba de aquel diminutivo y de la indiferencia con la que se tomaba su educación, sintiéndose superior a él.

—Quizá los más inteligentes no vamos —respondió.

Aquello la silenció, pero no parecía suficiente. Entre la acera y la universidad, había un gran edificio de hormigón color picazo de ocho pisos y muchas ventanas y algunos testigos que holgazaneaban en la rampa. Pasada la universidad, una pendiente cubierta de hierba y apuntada con una vegetación simbólica reducía la anchura de la acera hasta que se podía sentir el olor de la respiración del tráfico. Sentía mucha frustración en lo más profundo de su mente. Patricia se mantenía en el lado interior de la acera aunque iba a dar un paso en cualquier momento para agarrarla por los hombros y arrojarla a la carretera. El alboroto le machacaba todos los pensamientos y luchó por recordar que debía dejarla a ella para más adelante. Y aún peor, casi tuvo que pasar por alto la necesidad de mostrar ignorancia.

—¿En qué lado se supone que estamos? —gritó.

—No puedo oírte —gritó también Patricia a través del megáfono que formaban sus manos.

—¿A dónde se supone que vamos? —chilló Dudley—. Deben de ser aquellos — se respondió a sí mismo.

Donde terminaba la cuesta de hierba, pasado un bloque de pisos abandonado, comenzaba una zona de descanso. Había coches de policía aparcados y oficiales uniformados que cortaban el tráfico. Más allá de la zona de descanso, había una chica apoyada contra la pequeña verja que estaba por encima de la carretera de acceso a los túneles nuevos del Mersey. Al final del todo de la zona de descanso vio a Vincent y al señor Matagrama, pero apenas los miró. Estaba demasiado desconcertado reconociendo a la chica.

Llevaba una blusa bordada y una falda corta azul chillón. Tenía las piernas desnudas y llevaba sandalias. El pelo moreno le caía despreocupadamente por los hombros. Sus gafas doradas revelaron unos óvalos blancos en vez de ojos cuando giró la cabeza como si lo conociese. Claro que aquello era imposible, así que pudo respirar tranquilo como si lo mereciera después de haberse dado cuenta de que su cara era demasiado redonda. Se quedó mirándola fijamente para asegurarse de que no se habían reconocido el uno al otro. Mientras pasaba de largo por un cartel que buscaba testigos de una fatalidad ocurrida en una fecha que no necesitaba mirar, el señor Matagrama le habló por encima del ruido apagado del tráfico.

—Nos preguntábamos si al final no vendría nadie.

Dudley se unió a él y a Vincent antes de preguntar:

—¿Por qué no íbamos a venir?

—Me refería solo a ti. No me había dado cuenta de que estabais juntos.

Su tono era tan neutral que estaba claro que quería saber si Patricia estaba libre. Podía ser peor que inconveniente que alguien se la arrebatara a Dudley ahora.

—Estoy en ello —dijo—. No digáis nada.

—Tu secreto está a salvo con nosotros —le aseguró Vincent mientras Patricia los alcanzaba.

—¿Sola con vosotros? —dijo Patricia.

El señor Matagrama levantó la mano con apatía en señal de que los dejara solos.

—Solo para hombres.

Aunque Dudley apreciaba su apoyo, no quería que ella se ofendiese. Miró fijamente a la chica que estaba detrás de ella, que había comenzado a caminar hacia delante y hacia atrás.

—¿Qué se supone que hace? —preguntó Vincent.

—Están reconstruyendo los movimientos de la víctima —dijo Vincent.

—¿Quién dice que fuera una víctima? El periódico dice que había tomado drogas y que podía haberse caído por el muro.

—Sus padres siempre han mantenido que no estaba lo bastante drogada como para haberse caído —informó el señor Matagrama—. Alguien de la policía debe de estar de acuerdo con ellos.

—Entonces, ¿qué creéis que ocurrió?

—Sus padres dicen que nunca se habría suicidado. No tenía ningún motivo para ello y no era de esa clase de personas. Quizá alguien la empujó.

Dudley comprendió que no podía demostrar demasiado triunfo ante ellos, pero era frustrante ver que el señor Matagrama no se alegrara de su naturaleza, ni siquiera en secreto. Los movimientos de la chica también eran insatisfactorios ya que no se parecían en nada a la realidad, particularmente el espasmo, que se veía como nada más que una sacudida desde aquella distancia a través de la carretera bajo la zona de descanso, durante unos prolongados segundos antes de que un inmenso camión que iba por la izquierda pasara todas sus ruedas por encima de ella con un tardío rugido de frenos. Nunca había llegado a estar seguro de si la clase de insecto en que se había convertido había permanecido consciente el suficiente tiempo como para intentar arrastrarse fuera de la carretera. Había parecido tener bastante poco cuidado cuando se acercó a ella a pedirle la hora. También le dijo que tenía la sandalia desabrochada y se agachó para empujarla por las rodillas y arrojarla al carril. Lo había lamentado únicamente por el delicado reloj de oro que llevaba, mucho más caro que la pieza tan poco femenina que llevaba su suplente. No podía evitar distraerse con aquello; el distraído y mecánico comportamiento de la chica era más irritante de lo que lo había sido su encuentro con Patricia.

—¿A quién creará que se parece? —se vio provocado a preguntarse en voz alta.

—¿A quién crees tú? —preguntó Patricia.

—A una prostituta.

—Sospecho que no sabes demasiado del caso.

¿Defendía a la chica o le acusaba de inexperto?

—No estaría vendiéndose con tanta gente alrededor —objetó—. Ni siquiera está

oscuro.

Se detuvo al poco de decir que había habido... una tormenta que había vaciado las calles, pero la chica se había refugiado bajo una parada de autobús enfrente de la que él solía tomar, al otro lado. Mientras revivía la sensación de ir tras ella por seis calles, Vincent dijo:

—¿Estás teniendo alguna idea?

A Dudley, la actuación de la chica le parecía más confusa que inspiradora; ya había escrito sobre la escapada y no iba a desperdiciar más tiempo repensándola.

—¿Y tú? —le preguntó al señor Matagrama.

—Yo estoy aquí para aprender de ti.

—Espero que si la vieses allí, sola y sin ningún coche a la vista, irías y hablarías con ella. Si ella no se moviera de donde está al verte llegar, sería culpa suya, ¿verdad?

El señor Matagrama sonrió, probablemente por aquel comentario.

—¿Crees que las víctimas provocan sus asesinatos y que no debemos culpar a los asesinos?

—A este, no. No me refería a nadie más.

—Aún no me has dicho por qué lo hizo.

Dudley lo miró para adivinar lo que había en su interior. Cuando el señor Matagrama le devolvió la misma mirada inquisitiva, Dudley dejó que la impaciencia tomara su voz:

—¿Por qué no?

—Se abalanza siempre que tiene la oportunidad, ¿no? Es lo único que le interesa.

En aquel caso preciso, no era así de sencillo. Dudley había necesitado patrullar la zona durante semanas después de decidir que la localización equivalente al otro lado del río estaba demasiado cerca de su casa.

—No siempre tiene que propiciar las situaciones —dijo—. Están ahí para él.

Vincent le dio un empujón a sus gafas para colocárselas más arriba y abrió la boca, pero pasó por el lado de Dudley en vez de hablar. Dudley no se había girado cuando una mujer se hizo escuchar tras él.

—Disculpen, ¿por qué esperan aquí?

¿Qué derecho tenía la actriz para hablarle a él y al señor Matagrama de aquella manera? Incluso Vincent y Patricia se merecían algo mejor siempre que estuviesen con él.

—Quizá eso mismo deberíamos preguntarle a usted —le dijo guiñándole un ojo a Vincent—. Si está buscando a un director, aquí hay uno que puede decirle cómo realizar la escena.

—Dudley... —murmuró Vincent con un pequeño movimiento de cabeza.

—El mismo. El señor Smith para los extraños —dijo Dudley, a la vez que se giraba para ver a la agente de policía que le estaba preguntando.

No lo podía haber reconocido por otra cosa que no fuese por ser el creador del

señor Matagrama, lo cual le hizo relajar la rigidez que habían adoptado sus labios.

—Oh —dijo tomándose un tiempo para reír—. Creí que se trataba de la actriz. Ella no supo si sentirse halagada o no.

—¿Qué actriz?

—La que está detrás de usted y está esperando a que alguien la arroje a la carretera —dijo Dudley.

Y se dio cuenta de que debía añadir:

—Parece.

—También es policía.

Dudley señaló con el dedo a la sustituta.

—¿Por qué se supone que debe estar ahí?

—Ayuda a que la gente recupere sus recuerdos. ¿Le ha venido a usted alguno? Si creía que podría atraparlo, no tenía ni idea de a quién se estaba enfrentando.

—¿Por qué iba a hacerlo? —dijo Dudley—. Nunca la he visto antes.

—Investigamos —dijo el señor Matagrama.

—¿Para qué?

—Una película. Como bien ha dicho antes, él es Dudley Smith, nuestro escritor. Vas a basar el guión en hechos reales, ¿no es así, Dudley? Yo seré el hombre que lleve a cabo lo que salga de su cabeza.

Dudley comenzaba a lamentar el entusiasmo del señor Matagrama.

—No es así, los asesinatos también serán inventados.

—Eso no es lo que yo entendí. Siento mucho haber hablado sin saber.

¿Le había decepcionado de alguna forma? La agente no le dio tiempo para pensar a Dudley.

—Si se trata de ficción, no tienen ningún motivo para estar aquí —dijo.

—Queremos hacerlo tan real como nos sea posible —dijo Vincent.

Ella lo miró poco convencida e intentó pasarle la misma mirada a Dudley.

—¿Creen que puede llegar a ser muy real?

—Se sorprendería.

—Si hubiesen visto el hecho real no querrían hacer su película basándose en él. Hemos oído hablar de usted y de la película. Voy a tener que rogarles que se marchen.

—No puede hacer eso. Díganos que hemos hecho en contra de la ley.

—Obstruir el paso a la policía si continúan aquí. Necesitamos la zona despejada para que se lleven los coches.

Aunque estaba seguro de que la agente había preparado la excusa para desbancarlo, no tenía ningún motivo para quedarse allí; la reconstrucción simplemente le había traído el recuerdo de la chica verdadera.

—Me voy, pero solo porque quiero.

Le habría gustado que la agente se hubiese tomado aquello como un intento de ofensa, pero Vincent le dijo:

—Hablemos.

Se alejó de la agente y de la actriz de los pasos mecánicos. Mientras Dudley y los otros se marchaban, Dudley comenzó a recrear la escena en su mente: la chica agitando las piernas en el aire mientras se desvanecía en la reja, el frustrante movimiento mientras él se levantaba demasiado tarde para verla caer, el suave golpe le hizo esperar ver su cuerpo extendido y enorme.

—Estaría trabajando si no estuviese aquí —protestó.

—Lo siento si crees que no deberías estar aquí.

Vincent levantó la mano para levantarse las gafas, pero en vez de hacerlo los miró a todos como si quisiera que los comentarios fuesen más amables.

—Me gustaría comenzar a rodar la semana que viene —dijo.

—No sé si tendré suficiente para entonces.

—Seamos honestos, ya estoy bastante contento con mi guión.

—Me necesitas para hacerlo bien. Lo dijiste.

—Yo no diría eso.

Vincent empezaba a correr peligro al haberse olvidado de lo importante que era Dudley.

—Walt también quiere que empecemos —dijo—. No quiere que nadie más impida la realización de la película. Dice que es mejor que dejemos la controversia hasta que la hayamos sacado.

—¿No soportas que te malinterpreten?

—Aún no nos has dado nada que entender.

Un poco más amable, Vincent dijo:

—Que Walt te hiciera un contrato no significa que tengas nada que decir en la película, pero a mí no me importa que nos acompañes para pedirte consejo si lo necesito.

—Yo también quiero que te quedes —dijo el señor Matagrama.

Las repeticiones de la caída de la chica retumbaban como sonos de tambor en la cabeza de Dudley, machacando sus pensamientos y convirtiéndolos en algo menos que palabras.

—Tengo el fin de semana para que se me ocurra algo —dijo intentando que no sonara a súplica.

—Si se te ocurre alguna idea nos la puedes enviar por correo electrónico.

Vincent parecía más calmado cuando dijo:

—Mi coche está a cinco minutos de aquí, por si alguien quiere que lo lleve.

—Yo también tengo el mío por aquí —dijo el señor Matagrama.

A Dudley le habría gustado pasar más tiempo con él, pero en aquel momento era crucial quedarse con su fuente de inspiración.

—Espero que no os quedéis atrapados en el atasco de la hora punta —dijo Patricia—. A mí no me importa caminar.

—Ni a mí tampoco —dijo Dudley enseguida.

También fue rápido en darles la espalda a los hombres. Si pensaban que intentaba hacer lo que ellos habrían hecho con Patricia, tendría otro motivo por el que nunca se imaginarían la verdad, pero tampoco quería que ella viera los guiños que le estaban haciendo. En pocos segundos estaban fuera del alcance del oído y la agente se había reunido con sus compañeros. Ni siquiera la actriz lo estaba mirando.

—¿Patricia? —dijo.

—¿Estás enfadado?

Se detuvo a la altura de los coches y lo miró.

—Estás enfadado —dijo.

—¿No crees que debería estarlo? Él es mío, yo creé todo lo que tiene que ver con él.

—Nadie intenta robártelo. Ya has escuchado a Vincent, quiere que sigas en esto.

Dudley tenía que arriesgarse a sonar inadecuado, nadie más sabría que lo había hecho.

—No tengo ninguna idea para él.

—Te ha dado el fin de semana. Quizá se te ocurra algo.

—Sí, si tú me ayudas.

Patricia levantó la ceja que estaba más cerca de él.

—¿Qué me estás pidiendo?

Bajo la barandilla que había detrás de ella, un coche estaba haciendo sonar el claxon, como advertencia o como fanfarria. Estaba tan cerca del muro que podía haberla empujado sobre él si la policía no hubiese estado allí, pero en cualquier caso no quería repetirse, más bien lo contrario.

—Quiero que me ayudes a investigar —dijo.

—Investigar —repitió Patricia a la vez que le señalaba con los ojos a la policía que estaba detrás de él.

No debía enfrentarse más a ellos.

—Hablémoslo —dijo, a la vez que pasaba de largo los coches marcados.

Él la adelantó enseguida y ella tuvo que darse prisa para mantenerse a su paso por la pendiente llena de árboles jóvenes y hierba sucia. No aminoró hasta que llegaron a la universidad y habían perdido de vista a la policía.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó ella.

—Explorar un poco y después cenar, si quieres.

—¿Explorar dónde?

—Caminemos y veamos si se nos ocurre algo.

Algo menos impaciente, añadió:

—Quiero decirte que si a ti se te ocurre algo, no sabes lo bien que me vendría.

—No creo que a mí se me vayan a ocurrir la clase de ideas que se te ocurren a ti.

—Nunca se sabe lo que puede pasar. Podrías inspirarme.

Antes de que a ella le diese tiempo de objetar, él dijo:

—No tendría tantos problemas para buscar ideas si hubieseis publicado la historia que elegisteis.

Aquello no era culpa suya, pero si lo ayudaba también estaría ayudando a la revista.

—¿Por qué no caminamos por la calle James, a ver qué pasa? —dijo ella.

Habían llegado a la intersección de un circuito de seis vías. A varios cientos de metros, los semáforos daban la salida a los competidores de los carriles más cercanos. Patricia tomó la delantera para pasar, pero Dudley la agarró por el brazo.

—Aún no —espetó a la vez que la soltaba.

Ella esperó en el cruce hasta que pasara el peligro y cruzó hacia el museo. La calle Dale llevaba hasta el río pasando por encima del túnel Kingsway, el cual se tragaba los coches por el lado izquierdo de la boca y los regurgitaba por el derecho. Las tiendas de bocadillos de las plantas bajas de los edificios de oficinas, tan altos como casas apiladas, ya estaban cerradas, y el tráfico de la calle de único sentido comenzaba a disminuir. Como aquel sitio parecía no animar a Dudley, ella dijo:

—¿Puedo decir algo?

—Si quieres hablar, habla.

—Me preguntaba por qué no te gustaba la chica de antes.

—¿A ti sí? Nos lo estaba haciendo aún más difícil.

—No hablo de la agente de policía, sino de la chica de la reconstrucción.

—No estaba muy metida en su papel.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿O acaso criticas su vestimenta?

—No hay duda de que alguien la tiró por ir vestida así, ¿verdad?

—Lo siento, pero no estoy de acuerdo, creo que eso es ofensivo.

Patricia se ganó con aquello tal mirada que enseguida tuvo que preguntar:

—¿Estoy confundida? ¿Estás intentando ser tu personaje?

—No necesito intentarlo.

Miró hacia uno de los callejones que había entre los edificios, aunque aquel en concreto pasaba a través de ellos. Cinco secretarias charlaban y caminaban por él en dirección a un bar de borrachos de cierta edad.

—Es inútil —dijo.

—No diré nada más si eso te desconcentra.

—No te preocupes, me eres de gran ayuda.

—Te metes en tu papel cuando trabajas en una historia, ¿no es así?

—Sí.

Aunque añadió para demostrárselo:

—Tú viste a aquella chica, pero el periódico no la describía así.

—Entonces, ¿qué es lo que te parece mal?

—Siempre intentan hacernos creer que la víctima de un asesinato supone una gran pérdida para el mundo, que se trataba de la mejor y más importante persona del mundo. No es justo.

Patricia pensó que se estaba pasando al intentar convencerla de su personaje.

—A la gente, cuando se trata de víctimas, le gusta pensar lo mejor de ellas. ¿Tú crees que los asesinos también?

—No conozco a ningún asesino que sea víctima.

Llegaron al Ayuntamiento que estaba en lo alto de una cuesta tras la que estaba el resto de edificios de la zona de negocios, bajando hacia la carretera del muelle y el Pier Head. Mientras torcía hacia la calle James, de repente al ver el río se le ocurrió una idea.

—¿Alguna vez has utilizado el ferri?

—No desde que mi padre me llevó —dijo.

Empezaron a brillarle los ojos.

—Sé a lo que te refieres. Podría funcionar, ¿no? Ven conmigo.

Podría tomar el tren en la otra orilla del río.

—De acuerdo. Intentémoslo y asegurémonos de que se te ocurre alguna historia —dijo comenzando a descender por la pendiente.

Los seis carriles de la carretera del muelle seguían compitiendo a toda velocidad. Cuando finalmente desapareció el esbozo del hombre rojo que parecía tener heridas, ella corrió hacia la gran sombra deforme que formaba una de las aves de metal que había en lo alto del edificio Liver. No sabía a qué tipo de ave le recordaba aquella sombra. Podría haberse imaginado que se trataba de la sombra de las pisadas de Dudley mientras se apresuraba a pasar la extensa fachada gris de ocho pisos y cruzaba el enlosado espacio abierto hasta llegar a la oficina de billetes que estaba por encima del río.

Un elevador les hizo detenerse mientras el ferri sacudía las gomas en el extremo del embarcadero y un hombre vestido con un chaleco naranja luminoso le tiraba una cuerda a otro. Otro de los miembros del personal no desencadenó la plancha hasta que el ferri tocó el embarcadero para dejar subir a bordo a los pasajeros: a Patricia, Dudley y a un ciclista con casco que se quedó en la cubierta inferior. Una escalera cerrada llevaba hasta una cubierta al aire libre que había al lado de un bar desierto. Patricia se dirigía a uno de los pares de bancos de madera unidos por los espaldares que había en la cubierta, cuando Dudley le dijo:

—Ahí hay un esquema.

Se refería a un dibujo que había dentro del bar y que mostraba las obras del barco: una vista lateral de las tripas sobre otra ilustración de cada una de las tres cubiertas. Aquello le recordaba a Patricia las instrucciones de una maqueta, pero sospechó que para Dudley tenía otro significado.

—¿Para qué crees que sirve? —preguntó.

—¿Y tú?

—Supongo que servirá por si alguien cae al agua.

—Ahogarse no es interesante.

No pudo evitar sentirse molesta por aquel comentario.

—Nadie podría caer en las hélices, están por debajo.

Se dio cuenta de que aquella observación era decepcionante.

—Si te caes por la popa, acabas en la estela del barco.

—¿Y si te caes por uno de los laterales?

—Puede que te arrastrara debajo.

La plancha se levantó con el sonido de las cadenas y la barrera metálica se encajó en su sitio con un estruendo en la cubierta del fondo.

—Vamos a ver qué podemos observar —dijo Dudley.

Mientras Dudley se acercaba a la barandilla que había al lado de la popa del ferri, la embarcación se dirigió hacia la península. Después de ponerse en paralelo, comenzó a navegar por el medio del río, desde Birkenhead hacia Seacombe. Patricia se agarró a la barandilla y se asomó sobre un salvavidas que estaba atado en el exterior. Los tubos líquidos de neón corrían por los erosionados flancos del barco y emergían en el batido de la estela.

—¿Qué ves? —preguntó Dudley impaciente por saberlo.

—Nada que tú no veas, creo.

—¿Puedes ver las hélices? ¿Ni se te ocurre nada que puedas hacer con ellas?

—¿Como qué?

—No lo sé, tú estás mejor situada que yo. Ha sido idea tuya.

Patricia se puso de puntillas y se inclinó hacia delante. De pronto perdió el equilibrio con la silenciosa vibración del motor sobre la cubierta. Las ondas de neón le dificultaban la visión. El salvavidas se movía bajo sus dedos mientras ella perdía la sujeción a la barandilla. Quizá por todo aquello deseó que Dudley la agarrara por los

hombros, pero él ya no se encontraba a su lado. ¿Por qué querría él verla en aquella situación? Era más alto que ella, como la mayoría de la gente. Dio un bandazo hacia atrás y hacia un lado, antes de girarse intentando volver a agarrar la barandilla.

—Sigo sin ver nada —dijo—. Mira tú, si quieres.

Tenía los dedos sobre la boca en una postura que sugería una oración. También parecía tener problemas para mantener los pies quietos, como si las sensaciones del motor los alteraran. Se abalanzó sobre la barandilla y se inclinó con más cuidado del que lo había hecho ella. ¿Sería aquello una muestra de su falta de atrevimiento? Se echó hacia atrás mucho más rápido que ella.

—Yo tampoco. De todas formas, me gustaría traer a Vincent.

—Es una opción. ¿Le dejarán rodar una escena así aquí?

—Tendrá que hacerlo; es su trabajo.

A medida que el ferri viraba hacia Seacombe, Patricia vio el bar a más de medio kilómetro del paseo del río. Hasta pasado un buen rato, más del que se sentía orgullosa, no se dio cuenta de por qué el ferri Egremont le sonaba familiar.

—¿No es ahí donde Shell...?

—¿Donde ella qué? Puedes decirlo, no me molesta.

—De todas formas ojalá no hubiese estado a punto de caerme ahora.

—Ella solo se ahogó. Tu idea es mejor.

A Patricia no le importó mucho aquel halago. Observó que el ciclista desembarcó en Seacombe, donde nadie más subió a bordo. Cuando el ferri comenzó el trayecto hacia Birkenhead, no fue capaz de contener la pregunta:

—¿A qué te refieres con *mejor*?

—Más interesante, más espectacular.

—¿En qué clase de espectáculo estás pensando? ¿En el del cuerpo de una chica haciéndose trizas ahí abajo? ¿Con los huesos machacados y hechos astillas? ¿Desangrada completamente?

—Eso suena bien.

Su intento por impresionarlo apenas había conseguido que ella se sintiera incómoda con sus propios pensamientos. Al menos, había conseguido que se callara. No dijo nada más hasta que desembarcaron en Woodside y recorrieron toda la rampa. Él se dio prisa al pasar por un grupo de autobuses parados hasta llegar a Hamilton Square, y ella se preguntaba si seguía alguna idea.

La charla de dos chicas que iban detrás de ellos hacia el ascensor espacioso de la estación pareció distraerlo. Sin embargo, ella deseó que continuara con su idea ya que aquello le había hecho olvidarse de lo de cenar con ella. No la miró a los ojos hasta que se sentó enfrente de ella en el vagón vacío y parecía tan preocupado que ella se dispuso a dejarlo tranquilo dondequiera que estuviese. Entonces él extendió las manos con las palmas levantadas hacia ella como para indicarle su presencia a alguien invisible.

—Avísame cuando tengas algo, si quieres —dijo—. Si tengo apagado el teléfono,

puedes dejarme un mensaje.

—Pensé que así era mientras estábamos juntos.

Qué gran imaginación, estuvo a punto de decir Patricia. Sin embargo, se contuvo y dijo simplemente:

—No por mucho más. Tendrás que disculparme, pero me voy a casa.

El tren dio una sacudida que apagó todas las luces. Después de un momento de completa oscuridad, se encendieron e iluminaron a Dudley agachándose hacia ella.

—¿Qué hay de la cena? —preguntó.

Patricia no se aguantó.

—¡Caramba! No sabía que una comida pudiera sonar tanto a amenaza.

Él la miró a la cara antes de volver a sentarse.

—Depende de con quién creas que vas a estar.

—Esta noche, con nadie. Siento que pensaras que iría contigo. Estoy algo cansada.

Más por educación que con sinceridad, añadió:

—Quizá en otra ocasión.

—¿Entonces no te importa decepcionar a Kathy?

—No sabía que lo hiciera.

—Le dije que íbamos a reunimos y ella dijo que podías venir a cenar, pensé que habías entendido lo que quise decir.

Patricia podría haber accedido si él no hubiese parecido tan secretamente divertido.

—Tendrás que haberme dicho que la invitación partía de Kathy. Espero que no sea mucha molestia. Preséntale mis disculpas. Bueno, yo lo haré.

Iba a buscar su teléfono cuando Dudley sacó el suyo.

—Yo lo haré. Es culpa mía, ¿no? Es mi madre.

Marcó nada más que el túnel salió al cielo abierto en Conway Park. Aún no había recibido respuesta cuando el tren volvió a entrar en su oscura madriguera. Patricia podía haberle preguntado cuándo había escrito *Los trenes nocturnos no te llevan a casa*, si no llega a ser porque empezó a ponerse muy nervioso. Quizá ya tenía suficiente tensión con la explicación que tenía que darle a Kathy.

Volvió a marcar nada más que el tren salió de nuevo a la luz. Patricia había empezado a contar el número de tonos que podía oír cuando él dijo:

—No contesta.

—Oh, vaya. Espero que no esté ocupada por mi culpa.

—No, no será para tanto.

Él le tendió el teléfono a Patricia para que pudiese oír el pequeño sonido agudo con más claridad. Después lo presionó contra sí con tanta fuerza que la mejilla se le enrojeció por debajo de la oreja.

—No creo que esté preparando la cena —dijo.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas con mucha más emoción de la que

Patricia le había visto nunca.

—¿Qué ocurre, Dudley? —tuvo que preguntar.

—Tuvimos una pelea.

—Como todo el mundo. ¿Fue de las malas? —dijo, preguntándose si Kathy al final no había cedido.

—Algunas de las cosas que dije puede que sí lo fueran. Se metió en mi ordenador y terminó una de las historias que yo estaba escribiendo.

—Seguramente lo hizo para ayudarte, ¿no?

Algo menos convencida, dijo:

—¿Era buena?

—No querría que la publicaran.

Patricia intentó imaginarse una colaboración fructífera entre madre e hijo, pero no fue capaz. Él finalizó la llamada y después volvió a marcar.

—Estaba muy alterada —dijo—. Pensé que quizá si venías a cenar, podría sentirse mejor.

¿Lo había sugerido? Patricia no estaba muy contenta con la manera en que la había utilizado ni con que diera por hecho que podía hacerlo. Antes de poder hacer ninguna objeción amable, él le tendió el teléfono para que ella escuchase el sonido agudo de los tonos sin responder.

—No habrá ido a ninguna parte si sabía que ibas a ir. Debe estar allí, pero ¿por qué no responde?

El tren aminoraba a medida que llegaban a Birkenhead Norte. Apagó el teléfono y lo soltó en el bolsillo al ponerse de pie.

—¿Vienes conmigo a comprobarlo? Puede que haya... No sé.

—¿Qué es lo peor que podría haber hecho? Me pareció que sabe controlarse bastante bien.

—Nunca la has visto alterada. Una vez dijo que si alguna vez llegaba a pensar que yo no la quería, ella... no me atrevo a decirlo. ¿No ves que temo por ella?

Debía ser verdad. Patricia pensó que debía ser verdad, si no, no habría mostrado sus sentimientos de aquella manera. Aunque no creía que Kathy se hiciera daño a sí misma, tampoco estaba segura de ello.

—¿Podemos llamar a algún vecino? —preguntó.

—No sé el número de nadie. No conozco a los vecinos.

Parecía más desesperado que nunca. La mueca con la que intentaba no abrir más los ojos, solo consiguió abultarlos.

—De acuerdo, te acompañaré —dijo.

Salió del tren antes de que las puertas terminaran de abrirse. Se apresuró por el pequeño pasaje de la estación y a lo largo de la terraza de casas que bordeaban la acera de enfrente. Después se detuvo en el campo vacío enjaulado de alambre como si un pensamiento de pronto lo hubiese dejado inmóvil. Patricia creyó que se había sentido inspirado hasta que vio que estaba mirando fijamente el supermercado del

otro lado de la calle.

—Tengo que comprar algo. Por su culpa —explicó con poca paciencia.

—¿Voy yo delante? Recuerdo el camino.

—Continúa, entonces. Te alcanzaré.

Patricia se dio prisa al llegar al cruce de la iglesia en medio. Se encontraba a mitad de camino de la calle cuesta arriba de enfrente del lavado de automóviles cuando lo escuchó llegar corriendo tras ella. Una gran bolsa de plástico le golpeaba el muslo a cada paso que daba. Durante un momento de consternación pensó que estaba llena de vendas, pero después se dio cuenta de que eran pesados rollos de cinta de empaquetar.

—¿Para qué necesitas esto? —preguntó.

—Te lo dije. Por su culpa —dijo sin girarse y sin perder velocidad.

Probablemente Kathy le había pedido que los comprara. Quizá así expresaba su esperanza de que no se hubiese hecho daño o su renuencia a averiguar la verdad. Patricia dio una carrera para alcanzarlo una vez que habían llegado a su calle. Le echó un vistazo a la casa de al lado de la suya, pero las cortinas (visillos que siempre le recordaban a Patricia las elegantes telarañas), no se descorrieron. Metió la llave en la cerradura, la giró y empujó la puerta con el hombro lo suficiente para que Patricia no pudiera seguirlo enseguida.

Al principio él no supo por qué se abstenía de hablar incluso cuando ya había cerrado la puerta tras ellos. Entonces ella se dio cuenta de que no había ni pizca de olor a cena en el aire. Tomó aire que parecía tener sabor a ausencia diluida.

—¿Kathy? —dijo ella.

Como si aquello le hubiese dado pie o lo hubiese hecho salir de su trance, Dudley se apresuró a abrir la puerta de la cocina de un golpe.

—No está aquí —dijo, casi llorando.

—¿Crees que puede haber dejado una nota?

Patricia creyó que se trataba de una sugerencia razonable y que no merecía que la ignorase. Pasó por su lado a toda velocidad y subió corriendo al piso de arriba mientras ella buscaba en las otras habitaciones de la planta baja. Escuchó cómo abría la puerta del dormitorio de par en par y después, silencio. Podía haber respirado más tranquila al oírlo hablar si no llega a ser por el tono, demasiado acelerado para ser interpretable.

—Patricia.

Ella asió el pasamanos como si aquello le fuese a dar la fuerza necesaria y comenzó a subir las escaleras. Aún no había llegado al rellano cuando vio una hoja de bloc arrugada en el último peldaño. La recogió, la alisó y vio que estaba firmada con el nombre de Kathy.

Dudley, he hecho lo que te prometí. Tienes todas las comidas en el compartimento superior del congelador. He escrito lo que son en cada una de ellas. No me verás en todo el fin de semana ni sabrás dónde estoy, así que por favor, continúa con tu historia. Si eso no te ayuda, no sé qué más puedo hacer.

Con todo mi cariño,
Kathy (mamá)
Besos

¿Cuánto enfado debía sentir Patricia? Dudley podía haberle evitado sentir aquellos nervios; estaba claro que él había leído la nota antes de tirarla o esconderla. Estaba de pie de espaldas a ella en un dormitorio femenino que tenía que ser el de su madre.

—Dudley —dijo Patricia llegando al rellano.

—Estoy bien aquí.

Se dio la vuelta y tendió la mano. Ella pensó que iba a coger la nota, pero la mano, el puño para ser exactos, iba dirigido directo a su cara.

—Presentémonos como es debido —le oyó decir.

Y después el puño le golpeó la barbilla. Fue como sentir un garrotazo de nudillos, pero enseguida no sintió nada, ni nada de lo que vino después.

Patricia, nada más recobrar la conciencia, deseó no haberlo hecho. Incluso la última cosa que recordaba (el puño golpeándole la cara arrojándola a la nada), era mejor que el estado en el que empezaba a sentirse. Estaba tan oscuro que se preguntó si había perdido la vista. La sangre corría a la vez que las olas de dolor que sentía en la mejilla y el monótono sentido que escuchaba en su cabeza le hizo creer que también había sufrido daño en los oídos. Intentó tocarse la cara para comprobar la gravedad de la herida, pero descubrió que no tenía manos. Podía haber gritado si no llega a ser porque también le faltaba la boca.

Se las había quitado junto a los ojos y los oídos. Una convulsión se adueñó de todo su cuerpo al intentar gritar. Sus rodillas golpearon una superficie rígida y resbaladiza a la vez que su espalda presionó la pared opuesta del receptáculo donde la habían metido. Intentó estirarse, pero se dio en la cabeza con otra pared y con la cuarta cosa que había debajo de sus piernas, sin pies, porque no los sentía. No sabía si podría soportar averiguar nada más de su situación. Cada detalle parecía dejarla más indefensa. Quizá lo único que podía hacer era meterse tan profundamente dentro de sí que Dudley no pudiera alcanzarla.

Se acordó de la lucha para quitarse a Simon de encima. Cuando las palabras fracasaron en el intento de mantenerlo a distancia, sus uñas clavadas en las manos y el rodillazo en la entrepierna lo consiguieron. Pero su memoria le recordó que en esta ocasión la habían privado de todas sus defensas. Y lo peor de todo era que no podía ni ver ni oír. No sabía cuándo vendría Dudley a por ella hasta que decidiera qué hacer con su investigación, si es que aún no la había terminado. Entonces empezó a sentirse tan débil como sus nervios, una impresión que los reunió en una masa de escozor a ambos lados de la región baja de la espalda.

Sentía más allá de las muñecas. Aunque rozaba lo insoportable, aquello demostraba que tenía manos después de todo. Estaban recuperando la circulación para hacerle saber que estaban atadas a su espalda. Luchó para separarlas, pero apenas consiguió clavarse los nudillos en la espalda mientras sus uñas arañaban la pared del contenedor con un chirrido que pudo más que escuchar. También tenía los tobillos atados y entonces se acordó de la cinta de embalar que Dudley había comprado y se dio cuenta de por qué era incapaz de mover la cara. Le había envuelto la cara, dejando nada más que los orificios nasales al descubierto. La opresiva oscuridad en la que estaba empaquetada le hizo pensar que había utilizado varias capas de cinta.

No podía abrir los ojos. Cuando lo intentaba, el adhesivo le tiraba de las pestañas como unas pinzas. Los intentos por abrir la boca solo hicieron que la piel de sus labios corriera el peligro de separarse de la carne. Intentó abrirlos con la lengua, pero no pudo por el sabor a pegamento. Sus dedos escarbaban con algo peor que frustración en la pared que había detrás de ella y enseguida su dura suavidad le

permitted identificar su apretada prisión. Estaba tendida sobre el lado derecho en una bañera.

Tenía que tratarse del cuarto de baño de los Smith, pero aquello era todo lo que sabía. Ni siquiera podía acordarse de dónde estaba la puerta según salía del baño. Ni tampoco tenía la más remota idea de si la habitación estaba iluminada o a oscuras. Que sintiera que estaba sola a la hora más negra de la noche no significaba que tuviera que ser así. Debía de haber estado inconsciente durante algún tiempo; quizá lo suficiente para que Dudley se durmiera a pesar de tenerla capturada. Quizá aquella satisfacción le hubiera dado sueño.

O quizá se hallaba escribiendo sobre su difícil situación. Necesitaba creer que no la estaba mirando si alguna vez iba a moverse. Si se agitaba, a lo mejor él le hacía saber que estaba allí. Aquella posibilidad la paralizó como la misma pesadilla en la que estaba y entonces la furia del pánico le dio fuerzas. A medida que se aliviaba el escozor que sentía en las manos cruzadas, levantó los pies al borde de la bañera.

Nada se lo impidió. Dudley no se movió ni habló. Seguramente ella lo habría escuchado a pesar del clamor de su propio pulso. Ni tampoco la tocó. Sin tener en cuenta lo observada que podía sentirse, tenía que creer que él estaba en otra parte. Al presionar los dedos de los pies contra el extremo final de la gran bañera y la cabeza contra el más cercano, pudo darse la vuelta y ponerse de espaldas. Al menos estaba completamente vestida aunque un reguero de humedad le empapaba la camiseta y los vaqueros. Sus manos no podrían aguantar su peso mucho más, pero tampoco quería ponerse bocabajo y darse en la cabeza con el grifo. Levantó el torpe bulto que formaban sus pies atados para determinar si el grifo estaba en aquel extremo, pero solo hallaron un objeto delgado y suelto que entendió que era una cadena cuando quitó el tapón. No lo oyó caerse, pero sintió el impacto y la cadena que arrastró con él sobre los empeines de camino al caerle en los tobillos. No tenía ni la mejor idea de cuántos minutos habían pasado mientras permaneció inmóvil deseando poder introducir aunque fuese un poco de aire en su temblorosa nariz. Se estaba magullando la lengua al presionarla contra los dientes apretados. Cuando el dolor regresó a sus atrapadas manos y comenzó a volverse agónico cuando los nudillos parecieron incrustarse en la espalda, se dio cuenta de que no importaba el tiempo que esperase, la sensación de ser observada no disminuía. Seguramente Dudley habría intervenido al oír el ruido. Con tanto cuidado como su ceguera y sordera le permitían, se deshizo de la cadena de los pies. Una vez que estuvo segura de haberse liberado, comenzó a moverse lentamente para salir de la bañera.

¿Cuánto ruido estaba haciendo y no era capaz de oír? Quizá los tacones sonaban en la superficie cuando perdían el apoyo. Seguramente aquello no lo podía oír nadie fuera de la habitación. No tenía sentido tener miedo de hacer ruido. Debía trepar por la bañera lo más rápido que pudiese. Ya tendría otros problemas una vez que hubiese salido.

Se echó hacia atrás, agarrando la superficie de debajo de su espalda para ganar

sujeción. Volvió a doblar las rodillas y puso los hombros a ras del borde. Otro empujón con los pies hizo que también lo alcanzaran sus manos atadas. Intentó agarrarse con las yemas de los dedos y sintió que las uñas comenzaban a doblarse y separarse de la carne. Antes de que pudiera levantar el torso los tres centímetros que le faltaban para agarrarse a algo más firme, los pies perdieron su apoyo y la base de la columna golpeó la bañera.

Sus ojos y su boca luchaban por abrirse bajo la cinta, que le aplastaba las lágrimas contra los párpados. Para que el dolor disminuyera, se quedó sentada y quieta. No sabía lo audible que había llegado a ser el impacto. Contó hasta cien lentamente y después volvió a hacerlo, intentando disipar la sensación de ser observada como un espécimen. Si no había nada que pudiera ayudarla a deshacerse de ella, no debía dejar que la apesadumbrara. Levantó el torso tanto como pudo, a pesar del nuevo dolor de espalda, presionando los pies contra el suelo de la bañera con todas sus fuerzas. En un momento, sus dedos volvieron a alcanzar el borde.

Enseguida empezaron a temblar. No podría sostenerse durante mucho tiempo más. Se agarró con tanta fuerza que vibró cada uno de sus dedos, al igual que los pulgares en la región baja de la espalda cuando intentó levantar las piernas por fuera. Aquella tarea era más ardua de lo que había temido. Si hubiera sido capaz de apoyarse sobre una pierna mientras la otra intentaba liberarse, seguramente lo habría logrado, pero al tener ambas piernas atadas, era el doble de torpe y pesada. Al intentar pasar ambas por fuera de la bañera, de pronto temió que la pared de la habitación se lo impidiera. Cayeron cerca del borde y se le resbaló el pie izquierdo dentro de la bañera.

Intentó que al caer, apenas sonara. Tomó aire que arrastró olores a pegamento y plástico hasta su cabeza. Con un esfuerzo final que le magulló los dedos, agarró el borde a su espalda y apoyó el peso de todo el cuerpo sobre él mientras tiraba hacia arriba. Tembló de pies a cabeza cuando su tobillo izquierdo alcanzó el lateral de la bañera, pero al menos no se encontró la pared. Iba a dejarse caer poco a poco sobre el suelo del cuarto de baño para no alertar a su captor. Tan pronto como ambos pies estuvieron sobre el lateral, descansó los tobillos sobre el borde aunque estos perdieron el apoyo y todo el peso fue a parar a sus manos atrapadas. Tuvo que aguantar la postura mientras recobraba algo de fuerza, pero no podía permanecer así mucho tiempo. Se agarraba al borde para no volcarse hacia el suelo, pero las manos se le quedaron dolorosamente entumecidas y entonces escuchó la voz de Dudley.

Se agarró con más fuerza para no caerse y agudizó el oído. Parecía tan distante que no pudo distinguir sus escasas palabras. ¿Había llegado su madre? Aquella posibilidad fue tan parecida a un atisbo de esperanza que Patricia casi dejó que sus pies cayeran al suelo para hacer notar su presencia. Sin embargo empezó a balancear las piernas por el borde. No se había movido ni tres centímetros cuando se posó un objeto sobre su cabeza.

Era duro y rugoso. Se trataba de la suela de un zapato, del zapato de Dudley que

la empujaba hacia abajo. El pensamiento de que había estado observando todos sus esfuerzos fue incluso peor que aquello. La postura le hizo sentir calambres en su abultado estómago hasta que él le volvió a meter las piernas dentro de la bañera de una patada.

—Patosa —le dijo al oído.

¿Esperaba una respuesta? Pensó que su cabeza seguiría cerca de la suya.

—Mejor prueba una postura más cómoda —dijo—. No vas a ir a ninguna parte.

Su voz se oía a la vez alta y distante. Patricia emitió un murmullo a través de la nariz. Su falta de articulación no importaba. De hecho, podría traerlo más cerca de ella para darle un cabezazo. Seguramente si lo hacía con la suficiente fuerza, podría aturdirlo el tiempo necesario para poder escapar de alguna manera. Pero su voz sonó aún más distante cuando él dijo:

—No te entiendo.

Patricia luchó para poder sentarse y volvió a intentarlo con algo menos que un intento de discurso.

—Suenas como si te hubiese enterrado viva —dijo Dudley—. Eso ayuda, podría escribirlo en una historia.

Esta vez hizo todos los sonidos vocálicos que pudo. Sonó alto y en señal de protesta, pero quiso creer que no tan incontrolado como un grito. Cuando finalmente recuperó el aliento, él dijo:

—También puedo escribir eso.

Ella repitió la protesta y comenzó a mover los pies hacia delante y hacia atrás, golpeando los lados de la bañera. Aunque a ella solo le pareciesen sonidos amortiguados, ¿podrían oírla los vecinos? Sus esperanzas parecieron confirmarse a la vez que se veían truncadas cuando él dijo:

—No puedo permitir que rompas nada. Parece que no eres tan madura como intentas ser y como le haces creer a todo el mundo. En el fondo eres como las demás.

Cuando sintió que él se desabrochaba las zapatillas, ella apretó los pies juntos y lanzó el torso hacia delante en un intento por hacerle daño. Fue inútil; sus piernas estaban demasiado extendidas. Ni siquiera pudo impedir que Dudley le quitara los zapatos. Escuchó el sonido que hicieron al caer cuando él los tiró y al final le pisó los tobillos.

—Golpea ahora todo lo que quieras —dijo—. Nadie más que yo va a oírte a pesar del ruido que hagas.

Patricia se quedó callada e inmóvil aunque estaba muy lejos de sentir calma. Si no le daba nada que observar, quizá no podría trabajar. ¿Significaba aquello que tendría que dejarla ir o que la atormentaría más hasta que lo inspirara? Aquella idea hizo que su cuerpo se agarrotara en torno al estómago y casi era un alivio escucharlo hablar hasta que entendió lo que estaba diciendo.

—No te preocupes, no estarás sola. Voy a dormir aquí.

¿Le molestó aquello? Justo ahora, su incapacidad para estar segura de su tono o

de su expresión era peor que la ceguera y la sordera virtual. Era casi tan malo como no tener ni idea de la hora que era. Seguramente era de noche si había hablado de dormir, así que no pasaría mucho tiempo antes de que sus padres se preguntaran dónde estaba. Si la llamaban, ¿sería Dudley lo bastante inconsciente como para contestar? Ya no llevaba encima su teléfono móvil así que debía tenerlo él. En cualquier caso, Vincent y Colin sabían que se había ido con él y se lo contarían a la policía cuando les preguntaran. No pasaría mucho tiempo antes de que la policía llegara a la casa. Trató de creerse aquello con tantas ganas que esquivó su voz.

—Nunca me iré lejos —dijo—. Me quedaré aquí pensando todo el fin de semana.

Al final Kathy se quedó dormida, pero no por mucho tiempo. Había muchos pensamientos luchando por un espacio dentro de su cabeza. *Cuidado con la esposa* no había sido la clase de comedia que esperaba. Una joven liverpuliana que ahoga a su borracho y violento marido mientras están de vacaciones en Tenerife y tras regresar a casa decide que algunos de los amigos de su marido también deben ser eliminados y finalmente los maridos de las extrañas también. Aunque al final la arrestan, deja claro que le sigue una secuela. Algunas mujeres del público aplaudieron sus actos y varias de las parejas que había alrededor de Kathy terminaron discutiendo. Supuso que aquel era el objetivo, pero en cualquier caso no le afectaba. Le preocupaba demasiado que aquella película le pusiera las cosas aún más difíciles al señor Matagrama.

Seguramente habría espacio más que suficiente para dos películas sobre asesinos en serie liverpulianos. La mujer no la había convencido tanto como él. Kathy deseaba saber si la investigación de Dudley le estaba sirviendo de algo. Visitar la escena de una muerte debería haberle dado ideas, pero ¿podría utilizarlas? ¿No se toparía con el mismo problema que tuvo con la chica de Moorfields? Kathy encendió el teléfono nada más salir del cine, pero no había ningún mensaje, ninguno de él.

Se tumbó en la estrecha cama bajo la ventana del hotel desde donde se oían gritos, golpes de botellas y los taxis trabajando en la colina. No debería sentir que era la única persona a la que Dudley podía acudir. No debía sentirse celosa si encontraba una novia. Estaba segura de que estaba más interesado en Patricia Martingala de lo que ella creía. De pronto se vio completamente despierta y mirando fijamente el brillo burlón de una estrella. Habían pasado tantas cosas desde que Dudley encontró su trabajo en el ordenador que había olvidado invitar a Patricia a casa.

Habían acordado que Patricia esperaría su llamada, pero se había dejado su libreta de direcciones con él número apuntado en casa. Seguramente Patricia no intentaría contactar con ella hasta media mañana. Kathy tenía que impedir que la chica llamara a su casa. Sacó las piernas de la dura y cálida cama, y dejó algunos de los efectos provocados por los nervios en el cuarto de baño antes de llamar a la primera línea de información que le vino a la mente. Una mujer le informó de que el número de los Martingala no se hallaba en el directorio de Hoylelake.

Deberían saberlo en *La Voz del Mersey*. ¿Habría alguien aún en la oficina? Cuando consiguió el teléfono, le contestó Patricia. Solo era el contestador, al parecer demasiado repleto de mensajes como para aceptar otro. Kathy se refugió en la ducha, pero aquel cubículo tan estrecho le hizo sentir más encarcelada que fresca. Se vistió y volvió a intentar llamar a la revista sin éxito. Después se arrodilló sobre la cama como si fuese a rezar, pero lo que quería era ver cómo la calle desierta apagaba sus luces bajo las grandes nubes doradas. Cuando el sol comenzó a hacerle daño en los ojos, se puso de pie.

En la planta baja una hosca camarera le trajo un té y una rebanada de pan apenas tintada que debía ser una tostada y más tarde, un plato con una salchicha y una loncha rosácea, por no mencionar el huevo frito con la yema reventada sobre los trozos de tomate. Las llamadas de Kathy seguían sabiendo a todo aquello mientras subía la escalera y se entretenía en la habitación. Había perdido la cuenta de sus intentos y se preguntaba si debería ir caminado al trabajo hasta el otro lado de la ciudad cuando le respondió una voz real, aunque no se esperaba aquel saludo:

—*La Voz del Mersey* de norte a sur; los mejores de oriente a occidente.

—¿Puedo hablar con Patricia Martingala?

—Supongo que esta mañana se ha quedado en la cama. ¿Esperamos a Pat? —gritó Monty traduciendo después una respuesta inaudible—. Me parece que hoy no la veremos por aquí.

—¿Me podría dar su número, por favor?

—No sé si podremos dárselo. Yo no soy el recepcionista, como habrá podido comprobar. Solo soy el poeta que ha contestado el teléfono. Walt, ¿les damos números de teléfono a los que llaman? —preguntó—. ¿Quién quiere saberlo? —transmitió luego.

Kathy se dio cuenta de que tenía que haber previsto aquello y se sintió atrapada y estúpida.

—La madre de Dudley.

—No puedes ser Kath.

—Sí lo soy, soy la única que lo trajo al mundo.

—Yo también tuve algo que ver con eso, ¿no? Recuerdo haberte pedido ya disculpas por haber ido a aquella actuación la noche en que nació.

—Seguro que sí. ¿Me podéis decir el número? Podría ser urgente.

—¿Qué te traes entre manos? ¿Tiene que ver algo con Dud?

—Se trata de una cita que tengo que anular.

—Cosas de mujeres, ¿no? ¿No te dio Patricia su número?

—No lo tengo a mano en el sitio donde estoy.

—De acuerdo, Kath. No hay necesidad de que emplees la voz que pones en la oficina.

Sin dirigirse a ella, dijo:

—Es la madre de Dud.

—Entonces no hay problema. Dáselo.

Después de algo más que una pausa que la incitó a preguntar qué ocurría, Monty dijo:

—Tenemos su número fijo y de móvil, Kath.

—Si no es mucha molestia, me gustaría apuntar ambos.

—¿Tienes a mano algo para escribir?

—Claro.

—Algún día serás escritora.

Cuando terminó de copiar los números en el bloc para el que apenas había sitio en la estantería, Monty dijo:

—La verás esta noche, ¿no?

—No, al menos que tú sepas algo que yo no sé.

—¿No vas a venir a vernos a Smith e Hijo en nuestra primera actuación?

Kathy se había olvidado del evento en medio de todo aquello.

—Si Dudley va, claro que iré.

—¿Acaso supones que puede que no acuda? Mejor será que hable con él.

—No lo hagas, por favor. Tiene un trabajo muy importante que entregar y un plazo que cumplir. Te lo podrás llevar esta noche de todas formas.

—No le vendrá mal mejorar su imagen. Quizá no deberías animarle tanto a que escriba lo que escribe.

—Creía que a tu jefe le gustaba.

—Golpe bajo —dijo Monty.

Ella se lo imaginó intentando agarrarle la entrepierna.

—Solo te pido que no lo molestes mientras trabaja porque ya está sometido a bastante presión. Por eso necesitaba el número de Patricia, para posponer su visita de hoy.

—¿Su visita adónde? Pensaba que no ibais a estar en casa.

Kathy supuso que había dado a entender aquello y se maldijo por su descuido.

—Llegaré pronto.

—Le vas a recordar lo de esta noche, ¿verdad?

—Si es necesario, sí.

Ella sabía que no lo sería. A pesar de lo ferozmente que deseaba que Dudley no interrumpiera su trabajo, estaba segura de que nunca decepcionaría a su padre.

—¿Dónde actuáis? —preguntó.

—En el Piquete Político, en Everton, al lado del antiguo lavadero, por si te suena.

Cuando Kathy intentó llamar al teléfono móvil de Patricia, recibió como respuesta un silencio que ni siquiera se alegró con la contestación negativa. Sonó como la imitación de una campana y, después de oír seis tonos iguales, escuchó:

—Hola, soy Patricia.

La voz parecía tan real que casi llegó a saludarla antes de que el aparato añadiera:

—No puedo hablar en este momento. Si me necesitas, no seas tímido. Déjame un mensaje.

—Patricia, soy Kathy Smith. Me temo que tendremos que cancelar lo de este fin de semana. Espero que podamos hacerlo la semana que viene, si no es demasiado tarde —dijo Kathy.

Marcó el número de los Martingala.

Apenas había comenzado a sonar cuando contestaron con un ruido:

—¿Patricia?

—¿Es usted la señora Martingala? Soy Kathy Smith, la madre de Dudley.

Con notable esfuerzo de educación o profesionalidad, la madre de Patricia dijo:

—¿Tiene que ver con la revista?

—Así es. ¿Podría hablar con Patricia?

—Ya no trabaja en ello. Si usted desea, puede llamarla a su móvil.

—Lo he hecho, pero no puedo dar con ella.

—Entonces ya somos tres. ¿Gordon? Es la madre de Dudley Smith, el escritor.

En menos de dos segundos, la voz de un hombre dijo:

—¿Señora Smith? Soy el padre de Patricia.

—Llámeme Kathy. Discúlpeme, ¿he molestado a su esposa de alguna manera?

—Estoy seguro de que no. El problema lo tenemos en casa. O para ser más exactos, al contrario.

—Creo que no le sigo.

—No es usted la única —dijo Gordon Martingala aclarándose la garganta—. ¿Patricia también les ha dejado plantados a usted o a su hijo?

Kathy escuchó una protesta de fondo mientras dijo:

—No sé a qué se refiere.

—Ha dejado la revista de su madre y se ha marchado a Londres.

—Cielo santo, ¿de repente?

—Tan de repente que no podemos ni mencionarlo. La primera noticia que tuvimos fue el mensaje de texto que le envió anoche a su madre.

Su resentimiento comenzaba a contagiarse a Kathy. ¿Se había ido Patricia sin decirle a Dudley que lo dejaba a él y a la revista? ¿Tenía otro empleo? Se contuvo y no lo preguntó.

—Parece ser que cree que ha encontrado algo mejor y si no estaba hoy allí se lo darían a otra persona. Ahora usted sabe tanto como se ha molestado en contarnos a nosotros. Me parece que le daba vergüenza contarle nada más a su madre por la rapidez con que debía hacerlo.

Tras oír otra objeción a través del teléfono, Kathy dijo:

—Espero que le transmitan el deseo de que tenga buena suerte de mi parte y de la de Dudley cuando vuelvan a recuperar el contacto.

—No me cabe la menor duda de que aparecerá cuando necesite su ropa. Solo por curiosidad, ¿para qué deseaba hablar con ella?

—Iba a decirle que teníamos que anular nuestra cita. Dudley está demasiado ocupado este fin de semana. Dígale a su esposa que no esté triste, que tenemos que dejar que nuestros hijos sean ellos mismos —dijo Kathy, recibiendo como respuesta un murmullo de poco convencimiento.

Sin embargo, no se sintió demasiado resentida al finalizar la llamada. Lo principal era que Dudley no corriera ningún peligro por culpa de Patricia. Ahora Kathy tenía que dedicar el día en asegurarse de que no se sintiera tentada de molestar a Dudley.

Patricia se despertó con un leve ruido. Más que oírlo, lo sintió en su cabeza. Algo se había movido y había golpeado el extremo de la bañera. Hizo lo posible por no jadear por la nariz y después intentó no respirar ni moverse. El dolor de la espalda y de la cabeza disminuyó a medida que escuchaba. Con los ojos enterrados en la oscuridad, sentía no estar completamente despierta. Era mucho más difícil poder pensar cuando ni siquiera creía poder quedarse dormida.

A su alrededor todo estaba en calma, como un sueño sin soñar. Podría haber pensado que estaba dormida si no llega a ser porque sentía la cinta muy apretada y pegajosa en la cara. ¿Estaba sola en la habitación? Si él se hallaba trabajando en la habitación de al lado, escucharía el sonido del teclado a pesar de la pared y la cinta. Si estaba durmiendo al lado de la bañera quizá no lo podía oír respirar, pero no podría ignorar su presencia. Quizá su trabajo lo había hecho salir de casa por alguna razón. Tenía que aprovechar la oportunidad; no tendría otra.

Empezó a empujarse a sí misma para salir de la bañera solo con los pies para hacer menos ruido, pero creyó oír un sonido que no era suyo. Se sentía examinada como un insecto a través de un microscopio. No sabía decir lo que había sido ni si se había producido fuera de su cabeza. Cuando se dio cuenta de que no se repitió, volvió a deslizarse para salir de la bañera. A pesar de que podía ser que lo único que hubiera oído fuese un crujido de huesos en su cráneo, se movía con la misma lentitud que un caracol y se sentía tan blanda e indefensa como uno de ellos. Tampoco sabía si la humedad que sentía venía de la bañera o era su propio sudor. Cuando por fin deslizó la nuca por el borde de la bañera, levantó la cabeza y la giró, buscando el más leve sonido.

La habitación estaba a su izquierda. Tocaba la bañera con los dedos desde atrás para poder levantar el torso hacia delante e inclinarse hacia ese lado. Estaba convencida de que él no estaba allí abajo. Se puso derecha y giró su cara enrollada hacia la habitación, buscando a ciegas como un topo en el exterior incapaz de ver a su captor con toda la luz a su alrededor.

—Así que puedes oírme, después de todo —dijo.

Su voz venía del sitio adonde ella estaba mirando. Seguramente había notado su presencia, aunque no se había dado cuenta de ello. Quizá había percibido el aroma a loción de después del afeitado, lo que implicaba que poco antes había tenido una cuchilla en sus manos. Fingió no haber oído nada y siguió moviendo la cabeza, pero se traicionó a sí misma al tambalearse y detenerse.

—¿Puedes hablar? —preguntó—. ¿Puedes decirme cómo te sientes?

Seguramente aún la consideraba su colaboradora. ¿La dejaría ir si lo satisfacía? Intentó hacer salir sus palabras, pero no estaba segura de si solo las oía en la cavidad de su cabeza.

—Así no —intentó decir.

—No te molestes si eso es lo mejor que puedes hacer. Ni siquiera pareces una persona.

Ella levantó la cabeza hacia él e intentó rogarle sin utilizar ninguna palabra.

—*Mmm. Mmm* —decía.

—¿Estás cantando? Seguro que estás contenta de trabajar conmigo.

¿Quería él que lo estuviese? Le daba miedo que fuese al contrario. Tenía que convencerlo para que le desenrollara la cabeza, a pesar de lo desagradable que pudiera ser.

—*Mmm* —rogó—. *Mmm*.

—Ahora pareces una zorra lloriqueando. No me sirve.

Tan pronto como tuviese la boca libre, chillaría pidiendo ayuda con toda la voz que le había sido silenciada. Si aquello provocaba que él le tapara la boca, le mordería la mano. Y si intentaba golpearla de nuevo, esta vez sería demasiado rápida y escurridiza.

—*Mmm* —insistía—. *Mmm*.

—¿Quieres que desenvuelva mi regalo?

—*Mmm*.

—No sería buena idea, ¿verdad? Empezaría a armar mucho alboroto y los vecinos pensarían mal de mí.

¿Le estaba leyendo el pensamiento? ¿Era tan predecible?

—*Mmm* —mintió, a la vez que negaba con la cabeza con tanta fuerza que la cinta del cuello cedió.

—¿Qué otra cosa quieres que desenvuelva? No sería para ayudarme, ¿verdad?

Asintió con todo su esfuerzo.

—He decidido que no necesito escucharte. No sentirás nada que no pueda imaginar. De hecho, estoy seguro de que yo puedo imaginar mejores cosas.

Se desplomó contra la bañera como si él le hubiese robado todas las razones para vivir y después consiguió levantar la cabeza.

—*Mmm* —luchó por decirle.

—¿Tienes hambre? ¿Eso es lo que te pasa ahora?

De nuevo le estaba leyendo la mente, o al menos, es lo que quería que él pensara.

—*Mmm* —asintió.

—¿Voy a comprar algo de cena para los dos?

Asintió con tanta fuerza que volvió a golpearse la cabeza con la bañera, pero no le importó.

—*Mmm*.

—Tengo que ir de compras en mitad de la noche.

¿Era realmente aquella hora?

Mmm —dijo por si acaso no lo era.

—Quieres que salga de todas formas, ¿no?

No estaba segura de qué responder a aquello.

—*Mmm* —dijo tan apaciguadamente como pudo.

—Y entonces tú saldrás de aquí y harás todos los destrozos posibles y armarás escándalo hasta que alguien venga a ver qué pasa.

Sintió como si no solo le estuviera leyendo los pensamientos, sino que era capaz de inventarlos antes de que se le ocurrieran a ella.

—*Mmm* —lo contradijo.

—Me estoy empezando a aburrir. No creo que puedas hacer nada más por mí. Ya sé todo lo que tenía que saber.

Podía oír en su voz lo que tenía pensado para ella. Empezó a agitarse en la bañera.

—*Mmm* —protestó con tanta estridencia que la cinta de sus labios zumbó.

—Me gusta eso. Puedes hacerlo, nadie más que yo lo oirá.

¿Podría seguir inspirándolo? Tarde o temprano se le acabarían las ideas, si antes no se quedaba sin energía. De pronto, dejó de moverse. Al menos aquello le mostraría que no podía darle órdenes.

—¿Has terminado? —preguntó—. Eso no me sirve. Sigue haciéndolo hasta que me des alguna idea.

No quería darle otro sonido. Deseó no haberle dejado oír su respiración. Se quedó tan quieta como un muñeco en una ventana, incluso cuando dijo:

—Eso tampoco me sirve. Intenta hacerlo mejor si no quieres que yo te obligue.

¿Qué podía hacer realmente? Al final tendría que dejarla ir, porque los habían visto juntos. Sus padres ya debían haber llamado a la policía. Se preguntó que creía que podía ofrecerle para persuadirla de que no lo traicionara. Claro que tendría que fingir que aceptaba hasta estar fuera de su alcance. Intentó quedarse igual de quieta cuando él dijo:

—Ya sé lo que puedo hacer.

Se dijo a sí misma que no podía ser gran cosa. No era el señor Matagrama, solo era el escritor que había inventado al personaje. Escribía sobre cosas que habían ocurrido realmente. No habían sido obra suya. Estaba ansiosa por escuchar lo que planeaba y fue un alivio cuando habló finalmente.

—Esto será divertido —dijo—. Tienes la oportunidad de elegir qué camino tomar.

Ahora que era demasiado tarde, se dio cuenta de que el largo silencio podía haberse debido a que había salido de la habitación. ¿Qué podría haber hecho mientras él no miraba? No habría tenido tiempo de conseguir salir de la bañera y no comprendía qué elección le estaba ofreciendo, no hasta que escuchó un zumbido eléctrico y sintió que subía agua.

O se electrocutaba o se ahogaba.

—¡*Mmm!*

Daba botes en su resbaladiza prisión. No podía ni tirar de la cadena para destapar la bañera; tendría que quedarse tumbada e indefensa en el agua que ya sentía caliente cubriéndole las piernas. Se agarrotó por el miedo que sintió al pensar en la

electricidad que surgiría en el momento en que él arrojase el aparato eléctrico a la bañera cuando oyó el zumbido cerca de su oído. Reconoció lo que era tanto por el calor como por el sonido: se trataba de un secador de pelo.

La cinta de su cara no le servía de ninguna protección. Sentía como si le estuvieran introduciendo una aguja al rojo vivo en la cabeza, más profundamente cada vez. Se retorció con desesperación, pero aunque tratara de escapar, el calor la seguía. Tampoco se metió debajo del agua, que ya había alcanzado más altura que sus piernas extendidas. Lo único que hizo fue golpearse su abrasada oreja contra la bañera.

—Eso es lo que hacen los perros —dijo a la vez que presionaba el secador contra su ojo izquierdo.

Cuando sintió que el globo ocular se le secaba, hundió la cabeza en el agua. Era la única elección que tenía y él le ayudó a no cambiar de idea plantándole un pie sobre la garganta.

El Piquete Político era un gran edificio de la época victoriana situado en la cima de Everton. Los pasos que había entre las rejas acabadas en punta que conducían cuesta abajo hacia la acera habían sido reemplazados por una rampa de cemento. Kathy se ofreció a ayudar a un anciano en silla de ruedas a subirla, pero él le respondió con un gruñido de rechazo. Mientras esperaba a que el anciano terminara la tarea, contempló el centro de Liverpool al otro lado del río. Más allá, el sol se hundía en la península, sobre la que podía ver el observatorio que había por encima de su casa. Dejó volar su imaginación y pensó que el sol estaba iluminando a Dudley sobre el esfuerzo que estuviese realizando este fin de semana; y lo que era mejor, que la luz de su creatividad era la que iluminaba al mundo. Se dirigió hacia la rampa con la esperanza de que se hallara en el club, con todo terminado.

La puerta principal permanecía abierta gracias a un tope. Tenía el mismo color rojo intenso que las grandes ventanas sin cortinas que había a la izquierda. La mayor parte del edificio se encontraba en ese lado de la gran escalera, donde todas las puertas de la planta baja conducían a una única sala, varias en el pasado. Kathy siguió al hombre de la silla de ruedas a través de la puerta más cercana y este fue recibido con un brindis que continuó después de su aparición. La sala estaba casi llena, de hombres que sobrepasaban la edad de la jubilación en su mayoría. Aquellos que no estaban agrupados en torno a la barra del bar situada en la pared del fondo, estaban sentados alrededor de unas mesas que más que de un bar, parecían haberlas sacado de una cafetería antigua o dos. Las paredes estaban adornadas con estandartes con leyendas como: «Detened la guerra. Marcha por el trabajo» y también con algunas fotografías de demostraciones enmarcadas, algunas de cuando ella era una niña o incluso anteriores. No localizaba a Dudley aunque aquello podía deberse en parte a todo aquel humo. El grupo al que el hombre de la silla de ruedas se había unido estaba dándole tal bienvenida arrastrando los pesados taburetes acolchados por el suelo para dejarle espacio, que no se había percatado de la presencia de Monty hasta que este le habló al oído.

—Al final no lo has traído.

Pudo adivinar que había bebido por su aliento y las manchas grises de su calva.

—No sabía que se suponía que debía hacer tal cosa —dijo ella.

—No deberías hablar así por aquí, Kath. Harás que piensen que eres una extranjera.

Él arqueó las cejas y abrió más los ojos, pero seguían siendo demasiado pequeños para su nariz chata y su boca aplastada. Cuando terminó de bromear, dijo:

—¿Has hablado con él desde que me llamaste?

Quizá debía haberle comentado que no había intentado llamarlo, especialmente porque parecía que él estuviera teniendo aquella conversación para impresionar a algunos de sus amigos que resoplaban detrás de ellos, bien por el tabaco o bien por

la falta de respiración.

—Veo que has hecho lo que te pedí —dijo—. No lo has molestado.

—No creo que él piense que su viejo padre sea mucha molestia. Si lo que me estás preguntando con eso es si yo lo he llamado, aún no.

Oh, Monty, no finjas que no puedes hablar correctamente.

Pero en vez de eso, murmuró:

—Entonces no lo hagas. Estoy segura de que ya sabes que él cumple con su palabra.

—No he tenido oportunidad de averiguarlo en este tiempo, ¿verdad?

—Parece ser que crees que puedes recuperar el tiempo perdido —le reprochó Kathy antes de que él entrecerrara los ojos empujándolos aún más.

—¿Intentamos llevarnos bien ahora que ha venido toda esta gente a verlo? —sugirió ella—. No tenemos por qué arruinarle la noche, ¿verdad?

—Todo el que quiera va a actuar aquí esta noche, ¿no has leído eso?

Se refería a un cartel que ella había supuesto antiguo. «Versos varicosos de nuestros apasionados pensionistas. Presentador invitado: Monty Smith y su hijo, que también leerán».

—No parece que merezca la pena que interrumpa su trabajo por esto, ¿verdad? —objetó ella.

—Tendrá que oír lo que la gente real opina de él y de lo que escribe.

—¿Cuándo le toca leer?

—En la segunda parte.

—En ese caso, todavía hay menos prisa para que abandone lo que le mantenga ocupado en casa.

En vez de provocar otra discusión, añadió:

—Espero que pueda hacerme con una copa.

—No hay nada para traerlos de vuelta como darles de beber, ¿eh? —dijo Monty sin referirse a nadie en particular, sacando su cartera y tendiéndole un billete de cinco libras—. Quédate con la vuelta y recíbelo cuando aparezca. Es hora de que empiece el espectáculo.

No se esperaba que la invitara a la copa. Arrugó el billete en la mano de camino a la barra. Mientras le pedía un *gin-tonic* al camarero, que llevaba una cola de caballo gris y cuyos brazos estaban llenos de tatuajes, Monty ocupó su lugar en el fondo de la habitación, con una pinta en la mano.

—Tomen asiento, jóvenes, o no les daremos melocotones —gritó.

Antes de que hubiera algo parecido al silencio, comenzó a gritar más fuerte:

—Puedo ver a muchos tipos que parece que se hayan tragado un melocotón y a algunas damas también. Ahora tenéis la oportunidad de demostrar que aún estáis vivos y que será mejor que se den cuenta. ¿Qué sois? No os oigo. ¿Qué sois?

Mientras la sala resonaba con la respuesta, Kathy encontró un asiento.

—Aquí tiene, querida —dijo una mujer con una sonrisa que no dejaba ver sus

dientes.

Kathy tomó el otro asiento en la pequeña mesa redonda oxidada cuando Monty anunció:

—Aquí llega Pat McManus de Anfield para comenzar el espectáculo.

—Es una de mis odiosas odas —dijo el nervudo y solitario anciano, con una postura agachada debida a la artritis.

Su poema estaba dedicado a la bolsa de una colostomía y el compañero de Kathy se reía tanto que se le movía uno de sus dientes. Kathy hizo lo posible para sonreír al menos cuando Monty presentaba a los artistas, Ancianos que leían versos sobre muestras de orina, o cancioncillas sobre la pérdida de las instrucciones de un viejo erector, o la trova cuyo autor tuvo que deletrear en voz alta: *La Seguridad Infernal*. Por el contrario, un músico tocó la armónica durante varios minutos más del número de notas que repetía mientras las acompañaba con fuertes golpes a un tambor que llevaba atado al cuello. Al menos Monty cerró la primera parte del espectáculo declamando un extracto sobre los impuestos con el estribillo:

—Devolvednos nuestro maldito dinero.

Y se deslizó hacia Kathy por medio de la multitud pegada a la barra.

—¿Qué creará que está haciendo? —preguntó—. ¿Mantenernos en suspense?

—Bueno, es lo que hace.

—Debería estar haciendo lo que le prometió a su padre.

Monty abrió su teléfono móvil.

—¿Cuál es su número?

—¿Qué le vas a decir?

—Para empezar quiero averiguar dónde está, a lo mejor necesita instrucciones para llegar.

—¿Y si está tan absorto en su trabajo que no ha salido de casa?

—Aún podría llegar si toma un taxi. ¿Cuál es su número?

—Si alguien tiene que hablar con él, soy yo.

Monty se quedó mirando fijamente su mano extendida y después la miró a ella antes de darle el teléfono móvil.

—A ver si le dices lo que yo acabo de decir.

Ella tenía la intención de decirle sus propias palabras. Tecléo el número de Dudley y presionó el delgado aparato contra su oído para evitar el ruido del club. Tras seis tonos, oyó la voz de Dudley, pero solo era una cinta.

—Soy una máquina. Deja tu mensaje.

—Dudley, soy Kathy. Perdona si te molesto. No me respondas si oyes esto mientras estás trabajando, yo solo...

Monty parecía estar a punto de agarrar el teléfono, pero fue Dudley quien la cortó al poco.

—¿Qué quieres?

—Solo nos preguntábamos dónde estabas.

Él no dijo nada y ella intentó escuchar el sonido del teclado.

—¿Con quién estás?

—Tu padre y, bueno, tú público si lo quieres.

—Dios —dijo Dudley con tanta brutalidad que pareció decírselo a ella—. Se suponía que debía estar con él, ¿no?

—¿Estás ocupado?

Monty extendió la mano, pero ella se dio la vuelta llevándose el teléfono más lejos de su alcance mientras Dudley decía:

—No puedo irme ahora. Estoy en una parte importante.

—Bueno, presentaré tus disculpas. La mayoría de esta gente parecen escritores *amateur*. Estoy segura de que lo entenderán.

Aunque quería dejarlo trabajar, no pudo evitar preguntarle:

—¿Qué ha sido eso?

—Habría sido algo donde estáis. Hay tanto ruido que apenas puedo oírte.

—No creo que haya sido aquí.

Al momento volvió a oír el sonido de gemidos a través del teléfono.

—Parece como si alguien tratara de gritar —dijo.

—Estaba viendo la televisión para relajarme un poco —dijo intentando parecer molesto—. Entonces tuve una idea y vine aquí para escribirla. La dejé encendida.

—¿Y no es mejor que la apagues? Yo no sé a ti, pero a mí me distraería.

Se tranquilizó al oír que una puerta se cerraba y el sonido desaparecía.

—Te dejo con tu creatividad —dijo ella—. ¿Crees que habrás terminado para mañana?

—Debería. Aún quiero probar algunas ideas.

—Tómate el tiempo que necesites. Tenía la esperanza de poder volver a casa el lunes después del trabajo.

—Espero que así sea. Debería tenerlo todo listo para entonces.

—Buena suerte y sé ingenioso —dijo Kathy, dejándolo.

Estaba a punto de volverse hacia Monty cuando se le ocurrió una estratagema. Pulsó el botón de rellamada para borrar el número de Dudley dígito a dígito antes de devolverle el teléfono.

—Dice que lo siente, pero que no puede dejar lo que está haciendo ahora mismo de ninguna de las maneras.

La cara de Monty se puso aún más roja de forma dispareja.

—¿Quieres decir que esto no le merece la pena?

—Tendrás que preguntárselo tú mismo. Pero no ahora.

—No tienes por qué quedarte aquí sin él —dijo Monty, cerrando el teléfono como si se tratase de una trampa—. Supongo que no lo sueles hacer. Estamos un poco por debajo de ella —le dijo a la mujer de la mesa, que desplegó una sonrisa sin dientes.

—Tampoco quiero retrasar más tu trabajo —pudo decir Kathy antes de darle la espalda.

Una vez que estuvo fuera del edificio, respiró el aire de la noche mientras miraba al otro lado del río. El sol había desaparecido detrás de la montaña como una sierra luminosa llena de sangre. Se sintió feliz al tomárselo como un buen augurio. Quizá era el color de la última inspiración de Dudley.

—Buena suerte y sé imaginativo —dijo la madre de Dudley. Después, y, para su sorpresa, cortó la llamada.

Esperaba que le preguntara cómo se las estaba arreglando solo. Se habría sentido frustrado por gastar energía respondiendo a sus preguntas cuando se lo estaba pasando tan bien. Aquella idea le recordó que tenía más hambre de lo normal y se apresuró a bajar a la cocina. Sin duda ella no habría aprobado su menú; nunca se había sentido cómodo utilizando el microondas, tampoco con el horno más grande y tampoco quería intentarlo cuando su mente estaba tan entretenida con el paquete del cuarto de baño. La cena de la noche anterior fue a base de pan y queso, y aún quedaba bastante a pesar de que también había almorzado lo mismo ya que el desayuno había consistido en dos raciones de cereales. Sin embargo, quedaba otra barra en el congelador. La dejó en el escurridor para que se descongelase mientras cortaba un par de trozos de la parte menos fría, cuando un pensamiento le hizo clavar el cuchillo en la tabla del pan. ¿Habría sido Kathy tan reacia a preguntarle por la comida porque no necesitaba preguntar?

Seguramente aquello no era posible. Esa clase de vigilancia solo se daba en las novelas; aunque no en ninguna que Dudley hubiera escrito. El señor Matagrama era demasiado astuto como para dejarse espiar en su propia casa ni en ningún otro sitio. A Dudley le molestó tener que mirar por la ventana de la cocina, tras la que se veía el jardín que no estaba lo suficientemente descuidado como para esconder ni a un observador enano. Le irritó aún más el sentirse obligado a esconderse tras las cortinas de la habitación delantera imitando a Brenda Staples. La calle se veía desierta a la luz carmesí que procedía de entre los árboles y no pensaba que hubiera alguien merodeando entre la maleza de enfrente; nadie sería capaz de estar espiando en la parte trasera de la casa. Casi había olvidado por completo la fuente de todo aquel nerviosismo innecesario cuando se dio cuenta de que solo tenía que comprobar desde dónde había llamado Kathy. Mientras atravesaba el gran recibidor, llamó al mismo número y entonces tropezó y se paró en seco. Los barrotes del pasamanos le impedían ver con claridad el número que aparecía en la pantalla. Era un móvil, pero no era el de su madre.

Claro que no había ninguna razón para pensar que estuviese relacionado con la policía. Seguramente le habría pedido prestado el teléfono a alguien, eso era todo. Tecleó el número y se agarró al pasamanos, cuyos anclajes crujieron a la vez que el tono de llamada fue reemplazado por un mensaje.

—Soy Monty, el lector de metros, los metros que no hay que leer llevando uniforme. Poemas hechos y representados para la gente...

Dudley silenció aquella voz antes de que le pidiera una respuesta. ¿Acaso su padre pensaba que no merecía la pena hablar con él? Si estaba enfadado con Dudley por haberlo dejado plantado, entonces era que no valoraba lo crucial que aquel fin de

semana era para él. Dudley se sintió agradecido porque su madre le hubiera evitado tener que explicárselo; un problema menos que le distrajera del paquete que tenía en el cuarto de baño hasta la confusión. Pero no estaba confundido. Se metió el teléfono móvil en el bolsillo y cortó un pedazo del bloque amarillo de queso cheddar. Después de ponerlo sobre el pan en un plato, lo llevó todo al piso de arriba.

Puso el plato al lado del ordenador y lo encendió. Al menos la interferencia de Kathy le había hecho saber que necesitaba una contraseña. Escribió «paquete» y esperó a que las historias salieran de su escondite. No le importaba sentirse un poco en deuda con el trofeo que tenía en la bañera, incluso cuando ya había hecho todo el trabajo. Había tenido tantas ideas en las últimas casi veinticuatro horas sin dormir, que solo había podido esbozar unas cuantas. En una de ellas, la chica era ciega. En otra, sordomuda. En una tercera, confinada a una silla de ruedas y casi incapaz de mover ninguna de sus extremidades... Abrió la última de las historias y la leyó de nuevo. Aquella era la que más le entusiasmaba, pero ¿podría llegar más lejos?

«Era la única elección que tenía y él la ayudó a no cambiar de idea plantándole un pie en la garganta». El final llegaba demasiado pronto y no le satisfacía por completo. ¿Podría introducir algo más en la historia? Seguramente el único requerimiento para ello era que nadie más que él y su ayudante lo supieran. De todas formas tenía que deshacerse del paquete y lo lógico era sacarle el máximo partido antes de hacerlo. Volvió a leer la narración mientras engullía el contenido del plato. Estaba tan ansioso por poner en práctica su inspiración que casi no se dio cuenta de que podía llevarse su manuscrito con él. Aquello podría probar que era más que capaz de escribir el guión de una película. Imprimió la historia y puso todas las páginas juntas mientras se dirigía hacia el cuarto de baño.

¿Dormía el paquete? Aquella cabeza sin cara, con la nariz sobresaliendo a través del estrecho orificio de la cinta, al igual que un dedo gordo del pie por fuera del agujero de un calcetín, no se movió para saludarlo. Tenía la esperanza de que se moviese y se retorciese buscando su destino. Con las manos fuera de la vista y las piernas comprimidas en una única masa, el paquete parecía no tener extremidades ni personalidad, como los gusanos. Mientras caminaba hacia el cuarto de baño se divertía con la idea de que ella no era consciente de su presencia, pero entonces, aquello comenzó a frustrarlo. Se puso de rodillas a hurtadillas sobre el colchón y se inclinó sobre el borde de la bañera hasta que su boca solo estuvo a unos centímetros del confuso bulto que parecía una oreja.

—¿Me echabas de menos? He estado aquí todo el tiempo.

Para disgusto suyo, el paquete no se retiró. Se reafirmó en su rígida postura sentada contra el lateral de la bañera. Él tenía la esperanza de haber debilitado alguno de sus sentidos, la noción del tiempo. No podía saber cuánto tiempo había pasado desde que comenzó a dar patadas y armar escándalo en su intento por hacerse oír a través del teléfono móvil.

—¿Quieres saber quién estaba al otro lado del teléfono? —preguntó.

Supuso que al paquete no le importaba, pero vio que la cabeza se había movido un poco con el olor de la loción de afeitado.

—Kathy, mi madre, como recordarás —dijo—. ¿Y sabes lo que ha dicho sobre ti? Nada. Ni una palabra.

Aunque había intentado que no se hundiera sin tener mucho éxito, aquel espectáculo no le compensaba por todo el esfuerzo que había hecho por molestarlo cuando Kathy lo llamó.

—¿Quieres saber a quién más no le importa lo que te está pasando? —preguntó a la vez que se inclinaba más—. A tu madre. Ni a tu padre tampoco. Les he escrito un mensaje de texto con tu teléfono diciéndoles que te has ido a Londres para trabajar en otra cosa.

El paquete hacía lo posible por parecer tan rígido como una roca, pero él se imaginaba lo blanda que estaba por dentro, como un caracol bajo su concha. Aquella idea le disgustaba.

—No vas a armar un escándalo cada vez que me llamen, ¿verdad? —dijo.

Observó que un poco de su saliva brillaba en la cinta que envolvía su oreja.

—Quizá debemos asegurarnos de que no puedas oír nada más, empaquetándote un poco más.

El bulto que había encima de la garganta se apartó de él como si pensara que pudiera escapar de alguna forma. Él no se podía ocupar de aquello en aquel momento; quería que lo oyera. Se puso en cuclillas y halló la primera frase:

—Así que puedes oírme, después de todo. ¿Puedes hablar? ¿Puedes decirme cómo te sientes?

No esperaba ninguna respuesta. Echó la cabeza hacia atrás, frotando un mechón de pelo suelto contra el alicatado de la pared y resopló por la nariz. Aunque aquello le recordó a un caballo, se dio cuenta de que trataba de expresar algo demasiado parecido al regocijo, aunque a él le pareciera amargura.

—No te molestes si eso es lo mejor que puedes hacer. Ni siquiera pareces una persona.

Tampoco parecía una, solo lo justo para mantener su interés. ¿Debería añadir eso a su diálogo? No le gustaba la idea de pasar por alto la posibilidad de cambiar algo que ya había escrito; nunca lo había hecho. Le recordaba demasiado a que la familia de la otra chica le había arruinado el lanzamiento de su carrera interfiriendo en su historia.

—¿Estás cantando? —preguntó.

El bulto sin cara seguía inclinado contra la pared. No estaba seguro de si había perdido la motivación o estaba haciendo lo posible por mostrarse desafiante con sus fosas nasales.

—Seguro que estás contenta de trabajar conmigo —dijo más alto, sin conseguir ninguna reacción.

Ella tenía que proporcionar algún sonido al diálogo o este no tendría ningún

sentido. ¿Y si le introducía algún objeto en la nariz? ¿Un mechero encendido o la punta de unas tijeras? Aquello era para establecer la actuación en la escena de la película, no leerlo en una página. Tenía una rodilla lista para ponerse de pie, cuando el paquete emitió un sonido que parecía una risa desprovista de amargura o un gran sollozo de alivio.

—Ahora pareces una zorra lloriqueando. No me sirve.

¿Acaso pretendía eso mismo? Incluyó la cabeza sobre los azulejos como si hubiese perdido toda la energía incluso para producir sonidos.

—¿Quieres que desenvuelva mi regalo? —sugirió.

Aquello pareció animar al paquete. La cabeza se giró a ciegas hacia él y asintió con fuerza. Lo cortante de aquel gesto fue tan imperioso que le dio aún más motivos para decir:

—No sería buena idea, ¿verdad? Empezaría a armar mucho alboroto y los vecinos pensarían mal de mí.

Movió la cabeza de un lado a otro dos veces. Él pensó que aquello podía ser una idea para apaciguarlo, pero dijo:

—¿Qué otra cosa quieres que desenvuelva? No sería para ayudarme, ¿verdad?

Obviamente no era así, porque él seguía manteniendo el desconcierto dentro de su cabeza, enfrentándose a él. Esperaba que ella pudiera presentir su sonrisa ante la insolencia que había mostrado, pero pronto experimentaría algo peor. Se dio cuenta del color rosa del interior de sus fosas nasales, lo cual le recordó a la carne y la piel estremeciéndose por el dolor. ¿Qué objeto utilizaría primero? No había ningún motivo para no utilizar todos. Se puso de pie, dejando el manuscrito sobre el colchón y se dirigió al armario del baño cuando de pronto comenzó a sonar su teléfono móvil.

Le echó un vistazo al paquete, que hacía lo posible por convencerlo de que no oía nada sin hacer ningún movimiento y sin ninguna predisposición a hacer lo único que podía hacer: armar escándalo, y cerró la puerta. Como precaución adicional, también cerró tras él la puerta de su dormitorio. Se alegraba de que el paquete no pudiera verlo, porque así no tendría que buscar ninguna excusa para la forma en que aquella llamada le había pillado por sorpresa. No lo habían cogido. No se molestó en que su voz no sonara molesta.

—Dudley Smith.

—Parece como si estuvieses a punto de hacerle daño a alguien, Dud. ¿Vas a hablar conmigo ahora?

La voz de Monty parecía una amenaza de interrupción.

—Siempre que me dejaste, lo hice —dijo Dudley.

—No sigas echándome cosas en cara, hijo. Tu madre ya se encarga de eso. Antes no tenías tantas ganas de hablar conmigo.

—Ella tenía tu teléfono.

—Fuiste demasiado tímido como para decirle que me lo pasara, ¿verdad?

—Ni soy tímido ni tengo miedo de nadie, en especial de las mujeres.

Dudley casi deseó que su padre pudiera ver el paquete intentando fingir que no tenía miedo de él.

—¿Y por qué no lo hiciste tú? —le rebatió—. Es tu teléfono.

—Así es, el mismo al que has llamado y no has dejado respuesta. Yo llamaría a eso tener miedo, hijo.

Dudley se habría tumbado en la cama para demostrarle su falta de interés, pero no había colchón. Mientras se sentaba en el asiento de su escritorio, sonrió al decir:

—Llamé porque creía que era el teléfono de mi madre. Cuando vi que no lo era, colgué.

—Prefieres hablar con ella que con tu padre, ¿no?

—Ella es la que hizo posible que mi carrera comenzase.

—Y yo soy el que te consiguió la actuación a la que no te has molestado en acudir.

Aunque Dudley se divertía con aquel diálogo, había más diversión en el cuarto de baño, donde habían comenzado algunos golpes y sacudidas torpes.

—¿Cómo ha ido? —supuso que debía preguntar.

—¿Cómo crees tú? Hiciste que pareciera que no se puede confiar en esta familia. Tuve que decirles que no podías perder tu precioso tiempo con ellos porque estabas demasiado ocupado garabateando.

—Kathy dijo que lo entenderían.

—¿Y qué sabrá ella? No es escritora. Te voy a decir algo que será mejor que aprendas de una vez si quieres seguir en este juego, hijo: tu escritura no es más importante que tu público.

—Quizá tenga que discrepar.

—Quizá no. Yo ya llevo en esto más tiempo que tú y soy tu padre, por si también lo habías olvidado. Debería ir a verte y hablar contigo como tu padre que soy. Creo que fracasaría en mi deber como tal si no lo hiciera.

Los golpes al otro lado de la pared parecían acumularse dentro de la cabeza de Dudley.

—No sabes dónde estoy —respondió bruscamente—. Y Kathy no te lo dirá.

—Ella no está aquí. Puedo buscar vuestra dirección en una guía en menos de lo que canta un gallo.

Dudley no podía decir con seguridad si lo que aumentaba eran los golpes o la resonancia en su cabeza.

—No puedes venir aquí —dijo entre dientes—. Tengo que estar solo.

—Pero tu madre sí puede, ¿no? No te importa que esté por allí. Ella cree que eres tan perfecto que no tienes nada que aprender de tu padre.

—Hice que también se marchara. Se ha mudado a otra parte hasta que termine con lo que estoy haciendo.

—Te crees demasiado bueno y que no cometes ningún error. Puede que Kath y yo tengamos nuestras diferencias, pero no quiero que la echés de su casa mientras tú vas

por ahí con aires de artista. Bien. Iré allí y te lo diré a la cara.

Ahora, claramente lo que se agitaba con violencia era el pulso de Dudley. No sabía decir con seguridad si aquel color rojo vivo estaba en el cielo o en sus ojos, o en ambos sitios.

—Es la única forma en la que puedo trabajar —detestó tener que suplicar—. Me lo estás impidiendo.

—Intenta escribir en alguno de los lugares donde yo he tenido que hacerlo, con parte de las cosas que tenía que hacer a la vez y entonces tendrás una excusa para quejarte. Dios mío, hijo. Me avergüenzas. No me importaría que quitaras a tu madre de en medio para llevarte una chica a casa.

Los labios de Dudley funcionaban y se sintió obligado a responder por culpa de los golpes antes de estar seguro de lo que tenía que decir:

—Así es.

Su padre guardó silencio durante unos segundos y Dudley ya comenzaba a arrepentirse de haberlo admitido cuando Monty habló de nuevo:

—Jodido pícaro. Kath cree que debe dejarte tranquilo porque estás escribiendo y eres exactamente igual que todos nosotros.

—Ese soy yo. Soy tu hijo.

—Bien por ti, Dud. Empezaba a pensar que no te gustaban las mujeres y que era culpa mía por haberte dejado solo con tu madre.

Monty se rió antes de decir:

—Pero sigues habiéndonos dejado plantados a mí y a docenas de viejos cabrones.

—Lo siento —dijo Dudley.

Y se arriesgó a añadir:

—Aunque seguro que lo entenderéis.

—¿Por qué no te la has traído? ¿No le gusta lo que haces?

—Está aprendiendo.

—No esperes que yo lo haga. Sigo teniendo dudas sobre tu estilo de escritura. Encuentra tus raíces y quizá te sorprendas. Supongo que yo debo de ser una de ellas.

—¿Podemos hablarlo en otro momento?

—Tienes ganas de volver con ella, ¿no? Esperemos que ella se dé cuenta. ¿Cómo se llama?

El golpeteo había abandonado la cabeza de Dudley, pero regresó cuando se vio obligado a pensar.

—Patsy —dijo tan pronto como se le ocurrió.

—Tengo ganas de conocerla. ¿Cuándo podrá ser?

—Ahora, no. Prométeme que no vas a venir ahora.

—Te lo prometo si no me vuelves a decepcionar de ninguna de las maneras.

—Si no le dices a mi madre que Patsy está aquí, lo haré.

—Me parece justo. Esta es la clase de cosas que los hombres hacemos los unos por los otros. Pero aún no he escuchado tu promesa.

Monty tenía que estar impresionado con los últimos acontecimientos del fin de semana.

—Te juro que no te decepcionaré —dijo Dudley.

—En tal caso, tu secreto está a salvo conmigo. Que pases una buena noche y no hagas nada que yo no haría.

—Mañana también.

—Cachondo cabrón. No pierdes el tiempo, ¿eh? No te haré perder ni un minuto más. Te llamaré cuando te consiga otra actuación.

—Me aseguraré de estar libre —dijo Dudley en serio.

Debía procurar no tener que desdoblarse así otra vez; le hacía perder mucha atención. Se metió el teléfono móvil en el bolsillo del pantalón y se dirigió hacia el cuarto de baño.

—Ya puedes parar —gritó—. Ha colgado.

Pero Patsy, el paquete, seguía golpeando los pies contra los laterales de la bañera. Él podía conseguir que hiciera un sonido diferente, uno que le entusiasmaría más que cualquier otro. Corría hacia la cocina a buscar una caja de cerillas, cuando el teléfono volvió a comenzar a vibrar a la altura de la cadera.

¿Habría cambiado de opinión Monty? Dudley se sintió tentado a dejar sonar el teléfono hasta que su padre le dejara un mensaje para escucharlo después, pero sus nervios no podían esperar. Entró en la habitación delantera, lo más lejos posible de los golpes, y presionó el botón.

—Sí —dijo.

—Soy Vincent. ¿Es mal momento?

—No, es uno muy bueno.

—¿Eso qué significa? ¿Que estás trabajando o que no?

—Volveré a estarlo en un minuto.

—Bien, genial. No te entretengo. Solo quería decirte que empezaré a rodar con Lorna y Colin mañana.

Dudley se sintió menospreciado y excluido.

—¿Dónde?

—Pensé que podríamos comenzar en el lugar más famoso. Los voy a llevar al ferri que conduce hasta Birkenhead.

Durante un momento Dudley pensó que Vincent le estaba robando al señor Matagrama junto con sus ideas y entonces vio cómo podía reclamarlos.

—Esa es mi escena. Se me ocurrió a mí.

—Bueno, eso está genial. Tenemos la misma mente. Debo haber pillado tu onda.

—Mejor será que así sea.

—¿De qué iba eso? No lo he entendido. Lo único que pasa es que si ya habías escrito la escena, no me la hiciste llegar.

—Estoy a punto de hacerlo.

—Bien, me la puedes enviar por correo electrónico.

—Haré algo más que enviártela.

—Fantástico. Si al final resulta que tenemos que trabajar en el diálogo cuando los actores se pongan con ello, me gustaría que estuvieses allí para realizar los cambios.

Dudley no veía por qué aquello debía ser necesario. Más bien por el contrario, iría para asegurarse de que no cambiaban nada.

—¿Cuándo os vais a reunir todos?

—A las diez en punto en el Pier Head. ¿Para cuándo puedo esperar la escena?

—En cuanto la termine, la envío. Voy a empezar ahora mismo —prometió Dudley.

Y colgó. Los golpes apenas se oían en la casa. Pensó en las cerillas y en las tijeras, pero no podía entretenerse en aquello ahora. Subió de prisa la escalera y gritó:

—Tendrás que esperar.

Y entró a toda prisa en su habitación. Cuando el alboroto se debilitó y cesó finalmente, él estaba escribiendo: «Ferri» en la parte superior de la pantalla. Se sentía feliz por el ímpetu de su escritura y encantado por haber recuperado el control del señor Matagrama de las manos de Vincent, aunque también frustrado. Parecía haberse robado a sí mismo la oportunidad de experimentar con su paquete; una vez que hubiera entregado el manuscrito, necesitaría dormir un poco para poder ir a supervisar el rodaje de la película. Entonces enseñó los dientes mientras escribía: «Señor Matagrama». Aunque rodaran durante todo el día, le quedaría la noche del domingo. Tendría algo por lo que desear llegar a casa.

Patricia daba sacudidas despierta y enseguida se enfadaba por haberse quedado dormida. Aquello era como entregarse a Dudley, como que le robaran el último vestigio del sentido de sí misma. Estaba a punto de golpear sus magullados pies contra la bañera para aliviar su rabiosa frustración cuando por fin consiguió recuperar la calma para pensar. Debía permanecer quieta, por si eso le era de utilidad. Quizá si se quedaba de lado, mirando hacia la habitación, podría averiguar qué estaba haciendo él. Quizá si dejaba de estar tensa, podría oír.

No sabía cuánto tiempo había pasado intentado distraerlo golpeando los laterales de su prisión. Había empezado a sentir que era la única forma en que podía mostrar su propia existencia. Cuando necesitaba descansar debido al intenso dolor de sus piernas y brazos, tenía que intentar pensar que le daba una tregua y que había terminado de sacarlo de quicio. Más de una vez había entrado en la habitación para gruñirle o chillarle. Le intimidaba su reacción, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si se quedaba inmóvil, ¿conseguiría persuadirlo a arriesgarse a dejarla ir? Seguramente no tenía otra opción en la vida real; seguramente no se había imaginado que estaban en una de sus historias. Intentó ralentizar su respiración y relajar todo el cuerpo para poder oír.

La última vez que lo había escuchado chillarle para que se callara, la voz había procedido de detrás de ella, aún más baja. Tenía que estar durmiendo en el suelo para bloquear su escapada, pero cada vez tenía menos sensación de que se hallaba cerca. No percibía su loción de afeitado. ¿Se atrevería a confiar en su instinto? Dudosa en un principio y después ganando cada vez más confianza, golpeó los talones contra el lateral de la bañera.

¿Y si él la estaba observando desde el otro lado de la habitación? ¿Y si se estaba riendo de su ceguera y observando pacientemente sus esfuerzos por trepar y salir fuera de su prisión? Le escocían los ojos por la furia y la incapacidad de atravesar la oscuridad de la cinta. Si le había traicionado la intuición y él no había abandonado la casa, le haría imposible el poder fingir. Se giró sobre la espalda y extendió las manos debajo de ella, aplastando los pies contra la bañera hasta que temblaron. El ruido estaba tan cerca de hacerle daño a sus sordos oídos que creyó que nadie más en el edificio podría ser capaz de soportarlo. Tenía que pensar que al final la había dejado en paz, por culpa de la película, claro.

Empezó a colocarse lentamente en una posición sentada. ¿Por qué estaba teniendo tanto cuidado? Se empujó con fuerza con los pies y la nuca se deslizó por el borde de la bañera. Le vino a la cabeza la imagen de un soldado revelando su posición en una trinchera. Pero aún no había levantado la cabeza por encima del borde, cuando sintió un fuerte golpe.

Le lloraban los ojos y su boca luchaba por encontrar un hueco y pronunciar algo más que un gemido obstruido. Se quedó agachada, detestando su indefensión e

intentó en vano averiguar de dónde procedería el siguiente golpe aunque no podía hacer nada por evitarlo. Sus dedos se retorcieron, incapaces de alzarse y frotar el lugar del impacto. Solo podía esperar a que el dolor disminuyera. Poco a poco, se fue debilitando y encogiéndose para dejar su cabeza suavizada y expuesta. Comenzó a sentir un hormigueo, producto del estremecimiento por la anticipación al próximo ataque. No iba a quedarse cabizbaja como una víctima cuando no había ningún motivo para pensar que eso la salvaría. Se puso recta, furiosa y desafiante, pero al mismo tiempo no pudo evitar agacharse. Aquel gesto solo evitó que el golpe en la cabeza no fuese tan fuerte como la primera vez con aquel objeto aéreo.

Quería creer que era el grifo. Necesitaba descubrir cómo podría haberse golpeado dos veces. Mantuvo la cabeza agachada mientras el dolor se reducía y entonces se enderezó centímetro a centímetro. Cuando se encontró con el objeto una vez más, distinguió lo plano y horizontal que este era, no curvado e inclinado como la parte baja de un grifo. De todas formas, estaba demasiado bajo, no sobresalía mucho más de la altura del borde de la bañera.

Aquello no la dejaba sentarse. Se giró hacia un lado y se arrastró con mucho esfuerzo hacia abajo para después intentar levantarse solo con su cuerpo como palanca. Mientras conseguía erguir el torso, la barrera estaba lista para impedirle el paso a su cabeza. Volvió a caerse, magullándose los nudillos y extendió las piernas hacia arriba. La barrera también estaba por encima de sus pies. Al arrastrarlos por el borde y después realizando el mismo experimento con la cabeza desde el lado opuesto, averiguó que la tapa cubría casi toda la bañera.

Había un hueco sobre los grifos, pero apenas era lo bastante ancho para que sus pies lo traspasaran. El grosor de la tapa debía ser de la misma longitud que sus pies. Seguramente aquello era exagerado y no debía impedir que siguiera adelante. Se volvió a colocar de lado y trepó torpemente por su prisión. Después utilizó el lateral para ponerse en cuclillas. Una vez que tuvo los hombros y la nuca contra la tapa, intentó levantarla con todas sus fuerzas.

No se movió. Aunque tenía la columna vertebral casi recta y todos los músculos de los que podía disponer temblaban por el esfuerzo, se sentía impedida por la inutilidad de sus brazos, incapaces de proporcionar la fuerza que habría marcado la diferencia. Al final desistió y cuando dejó de temblarle el cuerpo, volvió a intentarlo. Siguió intentándolo hasta sentirse mareada por el esfuerzo. Entonces se tumbó sobre la espalda y presionó los pies contra la barrera. Fue igual de inútil. Creyó haber pasado horas intentando mover la tapa antes de caer inerte, jadeando por la nariz, con su ceguera tornándose color rojo al compás de su pulso. La tapa era completamente inamovible, por nadie y por nada. Podría estar enterrada en un ataúd bajo dos metros de tierra.

Nada más darle la luz del sol, Dudley se preguntó si debería tomar el siguiente tren de regreso a casa. De nuevo tuvo que recordarse a sí mismo que el paquete estaba a salvo. A lo mejor había sido capaz de mover las dos puertas del armario que había colocado sobre la bañera y, ya que le había costado tanto trabajo subir el sillón por las escaleras, no habría estado de más colocarlo encima de las puertas apoyado contra la pared. Tampoco había ningún motivo para que su madre regresara a casa ya que había prometido no acercarse. El que no hubiera podido cerrar con pestillo las puertas delantera y trasera mientras estaba en casa no significaba ninguna invitación ni para ella ni para ningún otro intruso. Estaba seguro de que al menos lo llamaría antes de atreverse a invadir la casa y tampoco iba a arriesgarse a llamar cuando a lo mejor podía interrumpir su trabajo. Le dio la espalda a la estación de tren y pasó de largo los grandes edificios de oficinas vacías en dirección al Pier Head.

No había ni rastro de Vincent ni de los actores en la amplia zona pavimentada. Si llegaban tarde, ¿podría llamar a Vincent y convencerlo de que retrasara el rodaje hasta después del fin de semana? Mientras se apresuraba a bajar la rampa de cemento esperaba que la ausencia de los demás fuera su excusa. Aún no había llegado al embarcadero cuando alguien lo saludó con un grito:

—Aquí está el autor.

Al menos el entusiasta era el señor Matagrama. También estaban Vincent, ajustándose las gafas con la mano que sostenía el manuscrito y Lorna Major con el mismo aspecto de determinación que mostró cuando el señor Matagrama la había acorralado en la audición. Mientras cruzaban los mugrientos tablones para reunirse con Dudley, se preguntó qué era lo que iba mal. Entonces se dio cuenta.

—¿Y el cámara?

—Nos reunimos con los demás en Birkenhead.

Después de tenderle un puñado de páginas, Vincent dijo:

—Tenía que haber venido alguien más con nosotros.

Dudley habría examinado las páginas con más detenimiento si aquel comentario impreciso no le hubiera provocado un nerviosismo innecesario.

—¿Quién?

—Una reportera.

Vincent le guiñó un ojo tras las gafas y dijo:

—No creía que quisieras que viniera con nosotros.

—¿Por qué no?

—Creía que por Patricia.

A Dudley se le secó la boca a la vez que se le empaparon las axilas, aunque tuvo que hacerla trabajar:

—¿Qué pasa con ella?

—Vendrá, ¿no? No queremos a demasiada gente de la prensa cuando ya nos

estamos acostumbrando a trabajar juntos. Le dije a esta reportera que la recibiríamos más tarde.

Vincent volvió a guiñarle un ojo que provocó una pequeña mueca en la parte baja de su frente.

—¿Va a venir Patricia?

Dudley necesitaba considerar aquella pregunta urgentemente.

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Colin y yo creíamos que os estabais haciendo amigos. Culpa mía por haberlo dado por hecho. La voy a llamar por si quiere unirse a nosotros.

Cuando Vincent sacó su móvil, Dudley pareció sentir el movimiento de Patricia como un insecto en su bolsillo con ganas de responder.

—No te molestes —espetó.

La sonrisa de Lorna Major era más irónica que cordial.

—¿Te ha dejado plantado tu publicista?

Dudley se volvió hacia ella y habló demasiado.

—He dicho que no te molestes —le dijo a Vincent—. Se ha marchado.

Un ferri se acercó a ellos rozando el flanco con las gomas que amortiguaban el embarcadero. Vincent se giró, pero no cerró su teléfono móvil.

—¿Marchado adónde?

—Tenía una oferta de trabajo en Londres. O tomaba el siguiente tren o perdía la oportunidad. Ni siquiera tuvo tiempo de decirles a sus padres que se iba.

La plancha golpeó el embarcadero y Dudley se dio prisa por ser el primero en subir a la cubierta más alta. Se sentó sobre un banco extremadamente caliente y leyó el guión mientras Vincent le dejaba un mensaje a Walt. El señor Matagrama había mantenido todas las líneas que Dudley había enviado por correo electrónico incluso la de: «¿Alguna vez ha oído hablar del señor Matagrama? No me conoce, pero lo hará. ¿Cómo le gustaría ayudarme con la investigación?». Dudley estaba empezando a arrepentirse de haberle permitido a la chica saber quién era. Después de todo era una famosa creación, pero quizá necesitaba ser presentado al público. Vincent le había dado a la chica tanto diálogo como al señor Matagrama y a lo mejor Dudley tenía que haber protestado, pero el señor Matagrama era mucho más capaz de dominar la escena y a ella misma. Aquel era un motivo más que suficiente para que Dudley no le prestara atención a la vista de Bidston y su observatorio navegando hacia él y ocultándose tras la terminal del ferri en Birkenhead.

—Ya hemos llegado —gritó Vincent cuando la plancha tocó la madera.

Se dirigió a menos gente de la que Dudley se esperaba. Una subió la escalera con la cámara al hombro mientras que su compañera llevaba el equipo de grabación.

—Joan y Red —las presentó Vincent.

El pelo rojo de la musculosa ingeniera de sonido le cubría poco más que la cabeza. Dudley no quería conocer más de su persona.

—¿Seréis capaces de hacer una película con estas condiciones?

—Así es como lo hacemos —dijo Joan ensanchando cada vez más los ojos hasta que una gota de humedad se deslizó entre dos arrugas de su alta y pálida frente—. Grabamos rápido y con poco peso. Somos independientes.

—Desde luego somos tan buenas como tu guión —le dijo Red.

No le gustó nada aquel tono ni que Vincent dijera:

—Se lo demostraremos, ¿no es así? Vamos a ensayar todas las tomas.

Dudley tenía la insatisfactoria sensación de que todo el mundo sabía de aquello más que él. Observó cómo la cámara se dirigía hacia Lorna, que estaba en la barandilla y al girarse encontró al señor Matagrama tras ella.

—¿Ha salido a por un soplo?^[6] —preguntó el señor Matagrama.

El ferri navegaba hacia Seacombe y la boca del río.

—He salido a hacer cualquier cosa que pueda sentarme bien —dijo Lorna.

—¿Como hablar con hombres desconocidos en los ferris? —dijo el señor Matagrama.

—No me parece un extraño.

—Quizá los más extraños no lo aparentan.

—Dígame lo extraño que es usted.

—¿Alguna vez ha oído hablar del señor Matagrama?

Dudley casi aplaudió. No solo tras haber escuchado aquella frase, sino por cómo el señor Matagrama la había condimentado con su toque secreto de diversión y entusiasmo.

—No puedo decir que sí —dijo Lorna.

—Entonces será la única muy pronto —dijo el señor Matagrama y, para deleite de Dudley, dirigió el siguiente comentario a la cámara.

—Voy a ser famoso.

—¿Quién lo dice?

—No me conoce, pero lo hará. Soy escritor.

A Dudley la sonrisa de Lorna le pareció insufriblemente condescendiente y trató de convencerse de que no podía ir dirigida a él.

—¿Puedo haber oído hablar de usted? —preguntó.

—Solo llámeme señor K.

—Estaba pensando que puedo decirles a mis amigos que he conocido a un escritor.

No tenía que resultar irónico, pero no se lo iba a contar a nadie de todas maneras.

—¿Le gustaría ayudarme con la investigación? —preguntó el señor Matagrama.

Aunque aquellas no eran las palabras exactas de Dudley, el señor Matagrama les había infundido más intensidad.

—Depende de lo que me esté pidiendo —dijo Lorna.

—¿Alcanza a ver dónde está la hélice?

Dudley se acordó de Patricia y de cómo le había excitado la energía con la que había hablado de ser carne picada. Entonces Lorna dijo:

—Creo que está detrás.

—¿Puede asomarse por mí?

—No sabría dónde. Yo no construyo barcos, soy estudiante.

—¿Qué estudia?

—Derecho. Hay demasiados criminales y quiero estar en el bando correcto.

—¿Cree que lo hará bien?

—La gente buena tiene que intentarlo.

Dudley no soportaba aquellas adiciones que había hecho Vincent ahora que las escuchaba y estuvo a punto de decirlo cuando el señor Matagrama dijo:

—¿No me quiere ayudar? Me duele la espalda.

—¿Y por qué le duele? —preguntó Lorna con algo de lástima.

—Por la postura de estar sentado en mi escritorio.

—Debería salir más —dijo Lorna ablandándose al ver el gesto de dolor del señor Matagrama—. ¿De verdad le duele?

—Demasiado como para agacharme.

—De acuerdo, usted será mi buena acción del día —dijo inclinándose sobre la barandilla—. No veo nada.

—Tienes que inclinarse un poco más. Te tengo. Eso es. Un poco más. Ahora no mucho más. Ahí.

—Saca el plano de la cara de Colin. Genial, Colin. Sonríe un poco —dijo Vincent—. Después de lo de Lorna, la cortaremos en escenas retrospectivas. Solo son unos cuantos fotogramas a la vez, pero llegarán bien al público. ¿A ti qué te parece? —le dijo a Dudley.

—¿Puedo decir que quiero ayudar a proteger a la gente? —preguntó Lorna—. Así la gente estará más implicada. También podría decir que quiero que mis padres estén a salvo.

—Ya has dicho bastante —contestó Dudley sin apartar la mirada de Vincent—. Creo que dice demasiadas cosas. Me aburre.

—Quieres deshacerte de la chica lo antes posible, ¿eh? —dijo Lorna.

El murmullo de apoyo femenino hizo que Dudley mirara a Vincent aún más fijamente.

—No nos desharíamos de ti ni en sueños —dijo el director—. No podríamos hacer la película sin ninguno de vosotros. ¿Qué te ha parecido a ti, Colin?

—Yo estaré contento cuando todo el mundo lo esté.

Era tan improbable que el señor Matagrama dijera aquello que Dudley tuvo que convencerse de que se trataba de una estratagema.

—Quizá podríamos acelerarlo un poco más —dijo Vincent—. ¿Y si Lorna dice: «Derecho. Hay demasiados criminales sueltos» y después Colin va directo al grano y le pide su ayuda?

—Eso sería más probable —dijo Dudley.

Se había esperado un poco más de reconocimiento por su voluntad por estar de

acuerdo, pero lo único que recibió fue una sonrisa de complicidad por parte del señor Matagrama cuando Vincent dijo:

—Hagamos una toma con el Pier Head de fondo.

Dudley observó como el equipo llevaba a cabo la indicación de Vincent sin necesidad de instrucciones. O eso, o que Vincent aprobaba lo que hacían. Se había imaginado que un director llevaba su trabajo más allá de lo humano. Quizá Vincent se estaba poniendo a prueba cuando le dijo al señor Matagrama que había comenzado la toma demasiado pronto. Dudley pensó que aquella prisa era una responsabilidad y tuvo que contener su impaciencia mientras el señor Matagrama esperaba a que la cámara regresara al punto de partida. Nada más girarse hacia él dijo:

—¿Ha salido a por un soplo?

—Sigues entrando demasiado pronto —interrumpió Vincent—. Espera a que Joan os dé la entrada y aguanta un poco. No te preocupes, tenemos todo el día.

Dudley se acordó de aquella posibilidad y de que el paquete estaría a salvo y callado mientras esperaba su regreso. No sabía decir cuánta impaciencia de la que estaba experimentando pertenecía al señor Matagrama.

—Tomaos vuestro tiempo. Disfrutadlo —dijo.

—Créeme, lo estoy haciendo —dijo su otro yo.

Y no dijo nada más hasta:

—¿Ha salido a por un soplo?

Aquella repetición fue tan buena que Dudley apenas se dio cuenta de que su casa se acercaba a sus espaldas. El señor Matagrama casi había llegado a su última frase cuando le sonrió a Lorna burlonamente.

—¿Me estoy confundiendo? —Vosotros dos no parecéis demasiado convencidos.

Antes de que Dudley pudiera advertirles de que quizá hubiera sido mejor que sí, Lorna dijo:

—¿Se supone que esta chica es tonta?

—No mucho más que otras víctimas, ¿no, Dudley?

—Entonces posee un alto grado de estupidez —dijo Lorna—. Hay un gráfico detrás de ti que explica dónde se encuentra la hélice. No habría necesidad de que se asome por aquí.

—No lo vamos a sacar —dijo Vincent—. El público no se enterará de que está ahí.

—La gente que utilice el ferri sí. Y yo también.

Dudley visualizó la hélice separando su persistente expresión de los huesos e hizo lo posible por contentarse con la perspectiva de diversión que le aguardaba en casa.

—Se llame como se llame, no lo es —dijo.

—Esa es otra cuestión. ¿Por qué no sabemos su nombre? Es como decirle al público que no es mucho más que una víctima y que ni siquiera merece uno, como si no fuese un ser humano.

Dudley estaba de acuerdo con aquello y a lo mejor habría sugerido que la

llamasen Lorna si no llega a ser porque Vincent comentó:

—Dice que es estudiante y lo que estudia. El guión no da lugar a que ella se presente. Podemos darle un nombre para los créditos del final. Quizá a Dudley no le importe que elijas uno.

—Que lo haga —dijo Dudley, ya que habría mucho de Lorna en la víctima.

El ferri estaba demasiado cerca de Liverpool como para que el equipo pudiera grabar otra toma. Por lo menos todo el mundo había comprado billetes para todo el día. Mientras la embarcación volvía a dejar atrás el Pier Head, Dudley miraba cómo Bidston comenzaba a acercarse más y más, pero se concentró en la más inmediata e importante nueva situación. Cuando la cámara enfocó de nuevo al señor Matagrama, este dudó.

—¿Un soplo no significa otra cosa en América? Lo digo por si se espera que la película llegue hasta allí.

Red emitió algo parecido a un bufido y el micrófono, que sostenía al igual que una caña de pescar para grabar el diálogo, tembló.

—Aquí también significa lo mismo. Creía que esto servía para demostrar lo imbécil que es.

¿Cuánta confianza en sí mismo intentaban destruir ella y su compinche? Se la estaba imaginando siendo arrastrada hacia la hélice, Red en carne viva, cuando el señor Matagrama sugirió:

—Y si digo: «¿Disfrutando del crucero?».

Todas las chicas comenzaron a reírse a carcajadas.

—Eso es aún peor —masculló Lorna.

En aquel momento la hélice se atascó con un cuerpo y la estela del barco se volvió de color carmín. Dudley no sabía lo que podía haber soltado por la boca si Vincent no llega a decir:

—¿Ha salido a tomar el aire?

Dudley vio que la cámara se giraba y volvía a enfocar al señor Matagrama.

—¿Ha salido a tomar el aire? —dijo el señor Matagrama.

Parecía que ellos sí. La primera en parecer alegrarse fue Lorna, al acordarse de la frase que se habían saltado y, al comenzar la siguiente toma, Joan y Red también parecían contentas. Entonces, el señor Matagrama comenzó a perder el control de su actuación. Sonreía demasiado y al final de la escena resultaba o demasiado irónico, o divertido y después demasiado amenazador, como si quisiera compensarlo. Vincent intentó ofrecerle varios descansos forzosos durante el rodaje, como oportunidades para que recuperara su habilidad, pero ¿acaso no veía el director que todo era por culpa de las chicas? Quizá el señor Matagrama estaba demasiado ocupado imaginándose cómo ocuparse de ellas para centrarse en la actuación. Tras la enésima repetición de la escena, Dudley tenía la cabeza reseca por la frustración; no solo por el espectáculo cada vez más insatisfactorio sino porque se preguntaba si se estaría perdiendo la diversión que tenía en casa: el despertar del paquete, sus sollozos y sus

vanos intentos. También se distraía alejando a los pasajeros del rodaje.

—Se trata de la grabación de una de mis historias —decía.

Algunos de los viajeros se quedaban para observar y otros incluso callaban a sus hijos antes de que él tuviera que hacerlo. Al menos no había demasiado ruido que estropeará las tomas y que valiese la pena evitar, no hasta que el ferri giró como la manecilla de un reloj de regreso a Liverpool. Mientras el barco acariciaba el embarcadero y pivotaba sobre este, Dudley oyó el grito de una chica:

—¡A bordo!

Era la señal para que ella y otras tres más se apresuraran a bajar la rampa.

Aquel barullo no quedaría bien en la película. Se dirigió corriendo a lo alto de la escalera para avisarlas, pero ellas se callaron mientras subían.

—Aquí arriba estamos rodando —dijo igualmente—. Podéis mirar si queréis pero no debéis hacer ruido.

La chica que iba en cabeza abrió los ojos con entusiasmo.

—¿Qué estáis grabando? —susurró.

—Una de mis historias. El señor Matagrama.

—Es una historia suya —les informó a sus amigas.

Si ella creía que merecía la pena repetirlo, entonces Dudley estaba de acuerdo.

Las chicas se quedaron en la escalera mostrándole cuatro pares de ojos ensimismados y cuatro bocas abiertas.

—No tenéis por qué esperar aquí —dijo—. Aún no estamos rodando.

—Esperaremos hasta que empecéis —dijo la primera chica.

Dudley pensó en presentárselas al señor Matagrama, pero podría hacerlo más tarde. Cuando el equipo volvió a ocupar sus puestos, se retiró de las escaleras y dejó pasar a las chicas a la cubierta. Vincent llamó a la cámara y después dijo «Acción».

—¿Ha salido a tomar el aire? —dijo el señor Matagrama precisamente cuando y como debía hacerlo.

Dudley pensó que por fin marchaba la película. Incluso sonrió cuando Lorna dijo:

—He salido a hacer cualquier cosa que pueda sentarme bien.

El señor Matagrama estaba respondiendo con seguridad y sin sonreír demasiado cuando las cuatro chicas comenzaron a corear:

—¡An-ge-la! ¡An-ge-la! ¡No a la película! ¡No a la película!

El señor Matagrama miró por encima del hombro cuando Dudley se enfrentó a ellas. Sus gritos fueron disminuyendo hasta dar paso al silencio. Se humedeció los labios para pronunciar una pregunta que parecía llevar la intención de amordazarlas.

—¿Qué decíais?

—Angela —dijo la chica que llevaba la voz cantante dando un paso desafiante hacia él—. Angela Manning. La chica de cuya muerte os estáis beneficiando.

Casi le dio una bofetada al preguntarle:

—¿Y qué tiene eso que ver con vosotras?

Ella se le quedó mirando como si también intentara contenerse.

—Era amiga mía.

—Entonces, dejadla en paz. Las personas como vosotras sois quienes la estáis desenterrando.

Estaba dejando que su furia le distrajera de la primera pregunta que no le habían contestado.

—Te he preguntado qué decíais —dijo entre dientes y humedeciéndose la boca.

—Ya te lo he dicho.

—Eres una mentirosa. Habéis dicho algo sobre Colin. Decíais que había sido Colin.

La chica agrandó los ojos tal y como lo había hecho en la escalera.

—¿Así se llama?

—Ya sabes su nombre —dijo Dudley con tanta frustración que apenas pudo evitar que se reflejara en sus palabras—. No, es el señor Matagrama.

—Si estás tan seguro —dijo una segunda chica—, ¿por qué lo preguntas?

—Yo estoy seguro de todo. Hace falta algo más que cuatro zorras para detenerme.

Dudley estuvo a punto de retirar aquella declaración cuando una voz dijo tras él:

—Déjalas en paz.

Era el señor Matagrama. Quizá quería encargarse de ellas él mismo. Dudley se dio la vuelta para encontrarse con él, pero el señor Matagrama lo miraba fijamente a él y no a ellas.

—Estaban diciendo cosas sobre ti —se sintió obligado a aclarar Dudley—. No les importa estropearnos la película.

—Es una pena.

—Es más que eso. Quizá Walt pueda demandarlas por hacernos perder dinero —amenazó Dudley en voz alta, para que todo el mundo pudiera oírlo.

Mientras las chicas hacían lo posible por parecer incrédulamente divertidas, el señor Matagrama dijo:

—Es una pena que no pueda continuar.

—Podrás hacerlo si nos deshacemos de ellas. Vincent, ¿no puede el capitán echarlas por causar molestias?

—Nos encantaría que lo hiciera —dijo la primera chica con una risa aún más falsa.

Vincent se ajustó las gafas por encima del puente de la nariz para examinarlas.

—¿Yo no te conozco? ¿Fuiste tú quien me llamó?

—Así es. Soy la chica a quien le dijiste que estaríais rodando en el río cuando pensaste que era de la prensa.

—¡Qué cosa más estúpida! —dijo el señor Matagrama.

Aunque estaba mirando a Dudley, no podía dirigirse a él.

—¿A quién se lo dices? —preguntó Dudley.

—A ti —dijo el señor Matagrama dejando escapar una risa—. Eres tan tonto como tu estúpido y jodido nombre.

—¿Qué pasa con mi nombre?

—El nombre con el que me llamas.

—Señor Matagrama.

—No, mi nombre es Colin Holmes. Ellas lo saben, aunque tú lo hayas olvidado.

—Espero que sea porque eres famoso, pero no puedes decir nada sobre cómo se llama tu personaje. Yo lo escribí y tú eres el actor.

—Entonces sigo actuando, ¿no?

Dudley trató de controlar sus emociones. Solo porque el señor Matagrama y él hubieran discutido no había razón para separarse. Después de todo, siempre mantenía las mismas discusiones dentro de su propia cabeza.

—Puedes hacerlo donde nadie intente molestar —dijo—. Antes lo estabas haciendo bien.

—No he estado lo suficientemente mal, ¿verdad?

Dudley sintió que la cubierta se movía bajo sus pies y el mundo también. El comentario del señor Matagrama iba dirigido a las chicas. Probablemente, Vincent estaba demasiado sorprendido como para haberse dado cuenta, ya que dijo:

—No me estoy enterando de nada. ¿Por qué querías actuar mal en una película?

—Son estas zorras —dijo Dudley con la misma sonrisa de una calavera—. Se han colado en nuestra película para arruinarla.

—Como siempre, te equivocas —dijo el falso señor Matagrama—. Todo ha sido idea mía y me siento orgulloso de ello.

—No me digas que eres otro de los amigos de... ¿cómo se llama? Angela.

—Tenía muchos amigos. No creo que tú sepas lo que es eso.

El hombre que había fingido ser el señor Matagrama amplió su sonrisa de desdén.

—Yo actuaba con ella en las obras del colegio —dijo—. Algunos seguimos actuando. Quizá hayáis contratado a alguien más de nuestro grupo y no lo sepáis.

—¿Nos estás diciendo que era actriz? No sabría aportar mucho a ninguna actuación.

Dudley se acordó de que lo mejor que supo hacer fue levantar las manos como si así pudiera protegerse del tren. No se dio cuenta de que había dicho demasiado hasta que Vincent intervino:

—Tú no puedes opinar sobre eso ¿no? Nunca la viste. No pierdas los papeles, Dudley.

—Es culpa suya, si lo he hecho —se quejó Dudley, seguramente no demasiado tarde—. Me han confundido y no sé en qué estaba pensando.

—Intenta pensar en que no deberíais estar haciendo esta película —dijo el hombre que había intentado robar la identidad del señor Matagrama—. Y eso va por todos y en especial por las damas. No puedo creer que os impliquéis en una película que va sobre un asesino que mata a mujeres por placer.

Después de un extraño silencio, Joan dijo:

—Sabíamos de lo que iba cuando firmamos el contrato. Somos profesionales,

aunque seamos independientes.

Dudley se veía superado por aquella ráfaga de apreciaciones que no había esperado sentir.

—Vosotros sois de los míos —le dijo al equipo de la película.

Red le respondió tras una pausa:

—Necesitamos el trabajo.

Mientras Dudley se esforzaba por contentarse con aquello, el actor dijo:

—¿Y tú, Lorna? Seguro que aspiras a algo mejor que ser asesinada en la primera escena.

—Hay que empezar por algo —dijo Lorna volviéndose hacia Dudley y Vincent—. Si me quedo en vuestra película podríais darme algo más que hacer.

—Podemos pensar en algo, ¿verdad, Dudley?

Dudley quiso comprometerse con ellos y deshacerse de su traidor con su silencio. El actor miró a Lorna con desprecio y condujo a sus admiradoras escaleras abajo.

—Es una pena que apareciérais tan pronto. Podría haberlos engañado algunos días más —les iba diciendo.

Dudley se quedó mirando cómo se iban hasta que Vincent dijo:

—Haré algunas llamadas cuando llegue a casa y volveremos a tener otra sesión de audición. ¿Hay alguien de la vez anterior a quien quieras volver a ver?

—Me gustaba él.

Dudley sabía que aquello había sonado infantil, lo que le hacía estar más furioso.

—Esta vez, contrata a alguien en quien podamos confiar —dijo.

Y empezó a caminar por la cubierta como un animal de zoológico a medida que el ferri se acercaba a Liverpool. Estaba tan impaciente por llegar a casa que tuvo que apretar los dientes para impedir que esos pensamientos cobraran forma en su boca. Patricia lo había animado a elegir al actor, lo cual era otra razón más por la que se alegraba de haberla empaquetado. Al menos, el tiempo que había perdido en volver donde ella le había permitido inventar más cosas que merecía que le hiciese.

—Oh, Patricia, ¿cómo has acabado en este estado?

—Te lo contaré cuando salgamos, mamá. ¿Cómo habéis averiguado dónde estaba?

—Teníamos nuestras dudas sobre el supuesto mensaje de texto que nos habías escrito y le seguimos la pista. ¿Sabías que se puede rastrear el lugar desde donde se envió el último mensaje?

—¿Habéis venido con la policía?

—Solo con tu padre. Para ser director de banco hace bastante bien de ladrón de casas; seguramente por haber trabajado tanto con cajas fuertes.

—Sacadme de aquí, entonces. Antes de que vuelva Dudley.

—Me gustaría encontrarme con él. Quiero tener más de una palabra con ese individuo.

—Pero no rompas ninguna ley, Gordon. Patricia, puede que te haga daño al quitarte esto. No tardaré mucho, lo prometo.

¿Cómo podría haber estado Patricia hablando si tenía la cabeza enrollada con cinta? Casi lloró al despertarse de su sueño y encontrarse con la realidad. Sintió la humedad escociéndole en los rabillos de los ojos cerrados hasta que consiguió morderse el labio aplastado. A pesar del lapsus, ¿no podría ser rescatada de aquella manera? Si Dudley se encontraba en casa, seguro que sus padres insistirían en que les dejara entrar, sin importar lo convincente que intentara parecer. Aquel pensamiento la ayudaba a esquivar la imagen de la otra escena que su mente no dejaba de producir: la de Dudley presionando su cabeza contra la de ella, ensuciando la cinta con su lengua mientras la llenaba de moratones y escarbaba en sus ropas. Aunque torpemente, aún podía dar patadas, cosa que le devolvía parte de la sensación de su cuerpo no violado. Si sus padres no la rescataban, quizá la madre de Dudley sí. Había empezado a sentirse como cuando era pequeña, con la cabeza bajo las sábanas mientras se dormía y soñaba, cuando se dio cuenta de lo que aquello podía significar: ¿se estaba quedando sin aire?

Se giró sobre su espalda, con los dedos contra la bañera e intentó sentarse. Solo había levantado el torso unos cuantos centímetros cuando de pronto una oleada de mareo rompió en su cabeza y le provocó fuertes náuseas en la garganta. Esperar a que se le pasara era como hundirse en la oscuridad indefensa. Se irguió incapaz de saber cuánto se tambaleaba y no se acordó de agacharse, así que se dio un golpe en los hombros y la nuca contra la tapadera de su prisión. Con el sobresalto del impacto creyó que se había movido levemente.

¿O era el mareo? Hizo lo posible por relajarse antes de hacer presión contra la barrera con los hombros con todas sus fuerzas. Esta vez pareció que la que perdía la estabilidad era ella. El peso de sus pensamientos y la oscuridad le doblaban la cabeza hacia abajo. Lamentablemente se dio cuenta de que ya no tenía energía para mover la

tapa, si es que alguna vez la tuvo, y después se preguntó cuánta fuerza tenía Dudley. ¿Podría haber puesto aquel objeto tan pesado en lo alto sin despertarla? ¿No estaría atrapada bajo una montaña de objetos que no podía mover?

Tuvo miedo de perder esta última esperanza en caso de que algo se la echara por tierra, pero la alternativa era dejar que se le escapara la vida en aquella difícil situación. Trataba de enderezar su postura cuando se dio cuenta de que tenía que pensar. ¿Qué era lo que quería que ocurriera? Si la obstrucción acababa en el suelo, quizá tendría el camino libre pero también podría convertirse en un nuevo obstáculo. Necesitaba que cayera por el lado de la bañera que estaba más lejos de la habitación.

Su mente flotaba entre los mareos. ¿Hacia dónde tenía que dirigir la poca fuerza que le quedaba si estaba bajo el lado que debía caerle encima e inmovilizarla? Se alejó un poco de la pared invisible para apoyar los hombros y la nuca contra la tapadera. Después hizo una serie de movimientos muy seguidos para intentar apartarla de la pared.

Aquel esfuerzo reavivaba sus náuseas. Tenía la impresión de que la cabeza se le ablandaba con el roce, por lo que sospechó que aquello podría significar que estaba a punto del desmayo. Aquel pensamiento la ponía furiosa y no le daba ninguna fuerza para continuar. Tampoco ayudaba la idea de que Dudley estuviese en la habitación sin hacerle ninguna gracia sus esfuerzos. Se vio obligada a creer que no habría cubierto la bañera a menos que fuera a salir de casa, pero ¿cuánto tiempo más estaría fuera? La idea de estar perdiendo el precioso tiempo del que disponía empujó su torpe cuerpo hacia arriba en un último intento por mover la tapadera. Aquel acto hizo que la oscuridad la envolviera por dentro y por fuera, pero ¿era aquel el único movimiento? Hizo palanca contra la barrera con el último resquicio de energía que pensó que no tenía. No estuvo segura de haber sentido algo más que vértigo hasta que sintió y escuchó como la tapadera chocaba contra la bañera.

¿Tendría que empezar de nuevo? El esfuerzo la había dejado sin ninguna sensación excepto la de un cansancio tan generalizado que apenas sabía distinguir las partes de su cuerpo. Tenía miedo de moverse y de descubrir lo que podía hacer, si es que había algo. Una vez que dejó de temblar, intentó extender las piernas, cosa que le recordó la masa tan torpe en la que se había convertido. Estirando los dedos de los pies pudo averiguar que una de las esquinas de la tapadera estaba abierta. Por lo menos había espacio para levantar la cabeza todo lo que la postura sentada le permitía. Con aquella nueva esperanza sintió que la cabeza le daba vueltas antes de reconocer que se encontraba exactamente en la misma situación de cuando había intentado trepar por la bañera.

No, no exactamente. Dudley no estaba allí. No debía imaginarse que estaba allí observándola. Tenía la espalda relajada sobre el extremo de la bañera antes de realizar el esfuerzo de levantar las manos por el borde cuando se preguntó si habría alguna posibilidad de liberarlas. ¿Podría cortar la cinta con el borde de la tapadera?

Luchó por levantar el hombro izquierdo contra el borde de la bañera y fue

presionando con las muñecas buscando un filo. Estaba demasiado alto. Se retorció hacia los grifos y se tendió de ese lado para agarrar el grifo entre sus muñecas. Aquella postura tan apretada apenas le permitía hacer movimientos flexibles con algo de fuerza, pero no la suficiente; el borde era demasiado romo. A lo mejor podría romper la cinta con la esquina superior de la tapadera. Cuando consiguió agarrarse al borde con una mano y tirar de sí hacia ella, se dio cuenta de que la esquina estaba fuera de su alcance.

No debía dejar que aquello le robara su determinación. Aún tenía una oportunidad de escapar. Se cayó de lado, haciéndose un moratón en el hombro e hizo todo lo que pudo para convertir su rabia frustrada en energía. Volvió a la postura sentada con mucho esfuerzo y descansó un poco mientras respiraba todo lo profundamente que pudo. Tensó su cuerpo y reunió cada reserva de fuerza que le quedaba. Las uñas chirriaban contra el extremo de la bañera y sus manos no eran capaces de hacer nada más que agarrarse al borde.

Si por culpa del dolor no resistía la tentación de descansar, aunque fuese por un momento, podría perder la sujeción. Intentó agarrar el borde y le dio una patada desesperadamente constreñida para levantar los pies. Mientras estos subían, balanceó el cuerpo sobre el punzante pivote que formaban sus muñecas hacia el lateral de la bañera. Los pies pasaron por encima de ella, los tobillos rozaron el borde y entonces la mayor parte de su cuerpo fue a parar contra él. Aquella carga era demasiado dolorosa para sus muñecas. Abrió las manos y se impulsó fuera de la bañera.

Tuvo tiempo de pensar que podría golpearse en la cabeza con la caída, pero lo único que pasó fue que el impacto contra el suelo la dejó sin respiración. Se debió tanto a la sorpresa como al impacto; aunque o bien el suelo se había vuelto blando o había sido ella misma. Tocando la superficie con las yemas de los dedos averiguó que se trataba de un colchón. Entonces era verdad que Dudley había permanecido allí como un compañero de sueño invisible, pero aquello no significaba que tuviese que andar por allí cerca. Tampoco debía pensar que hubiera llenado el suelo de objetos que le impidieran escapar; seguramente creía que la había dejado indefensa. Iba a lamentar haberla subestimado. En cuanto recuperó el aliento, se dirigió hacia la puerta.

Estaba más allá de sus pies y no tan distante como su ceguera y sus restringidos movimientos lo hacían parecer. Luchó por levantar el hombro y el codo izquierdos, y alejarse de la bañera. El codo chocó contra el suelo al salir del colchón y tras avanzar unos centímetros se le quedó en carne viva por culpa del roce. Aún podía levantarse sobre el hombro ayudándose de las rodillas flexionadas. Al poco, sus pies desnudos encontraron el exterior de la bañera. Los presionó contra el flexible plástico y se alejó un poco más, después se empujó con las piernas. Un segundo empujón la sacó del colchón por completo y el tercero hizo que su hombro chocara contra lo que fuese que le estuviera bloqueando el paso.

Era de madera. Estaba segura de que sus sordos oídos lo habían escuchado. Debía

de ser la puerta. Incluyó la espalda contra aquello y se sentó. Entonces un objeto se le hundió en la cabeza. No era un arma, sino el pomo. Se agachó como si aquello le aliviara el dolor y, una vez que disminuyó, decidió que ya había descansado bastante. No tenía ni idea de cuánto tiempo le quedaba. Necesitaba ponerse en pie y abrir la puerta.

Extendió las manos contra ella y tomó aire deseando poder utilizar también la boca. Levantó las rodillas, colocó los pies debajo y empujó con todas sus fuerzas. El mareo iba subiendo a la vez que lo hacía ella. ¿Había gastado ya la energía que necesitaba para mantenerse levantada todo el camino? Le flaqueaban las piernas, le temblaban las rodillas y se inclinó sobre sus doloridas muñecas para buscar el último resquicio de fuerza. Se empujó con las manos y se puso en pie, pero tambaleándose un poco hacia delante. Se echó hacia tras y se golpeó los hombros con la puerta. No debía importarle el dolor. Cuando la oscuridad dejó de ser tan extremada y ella dejó de tambalearse, se desplazó para agarrar el pomo. Pero estaba a varios centímetros más alto que sus manos.

Podría alcanzarlo, o casi. Alzándose torpemente sobre los dedos de los pies pudo capturarlo con las yemas de los dedos. Antes de poder girarlo, dejó algo de espacio dando algunos pasos temblorosos en la oscuridad. Se prometía a sí misma que casi le había dado la vuelta completa mientras daba un saltito torpe hacia la puerta nuevamente. Volvió a estirarse sobre los dedos de los pies y presionó los dedos de las manos contra el pomo con tanta fuerza que sintió que le quemaban. Si se inclinaba hacia la derecha, podría moverlo. La puerta se abrió hacia ella a la vez que tiró y le golpeó la parte trasera de las piernas. Se movió unos cuantos centímetros hacia delante para llevarse la puerta con ella. Estaba a punto de repetir el proceso cuando todo el vigor pareció caérsele por las piernas abajo hasta llegarle a los pies. Perdió el equilibrio, lanzándose hacia atrás y cerrando la puerta de golpe.

Solo se trataba de su primer intento. Podría hacerlo otra vez. De hecho, podía; pero aquel procedimiento repetitivo solo conseguiría que la puerta se cerrara burlonamente una y otra vez. Cuando intentó dejar la puerta abierta unos tres centímetros y agarrarla por el borde hasta que se abriera un poco más, parecía cerrarse sola aunque ella no perdiera el equilibrio. Empezó a llorar frías lágrimas pegajosas que zigzagueaban entre la cinta y sus mejillas. ¿Qué otra cosa podía hacer, sino ensayar su grotesca canción con la puerta hasta que su público regresara a casa? Ninguna otra cosa en aquella habitación invisible le proporcionaba nada más parecido a la esperanza. Sus actos se habían vuelto virtualmente irracionales: luchar contra el pomo de una puerta; tambalearse unos cuantos centímetros; perder el equilibrio; volver hacia atrás... A pesar de lo distante que le parecía a sus inutilizados oídos, ¿no era aquello el sonido del timbre de la puerta?

Al sonar por segunda vez se dio cuenta de la oportunidad que estaba dejando pasar. Comenzó a golpear la puerta tan fuerte y alto como pudo. El timbre volvió a sonar y rezó para que la persona que estuviese afuera se impacientara al oír el barullo

que estaba formando Patricia; que se impacientara lo suficiente como para hacer algo al respecto. Solo la sensación de que alguien la escuchara era un alivio desesperado, siempre que aquello condujera a alguna parte.

—¡Estoy aquí arriba! —intentó gritar Patricia pese a su mordaza—. ¡Déjeme salir o busque a alguien que pueda sacarme!

Dudley iba pensando cuál sería la forma más entretenida de hacerle saber al paquete que había llegado a casa cuando vio a Brenda Staples en la puerta. Seguramente estaba buscando a su madre, a menos que finalmente hubiese comprendido que valía la pena conocerlo. No podía sospechar nada, pero se escondió entre las dos casas mientras pensaba en un saludo apropiado que sonara inocente. Antes de poder hacerlo, ella lo vio.

—Dudley —lo llamó, como si fuese su profesora.

Se cobraría lo insufrible de su comportamiento con el paquete. Al parecer se creía con derecho a estar frente a la puerta de su casa con los brazos cruzados y a preguntarle:

—¿Dónde te escondías y de quién?

—Olvidé algo.

—Parecía que no querías encontrarte conmigo.

—Tengo muchas cosas que hacer, eso es todo.

Aquello estaba agravando aún más la furia que el falso señor Matagrama le había provocado.

—¿Qué quiere? —dijo.

—No tienes por qué hablarme así. Estoy segura de que a tu madre no le gustaría.

Después de soltarle aquello, continuó:

—¿Hay alguien trabajando en vuestra casa?

—Yo. Ya sabe lo que soy, escritor.

—Me refiero a trabajar de verdad, el trabajo que hacen los obreros.

No importaba lo que dijese con tal de quitarse a la anciana de su camino y mandarla de vuelta a su casa.

—No hay nadie. No necesitamos nada.

—Bueno, estoy segura de que hay alguien ahí dentro.

—No hay nadie —dijo Dudley con la terrible idea de que Kathy hubiese llegado a casa—. ¿Por qué lo dice?

Brenda Staples levantó la cabeza. Pensó que su mirada fija era la única respuesta que le iba a dar, pero entonces vio el gesto con el que señalaba a su casa.

—¿Cómo explicas eso? —dijo.

Se trataba del paquete. Seguramente estaba dando patadas a los laterales de la bañera. Mientras que cesaran los golpes para poder convencerla de que aquel ruido no venía de su casa, ella creyó que su silencio se debía a la confusión.

—¿Habrán entrado alguien? —dijo sin estar muy convencida—. ¿Llamo a la policía?

—No —espetó Dudley intentando reír—. ¿Para qué íbamos a necesitar a la policía? Solo les haríamos perder el tiempo.

—No intentes impresionarme con tu virilidad. Quizá no puedas con quien haya

dentro. La mitad de esa gente anda metida en drogas.

—Sí puedo.

Ahora los golpes se hallaban en su cabeza, por lo que pensó que se había escapado de la casa.

—Solo es algo que me dejé enchufado.

—¿Enchufado? —dijo Brenda Staples mirándolo con una incredulidad que no pudo contener—. ¿Ahora me vas a decir también que escuchas esa clase de ruidos mientras escribes?

—¿Por qué no?

No sabía si lo que aumentaba era el ruido o su percepción de él.

—Cualquier cosa que me ayude a escribir está bien —dijo, casi gritando.

—Bueno, pero no lo está para el resto de nosotros. Estoy segura de que tu madre no lo soportaría si estuviese aquí.

—¿Cómo sabe que no está? —dijo Dudley por si podía serle de ayuda.

—He llamado al timbre y no ha venido a abrir. He llamado muchas veces. Ella no está tan absorta en su propia mente como otros.

Brenda Staples volvió a mirar abajo antes de añadir:

—Según me dijo, estaría fuera el fin de semana. Supongo que por eso estás armando todo este barullo.

Apenas podía fingir ser amable.

—¿Por qué se lo dijo?

—Probablemente para que le echara un ojo a la situación.

—¿Cómo?

Su apretada sonrisa apenas dejaba pasar las palabras.

—¿Qué situación?

—Vuestra casa.

Frunciendo el ceño y agitando o, más bien, torciendo la cabeza, comentó:

—Me sorprende que a tu edad llames música a esa clase de jaleo. Algunos críos conducen con eso puesto en sus coches y nos lo hacen escuchar al resto, pero no es propio de nuestra vecindad.

Tras realizar el esfuerzo de soltar una carcajada para acompañar la sonrisa, dijo:

—Yo no lo llamo música.

—¿Entonces qué demonios se supone que es?

Estaba a punto de echarle la culpa a la televisión cuando pensó que a lo mejor podía haber espiado por la ventana del salón y haber visto que estaba apagada.

—El ordenador —dijo en el momento en que le llegó la idea a la cabeza.

—¿Me estás diciendo que hace ese ruido cuando no lo estás utilizando? Ahora me explico por qué escribes lo que escribes.

—No, claro que no lo hace —respondió dándose cuenta de que el ruido le impedía pensar.

—Es, es una... ya sabe a lo que me refiero, una alarma. Un programa de alarma.

Me avisa de que me olvidé de apagar el ordenador.

—Entonces me parece que se te olvidó. Esperaré aquí mientras lo haces.

Se apartó lo suficiente para dejarle paso y se giró para observar su progreso.

—No hay necesidad de que lo haga —dijo a través del poco espacio que se forzó a abrir entre los dientes.

—Insisto. Me quedaré fuera escuchando por si haces algún otro ruido.

Seguramente el golpeteo había aumentado porque se hallaba más cerca de la casa. Sacó las llaves y estuvieron a punto de caérseles cuando se dio cuenta de que el ruido era el de una puerta cerrándose. Le habría gustado que hubiese sido por culpa del viento, pero la tarde estaba tan en calma que toda la atención se dirigía hacia aquel sonido. Hundió la llave en la cerradura y la giró. El ser observado lo paralizaba. Las dudas solo empeoraban la situación. Abrió la puerta y entró en la casa.

El recibidor estaba vacío. El ruido venía del piso de arriba. Se volvió hacia Brenda, que había dado solo un paso tras él.

—Buenas noches —dijo cerrando la puerta.

El sonido hizo eco arriba. Mientras subía las escaleras corriendo, el ruido del golpeteo de la puerta del cuarto de baño pareció mezclarse con el de algunas pisadas. Agarró el pomo y este se retorció como un insecto moribundo. Empujó la puerta e irrumpió en la habitación.

El paquete se echó hacia atrás. Esperaba que se debiese tanto al miedo como a la falta de equilibrio. La parte trasera de las piernas del paquete golpeó el borde de la bañera y se quedó sentado sobre la montaña de objetos que había colocado allí. Terminó con los hombros y la cabeza en el sillón, apoyado sobre la esquina de los grifos y reposando sobre las torcidas puertas del armario. Al menos parecía no haber roto nada. Los débiles intentos del paquete por ponerse derecho le provocaron un excitante disgusto y sintió muchas ganas de intensificarlo. Estaba decidido a sacar algo de provecho del día para compensar el resto. El paquete todavía no había experimentado lo que era la verdadera indefensión y aún tenía que luchar con mucho más entusiasmo antes de que todo terminara. Entonces una oleada de frustración que le despegó los labios de los dientes apretados: vio un problema. No podía dejar al paquete demasiado inutilizado, no podría llevarlo adonde tenía la intención de disponer de él ahora que Brenda Staples podía estar observando. Tendría que poder caminar.

En aquel momento parecía incapaz de levantarse. Sus inútiles intentos le enfurecían.

—Sal de ahí, zorra inútil —le gruñó—. ¡Mira el lío que has armado!

Lo agarró por los hombros y tiró de él por la habitación hasta la esquina donde terminaba el espejo. Puso el bulto de la cabeza del paquete frente a su propio reflejo y lo dejó allí como a un sospechoso esposado mientras llevaba el sillón hasta el rellano de la escalera y apoyaba las puertas del armario contra el pasamanos sobre el hueco.

El paquete intentaba retirarse de la pared. No sabía que estaba frente a su propia

imagen y aquello era tan bueno como irracional. Fuese lo que fuese alguna vez, ahora apenas le parecía humano. Pronto dejaría de serlo por completo, pero primero tendría que pasar las horas que le quedaban de alguna manera.

—Vuelve a tu agujero —dijo a la vez que lo sostenía por los hombros y lo empujaba hacia la bañera.

Apenas podía caminar. El paso lento arrastrando los pies no se correspondía con la velocidad a la que lo instaba a cruzar la habitación. Aquello no le serviría de nada cuando tuviera que llevarlo afuera.

—Ve adonde te he dicho —le gruñó a la vez que le daba empujones en la parte trasera de las piernas contra la bañera.

Cuando el paquete comenzó a inclinarse, lo dejó ir y se cayó de golpe.

Tuvo la esperanza de que aquello lo dejara sin algo más que respiración durante un rato. El golpe pareció haber dejado aturdido y quieto al paquete, pero no por mucho tiempo. El bulto marrón de una cabeza se elevó hacia él mientras el cuerpo reptaba para quedarse sentado apoyado contra el extremo de la bañera. El bulto dejaba adivinar sus facciones lo suficiente para parecer estar mirándolo con un gesto de desafío ciego. ¿Se imaginaba el paquete que sentándose podría evitar que lo cubriera con la tapadera? Aquello lo único que demostraba era su insensatez.

—No importa lo que quieras parecer. Recuerda lo que le ocurría a la chica en las historias —le advirtió, dándose cuenta de que ella no había leído la suya propia.

Enseguida supo cómo podrían pasar el tiempo hasta que oscureciera.

Primero quiso comer algo. También le habría gustado dormir algo. Sería más que injusto que el paquete le sorprendiera dormido después de haber permanecido despierto para asegurarse de que no escapaba. Al menos no comería nunca nada más. Salió de la habitación sonriendo sin hacer el menor ruido para que creyera que seguía allí observándolo. Bajó corriendo y cortó una rebanada de la barra que había en el frigorífico. Después la puso en un plato con un pedazo de cheddar y trajo el envase de la mantequilla, que Kathy tanto había insistido en que cambiara por margarina. Cogió un cuchillo del escurridor para untar el pan y mientras se apresuraba a regresar al baño, se acordó de que tenía que echar el cerrojo a la puerta para evitar a intrusos.

Por lo que veía, el paquete no se había movido. Esperaba que tuviera miedo de hacerlo. Se encorvó para llevar su cabeza cerca del objeto que una vez había sido lo mismo y se alegró al ver que se sobresaltaba cuando gritó:

—¡He vuelto! No te has enterado de que me había ido.

Cuando terminó de hablar, para su frustración, se dio cuenta de que se había calmado y no estaba tenso en absoluto. No podría permanecer tan tranquilo dentro de su envoltorio una vez que él comiera. Se sentó en el inodoro con la tapadera bajada y puso el paquete de la mantequilla sobre el lavabo mientras cubría el pan con una gruesa capa.

Mordió un poco y después le dio un bocado al queso.

—Apuesto a que no sabes lo que estoy haciendo ahora mismo —dijo después de

tragárselo todo.

¿Y si pensaba que se estaba masturbando? No supo si reírse de su error o enfadarse por la presunción de pensar que pudiera provocarle aquel efecto. Abrió el grifo del agua fría y le salpicó al paquete. Al oscurecerse la mancha en su pecho abultado, dio un satisfactorio respingo antes de poder recuperar el control.

—¿Te imaginas lo que es? —gritó—. Apuesto a que te han salpicado más de una vez en tu vida.

Aquella idea le quitó el apetito. Tuvo que respirar profundamente y tragar con más fuerza para recuperar el hambre. El esfuerzo por hacer que el bocado bajase aumentó su odio e inflamó sus pensamientos.

—¿Por eso querías que contratara al señor Matagrama? —preguntó—. ¿Esperabas que él te lo hiciera?

La idea de que ella hubiera arruinado la película por aquel motivo le hizo desear que el cuchillo que sostenía estuviese afilado. Podría utilizarlo para sacarle un ojo, o los dos, pero para eso tendría que desenrollar el paquete antes de tiempo. Tenía que recordar que no debía hacer nada que pudiera entorpecer el deshacerse de él sin que nadie se diera cuenta, pero quería una respuesta.

—¿Sabes de lo que te hablo? Si no, mejor será que me lo demuestres.

El paquete no se movió. ¿Se atrevía a desafiarlo?

—Muévete algo mientras puedes —gritó—. ¿Sabías que el actor quería echar a perder mi película?

El bulto de la cabeza se ladeó un poco. Si asentía, le provocaría alguna expresión. Al poco se movió de un lado a otro, con la suficiente energía como para convencerlo de su respuesta.

—Ya me lo parecía —dijo Dudley generosamente—. ¿Solo pretendías ayudarme? No te preocupes, lo has hecho.

Aquello se merecía alguna reacción, pero el paquete no hizo nada. Su cara eliminada podría estar presentándole una indiferencia muda o tal vez podría estar burlándose de él. Aquel secretismo le provocó que dijera con una voz que hizo que le dolieran los dientes tanto como los ojos:

—Ambos sabemos que solo existe un verdadero señor Matagrama, ¿verdad? ¿Quieres saber lo que ha estado haciendo durante todo el fin de semana?

El bulto, sin llegar a ser una cara, le miró. Pronto lo parecería sin todas aquellas envolturas; un objeto desprovisto de sus rasgos. Tenía que acordarse de escribir aquello en alguna de sus historias.

—De acuerdo, te lo contaré —dijo—. Solo deja que termine de cenar.

Cuando terminó, el bulto estaba apoyado sobre la pared alicatada. Iba a animarlo. Llevó el cuchillo, el plato y el envase de la mantequilla al rellano y se apresuró a imprimir sus últimos relatos. El papel olía como si el calor del día se hubiese concentrado en él.

—Deberías estar orgullosa —dijo mientras se reunía de nuevo con su público—.

Estas son sobre ti.

No parecía especialmente orgullosa, aunque el nombre que había en todas ellas era el de Patricia. Quizá había olvidado ya cómo se llamaba. Al principio mantuvo la cabeza levantada como si quisiera oír su historia, pero antes de que hubiese terminado de leer lo de Patricia en la bañera, el bulto se echó hacia atrás. Aquella actitud le resultó insultante: ya había tenido más tiempo que él para descansar hoy. Aunque ya había oído parte del relato cuando no tuvo mucho éxito al representarlo en directo, no podía admitir aquello como excusa. Además se mostraba bastante insensible ante el destino de la chica sin extremidades, la ciega y la sorda. Intentó gritar un poco más y acercarse a su embrionario oído. Aquellos métodos tampoco hallaban respuesta siempre y en cualquier caso, los efectos que causaban no eran los que se conseguían en las historias, lo cual era injusto para él y para su trabajo. Intentó contener su rabia acordándose de que estaba leyendo los relatos para hacer tiempo. Pronto estaría lo suficientemente oscuro para necesitar encender la luz del cuarto de baño, pero no lo suficiente para poder arriesgarse a sacar el paquete fuera de la casa. Estaba a punto de volver a leer todas las historias cuando encontró otra alternativa.

—También puedes escuchar las demás —dijo, saliendo disparado hacia su habitación.

Primero leyó la historia de Greta en Moorfields, aunque aquello le recordó los obstáculos que había encontrado en su carrera. Cambió el nombre de la chica por el de Patricia, pero al acordarse del enfado de su público y el impedimento para que su historia fuese publicada, cambió el nombre del personaje por el de Paquete. Empezó a utilizar aquel nombre también en las otras historias a medida que oscurecía tras la ventana que había por encima del lavabo. Mucho antes de que terminara, había empezado a sentir que los ojos también se le oscurecían, pero no sucumbió a la tentación de leer más rápido, a pesar de la indolencia de su público mientras él hacía todo el trabajo. Fue reduciendo la voz hasta que aquello le empezaba a recordar a una cinta de audio y entonces gritaba o se acercaba más al paquete, o hacía ambas cosas a la vez siempre que quería asegurarse de que no se durmiera. Finalmente, cuando la última Patricia fue eliminada, recogió todas las páginas esparcidas por el suelo del cuarto de baño. Las apiló en su cama y asomó la cabeza por la ventana.

Algunas farolas iluminaban la calle desierta. Sobre la brillante cima de la colina verde, el cielo habría parecido tan sólido como el carbón si no llega a ser por las estrellas. No había luz en la casa de las Staples ni en las demás que alcanzaba a ver. Eran casi las dos de la madrugada y sonrió al pensar que todos sus vecinos se hallaban durmiendo profundamente, como animales en sus corrales teniendo sueños sosos, si es que soñaban algo, sin tener ni idea de su identidad ni de sus aventuras. Cerró la ventana con cuidado y se dirigió al cuarto de baño.

—De acuerdo, se acabó la espera —dijo.

Creyó que el bulto de la cabeza no sabía si levantarse o acobardarse. Por supuesto, no sabía lo que le estaba proponiendo.

—Es hora de dejarte marchar —dijo—. Hay que ponerte los zapatos.

El paquete se agachó y tendió las muñecas hacia donde él estaba. Al observar la fuerza con la que agitaba las manos, vio lo que se había imaginado o esperado.

—No, no lo harás tú —dijo con una sonrisa que estuvo a punto de traicionarlo—. Los traeré.

El paquete no se sentó enseguida. Estaba a punto de pincharle un tacón en el pecho cuando, de mala gana o exhausta, se cayó hacia atrás. Le puso unas zapatillas de deporte en los cálidos y poco atractivos pies y ató los cordones con lazadas tan fuertes como las que Kathy solía hacerle a él antes de ir a la escuela de secundaria.

—Levanta las piernas —dijo—. Vamos a separarlas, a menos que ya no te acuerdes de lo que es.

Por alguna razón que desconocía, el paquete no tenía voluntad.

—¿No quieres salir caminando de aquí? —tuvo que gritarle.

Solo las levantó unos centímetros. Agarró un tobillo y se las subió hasta que encontró el final de la cinta. Hundió la uña bajo el pegajoso borde y despegó la cinta adhesiva. Las seis vueltas que tenía. Tenía la misma cantidad en las muñecas y en la cabeza. Consiguió quitarse la maraña de las manos sin perder el temperamento y la tiró al cubo de la basura de debajo del lavabo. Después acercó su cara a la enrollada.

—Ya puedes levantarte —dijo.

Quizá el paquete no podía hacerlo sin ayuda. Sus esfuerzos, aunque eran entretenidos, no tardarían mucho en enfurecerlo ya que había perdido muchas horas de sueño. Lo agarró por el omóplato y lo empujó hacia los pies.

—Levántate —urgió con impaciencia—. Sal de la bañera.

Parecía que tenía que volvérselo a repetir y esta vez utilizando la pierna, a menos que estuviese intentando frustrarlo deliberadamente. Finalmente, el pie izquierdo llegó al borde del lateral de la bañera y salió por fuera. Él lo sostuvo por el hombro mientras salía el otro pie detrás. En el momento en que ambos pies estaban sobre el colchón, lo soltó.

—No te vas a caer, ¿verdad? —dijo—. Aún no —musitó.

Le colocó una mano sobre el hombro, que se movía como dolorido, por si el paquete perdía el equilibrio al salir del colchón. Aunque tembló cuando sus pies tocaron el suelo, no se fue hacia delante. Abrió la puerta y llevó al paquete por el otro hombro fuera de la habitación. Aceptó su guía hasta las escaleras, pero uno de sus pies tocó aire en vez de suelo, retrocedió tan violentamente que tuvo que dar un salto hacia atrás para evitar que su cuerpo rozara el suyo.

—No te preocupes, no voy a dejar que te caigas por las escaleras —dijo—. No quiero más alborotos en casa.

El paquete se tomó su tiempo y el de él, que era más importante, para bajar las escaleras. Más de una vez se sintió tentado a darle un empujón en vez de sostenerlo por el hombro, pero todavía no podía arriesgarse a herirlo. Una vez que estuvo a salvo en el recibidor, abrió la puerta unos cuantos centímetros y miró a ambos lados

de la calle. Se encontró con una melosa brisa que hacía que los árboles de la colina se movieran en suaves oleadas, lo que le hizo imaginar que el cielo era una masa de agua negra. Aparte de la brisa, no había ningún otro signo de vida fuera de la casa. Llevó su carga al sendero y cerró la puerta. Después condujo al paquete a empujones hasta el otro lado de la calle y hasta lo alto del camino de hierba. No aminoró el paso hasta que pudo observar las casas desde los árboles; aunque tenía que ir animando a andar al paquete hablándole con los labios casi rozándole la oreja.

—Te voy a dejar ir —dijo.

Aquello era bastante cierto: en lo alto del borde sin vallar de la pendiente sobre la carretera que iba por la parte más alta de la colina.

—No volverás a verme —dijo.

Cuando Patricia sintió la brisa supo que se encontraba fuera de la casa. Aquella era la única forma por la que lo pudo averiguar. Sus piernas apenas parecían pertenecerle y sus pies eran incapaces de identificar lo que pisaban. Tenía que ser el sendero del jardín de los Smith, pero el esfuerzo que estaba realizando por caminar no les daba a sus piernas ninguna posibilidad de experimentar nada más específico y las suelas tan gruesas de sus zapatillas no ayudaban. Tenía que ser de noche y lo bastante tarde como para que Dudley se arriesgara a sacarla de la casa. En tal caso la calle estaría tan en calma como le parecía a ella y cualquier sonido que hiciese despertaría a los vecinos. Lo único que podía hacer era dar patadas al suelo, pero ¿cuánto tiempo la dejaría estar de pie? Nunca lo sabría si no lo intentaba, pero apenas había empezado a flexionar los músculos de sus piernas cuando Dudley la agarró por el hombro magullado con los dedos índice y pulgar, como si estuviese sosteniendo un objeto desagradable, y la empujó hacia la oscuridad.

Hacía lo posible por resistirse, pero él la llevaba tan deprisa que la poca fuerza que tenía para caminar la tenía que invertir en mantener el equilibrio. Cuando pudo encontrar algo de energía para resistir, comenzó a empujarla cuesta arriba. Algo le arañó los vaqueros y se los rompió; entonces pudo deducir que estaban subiendo por el camino que conducía a la cima de la colina. Sintió como si la hubiesen despojado de la mayor parte de su vitalidad junto con su vista y oído. Sin embargo, sus debilitados esfuerzos por ser pesada y torpe provocaron que Dudley le dijera al oído:

—Te voy a dejar ir. No volverás a verme.

¿Significaba eso que la iba a liberar y que él iba a esconderse? Por mucho que deseara ser libre, no podía dejar que él se escapara también y pudiera encontrar a otras víctimas y que las tratara peor que a ella. Tenía que imaginar que ella iba a sobrevivir porque había tenido una especie de relación con él, por mucho que su mente la hubiera estropeado. Quizá él aún pensaba en ella como su publicista o incluso más improbablemente, como un apéndice de su escritura. Aquella posibilidad le hizo querer arrancarle de cuajo su odioso gruñido. El sendero de debajo de sus pies se volvió menos irregular. O quizá sus piernas habían recuperado parte de la estabilidad y podían sentir que habían llegado al campo abierto, donde había espacio suficiente para que corriera la brisa. Le despeinó el poco pelo que le sobresalía por fuera de la cinta y le acarició el tramo de garganta que había quedado libre bajo aquel pegajoso envoltorio. Retiró el hombro para deshacerse del agarre de Dudley y movió los dedos de una mano para indicarle que le desatara las muñecas.

—Aún no —dijo—. Alguien nos podría estar mirando o escuchando.

Le habría asegurado que no haría ningún ruido si hubiese dispuesto de alguna forma de comunicárselo. Quizá habría sido verdad durante un rato. Se quedó como estaba por si aquello podía hacerle cambiar de opinión, pero cuando le pellizcó el hombro ella se soltó.

—¿No quieres que te toque? —dijo su apagada voz—. No es así, ¿verdad? Haz lo que te he dicho y no lo haré. Camina hacia delante. Hay un sendero.

O el suelo se había vuelto suave bajo sus pies o se trataba de su percepción de lo que pisaba. Había dado algunos pasos cada vez menos dudosos y empezaba a ganar confianza en su capacidad para permanecer derecha cuando Dudley comenzó a reírse.

—No tan recto. Gira a la derecha o te meterás en los arbustos.

¿Le divertía el espectáculo de jugar con ella como si fuese una muñeca? Podría soportarlo si aquello la salvaba de algo peor. Cambió de rumbo en la dirección que le había indicado y le dijo con algo menos de regocijo:

—Tampoco tan a la derecha. Ve un poco hacia la izquierda o tendré que ir a por ti de nuevo. Un poco más. ¿Intentas ser graciosa? Eso es, como si no lo supieras. Adelante.

Por lo visto, al final el espectáculo lo satisfizo. Según pudo adivinar, se quedó en silencio durante un momento. Mientras caminaba hacia delante con cuidado, se esforzó por percibir alguna sensación a su alrededor, pero lo único que era capaz de sentir en la oscuridad que la envolvía era el olor a madera quemada y el aroma de las flores en la noche, flores que era incapaz de identificar.

—No vayas tan rápido —dijo Dudley.

¿Estaba perdiendo la voluntad de sí misma? De pronto aquel control sobre sus huesos y el confinamiento de sus percepciones se hicieron casi insoportables y lo único que podía hacer era seguir hacia delante aunque los dejara atrás.

—Ahora sigue y cáete —dijo Dudley.

No sabía si aquello era una advertencia o la expresión de un deseo. Dio un paso dudoso y el pie tocó el aire. Mientras lo sostenía en la nada, sintió como si estuviese a punto de perder algo más que el equilibrio. Echó su peso hacia delante y el pie tocó una superficie plana. El impacto le sacudió la pierna y el dolor le llegó hasta la rodilla. Creyó que se le iba a salir la articulación cuando pudo apoyarse en el otro pie sobre la roca.

—Ahora a la izquierda —dijo Dudley—. Estás en lo alto.

La roca era más escabrosa que el sendero que había seguido. Quizá las caídas no eran demasiado abruptas, pero sí lo bastante para que la dejaran sin saber si el sendero seguía hacia arriba o hacia abajo. Los pasos que tenía que dar de una erosionada losa a otra eran desconcertantes, particularmente porque estaba siendo dirigida por su cada vez más impaciente secuestrador. Creyó que había agotado su paciencia cuando este dijo:

—Detente.

Puso en el suelo el pie izquierdo y encontró suficiente espacio para apoyar el talón. Retrocedió y casi se cayó en la oscuridad. Mientras trataba de recuperar el equilibrio, con las manos atadas detrás agarrándose al aire, escuchó que Dudley dijo:

—¿Quién hay ahí en el observatorio? ¿Nos está mirando?

Patricia se giró, pero se dio cuenta de que no tenía ni idea de adónde mirar para

hacer notar el apuro en que encontraba. Movía la cabeza de lado a lado con la esperanza de hacer más visible su estado cuando Dudley dijo:

—Está bien. Es la luna.

¿Creía que ella también sentía el mismo alivio que él? Más bien aquel intermedio habría sido una broma para burlarse de sus esperanzas. Aquello le hizo ser más consciente de su ceguera, de la luna que no podía ver, del cielo y de todo lo que había debajo de este. Sintió como si la ceguera hubiese ganado peso, dejándola en el sitio hasta que Dudley gritó:

—He dicho que está bien. Adelante, un gran paso hacia abajo.

El paso no fue tan profundo como se había esperado, lo que le hizo perder confianza. Antes de estar segura de dar otro paso, llevó el pie arriba, luego abajo y luego otra vez arriba. Mientras se preguntaba si Dudley la estaba guiando por la ruta más difícil para divertirse, él dijo:

—¿Qué es eso? ¿Un perro?

Podría ir con su dueño. Patricia no tenía ni idea de a qué distancia podría estar, pero se detuvo en la roca sesgada y giró la cabeza de un lado a otro. Aunque ella no pudiera ver, quizá sí podía ser vista. Contuvo la respiración hasta que escuchó una carcajada.

—No sé por qué, pero llevabas razón. No es un perro —dijo Dudley como si ella debiese alegrarse—. Solo es un zorro.

¿Lo habría sido? ¿Habría estado allí? Pensó que podía estar aburriéndose con su progreso y por eso la hostigaba con sus bromas. Dirigió su tránsito por dos rocas más cuando dijo:

—Un helicóptero.

Si era verdad, ella no lo oía. Pensó en saltar para llamar la atención de la policía, si es que eran ellos. No le había dicho que se quedara quieta; tampoco cuando ella intentaba localizar un sitio lo suficientemente nivelado para que ella se arriesgara a saltar ciegamente. ¿Parecía una parrandera? Seguramente debía aprovechar la oportunidad, pero entonces Dudley dijo:

—Se va por ahí, por el mar.

Aquello eran kilómetros y kilómetros de distancia. No sería más visible que una aguja en un pajar. Pensó que habría mostrado más preocupación por sí mismo si de verdad hubiese estado cerca, a menos que hubiese decidido que nadie le iba a estropear el plan. Así fue cómo sonaba mientras volvía a decirle cómo y hacia dónde moverse. Casi se había acostumbrado ya a sus cortantes frases, cosa que al menos significaba que había dejado de hacer bromas, cuando dijo:

—Todo está en blanco y negro. Es como estar en una película. ¿Se imaginaba que estaba en la suya? Era crucial que pensara alguna forma para hacerle recordar que ella era real. Podría ser un buen truco que se equivocara al seguir sus instrucciones. Avanzó un paso y sintió que el pie se le desnivelaba. Como si aquello le hubiese dado la entrada, él dijo:

—Por ahí no. Sigue recto.

Llevó el otro pie a la superficie, que era completamente lisa. Era mucho más reconfortante que cualquier otra cosa desde que había caído en sus garras. ¿Podría ser aquel intento por su parte de llevarla por aquel camino otra de sus crueles bromas? Mientras ella dudaba, él dijo:

—Date prisa. Sigue recto y nos podremos decir adiós.

Aquello no podía ser una broma. Seguramente no se imaginaba que ella seguiría obedeciéndolo si se hubiese tratado de una.

—Un poco más a la derecha —dijo cuando ella comenzó a moverse en aquella dirección—. Ahora recto. Un poco más a la izquierda. Para, párate ahí.

La última palabra pareció como la amenaza de volver a agarrarla del hombro y ella se detuvo en lo que parecía la cima de una pendiente. Pensó que lo único que quería era enviarla cuesta abajo y después huir sin ser visto. Se preparó por si la empujaba y deseó que dijera algo. Cuando lo hizo, sus palabras confirmaron sus sospechas.

—Estarás abajo en un momento. Esto no debería dolerte —dijo.

«Esto no debería dolerte». Se refería a quitarle la cinta, pero tampoco creía que la caída desde doce metros le doliese, ni tampoco el choque contra la carretera. Solo porque la conociese mejor a ella, no había necesidad de imaginarse que experimentaría más dolor que sus predecesoras. ¿Tendría que esperar a que pasara un coche para terminar el trabajo? Podría liberarle las muñecas mientras esperaba, pero ¿a qué distancia tenía que estar el coche para que le desenrollara la cabeza y le diese el último empujón? Estaba mirando la carretera desierta que se curvaba para después desvanecerse entre la pendiente de las rocas hacia el afilado horizonte blanco sobre el negro mar cuando el paquete se movió hacia delante.

—Cuidado —gritó—. Da un paso atrás.

Quizá la elección de sus palabras había confundido al paquete, o quizá este había perdido el equilibrio. Los dedos de sus pies estaban a tres centímetros del borde y parecían contener el temblor. Aquella vista era lo más frustrante de todo porque lo habría disfrutado más si el resultado no hubiese sido tan prematuro. No podía dejar caer al paquete sin antes desenrollarlo o quien lo encontrara pensaría que no había sido un accidente. Con mucho esfuerzo, abandonó la excitación que sentía ante aquel espectáculo y retiró al paquete del borde.

—He dicho que atrás —susurró entre dientes.

La soltó en cuanto estuvo a salvo.

No iba a perder el tiempo esperando que pasara un coche. La caída terminaría su tarea. En vez de empujar al paquete por el borde, lo llevaría a dar un paseo más arriba para que lo primero que cayera fuese la cabeza. ¿Cómo sería el golpe? Sonrió anticipadamente mientras se encorvaba para encontrar el extremo de la cinta que envolvía las muñecas y después se irguió tan rápido que la negrura del cielo pareció metérsele dentro de su dolorida cabeza.

La falta de sueño podría estar mermando su habilidad para pensar y las demás distracciones tampoco habían sido de gran ayuda: la ilusión de un observador en el observatorio, el zorro, el helicóptero de la policía... No podía permitir que descubriesen al paquete tan cerca de su casa, especialmente porque se suponía que se había marchado a Londres. El hecho de que vivo le podría haber sido de ayuda no probaría su inocencia. Aunque caminara toda la noche con él, ¿llegarían lo bastante lejos como para que nadie los relacionara? También estaba el problema de que se le podían quedar restos de las ataduras. ¿Había ignorado las débiles marcas de sus tobillos como si fuesen demasiado insignificantes como para traicionarlo? La mejor solución sería que nunca lo encontraran.

Lo miró a él y después a su alrededor. Todo el paisaje parecía paralizado por la luz de la luna, tan inerte como el molino de al lado del puente. Aquella quietud parecía negarse a prestarle ayuda. A su izquierda, más allá del río la perspectiva hablaba, el cielo color ámbar brillaba sobre Liverpool en señal de advertencia. A la

derecha, el lejano mar descubría sus territorios, una blancura que le recordaba a la página en blanco de una máquina de escribir. Detrás de él, la cima conducía hacia el desusado observatorio pasando por el molino. Ambos edificios estaban cerrados con llave y no le servían de nada. El mar y el río estaban demasiado lejos para llegar andando. Los trenes habían dejado de funcionar y parecía que ni siquiera podía confiar en que la autopista le ofreciera algo de tráfico que dejara al paquete irreconocible o al menos, desprovisto de cualquier resto de envoltura. Por encima del puente, la ladera de la colina bajaba hacia Birkenhead, cuyas calles serían igual de inútiles. Le escocieron los ojos aún más al mirar fijamente a lo largo de toda la colina, cuya oscuridad era tan mitigada que no le serviría para esconder allí el paquete. No debía dejar que su imaginación se rindiera, ya había perdido gran parte de la noche. Entonces se acordó de la vista desde el tren.

Al lado de la autopista había un campo donde la gente solía pasear a sus perros. Estaba seguro de que incluso ahora, a estas altura del verano, estaría embarrado. Enfrente de las vías, al otro lado del campo y bajo la colina, había algunos huertos y en algún cobertizo encontraría herramientas, una pala. La realidad se volvía a poner de su parte. Abrió la boca para darle al paquete algún indicio de las buenas noticias y vio que se estaba acercando al borde.

—Aún no —dijo, hundiéndole el índice y el pulgar en el hombro para ponerlo a salvo.

Se retorció de dolor con su gruñido. Mientras se limpiaba la mano en los pantalones, el paquete colocó los pies fuera de la roca, un gesto que sugería desafío incluso antes de que moviera los dedos para indicarle que le liberara las manos.

—He dicho que aún no —le dijo—. Aún estamos demasiado cerca de la gente.

Al bajar los dedos y el bulto de la cabeza, mantuvo la postura.

—Date la vuelta. Más. No he dicho que pares. Para. Recto hacia delante.

Le daba las instrucciones y observaba cómo volvía al camino por el que había llegado.

—A mí también me cansa esto, ¿sabes? Ya mismo podrás tumbarte.

Tanto que nadie lo encontraría nunca. Creía que podría dormir durante días. No cabía duda de que el paquete no lo entendía, o no le importaba lo mucho que le costaba la tarea de dirigirlo. Era suficiente con unas cuantas sílabas.

—Arriba —seguía diciendo—. Abajo.

Pero la sensación de poder que aquello le daba empezaba a hacerse pesada, en especial porque el paquete parecía tener prisa por llegar al final de su caminata. Tenía que echar mano de su imaginación para seguir interesado.

—Estás caminando sobre un dinosaurio. Esas son sus escamas. Cuidado, no lo despiertes —decía—. Ahora te estás bajando de uno de sus labios. Hay muchos a tu alrededor, ten cuidado o te cogerán los pies.

Sentía como si estuviese soñando en voz alta, pero su público no mostraba la más mínima apreciación por su creatividad. Al pasar por el observatorio apretó los dientes

por el mal humor. Entonces apareció la vista de la pendiente cuesta debajo de la colina. Los huertos y el pie de la colina estaban separados por un camino. Las parcelas rectangulares le recordaban a tumbas con espacios para escribir. Mientras seguía al paquete por el estrecho sendero de hierba, las parcelas parecían ampliarse como si estuviesen ávidas de un enterramiento. No cabía duda de que sería muy placentero cavar en ellas, pero ¿no se daría cuenta el dueño de que Dudley le había dado un uso extra a una de ellas? Mejor contentarse solo con coger una pala prestada. Aunque quizá tendría que actuar como un criminal y entrar por la fuerza en un cobertizo.

—Mira lo que me haces tener que hacer —murmuró mientras el paquete vaciló irritantemente al pie de la ladera—. No hay peligro, continúa.

Llegaron a una cancela entre los setos que bordeaban los huertos. La puerta estaba sujeta solo con un seguro, pero la palanca estaba rígida por el óxido, por lo que Dudley tuvo que apoyarse sobre él. El seguro cedió con un *clic* tan fuerte como el de la caída del alambre de una trampa para ratones y la puerta emitió un estridente chirrido al abrirse hacia dentro. Todo aquello podía haber sido diseñado para actuar como alarma, puesto que provocó un grito apagado.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién anda ahí?

Parecía que el hablante se había despertado en aquel momento y Dudley sintió como si también lo despertaran a él. En cuanto la puerta de uno de los cobertizos se abrió de golpe a unos cuantos cientos de metros, le puso las manos sobre los oídos y forzó al bulto de la cabeza a ponerse fuera de vista detrás del seto. Un hombre tan grande como el cobertizo salió atolondrado, se puso la mano a modo de visera sobre los ojos y miró por la cancela.

—¿Qué juego es este? —gritó—. ¿Corre que te robo?

Dudley lo agarró más fuerte. Podría haber estado cubriendo los oídos de un niño para impedir que oyera algo inapropiado, precisamente porque el paquete era muy pequeño.

—¿Parezco un delincuente? —respondió.

—No sé qué aspecto tienes, amigo. Quizá debiera ir a ver.

La grandota figura se alejó del igualmente oscuro cobertizo y Dudley vio que blandía una especie de garrote. Tiró de la cara del paquete, lo puso bocabajo en posición de humillación y le pisó el cuello para mantenerlo callado y quieto.

—No pasa nada —dijo, deseando que el hombre no supiera de dónde venía su voz—. Solo quería encontrar algo de privacidad.

—Nos querías dejar algo de abono, ¿eh? ¿Crees que hemos hecho todo este trabajo para que lo utilices como servicio? Eres un gamberro.

—No sabía dónde estaba.

Aunque Dudley no estaba apretando al paquete excesivamente hacia abajo, este empezó a forcejear con todas sus fuerzas, casi le pegó una patada por detrás antes de que Dudley pudiera retirarse, sujetándolo aún.

—Solo vi el seto —dijo, enfurecido, casi suplicando.

—¿Eres de los tímidos? Por tu bien, no seas tan tímido.

El hombre dejó caer de golpe el extremo de su arma sobre el poco iluminado camino y se apoyó sobre ella para volver a observar con la mano sobre sus ojos.

—¿Quién está contigo? ¿Qué estáis haciendo?

—Nada. Por eso necesitábamos el seto —dijo Dudley maldiciendo su delgadez.

—¿No pueden hablar por sí mismos? Quiero oírlos.

—En este momento no es posible.

En el momento en que el hombre avanzó un paso, arrastrando el garrote con un fuerte ruido por el camino, Dudley sintió como si la oscuridad le estuviese apretando el cerebro, convirtiéndolo en una masa de negrura.

—Están, están un poco enfermos —tartamudeó.

—Drogas, ¿no? ¿O es que no quieren que sepa quiénes son?

—Eso es —dijo Dudley aplastando las manos contra el bulto de la cabeza a la vez que evitaba una patada que casi le alcanza—. No hay por qué, no estamos haciendo nada, ¿verdad?

—Depende de lo que estuvieseis a punto de hacer.

El hombre se apoyó sobre el garrote y su voz se volvió algo enigmática.

—¿Seguro que no estabais haciendo nada en el seto?

Dudley se contuvo las náuseas.

—De acuerdo, sí —dijo, aunque le pareció asqueroso.

—¡Sinvergüenzas! ¿No podíais esperar a llegar a casa?

—Yo no soy eso —objetó Dudley, porque aquella idea era aún peor—. Es una chica.

—Entonces deberías ser más romántico, hijo. Cómprale unas flores y llévala a un restaurante decente. Llévala también a bailar y demuéstrole que te importa, después ambos tendréis ganas. Así lo hice yo con mi mujer.

La voz se había vuelto nostálgica, lo que aumentó la repugnancia de Dudley. Tuvo que frenarse y no estrujar la pegajosa cabeza entre sus manos. Evitó otra patada y el hombre dijo:

—Marchaos. Me quedaré observando.

Dudley apenas podía hablar por la repugnancia.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Os estoy diciendo que os esfuméis mientras me siento sentimental. No suelo estarlo muy a menudo. Se acerca nuestro aniversario. Eso es todo.

Dudley vio que la figura agachó la cabeza. Soltó los oídos y agarró al paquete por el hombro para azuzarlo por el seto.

—Vamos —dijo en voz baja, pero lo suficiente fuerte como para traspasar la cinta—. Más rápido. Sigue recto. Por ahora no hay más descansos. Pronto llegaremos.

Cuando llegaron a la esquina del seto, miró hacia atrás. Aunque la figura ya había alzado la cabeza, pensó que apenas podría distinguirlo ni a él ni al paquete. Ahora

que lo habían echado de los huertos, las parcelas le parecían tumbas aún más atractivas. El olor a tierra recién cavada le tentaba las fosas nasales y se le hacía la boca agua. Se dio la vuelta con rabia y se dio cuenta de que la ruta que parecía tener más a mano conducía hasta su casa. Entonces pensó que podrían llegar aún más lejos, hasta el cementerio del final de la carretera.

Aunque adormecida, su mente seguía funcionando. Quizá había necesitado la complicación de los huertos, aunque se sintió más inclinado a pensar que su distracción se había debido al esfuerzo de guiar al paquete. ¿Cuántas horas quedarían para el amanecer? ¿De dónde iba a sacar una pala? Tendría que improvisar y seguramente la vida estaba de parte del señor Matagrama. Al tejado de la iglesia del cementerio se le habían caído todas las tejas; quizá pudiera utilizar una como pala.

—Sigue andando —ordenó—. A la derecha —dijo finalmente—. No te pares. Recto, muñeco estúpido.

El sendero terminaba en la carretera que llevaba hasta la suya. Iba cuesta arriba entre las paredes de roca dando paso a las casas que estaban tan en calma como si carecieran de vida alguna. Empujó a su lenta carga a pasar por ellas y apenas podía resistir el impulso de darle patadas a lo largo del camino. A lo mejor se ofendía o quizá se volvía desafiante y no tenía tiempo que perder en sus payasadas. Lo único que le importaba era llevarlo a su tumba lo antes posible. Al menos no tendría que matarlo; enterrarlo resolvería todos sus problemas.

Se puso delante de él en el cruce de la bajada de la carretera principal. Oyó un coche. Pasó sin que se dieran cuenta y dejó tras de sí una quietud que enfatizaba el murmullo de la ciudad. Dirigió al paquete para que caminara por la acera y subiera a la otra que llevaba hasta su casa.

—Estamos cerca —dijo sonriendo.

Ir delante parecía haber animado al paquete, caminaba más deprisa. Ya veía su casa.

Cuando oyó otro coche detrás de él.

Cuando se giró para mirar, vio que merodeaba por el cruce. Imaginó que le estaba pidiendo prestada toda la blancura a la luna, hasta que giró hacia su carretera. Se trataba de un coche de policía.

Solo tuvo un momento para pensar mientras escondía la cara para que no pudieran reconocerlo, con tanta energía que le subió un dolor por el cuello y le estalló en la cabeza. Un momento era suficiente para el señor Matagrama. Cuando el vehículo estuviera a su altura, adelantaría al paquete de nuevo y lo empujaría cuesta abajo por el camino que tenían más cerca. No había tiempo; la puerta estaba a unos cuantos metros. Entonces cogió al paquete entre sus brazos y apretó la boca contra el bulto de la cinta que contenía sus labios.

Retorció las manos entrelazadas intentando expresar su asco. Aún vendados con cinta adhesiva, los labios trataban de moverse, por lo que creyó que querían alcanzar los suyos. Por el rabillo de uno de sus escocidos ojos consiguió ver que el coche de

policía había aumentado la velocidad al pasar por su lado y por el de la casa. Cuando las luces de frenado brillaron en el exterior del cementerio, soltó al paquete y se frotó la boca enérgicamente con el dorso de la mano.

—No te preocupes, eso es lo único que vas a tener —dijo entre dientes.

El coche de policía se había detenido al lado del cementerio. Cuando abrieron las puertas, varias siluetas salieron corriendo y se dirigieron hacia el camino que subía por la colina.

—Eso es, persígánlos —gritó la voz de una mujer desde la ventana de un dormitorio de al lado del cementerio—. Que se pinchen en otra parte.

Los policías del coche corrían tras los fugitivos. Dudley podía ver destellos de luz en el cementerio. No podía llevar allí al paquete, ni tampoco a la colina.

Tenía que esconderlo en algún lugar mientras esperaba su oportunidad. Siguió con la boca cerrada cerca de una de sus confusas orejas para asegurarse de que la policía no lo escuchaba, aunque la sensación de tener que volver a tocar al paquete con sus labios le ponía malo. Fue hablándole hasta la puerta de su jardín, después de que la pasaran y cuando habían llegado a la puerta principal. Se sacó las llaves del bolsillo y casi se le caen por culpa del cansancio. Mientras giraba la llave en la cerradura, oyó un ruido parecido a un trueno sobre él y Brenda Staples se asomó a la ventana de su dormitorio.

Estiraba el cuello en la dirección del cementerio. Él terminó de girar la llave, abrió la puerta con un solo movimiento y después agarró al paquete por un hombro.

—Arriba —le dijo al oído, mientras los dedos de sus pies guiaban los primeros pasos.

Lo empujó al recibidor y miró hacia arriba. Brenda Staples seguía ensimismada en la persecución. Enseñó los dientes y estuvo a punto de dar un portazo para sobresaltarla. Sin embargo, la cerró con suavidad y le echó el cerrojo mientras se giraba hacia el paquete, que estaba parado al pie de la escalera.

—Continúa —dijo—. Sube. Un paso más.

Le obedeció hasta la mitad de la escalera, donde pareció vacilar. Adelantó el pie solo unos cuantos centímetros para identificar el lugar o para buscar un sitio más seguro.

—No te detengas o te caerás —improvisó Dudley por diversión.

Quizá la situación que había descrito era demasiado real para ser de utilidad. El paquete se tambaleó e iba cayendo hacia él hasta que le plantó un pie en la espalda.

—Estarás bien si haces lo que te digo —le dijo—. Da otro paso. Y otro.

Siguió diciendo aquello hasta que llegaron al rellano, donde casi se cae por culpa de la expectación de subir otro escalón más. Disfrutaba con la idea del miedo que sentía por caerse por algún borde invisible.

—Hacia delante —lo dirigía sonriendo—. Detente ahí.

Había entrado en el cuarto de baño y no sabía que estaba delante de la bañera.

—Date la vuelta —dijo mientras sacaba el último rollo de cinta adhesiva de detrás

del lavabo—. Sigue girando. Para.

Aunque le gustaba el sonido que hacía la cinta al despegarse, aquello podría alertar al paquete, por eso esperó un minuto para coger un trozo suelto con las uñas. Se lo acercó al paquete y el pequeño bulto de la cabeza comenzó a moverse de atrás hacia delante. Se puso de rodillas con el corte de cinta detrás del paquete a un brazo de distancia.

—No creas que me arrodillo ante ti —murmuró—. Tampoco estoy rezando.

Le ató los tobillos con la cinta, tirando fuerte y mientras el paquete luchaba por mantener el equilibrio, él le daba otra vuelta, y una tercera y una cuarta. Se los volvió a amarrar cuando el paquete se volcó sobre el lateral de la bañera. Al inclinarse rápidamente hacia delante, evitó golpearse la cabeza en vez de los hombros contra la pared. Mientras trataba de buscar una postura menos torpe, él no tuvo ningún problema para quitarle los zapatos antes de meterle las piernas en la bañera con un pie.

Ya había hecho suficiente por aquella noche. Por la mañana, llamaría a su madre al trabajo y le diría que necesitaba estar solo hasta el martes. Podría comprar una pala para el trabajo de mañana por la noche en el cementerio. Cuando el paquete empezó a golpear los laterales de la bañera con los pies, cerró la puerta para evitar el ruido y se tendió en el colchón. El paquete dejaría de hacer ruido finalmente y él ya estaría dormido para entonces.

—Solo fuimos a investigar. Fue un ensayo —dijo mientras acomodaba la cabeza en la almohada—. No te preocupes, mañana será real.

Mientras Kathy hacía rodar su maleta fuera del hotel, el teléfono de Dudley dio seis tonos y después contestó.

—Dudley Smith, escritor y guionista —dijo—. El señor Matagrama y yo debemos estar ocupados. Déjanos un mensaje.

¿Cuándo había cambiado el mensaje? Nunca había oído aquello antes.

—Solo quería saber cómo iban las cosas —le dijo—. Lo volveré a intentar más tarde.

Quizá el tren que lo llevaba al trabajo estaba en el túnel. Se metió el teléfono en el bolsillo y se apresuró a la estación interurbana, donde los rayos de sol a través del tejado se pronunciaban como un dios. Tiró de la maleta hasta la escalera mecánica, compró el billete y bajó otros cuantos de escalones más hasta llegar al andén del metro.

Le agobiaban los pasajeros y su incapacidad para utilizar el teléfono móvil. Le molestaron cada uno de los cinco minutos que el tren del oeste de Kirby tardó en llegar. Se sentó en el asiento delantero del primer vagón donde había algo de espacio, reservado a sillas de ruedas, para su equipaje. Se sintió como una niña intentando conducir el tren, tratando de no entretenerse demasiado bajo tierra. En cuanto emergió al espacio abierto más allá de Conway Park, intentó llamar a Dudley de nuevo, pero seguía estando el contestador.

¿Se habría atascado en el túnel? Su tren pasaba por otro allí, pero no estaba segura de si Dudley se encontraría a bordo. Llamó por tercera vez cuando el tren salió en dirección a Birkenhead Norte hacia Bidston, ofreciéndole la vista de los huertos al otro lado del campo y recordándole lo cerca que se encontraba de casa. ¿Habría apagado el teléfono para que nadie le molestara para quedarse dormido? Sonrió con aspereza al pensar el desastre que se encontraría al llegar a casa. Al menos, Dudley la ayudaría a limpiar.

Quizá Monty estaba en lo cierto y era demasiado indulgente con Dudley. Aunque su escritura fuese el aspecto más importante de su vida, y también de la de ella, aquello no significaba que tuviese que ser deficiente en los demás. No sería una buena madre si lo permitía. No era demasiado tarde para que cambiara. El tren se detuvo en Bidston y dejó pasar algo de brisa. Kathy se sintió tentada de ir a casa. Se imaginó a ella misma tirando de su maleta kilómetros y kilómetros bajo el sol y volvió a su asiento. Ciertamente, si había estado escribiendo durante todo el fin de semana, se merecía un día libre de su otro trabajo.

No podía pasar nueve horas preguntándose dónde estaba; no quería pasar ni una. Consiguió esperar a que el vagón llegara a la altura de las grandes casas de Hoylake antes de volver a llamar. Solo la respuesta grabada.

—Seguiré intentándolo —dijo mientras se levantaba.

El señor Stark estaba abriendo la oficina de la calle principal al doblar la esquina

de la estación. Las compañeras de Kathy se giraron al oír el traqueteo de su equipaje.

—¿Has estado de vacaciones? —preguntó Mavis.

—Algo así.

—No nos digas que has estado de escapada de fin de semana —gritó Cheryl.

Kathy no se había ido de fin de semana ni nada parecido, aunque sonrió mientras se apresuraba a llevar la maleta a la sala de personal. Su oficina abriría en cinco minutos, al igual que la de Dudley, y ya debería haber alguien allí. Encontró el número en la lista de detrás del mostrador y sacó el teléfono móvil.

—Solo será un minuto —le dijo al señor Stark.

Tardó más. El teléfono de la oficina de Birkenhead sonó al menos durante dos minutos antes de que lo contestaran. Kathy abrió la boca y la dejó abierta, porque quien hubiera respondido, colgó inmediatamente.

—Estoy llamando a Birkenhead —le informó al señor Stark.

Y con más vehemencia, volvió a intentarlo. En menos de un minuto, los tonos cesaron.

—No me cuelgue —dijo enseguida.

—Aún no hemos abierto —objetó la voz de una chica.

—Están a punto. ¿Fue usted quien me colgó antes?

—No habíamos abierto.

—Yo llamaría a eso un comportamiento extremadamente antiprofesional y sé de lo que hablo. Yo trabajo en lo mismo. Llamo desde la oficina de Hoylake. ¿Puedo hablar con Dudley, por favor?

—No se encuentra aquí.

—Claro. Debí imaginármelo. He estado fuera todo el fin de semana, pero sé que este fin de semana ha estado muy solicitado. Debería decirle que soy su madre.

—Es la madre de Dudley.

—Me gustaría hablar con ella —dijo la voz de una mujer mayor que llegó al auricular de plástico haciendo mucho ruido—. ¿Es la señora de Smith? —preguntó.

—Sí, aunque basta con «señora Smith». El padre de Dudley ha estado fuera de nuestras vidas durante bastantes años.

—Esa no es excusa.

Kathy sintió como si la conversación hubiese dado un giro, haciéndole perder el equilibrio que había conseguido.

—Disculpe, ¿excusa para qué?

—¿No sabe cómo se comporta cuando no está usted delante?

—Claro que sí. Estoy segura de que es el mismo de cuando estoy.

—Entonces no deberían sentirse demasiado orgullosos de ciertas cosas.

El señor Stark estaba levantando sus canosas cejas para agrandar su ostentosa mirada de impaciencia. Kathy le devolvió la mirada con algo de enfado reprimido.

—¿Puedo preguntar de qué? —dijo—. Ni siquiera sé con quién estoy hablando.

—Soy Vera Brewer. Otra persona a la que su hijo insultó. Nos hizo saber que él

era mejor que el resto. ¿Qué me dice de eso?

—No estoy segura —dijo Kathy, demasiado ocupada en hacer frente al tono de aquella mujer en vez de ser honesta—. De todos modos, no la conozco.

—Entonces lo ha criado haciéndole pensar que es superior al resto del mundo.

—Por lo pronto ya ha conseguido más de lo que yo he conseguido. Siento que creyera que fue maleducado. Últimamente ha estado sometido a mucha presión y quizá no se haya dado cuenta —dijo Kathy a la vez que el señor Stark sostenía el pestillo para abrir la puerta mientras le levantaba la ceja izquierda y el mismo lado de su boca—. ¿Ha llamado?

—Que yo sepa, no.

—Solo quería decirles que con el fin de semana que ha tenido es bastante probable que no acuda hoy a trabajar. ¿Podría apuntar que está enfermo?

Después de un silencio que Kathy pensó que era necesario, Vera añadió:

—Mejor hable con la señora Wimbourne.

—¿No puede usted...?

Cuando el sonido de un golpe le hizo saber a Kathy que no le hablaba a nadie tras el auricular, se preguntó con la misma poca paciencia que la que mostraba el señor Stark cuántas veces más tendría que repetirlo. Estaba intentando consolidar todos sus pensamientos cuando oyó otra voz que dijo:

—¿En qué puedo ayudarla? Acabamos de abrir.

—Igual que nosotros —dijo Kathy apartando la mirada de la arrugada cara del señor Stark, cuya mueca la estaba volviendo aún más pequeña.

—Entiendo que es la madre de Dudley.

Aquello no sonó mucho más amable que lo que siguió:

—¿Tiene algo que decirme?

—Solo que se ha tomado el día libre. Tiene cansancio nervioso. Espero que eso cuente como enfermedad.

—Me temo que no la entiendo. ¿Libre de qué?

—De ustedes.

La conversación parecía volver a dar un giro y Kathy intentó recuperar el control.

—Me refiero al trabajo —dijo—. De su trabajo de día.

—¿Me permite que la interrumpa? ¿Tiene la impresión de que su hijo aún trabaja aquí?

Sintió que la habitación se carbonizaba por el calor y la oscuridad, y Kathy tuvo que buscar el aire antes de responder.

—¿No es así?

—No desde mediados de la semana pasada.

Kathy escuchó aquellas palabras atontada por culpa del pánico.

—¿Cree que puede tratarse de algún malentendido? Estoy segura de que ha estado yendo a trabajar.

—Me temo que aquí no ha venido.

¿Entonces adónde...? Kathy contuvo aquella pregunta y consiguió cambiarla por:

—¿Qué ha ocurrido?

—Se insubordinó y el colmo fue que actuó de manera abusiva con sus compañeros y conmigo. Después se marchó antes de que pudiera tomar medidas.

—Le pido disculpas. Le pido disculpas por su comportamiento. Debo decirle que ha tenido unas semanas algo difíciles, no creo que se lo haya contado a nadie.

Aún más dolorosamente, añadió:

—Si va a disculparse, ¿usted...?

—Me temo que el proceso está ya muy avanzado para eso. No puedo llevar esta institución adelante con dos vacantes. Ya he encontrado sustituto. Va de camino una carta certificada para él.

—¿De verdad ha hecho algo tan grave? Creía que teníamos que hacer algo peor para que nos echaran de esta clase de empleos.

—Quizá debiera dejar de defenderlo y saber cómo es. Ahora, discúlpeme. Tengo que dirigir una oficina —dijo la señora Wimbourne.

Y se marchó.

Kathy cerró los ojos mientras apagaba el móvil. Al menos, bajo sus párpados se suponía que debía estar así de oscuro. Sentía el vacío al mismo tiempo que el peso del teléfono en su mano, de la misma manera que sus pensamientos. Estaba comenzando a preguntarse qué otras cosas no sabría sobre su Dudley cuando habló el señor Spark.

—¿Está lista ya para empezar? —preguntó.

—No voy a contestar —murmuró Dudley—. Estoy ocupado. Estoy durmiendo. No me despertéis.

Antes de que terminara, el teléfono dejó de sonar y volvió a acomodarse en el colchón. Al menos aquel sonido no había alborotado al paquete. Quizá estaba durmiendo o simplemente no podía oír nada. Sabía que en la bañera estaba seguro; si hubiese vuelto a intentar escapar, habría tenido que pasar por encima de él. No hacía falta comprobarlo, así que regresó a la visión del estreno de *Conozca al señor Matagrama*; se veía a sí mismo caminando majestuosamente por la alfombra roja, a la vez que cientos de cazadores de autógrafos le tendían los ejemplares de su libro en señal de petición. Entonces volvió a sonar el timbre. Un tintineo de metal sobre metal perfilaba la identidad del sonido. No era el teléfono del piso de abajo; era el timbre de la puerta.

Podría quedarse allí agazapado. La puerta estaba cerrada con pestillo y únicamente la policía podría ser capaz de echarla abajo. No había motivos para que fuesen ellos: ni era uno de los drogadictos que estaban persiguiendo, ni estaba escondiendo a ninguno en su casa. ¿Y si el que llamaba tan insistentemente era el cartero con una entrega importante? A Dudley le fastidiaba la incertidumbre al igual que el pensamiento de que el ruido pudiera despertar al paquete. Probablemente, estaría cansado de andar, como si él no hubiese hecho la misma distancia... Saltó del colchón a trompicones, con los ojos pegajosos, y tuvo que ponerse a cuatro patas para poder salir a la superficie de aquel medio pesado e insustancial de su sueño. El timbre seguía sonando. Se tambaleó al ponerse en pie y se dirigió atolondradamente a su dormitorio cerrando la puerta del cuarto de baño tras él.

Apenas veía la luz del día. En el momento en que tropezó con los pies de su reducida cama, el timbre y la aldaba de la puerta por fin se callaron. Se frotó las rodillas magulladas, después los ojos y se acercó a la ventana dando tumbos. Se apoyó sobre el escritorio y vio a Brenda Staples en la cancela.

¿Cómo se atrevía? No tenía nada por lo que quejarse, ni ninguna excusa para perturbar su sueño. Descorrió el pestillo de la ventana y levantó la persiana tan alta como pudo para poder asomar el torso por el alféizar. Estaba desnudo de cintura para arriba y deseó que aquello la avergonzara. Respiró aquel aire caliente antes de preguntarle por qué había hecho tanto ruido, pero entonces el aire se volvió polvoriento en su boca. La persona de la puerta había aparecido allí abajo. Era su madre.

Sintió el impulso de agacharse y ocultarse aunque ya lo había visto. Intentó creer que lo miraba con admiración, pero su cara tenía un aspecto demasiado cauteloso para su gusto. Ella tendió las manos y curvó los dedos hacia arriba. Estuvo a punto de pensar que esperaba que saltara a sus brazos, pero entonces ella dijo:

—No te quedes ahí de pie. Baja y déjame entrar.

El pánico le hizo soltar parte de la verdad.

—Estoy en el cuarto de baño.

—Entonces date prisa, ponte algo y baja.

—No puede entrar —se dijo en caso de que aquella protesta le diese tiempo para pensar—. No puede verme sin vestir.

—Brenda solo ha venido a ver por qué no podía entrar en mi propia casa. Ya está satisfecha, ¿no es así, Brenda? Deja de perder el tiempo, Dudley. Y abre la puerta. Estoy cansada y quiero hablar contigo.

No sabía qué hacían juntas aquellas dos. Si tantas ganas tenía de sentarse, ¿por qué no se iba a casa de Brenda Staples? Estaba lo bastante desesperado como para estar a punto de sugerírselo, pero aquello la habría hecho sospechar. Se ocultó en su habitación y se apoyó en el marco de la ventana después de cerrarla de golpe y deseó poder sentirse más seguro ahora que su madre no lo miraba. ¿Lo dejaría en paz si se negaba a abrir el cerrojo de la puerta? Puede que estuviera tan preocupada por él que haría que alguien entrara por la fuerza, alguien que se enteraría de lo del paquete. Ya sería lo suficientemente malo que Kathy lo supiera, pero ¿cómo iba a impedirlo? La única forma de la que no se daría cuenta sería no haciendo ningún ruido. Entonces pensó que aún tenía una oportunidad. Simplemente tenía que silenciar al paquete.

Todo estaba listo. La realidad se ponía de parte del señor Matagrama como siempre. Quizá había estado preparando la solución sin saberlo. Una vez que se encargara del paquete, podría meterlo en su habitación hasta que tuviese la oportunidad de llevarlo al cementerio a escondidas. Caminó hasta el cuarto de baño y cogió su albornoz del gancho de la puerta. El paquete estaba tumbado de lado como si quisiera entorpecer su propia huida. Dudley se inclinó sobre él, puso el tapón de la bañera y abrió completamente los grifos.

El paquete no reaccionó enseguida. Miraba cómo la cinta y su ropa se oscurecían a medida que subía el agua. Se estaba preguntando si el paquete se había muerto sin su intervención cuando de pronto se despertó. Pudo observar como intentó durante varios segundos entender la situación en que se encontraba antes de comenzar a agitarse. Probablemente, después de darse cuenta de que aquello no lo salvaría, el paquete empezó a luchar por ponerse boca arriba. Intentaba sentarse ayudándose de las piernas y las manos mientras el agua lo cubría y se metía en sus fosas nasales. Por el momento, el bulto de la cabeza iba ganando la carrera al agua. Dudley tenía suspendida en el aire la patada que estaba a punto de darle en el cráneo si conseguía sacarlo por encima del borde cuando el timbre sonó de manera cortante dos veces.

¿No podía esperar su madre hasta que terminara? Otro timbrazo le hizo pensar que no. Mientras más tuviera que esperar, más desconfiada se mostraría. Lo único que tenía que hacer era engañarla para que se quedara en el piso de abajo hasta que él terminara su tarea. El paquete tardaría algunos minutos en salir de la bañera, si es que podía. Aunque le frustraba tener que dejar de hacer sus travesuras, se dio prisa al bajar la escalera y abrió los cerrojos.

—Abierto —gritó mientras corría hacia la escalera.

Tenía la esperanza de haber llegado al cuarto de baño cuando su madre estuviese cruzando la entrada, pero no había llegado ni a la mitad cuando su madre abrió la puerta y entró en la casa. Sin molestarse en cerrar la puerta, dijo:

—No hay necesidad de que salgas corriendo, ¿o sí?

No podía saber que era verdad. Solo hablaba de la forma en que lo hacen las mujeres.

—Te lo dije —respondió Dudley con toda la impaciencia del mundo—. Me estoy dando un baño.

—Dátelo más tarde, ni siquiera estás mojado. Aún no te habías metido. Tenemos que hablar ahora.

—Quiero relajarme, he estado trabajando todo el fin de semana.

—Y yo también, Dudley.

Pensó que se había salido con la suya hasta que ella dijo:

—Hablemos primero y después quizá los dos podamos relajarnos.

Se giró para sacar la llave de la cerradura y dio un grito como si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago.

—¿Qué es eso? —preguntó.

Sintió pánico hasta que se dio cuenta de que no había señal del paquete. Kathy podía haber oído su forcejeo aunque él pensase que los sonidos eran imposibles de identificar. Lo eran, y por eso ella se lo preguntó.

—Solo es el agua corriendo —dijo.

—Entonces ciérrala.

Antes de que pudiera moverse, ella dijo:

—No me refería a eso. ¿Qué demonios has estado haciendo?

—Ya te lo he dicho —contestó, consiguiendo volver a articular—. Escribir.

—Has decidido que eso es lo único para lo que ahora tienes tiempo, ¿no?

Aquello sonó tan a menosprecio que se giró para enfrentarse a ella.

—Creía que era lo que querías.

—No intentes echarme la culpa a mí, Dudley. Quizá tu padre tenga razón, a fin de cuentas, y te haya animado demasiado. Esta mañana he hablado con tu jefa. Dice que has dejado el trabajo sin dar más señales de vida.

¿Con cuánta gente había hablado su madre sobre él? Su enfado casi ganó a la consternación que ya sentía al enterarse de lo demás.

—Ya no hay sitio en mi vida para eso —murmuró desesperado por saber qué estaba pasando en el piso de arriba y por terminar su tarea.

—Tengo mi escritura y mi película.

—Se pueden hacer las cosas correctamente, Dudley. Te apoyaré si puedo, ya lo sabes, pero tenías que haberlo hablado conmigo primero —dijo Kathy, mirando tras él una vez más—. Aún no me has explicado qué sucede. ¿Me estás diciendo en serio que tiene que ver con tu trabajo? Dime que no estás tomando drogas.

Entonces se dio cuenta de que estaba mirando el sillón y las puertas del armario.

—Lo necesitaba para investigar —dijo sonriendo—. Me refiero a los muebles, no a la droga.

Ella pareció tan aliviada que le pareció lamentable.

—¿Se te ha ocurrido una buena historia?

—Obviamente, sí. Todas mis historias son buenas.

—Espero que no hayas estropeado nada, como siempre.

—Nada por lo que tengamos que preocuparnos.

—Confiaré en ti y no preguntaré.

Aún miraba más allá de donde estaba él cuando dijo:

—Bueno, ve a ver de una vez por todas.

Tuvo que recordarse que no se refería al paquete. Seguramente había estado ordenando los muebles en su mente.

—Primero quiero darme el baño —dijo.

—De eso te estoy hablando. Cierra el agua o te la encontrarás en el suelo.

—No deberías haberme entretenido tanto tiempo, entonces —objetó.

De pronto temió que pudiera usar aquello como excusa para invadir el cuarto de baño. Pero al mismo tiempo le había dado un motivo para subir corriendo. Lo hizo y vio que el paquete casi había conseguido engañarlo.

Se había agarrado al borde de la bañera con las manos atadas y estaba intentando empujarse con los pies. Supuso que debía admirar su esfuerzo y que se merecía escribirlo en una historia. Cerró la puerta y se acercó a la bañera. Mientras el bulto de la cabeza se movía a ciegas para averiguar qué había sido aquel portazo, él utilizó el pie para apartar al paquete del borde hasta que sus manos perdieron el agarre. Se deslizó dentro del agua y él se imaginó que era una especie de criatura anfibia que regresaba a su medio natural. Mantuvo el talón sobre su frente para dejarlo en el fondo y entonces pensó que también debía pisarle los tobillos para evitar que echara el agua fuera de la bañera con los pies. También debía cerrar los grifos antes de que el agua rebosara por el borde, pero primero tenía que cerrar la puerta con pestillo. Mientras levantaba el pie con desgana y las fosas nasales de la cabeza enrollada formaban un borboteo de burbujas por la respiración, oyó que su madre dijo:

—Volveré a colocar estas puertas. Antes de que te encierres ahí quiero que sepas...

Su voz estaba demasiado cerca. Sacó el pie de la bañera, salpicando el colchón y se apresuró hasta la puerta. Tenía la mano casi en el pestillo cuando la puerta se abrió tres centímetros y después se abrió algo más.

—Que si quieres que yo...

Kathy se quedó en silencio durante un momento que hizo que Dudley comenzara a sentir el principio de un sofoco.

—¿Quién es? —dijo con una voz que pareció no estar convencida de su propia existencia y abriendo la puerta del todo.

—Nadie.

El tiempo que tardó en decir aquello fue suficiente para pensar que una negativa sería bastante para convencer a su madre. Entonces el agua rebosó, empapando el colchón, y dos pies desnudos salieron a la superficie.

—Solo alguien que me ha estado ayudando con la investigación —dijo mirando con tanta dureza a su madre que le escocieron los ojos.

Al ver que su madre dudaba, estuvo seguro de que tenía una oportunidad.

—Déjanos solos o se sentirá avergonzada —dijo.

Kathy aún estaba en el rellano. Él agarró el pestillo y movió la puerta lentamente hacia ella.

—Si quieres ayudar —dijo—, vete un rato o perderé la inspiración. No podré crear ninguna historia más.

Ella parpadeó. Sabía que lo haría si se lo pedía, pero tenía que pensar otro motivo. Aún no lo había hecho cuando ella se movió. Echó un paso atrás y después otro adelante. Tenía la cara agarrotada con tanta claridad como no la había visto nunca.

—No puede sentirse avergonzada —dijo—. Está vestida.

Dudley miró al paquete. Había levantado las piernas con los vaqueros hasta los grifos, intentando cortar el chorro o buscando una posición menos mala. Lo único que necesitaba era distraer a Kathy. Ella empujó la puerta a un lado y entró.

—Hay que cerrarlos —dijo.

Agarró los grifos, pero se le olvidó que tenía que girarlos cuando miró dentro de la bañera. Pensó que ella colaboraría con él una vez más aunque no quisiera, pero entonces ella cerró los grifos y tiró de la cadena para destaponar la bañera. Parte de él quiso darse a la fuga pero seguía siendo su madre. Si ella no confiaba en él, ¿quién lo haría? Lo miró más que decepcionada, como si no lo reconociera.

—¿Qué demonios has estado haciendo mientras yo estaba fuera? —preguntó.

—Ya te lo he dicho. Investigar y escribir mucho. Ahí está la investigación.

Oía cómo se vaciaba el agua y cómo el paquete luchaba por mantenerse a flote. Se recordó a sí mismo que el paquete no podía hablar.

De todas las preguntas que visiblemente le rondaban a su madre por la cabeza, eligió:

—¿Quién es?

—No quiere que nadie lo sepa. Por eso se sentiría avergonzada. No te preocupes, accedió a hacerlo. Estará bien.

Se aproximó a la bañera y sonrió al paquete, que estaba boca arriba.

—Si pudiera, te lo diría ella misma —dijo.

Se puso de lado, mostrando las manos atadas como si quisiera deshacerse del agua que tenía en la nariz.

—¿Ves? Estará bien —dijo—. Lo estará.

Su madre lo miró fijamente y sus ojos desvelaron algo.

—Más te vale —dijo, encorvándose sobre el paquete.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo?

—Quiero que me lo diga ella —dijo Kathy, sosteniendo los hombros del paquete y ayudándolo a sentarse—. ¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar?

El bulto de la cabeza se movió de un lado a otro negando. Dudley aprovechó la oportunidad. Aún seguía siendo tan convincente como el señor Matagrama.

—Te lo he dicho —dijo—. No quiere.

El bulto titubeó y se movió de arriba abajo.

—Mira, está de acuerdo conmigo —dijo.

El bulto apenas parecía tener energía para volver a cambiar de dirección, pero lo hizo.

—Mira, ahora la estás confundiendo —objetó—. Dejémosla descansar donde está. Yo me quedaré con ella.

—Sí, tú te quedas. No creas que vas a ir a ninguna parte —dijo su madre inclinándose más sobre el paquete—. ¿Quieres hablar? —le dijo al oído.

Tuvo la esperanza de que se hubiera quedado sin fuerzas, pero el bulto asintió dos veces.

—De acuerdo. Te voy a quitar todo esto —dijo Kathy—. Intentaré no hacerte daño. Aunque no tengo ni idea de lo que habréis estado haciendo vosotros dos.

Dudley se prometió a sí mismo que lo creería a él y no al paquete. Era su madre y él era el señor Matagrama. Quizá el paquete no fuese capaz de contradecirlo. Su madre tuvo dificultades para encontrar el extremo de la cinta mojada y despegarlo. Él observaba con los brazos en jarra mientras ella desenrollaba la enrojecida garganta, la barbilla y la boca. No habló y pensó que quería llorar cuando le despegó la cinta de los ojos. Aquello era otro detalle que tenía que escribir. Apareció la nariz y vio cómo hundía los dientes en el labio inferior al arrancarle la cinta varias pestañas. El agua o las lágrimas le recorrían las mejillas. Entonces tuvo la cara completamente descubierta y guiñó los ojos con lo que Dudley esperaba que fuese ceguera.

—Patricia —dijo Kathy sin saber bien cómo continuar—. Pensé que serías tú.

Cuando Patricia sintió que el agua bajaba supo que no iba a ahogarse a menos que aquello hubiese sido un simple ensayo. Fue como volver a nacer. Había tomado todo el aire que pudo mientras su cabeza se hundía, pero empezaba a quedarse sin él. Al volver a respirar, se le llenó la nariz de agua y de pronto temió que estuviese jugando con ella, que hubiese tenido la inspiración de ahogarla con la ducha. No tuvo éxito al intentar vaciar la nariz de agua girando la cabeza, así que tuvo que forcejear para ponerse de lado. Al menos, el nivel del agua seguía bajando. El sonido de su pulso disminuyó y pudo oír voces. Una era la de la madre de Dudley.

No debía dejarla a solas con él. Patricia intentaba desesperadamente comunicar aquella idea cuando unas manos la asieron por los hombros y la levantaron. Eran demasiado delicadas para ser las de Dudley. Sintió que su mente se ablandaba, que apenas le quedaba voluntad, pero consiguió darse cuenta de que era probable que Kathy no la abandonara ahora que había visto en qué condiciones se hallaba. Entonces se preguntó si estaba dando por hecho demasiadas cosas porque Kathy preguntó:

—¿Puedes oírme? ¿Puedes hablar?

Patricia, cuando estuvo segura de que las preguntas iban dirigidas a ella, tuvo que acordarse de cómo debía mover la cabeza para dar una respuesta negativa. Estaba empezando a recobrar la técnica cuando Dudley dijo:

—Te lo he dicho. No quiere.

¿Cómo iba a negar aquello? No sabía cuánto tiempo tardó en averiguar que tenía que asentir y entonces pensó que la confusión le había jugado una mala pasada porque estaba diciendo que ella estaba de acuerdo con él. Incluso estaba acusando a su madre de estar desconcertándola. De hecho, Patricia podía haberlos acusado a los dos de estar agravando los efectos de su difícil situación. Entonces oyó cómo él se ofrecía a quedarse con ella. Cuando estaba a punto de utilizar todo su cuerpo para expresar su aversión, Kathy le habló al oído.

—¿Quieres hablar?

En aquel momento Patricia imaginó que la estaban forzando a participar en un juego que consistía en tener que decidir de qué manera tenía que mover la cabeza. Concentró todas sus fuerzas en su pegajoso cuello y asintió tres veces. Parecía que había acertado porque Kathy comenzó a desenrollarle la cinta de la cabeza. Mientras se preparaba para la horrible experiencia, Kathy dijo:

—No tengo ni idea de lo que habréis estado haciendo vosotros dos.

Patricia creyó que aquello era excesivamente irracional, así que apenas pudo esperar a hablar. Tuvo que concentrarse un momento para soportar el dolor mientras la cinta comenzaba a tirarle del pelo. Sintió el aire en la pegajosa garganta, en la barbilla, en la boca y en las mejillas. Se mordió los labios e intentó mantener los párpados cerrados mientras la cinta tiraba de ellos. Vio la cara de preocupación de

Kathy por encima de ella y a Dudley en albornoz detrás de su madre. Patricia no sabía si era su confusión lo que le hacía parecer tan poco desafiante y seguro de sí mismo. Le enfureció el no ser capaz de contener las lágrimas que se le escaparon cuando Kathy descubrió su frente y el resto del pelo.

—Patricia —dijo Kathy—. Pensé que serías tú.

Patricia no pudo hacer nada.

—¿Me podría desatar las manos, por favor? —dijo.

—Estaba a punto de hacerlo. ¿Había que ser tan realistas?

Patricia pensó que aquello debía de ir dirigido en parte también a ella, así que no se atrevió a hablar. Se inclinó hacia delante mientras Kathy la desataba y después echó los brazos hacia delante, a pesar de los dolores que sentía en todas las articulaciones, y comenzó a frotarse las muñecas.

—¿Tienes algo para cambiarte? —preguntó Kathy.

Por un momento, aquella pregunta pareció razonable, aunque Patricia tardara en entenderlo. Se secó una mejilla con los nudillos y después la otra. Lo que más deseaba en el mundo era poder salir corriendo de aquella casa tan pronto como se liberaran sus pies, pero apenas tenía fuerzas para alcanzarlos con las manos.

—No —dijo.

—Oh, Patricia.

Aquello pareció una reprimenda casi intolerable. Patricia se preguntó hasta qué punto estaría intentando fingir la madre de Dudley. Sintió como si tuviese que actuar en un escenario que Kathy se estaba inventando.

—Será mejor que te pongas mi albornoz mientras te secamos la ropa —dijo Kathy—. Dudley, saca de aquí el colchón antes de que se moje más. No quiero ni pensar lo que habéis estado haciendo aquí.

Probablemente quiso decir que podía imaginárselo. Patricia observó cómo Dudley recogía el colchón y por fin dejaba de mirarla fijamente mientras lo sacaba de la habitación. Cuando pudo liberarse los tobillos, tuvo que agarrarse al lavabo para poder sacar una dolorida pierna fuera de la bañera y después la otra.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Kathy.

—Por ahora, no. Gracias.

—Entonces, estaré fuera. Dame tu ropa ahora.

Aquello significaría que Kathy se la llevaría al piso de abajo y la dejaría sola con Dudley arriba.

—Yo la llevaré —dijo Patricia.

Nada más salir Kathy, Patricia se abalanzó detrás de ella para cerrar el pestillo casi cayéndose más de una vez. No sabía qué hacer primero: si quitarse la ropa mojada o beberse toda el agua que le pedía su reseca boca. Finalmente cogió un vaso de la repisa de encima del lavabo y tragó agua hasta sentirse mareada. Siguió bebiendo más despacio mientras se quitaba la ropa. Le habría gustado darse una ducha para deshacerse de las sensaciones que tenía adheridas tanto física como

psicológicamente, pero no quería saber nada más de aquella bañera. Consiguió contentarse con restregarse la cara, las muñecas y sus doloridos tobillos antes de secarse el cuerpo con la única toalla que había en el cuarto de baño. Su sutil olor a loción de afeitado hizo que la soltara inmediatamente aunque se quedara mojada. Sacó el solitario albornoz del gancho de la puerta y se retiró las mangas para atarse el cordón a la cintura. Seguramente a Kathy le estaba por las rodillas, pero a Patricia le llegaba a la pantorrilla. Aquello la hizo sentir infantil y vulnerable y ya no solo porque no supiera quién la esperaba ahí fuera. Había oído voces bajas mientras había estado ocupada y una serie de lentos y extraños golpes en la escalera.

—¿Kathy? —consiguió gritar.

—Estoy aquí.

Lo más cerca que estaba era en el piso de abajo.

—¿Puedes ayudarme? —preguntó Patricia.

¿Y si Kathy le pedía a su hijo que la ayudara? Patricia oyó algunos pasos que se aproximaban hacia ella de prisa y alguien llamó a la puerta. No abrió el pestillo hasta que Kathy dijo:

—Aquí estoy.

El sillón y las puertas del armario habían desaparecido del rellano y la casa parecía inquietantemente en calma.

—¿Dónde está Dudley? —deseó saber Patricia.

—Está a punto de irse. Ha decidido que tiene que decir algunas cosas a la cara en su antiguo empleo.

Patricia estaba segura de que no tenía ninguna intención de hacer nada parecido. Si ella estaba demasiado débil como para escapar por culpa de aquella horrible experiencia, se aseguraría de que él tampoco pudiera hacerlo. Asió el brazo de Kathy y se apoyó en la barandilla. Él estaba completamente vestido e iba de camino a la puerta.

—Si yo fuese tú, Dudley, no iría a ninguna parte —dijo, intentando no alterarse.

—¿Y por qué no?

—Creo que deberías oír lo que le voy a contar a tu madre.

Se quedó mirándola con cara de no comprender, casi llegando a ser convincente.

—¿Cómo qué?

—¿Nos sentamos para estar más cómodos? —intervino Kathy—. Estoy segura de que a Patricia le gustaría. Y creo que tiene razón, deberías quedarte. Ya tendrás tiempo de ir a la oficina más tarde.

Se quedó al pie de la escalera mientras Kathy ayudaba a Patricia a bajar y después se dirigió sin decir palabra a la habitación delantera para sentarse en el sillón con el que había atrapado a Patricia en la bañera. Ella se agarró al último barrote del pasamanos hasta que Kathy regresó de tender su ropa mojada y en ese momento se sintió con fuerzas para caminar hacia la otra silla.

—Bueno, ¿qué es lo que tengo que saber? —dijo Kathy sentándose en el borde

del sofá—. Dudley me ha contado que has hecho todo esto porque así tú también podrías escribir sobre ello. Sigo pensando que habéis ido demasiado lejos, pero supongo que la gente hoy día hace cosas peores para conseguir una historia. Solo hay que ver a lo que llegan en esos programas de televisión.

Patricia dejó que terminara, con más incredulidad de la que habría tenido al no recibir respuesta.

—¿De verdad cree que yo elegí hacer esto? —dijo.

Kathy frunció el ceño, pero aquella expresión parecía ser irónica.

—¿Cuál era la alternativa?

—Me golpeó, me ató y me hizo muchas más cosas de las que ha visto.

—Ya me imagino —dijo Kathy sonriendo.

Patricia se estaba armando de valor para acabar con la confianza de Kathy, cuando Dudley dijo:

—¿Me estás amenazando con escribirlo, Patricia? ¿Qué es lo que nos vas a pedir a cambio de no hacerlo?

—La estás haciendo quedar como chantajista. Estoy segura de que tú no eres así, ¿verdad, Patricia?

Patricia tenía la boca seca y tuvo que tragar saliva.

—Ya sabe cómo soy. No, yo no elegí estar así.

—Ya dije que había ido demasiado lejos. Me pregunto si eso ha podido confundirte un poco. Esta clase de cosas pueden afectarte el pensamiento, lo sé por experiencia propia. Patricia volvió a tragar y dejó de intentarlo con Kathy.

—Es tu turno, Dudley. Sé lo que eres capaz de hacer.

—¿Y de qué soy capaz? —dijo, a punto de sonreír.

—Dile a tu madre lo que temías.

—¿Cuándo?

Sonrió enseguida para negar lo que acababa de preguntar.

—Nada —dijo.

—Sí. Tenías miedo de que te publicaran la historia.

—Eso es solo porque es modesto —dijo—. Me temo que la culpa de que no tenga toda la seguridad en sí mismo que se merece es de su padre y mía.

—No se trataba de modestia. Eso no habría impedido que quisiera que leyera sus historias, ¿verdad? Ni usted ni toda la gente que lo ha apoyado tanto. Tenía miedo de que alguien las leyera, incluso usted. Quizá temía que las leyera usted en particular.

—Eso es una estupidez —dijo Dudley mientras se limpiaba la sonrisa con el dorso de la mano—. Por creer que sabías mucho sobre mí has acabado como has acabado.

—No entiendo adónde quieres llegar, Patricia. ¿Por qué demonios iba a tener miedo?

Patricia tuvo la sensación de estar a punto de caer por el borde de un precipicio, pero intentó que Kathy se pusiera de su parte.

—De que alguien se llegara a dar cuenta de dónde venían sus historias.

—¿Y de dónde dices que vienen?

—De casos reales. Asesinatos reales que han tenido lugar en los alrededores.

Kathy abrió la boca y después la cerró mientras se volvía hacia su hijo.

—Yo me lo llegué a preguntar. ¿Es cierto?

—¿A quién vas a creer? ¿A mí o a una escritorzuela?

—No creo que tengas que ser tan desagradable con ella, ¿no? Se ha portado como una buena amiga contigo, después de todo. A menudo los escritores sacan sus ideas de su vida, como tú. Sabemos que ya lo hacías cuando estabas en el colegio y ahora te estás inventando algunas nuevas, ¿verdad?

Aunque aún no estaba más que acercándose a la cuestión, Patricia se sentía ya bastante mareada.

—No se trata simplemente de que sacara de ahí su material, sino de cómo llegaba a saber tanto.

Kathy bajó la cabeza para mirar bajo sus incrédulas cejas.

—¿Y cómo es eso posible?

—Díselo, Dudley.

En aquel soleado salón de la zona de las afueras, donde cualquier observador habría pensado que se trataba de una conversación entre una visita, o incluso un miembro de la familia, con una madre superprotectora y su hijo, de pronto Patricia no supo cómo proceder.

—Ya se lo has ocultado bastante —dijo.

Kathy le dedicó una sonrisa tan atractiva que se sintió inquieta e impaciente, pero él le devolvió la mirada fija que había estado ensayando antes con Patricia.

—Investigación —dijo—. Ya lo sabías.

Kathy lo miró antes de admitir:

—Creo que no me gusta la manera en que lo has dicho.

—¿Cómo quieres que lo diga? Solo puedo decirlo como se dice, la verdad.

—Sé lo que estás intentando —le dijo, atrayendo la atención sobre Patricia, con la boca atrofiada por la tensión que estaba soportando mientras esperaba la respuesta de Kathy—. Lo habéis hecho entre los dos, ¿no? Se supone que es igual que su personaje, es el escritor quien es el asesino. ¿Estabais probando a ver lo convincente que resultaba para la película?

A Patricia la cabeza se le iba y venía como si fuera de agua. Pensó que se debía al mareo.

—¿Cómo piensa que podría haber hecho algo así con él sin poder hablar?

Cuando Kathy puso las manos con las palmas hacia arriba en señal de estar esperando una respuesta, Patricia dijo:

—¿Qué cree que podría haberme ocurrido si no me hubiese rescatado?

—Solo sé lo que yo hice. Ya sé que está bastante mal pero tú accediste a formar parte, ya sabes.

Patricia estaba casi segura de que Kathy intentaba convencerse a sí misma.

—¿Las demás no le importaban porque no las conocía? —espetó.

—Claro que... —dijo Kathy intentando parecer como si la hubiesen confundido—. ¿Quiénes?

Entonces, Patricia supo cómo enfrentarse a ella y agravó su confusión. Estaba punto de responderle cuando Dudley dijo:

—Seguid hablando lo que queráis. Yo tengo que arreglar ese malentendido en el trabajo.

Antes de que ella pudiera decir nada, él ya estaba de pie y se sintió sobrecogida por culpa de su falta de fuerzas.

—No querrás dejar a tu madre con la incertidumbre —dijo—. Sé lo primero que puedes hacer para que no esté preocupada.

De pronto temió que Kathy lo animara a irse, pero su respuesta fue demasiado rápida:

—¿Qué? —preguntó.

Patricia estuvo a punto de dejarse llevar por su furia y decir demasiado, demasiado pronto.

—Enséñale tus historias. Enséñanoslas a ambas.

—Ya las habéis visto —dijo Dudley, mirando a su madre con bastante resentimiento—. Y también las habéis leído.

—Impresas, no —le dijo Patricia—. En la pantalla.

—¿Por qué en la pantalla? —dijo Kathy sin estar segura de quererlo saber.

—Porque podría haberlas cambiado, ¿no? La versión impresa podría ser solo a lo que se podía arriesgar a que la gente leyera.

Claro que aquello no era el quid de la cuestión y sintió inquietud por si Kathy objetaba que aquello era demasiado improbable. De hecho, empezaba a mostrarse escéptica cuando Dudley dijo:

—Eso es pura basura. Ridículo.

—Estoy segura de que sí, pero ¿podemos echarles un vistazo de todas formas? No me importaría que demostraras que está equivocada, si me lo permites, Patricia.

Mientras Patricia encogía sus doloridos hombros, Dudley dijo:

—No quiero que entre en mi habitación.

—Será mejor que sí lo haga, ¿no crees? De esa forma verá por sí misma que no tiene ningún argumento. Seguro que no quieres que escriba esa tipo de cosas sobre ti. Quiero pensar que una vez que admita su error, no volveremos a verla de nuevo.

Patricia se estaba sintiendo menospreciada en aquellos momentos, y su debilidad hizo que de pronto tuviera ganas de llorar. Vio como Dudley dudó en el recibidor y se preguntó si estaba pensando en escapar. Antes de que pudiera encontrar las palabras para que cambiara de idea, Kathy dijo:

—Sube, Dudley. Nosotras te seguimos.

¿Y si había borrado las pruebas y fingía que el ordenador se había estropeado?

Patricia hundió las uñas en el brazo del sillón para ayudarse a cruzar la habitación. Tuvo que agarrar al marco de la puerta y el pasamanos como apoyo. Al menos, la barandilla la ayudaba a subir la escalera aunque los peldaños parecían temblar bajo sus pies como si fuesen de gelatina. Quizá se debía a la vibración de los pasos de Kathy tras ella.

—¿Estás bien? —preguntó Kathy, no muy comprensiva, mientras Patricia se agarraba al pomo de la puerta de la habitación de Dudley.

—Lo estaré.

Y realmente iba a estarlo, porque había llegado en el momento justo para ver que Dudley estaba tecleando la contraseña, por si la necesitaba: p, a, letra, letra, a, letra, e. Casi dice en voz alta la palabra que le vino a la mente si no llega a ser porque Kathy la agarró del codo.

—Gracias —murmuró.

—Deja que Patricia se siente en tu sitio, Dudley. Ya ha pasado bastante por ti, fuese de quien fuese la idea.

Patricia aceptó la silla que había dejado libre a regañadientes y se guardó muy bien de no mantener ningún contacto con él a la vez que él evitaba tocarla.

—¿Qué crees que tengo que enseñaros? —dijo con una media sonrisa.

—*La primera. Los trenes nocturnos no te llevan a casa.*

—¿Esa antigualla? Ya estoy bastante harto de ella, me ha metido en muchos problemas, o quizá no, pero la gente ha intentado que sí los tuviera.

Abrió el documento agitando los dedos.

—Ahí está —dijo. Buena suerte al compararla con la versión impresa.

—De hecho, no necesitamos leerla. Solo tenemos que ver una cosa.

Se quedó en silencio, inquieto quizá, y fue su madre la que dijo:

—¿Qué tenemos que ver?

—La fecha.

Al parecer su madre no percibía su tensión.

—¿Qué fecha? —preguntó.

—La fecha en la que terminó la historia.

—No tengo ningún registro —dijo Dudley demasiado forzado—. Ahí no va a aparecer.

—Sí aparece, déjame que te lo enseñe —dijo Kathy para desplegar las propiedades del documento. Mira, ahí tienes algo que tu madre sabía y tú no. Puedes hacerlo con cada documento, pero el porqué de que Patricia quiera verla, es otro asunto.

—¿Recuerda cuándo asesinaron a Angela Manning?

—Perdona, ¿a quién?

—Angela Manning. Dudley puede hablarle de ella.

—Es la chica por la que se armó tanto alboroto. Y sigue habiéndolo —dijo Dudley aún con más amargura.

—¿Y cuándo ocurrió eso?

—No te lo sé decir. ¿Por qué iba yo a saberlo?

—Pensé que posiblemente sí podrías, ya que se cumple ahora su aniversario. ¿No era esa parte de la objeción?

—Si tú lo dices... Sabes lo mismo que yo —dijo Dudley mirando a Patricia con los ojos enrojecidos.

—Entonces, averigüémoslo. Búscala.

—Sí, continúa —dijo Kathy mientras él dudaba—. Eso no nos puede hacer ningún mal.

Dudley la miró con el ceño fruncido y ocultó el teclado con la mano que tenía libre mientras tecleaba su contraseña para Internet, aunque Patricia no tuvo ninguna dificultad en identificar el puñado de letras. Deletreó «secreto», lo cual le confirmaba la falta de imaginación de la que ya se había dado cuenta su profesor. Abrió un motor de búsqueda y tecleó con las yemas de los dedos, demasiado juguetonamente para su gusto.

—¿Será lo bastante importante como para aparecer aquí?

Patricia se contuvo su odio.

—Solo hay una manera de averiguarlo, ¿no?

Tecleó el nombre de la chica sin mayúsculas, lo que a Patricia le pareció una forma más de desprecio. En unos cuantos segundos el motor de búsqueda produjo una lista de referencias a Angela Manning, todas ellas irrelevantes. Algunas eran de Estados Unidos, y otras de Escocia o del sur de Londres; las únicas que procedían del norte de Inglaterra hacían referencia a un salón de peluquería y a una retratista. Patricia empezó a pensar que Dudley había recibido la respuesta que esperaba cuando Kathy dijo:

—Ahí hay otra página.

Hizo clic sobre la flecha que conducía a ella. O lo traicionó la velocidad o de verdad creía que aquella segunda página no era ninguna amenaza, a menos que ya lo supiera. ¿Habría buscado ya en aquella página web algo que lo pudiera delatar? ¿O había estado fingiendo renuencia para parecer más inocente una vez que demostrara que no existía ninguna prueba? Patricia hizo lo que pudo para tragar y mantener la cabeza derecha mientras reemplazaba la página. Una profesora estadounidense, una activista política africana, una referencia al personal de un barco, un sitio dedicado a una halconera...

—¿Podría ser esta? —preguntó Kathy—. Una estudiante muerta bajo un tren.

Dudley dudó hasta que alcanzó el ratón.

—Yo lo haré —dijo haciendo clic sobre la lista—. ¿Veis como tenía razón? No está entre las primeras.

—Oh, Dudley. No digas esas cosas solo porque aún no te hayan publicado la historia. Estoy segura de que alguna vez lo harán.

Kathy echó un vistazo a las pocas líneas del *Correo diario de Liverpool* y después

al principio de la página.

—Bueno, es extraño —dijo—. Fue la semana que viene de hace cinco años.

—Y ya sabe lo que es más extraño aún —dijo Patricia—. La fecha en que escribí la historia.

—No lo recuerdo —dijo Kathy girándose apuradamente hacia Dudley—. Enséñamela otra vez.

Dudley cubrió el ratón con su mano y estuvo a punto de romperlo. Después volvió a la ventana anterior que contenía la historia.

—Es el mismo día que pone el periódico —dijo Kathy—. ¿Tan inspirado estabas cuando lo leíste que escribiste la historia justo después? Ojalá no hubiese enviado esa. Elegí mal y, aunque no lo sabía, te pido disculpas.

Patricia luchaba por controlar la frustración que le hacía sentir la piel tensa y en carne viva.

—Apuesto a que hay una historia donde arrojan a alguien a la carretera del túnel del Mersey —dijo.

—Seguro que la viste cuando te dejé ojear sus historias.

Patricia no había hecho tal cosa, pero discutir sobre aquello solo le haría perder más tiempo.

—Espero que recuerde el título, ¿o no es así, Kathy?

—Enséñanos *La cabeza por delante en la hora punta*, Dudley. Adelante, no hay nada que temer.

Como consecuencia de aquel comentario o de su ira, mostró los dientes a la vez que abría el documento.

—¿Y cuándo la escribiste? —preguntó Kathy como si quisiera darle la bienvenida a la respuesta—. Vaya, esto es aún más extraño, ¿no? El viernes pasado hizo dos años.

—Mire las noticias —dijo Patricia con toda la compostura con la que fue capaz de ordenar—. Y veamos qué pasa después.

—No me digas que fue otra de sus inspiraciones instantáneas.

Patricia no creía que pudiera mirar a Kathy a la cara. Miró a Dudley con la mano sobre el ratón y después, mientras él regresaba a Internet, vio que sonreía. Abrió en la pantalla la página del día en cuestión y dio un paso atrás.

—No quiero que nadie piense que estoy escondiendo algo. Mirad lo que queráis.

Kathy se acercó para leer la información de las noticias y repitió el mismo ejercicio con una mirada que sugería que le hacía gracia lo que le iba a decir a Patricia.

—Bueno, a menos que esté ciega, no veo nada. Ninguna chica de aquí fue asesinada aquel día y por supuesto, no de la forma en que mataron a la chica de su historia.

—¿Estás ya satisfecha, Patricia?

Patricia cerró los ojos y aspiró algo del seco aire. Estaba más confusa de lo que

creía y había caído en el juego de Dudley. Ni siquiera pudo tragar cuando oyó que él dijo:

—¿Me dejáis ya que vaya y arregle mis asuntos?

—Vete. Esperaré a Patricia abajo hasta que se seque su ropa.

—Adiós, Patricia. Siento que pensaras que podías volver a mi madre en mi contra. Supongo que Patricia pensó que nuestra historia no era lo bastante extraordinaria. Así deben de ser todos los periodistas.

Al principio, Patricia no sabía lo que estaba mascullando, pero resultaron ser palabras:

—Espera un minuto, Dudley.

—¿Qué pasa ahora?

Fue Kathy quien habló con algo más que impaciencia, pero Patricia no desistió de su propósito.

—Kathy, echémosles un vistazo a las noticias del día siguiente.

—Oh, qué tontería. Sabes perfectamente que no vamos a encontrar nada.

—Si es así, lo dejaré —dijo Patricia temiendo que estuviese yendo demasiado rápido—. Si usted no quiere mirar, yo lo haré.

—Estoy segura de que Dudley preferirá que lo haga.

Dudley dio un paso atrás que podía haberse descrito como subrepticio.

—Haz lo que quieras si es que no te has dado cuenta aún de lo que intenta hacer.

Kathy tecleó la fecha en el cuadro de búsqueda y el clic del ratón sonó igual que al cortarse una uña. La pantalla comenzó a llenarse de titulares y párrafos. Una advertencia de sequía que había sido inminente hacía dos años, una serie de ataques con incendios provocados, un tren descarrilado porque un camión había volcado por el calor, una anciana pareja que había muerto por deshidratación... Entonces uno de los titulares se volvió más oscuro y más sólido a medida que la vista de Patricia se ciñó sobre él. «Caída mortal al túnel del Mersey», decía el titular.

Kathy leyó el párrafo y se volvió para encontrar a su hijo.

—Siento decirte esto delante de Patricia, Dudley, pero espero que no escribas nada más sobre asesinatos actuales ahora que has visto los problemas que la gente te ha causado por uno solo. Para ser honesta, me hace sentir algo incómoda.

Patricia esperó, deseando que aún no hubiese terminado. Cuando el gruñido indiferente de Dudley demostró que la reprimenda había llegado a su fin, Patricia dijo:

—¿Y cómo lo sabía?

—Lo debiste haber oído por la radio, ¿no, Dudley? Lo estarían dando en las noticias.

—¿Tanto escucha él la radio? —preguntó Patricia, esperando no parecer demasiado desesperada—. No sabía que tuvieras una.

—Claro que tenemos —protestó Kathy sin retirar los ojos de su hijo—. Aunque no recuerdo haber escuchado esta información. ¿Cuándo te enteraste?

—¿Me estás cuestionando como ha hecho ella?

—Solo estoy intentando demostrarle lo equivocada que está con respecto a ti. No te ofendas y dinos cuándo.

Dudley fijó la mirada en Patricia.

—Lo leí en el periódico de alguien en el tren de vuelta.

—Pero aquí dice que ocurrió de noche —dijo Kathy—. Fue después de que regresaras a casa del trabajo.

Dudley se pasó la punta de la lengua por la sonrisa, como para suavizarla.

—Me lo he inventado para ver qué decía ella. ¿No lo has adivinado?

—Entonces, ¿cuál es la verdad? —preguntó Patricia—. Estoy segura de que no te importará que la sepa.

—Estoy de acuerdo con ella, Dudley. Demuéstrale que no tienes nada que esconder.

¿Estaba Kathy convencida de aquello o era que deseaba que fuese así? Patricia y ella lo único que consiguieron fue una mirada de la desafiante máscara de la cara de Dudley. Cuando ellas se la devolvieron, se volvió a humedecer los labios.

—Ya he tenido suficiente —espetó—. Salid de mi habitación.

—Eso no arreglará nada, ¿verdad? —dijo Kathy—. Solo dinos...

—No le voy a decir nada a nadie. Piensa lo que quieras, si crees que me he molestado en mentir. No estarías molesta ahora si no hubieses entrado en mi habitación. Todo esto empezó cuando le diste mis historias para que las leyera sin mi permiso.

—No, empezó mucho antes de eso —dijo Patricia—. Me pregunto cuándo exactamente. ¿Cuándo fue la primera...?

No le dio tiempo de agacharse cuando él se abalanzó sobre ella. Su cansancio la habría hecho caer y de todos modos no iba a mostrarle ningún miedo. Cualquier cosa que hiciera lo traicionaría ante Kathy, así que Patricia se acurrucó. Mientras él se acercaba, ella pensó que quería cogerla y tirarla por la ventana, por lo que apretó las rodillas contra la parte inferior del escritorio. Pero él se detuvo para desenchufar el cable del ordenador.

—Mira lo que me has hecho hacer —gritó, o más bien gruñó—. Espero que ahora estés contenta. Espero que esto haya borrado todas mis historias.

—Seguro que no —suplicó Kathy—. Vuelve a encenderlo y...

—No, hasta que no haya nadie aquí.

Al ver que su mirada no la movía ni a ella ni a Patricia, dijo:

—No voy a perder más tiempo. No me importa que os quedéis aquí. Tengo cosas importantes que hacer.

Patricia se dio cuenta de que debería haberlo agarrado mientras estuvo a su alcance. Su reacción pudo haber sido lo único que le faltaba para convencer a Kathy. Estaba casi en la puerta cuando Kathy dijo:

—No, Dudley. Quédate tú también.

Pareció como si se estuviese dirigiendo a alguien de la mitad de la edad de su hijo. La boca y labios de Dudley forzaron una sonrisa, pero no pudieron permanecer callados.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —preguntó.

—Con mi hijo, espero. Quédate y haz la maleta mientras tienes la oportunidad.

—No quiero que me des una oportunidad.

En cuestión de segundos, alcanzó la puerta, donde se giró con aire desdeñoso.

—Nadie le dice al señor Matagrama lo que tiene que hacer —dijo—. Y menos, las mujeres.

—Dudley, haz lo que te digo por una vez. Dudley. Dudley.

Su madre corrió hacia el rellano, pero el portazo la silenció. Patricia intentó levantarse, pero sus músculos le temblaban tanto que tuvo que quedarse hundida en la silla. Vio que Dudley daba una carrera al cruzar la calle y al subir por el camino de la colina. Kathy regresó y se quedó de pie a su lado mientras él desaparecía entre los árboles.

—Tendrá que regresar —dijo.

—¿De verdad lo cree?

—Cuando se tranquilice. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿A qué otro sitio podría ir?

—¿No cree que lo que ha ocurrido lo mantendrá alejado?

—Tiene que haber alguna explicación, ¿no? Solo es una historia. Quizá la página de las noticias de sucesos sea incorrecta. Incluso los medios de comunicación cometen errores, ya sabes.

Patricia no sabía hasta qué punto debía tomarse aquel comentario como algo personal. Lo único que importaba era asegurarse de que Dudley no fuera muy lejos antes de que la policía se enterase de lo suyo. Sabía que Kathy no estaba preparada para llamarlos.

—Podemos averiguarlo enseguida —dijo agachándose con cuidado para volver a enchufar el ordenador.

Temió que Kathy la detuviera o de que la información se hubiese borrado de verdad. Pero Kathy dejó que la pantalla reviviera y, cuando el ordenador halló los errores, Patricia tecleó ambas contraseñas. Ahora lo único que debía temer era la reacción de Kathy cuando la verdad fuese inevitable.

—¿Aún piensa que solo se trata de una historia? —dijo Patricia sin encontrar en aquello ningún placer—. Veámoslo.

Finalmente Kathy se dio cuenta de que tenía que deshacerse de Patricia. Solo podría ser capaz de pensar estando a solas, aunque parecía que su mente se había hundido en una profunda fosa cuya oscuridad le tapaba la visión, impidiendo dejar pasar la luz del día. Hizo lo posible por echarle la culpa de aquello a la insistencia de Patricia en enseñarle todas aquellas fechas y de hacerle sentir compasión, a pesar de no estar dándose cuenta de lo condescendiente que ya estaba siendo. Sin embargo, de aquella manera no iba a conseguir que Patricia se marchara. Dudley estaba en lo alto de la colina, vigilando la casa.

Lo había visto hacía unos minutos y temió que Patricia también se hubiera dado cuenta. Tendría que fingir querer ver un par de fechas más para mantener ocupada a su torturadora. Al menos tenía una razón para alegrarse de que Patricia estuviese en el escritorio: Dudley podría ver que no era seguro aventurarse a volver a casa. Kathy simuló estar interesada en los detalles de la pantalla hasta que estuvo segura de que él estaba observando la situación desde detrás de algunos helechos.

—Está bien —dijo entonces, esperando que pudiera ser así.

Patricia levantó la cabeza con tanta firmeza que no pareció natural y miró a Kathy a los ojos. Casi con más pena de la que Kathy fue capaz de soportar y con la discreción que lo agravaba aún más, dijo:

—Entonces ya ha visto suficiente.

—Definitivamente sí.

—¿Llama usted o prefiere que lo haga yo?

—Por supuesto que llamaré yo.

—Disculpe si le he parecido entrometida. De hecho, no sé dónde está mi móvil. Lo utilizó para enviarles un mensaje de texto a mis padres diciéndoles que me había ido a Londres.

Kathy estaba pensando que aquella tardía explicación era inútil cuando Patricia dijo:

—Espero que aún lo lleve consigo. Así podrán seguirle la pista.

—No había pensado en eso. ¿Quieres ir a ver si tu ropa está ya lista mientras llamo por teléfono?

La mirada de Patricia no fue lo bastante larga como para demostrar abiertamente su sospecha.

—Yo también iré —dijo.

Cuando Patricia se dirigió con mucho cuidado hacia el rellano, Kathy apagó el ordenador. Ahora no podía localizar a Dudley, pero le daba igual con tal de que permaneciera escondido. Una vez que se hubiera deshecho de Patricia, podría llamarlo y decirle que viniera a casa. Mientras seguía a Patricia por las escaleras y miraba cómo retiraba la ropa del tendedero, se sintió protectora con respecto a la chica. Quizá se trataba de aquel sentimiento de domesticidad que tenía tantas ganas

de preservar: la idea de que mientras la vida dependiera de aquella clase de detalles, se mantendría sólida y familiar o al menos sería capaz de volver a esa condición.

—¿Estás bien? —le preguntó a Patricia como un eco de sí misma.

—Voy a estarlo. Aún no ha llamado, ¿verdad?

—Primero quería ver cómo estabas.

—Estoy en ello —dijo Patricia, volviendo a mirarla.

—Cámbiate aquí si no quieres subir.

Patricia buscó algo de intimidad mientras Kathy esperaba, pero dejó la puerta del cuarto de baño abierta. Kathy tuvo que agacharse sobre el teléfono y mantener baja la voz, pero que se la oyera. Patricia salió del cuarto de baño con aire desaliñado aunque decidido, mientras Kathy terminaba la llamada. Kathy vio que aún quedaba un asunto en el aire y no tardó en hablar.

—¿Quieres llamar a tus padres por teléfono? Seguramente se estarán preguntando dónde estás.

—Sí —dijo Patricia, recordando después sus modales—. Gracias. Si no le importa.

—¿Podrías decirles que estás bien y contarles el resto cuando llegues a casa?

No estaba segura de lo que conseguiría con aquel aplazamiento, pero merecía la pena intentar cualquier cosa con tal de proteger a su hijo. Se andaba preguntando si quizá le había pedido demasiado a Patricia cuando esta dijo:

—Lo único que quiero es que esto acabe.

Kathy no sabía si tomarse aquello como una amenaza hacia su hijo. Era evidente que Patricia no estaba segura de qué número marcar. Finalmente se decidió por uno que parecía ser el de un móvil y Kathy temió que Patricia estuviera intentado seguirle la pista al suyo propio. Contuvo la respiración y antes de que hablara, comenzó a sentir el pulso de manera exagerada.

—Mamá, soy yo —dijo Patricia.

Kathy deseó que su hijo le hablara a ella de aquella manera. Dejó salir el aire, pero con la siguiente inspiración tuvo la misma dificultad; aún estaba nerviosa por lo que Patricia pudiera contar.

«No estoy allí», sonó potencialmente peligroso, al igual que: «No lo hice» y «No había ninguno». Hasta que Patricia no dijo «¿Puedo contároslo cuando os vea?», Kathy no empezó a relajarse.

—¿Dónde estás? —dijo Patricia—. ¿Puedes escaparte? ¿Podríamos vernos en casa? Me gustaría ir a casa. Te veré allí.

Colgó el auricular y miró a Kathy.

—¿Puedo llamar a un taxi?

—Ya lo he hecho yo.

—Gracias.

Después de una pausa mucho más cortante de lo que se merecía, Patricia dijo:

—¿Ha llamado a alguien más?

—Aún no.

—Kathy, alguien debe hacerlo.

—Entonces, por favor, déjame a mí. Yo me encargaré. Soy su madre.

Kathy se esforzaba por parecer seria sin que se notara. Entonces se oyó un coche fuera. Se recordó a sí misma que no podía tratarse de la policía.

—Creo que es tu taxi.

Patricia le sostuvo la mirada hasta que el taxista tocó el claxon. Después dijo:

—¿Dónde está mi bolso? ¿También se lo ha llevado Dudley?

—No es un ladrón, Patricia.

Seguramente se había llevado el móvil de la chica por puro despiste.

—Lo traje aquí abajo —dijo Kathy mientras se dirigía a la cocina—. Te lo habías dejado en el rellano.

Patricia parecía lista para discutir, incluso después de haber comprobado el contenido del bolso, pero un segundo toque de claxon intervino antes.

—Mejor vete antes de que los vecinos empiecen a quejarse —dijo Kathy.

De hecho, Brenda Staples ya estaba asomada a la ventana delantera de su casa. Kathy acompañó a Patricia hasta el taxi, por si necesitaba apoyo y cerró la puerta del vehículo.

—Conduzca con cuidado. Está algo débil —advirtió al conductor.

Quizá no debería haber dicho aquello ya que la mirada que le echó Patricia no era de agradecimiento. Kathy vio cómo el taxi desaparecía al doblar la esquina y después se giró para mirar hacia la ventana de su vecina.

—Solo una visita —informó a Brenda Staples, regresando después a su casa.

Tenía que hablar con Dudley. Era lo único en que podía pensar e intentarlo la hacía sentir rodeada de una neblina que ni la luz del día era capaz de disipar. Cogió el teléfono del recibidor y marcó los dígitos de Dudley mientras subía corriendo las escaleras para llegar hasta su ventana. Pensó en abrirla, pero ¿y si Brenda Staples la escuchaba? Mientras miraba a través del cristal, la voz de Dudley le puso fin a los tonos.

—Dudley Smith, escritor y guionista. El señor Matagrama y yo debemos de estar ocupados. Déjanos un mensaje.

—No quiero dejar un mensaje, quiero hablar contigo —dijo Kathy intentando esquivar sus muchos pensamientos—. No estás ocupado. No estás tan ocupado como para no poder hablar ni con tu propia madre. ¿Estás ahí? ¿Estás ahí, Dudley? Sé que lo estás.

Nada de aquello trajo consigo ninguna respuesta, ni el más leve movimiento en la colina. Sin embargo, lo que le tenía que decir no podía dejárselo grabado en el contestador. Al terminar la conexión, se dio cuenta de que necesitaba saber que Patricia no tenía su móvil con ella. ¿Y si había fingido que no se encontraba en el bolso? Estaría llamando a la policía, o podría haberlo hecho mientras Kathy intentaba alcanzar a su hijo. Kathy marcó el teléfono de Patricia y cerró los ojos, pero tuvo que

abrirlos para aliviar aquella oscuridad. Aún miraba con los ojos entrecerrados cuando el móvil dejó de comunicar. Lo único que recibió como respuesta fue silencio.

—¿Hola? —dijo Kathy.

Agudizó el oído al escuchar un sonido. Era un susurro, pero no una voz. Era un crujido de hojas. Pensó que eran los helechos de la colina con tantas ganas que casi pudo olerlos.

—Sé que eres tú, Dudley —dijo—. Ya puedes hablar.

Al principio temió que hubiera cometido un error, que aquel sonido fuera el de la brisa de la ventanilla del taxi y que le hubiera dicho aquello a Patricia. La oscuridad iba haciendo que la luz fuera irrelevante cuando Dudley dijo:

—¿Por qué?

Kathy suspiró antes de poder hablar.

—Patricia se ha marchado.

—¿Adónde? —dijo aún más cortante—. ¿Te hizo creer que tenía que ir al hospital?

—A casa. Ella ya no importa. Tenemos que hablar, pero no así.

—¿Por qué? ¿Crees que hay micrófonos ocultos? No pueden coger así al señor Matagrama.

No se le había ocurrido aquella posibilidad, la cual añadió otra capa más a la oscuridad, pero seguramente no había habido tiempo para grabar la línea.

—Quiero verte la cara —dijo.

—No esperes que vuelva a casa después de haberte puesto de parte de esa zorra.

—¿Cómo sabes que me he puesto de su parte? No estabas aquí. Saliste corriendo sin darme ninguna explicación.

—No corrí. Que necesites una explicación está igual de mal que el que te pongas de su parte.

Aquella era exactamente la clase de confrontación que no quería tener con él mientras no pudiera verlo.

—Creo que no deberías volver a casa —dijo.

—Me estás echando porque esa zorra te lo ha dicho.

—Claro que no, Dudley. Te estoy diciendo que deberías mantenerte alejado porque creo que va a ponerse en contacto con la policía.

Se oyó un sonido a través del teléfono que parecía cierto regocijo.

—¿Y qué va a contarles? No tiene nada que enseñarles. Es mi palabra contra la suya y es ella la que tiene una razón para escribir una historia.

Kathy creyó que era capaz, a pesar de su debilidad, de sentir esperanza.

—¿Qué razón, Dudley?

—Es periodista, ¿no? Eso es lo que hacen cuando deciden que no les gusta alguien.

—¿Y qué hay de tus historias?

Kathy miraba fijamente la pantalla negra, que le devolvía la misma mirada de

consternación.

—¿Qué vas a decir sobre todas esas fechas? —consiguió añadir.

—Has estado fisgando mientras yo estaba fuera, ¿no? Eres igual que ella.

—Soy tu madre. Necesitaba saberlo —dijo Kathy esforzándose por no creer que su respuesta era una admisión—. ¿Qué habrías dicho si hubieses estado aquí?

—Intenta pensar. Veamos si eres capaz de imaginar algo para variar.

—Ya estoy imaginando demasiado y no quiero. Te lo estoy preguntando.

—Crees que son pruebas, ¿no?

—Dudley, ¿qué se supone que debo creer?

—Entonces, mejor destrúyelas si quieres protegerme —dijo, colgando inmediatamente después.

—No puedo —dijo Kathy con el teléfono en la mano.

Extendió el dedo para volver a llamarlo y decidir dónde podrían reunirse. Entonces se preguntó si Patricia ya habría llamado a la policía. ¿Y si se paraba en una cabina telefónica o le pedía al conductor que llamara por ella? ¿Y si la policía estuviera de camino para requisar el ordenador? Dudley nunca le habría pedido que eliminara su trabajo a menos que tuviera otra copia en alguna otra parte.

—Tengo que hacerlo —dijo, pero ya no al teléfono. Dio un salto.

Tiró de los cables del monitor y cogió la torre en brazos. Parecía tan vulnerable como cuando Dudley era un bebé, aunque aún debía estar bajo la personalidad que había creado. La idea de tener que estropearlo trajo más oscuridad a su visión y a su mente, pero ¿cómo iba a dejar que aquello perjudicara a su hijo? Si lo hubiese tirado, quizá habría dañado los documentos, pero no habría estado segura de haberlos eliminado. No se había dado cuenta de que sollozaba mientras llevaba el ordenador al cuarto de baño y lo colocaba con suavidad en la bañera.

—Tengo que hacerlo —se repitió mientras ponía el tapón y abría los grifos.

Salieron algunas burbujas del ordenador a medida que el agua lo alcanzaba, pero no flotaba. Dejó que el agua subiera hasta casi rebosar ya que no podía ver por culpa de las lágrimas. Se frotó los ojos con energía y se hizo daño en los dedos al cerrar los grifos. ¿Podría conservar al menos los manuscritos de sus historias? No sabía si la policía sería capaz de fijar las fechas con precisión en vista de lo desarrollada que estaba la tecnología. Si Dudley hubiera querido que ella no lo hiciera, seguramente se lo habría dicho. Sin embargo, también le resultó difícil recoger las historias de su habitación y llevarlas al jardín trasero, donde las puso en lo alto de un puñado de hierbajos. Había leído hasta la mitad de la primera página como si tratara de grabar cada palabra en su memoria, el comienzo de *Los trenes nocturnos no te llevan a casa*, cuando se acordó de que tenía que darse prisa. Con una cerilla de cocina, prendió fuego a las hierbas y a la esquina de las páginas y se puso derecha cuando las llamas corrieron a borrar las líneas impresas. Se giró y vio que Brenda Staples la estaba mirando por encima de la valla. Se frotó los ojos enérgicamente.

—Me ha entrado humo —explicó.

—¿Qué está quemando? —le preguntó la vecina sin relajar la mueca—. ¿Son las historias de su hijo?

—¿Porqué, Brenda? Tiene mucha imaginación. Qué idea ha tenido.

Kathy se apresuró a entrar en casa, coger el teléfono y llamar a su hijo.

—Dudley, Dudley —siguió diciendo hasta que su voz recitó el mensaje—. Lo he hecho. Ya puedes volver —dijo en cuanto terminó aquel.

Lo único que recibió como respuesta fue un ruido electrónico a medio camino entre un suspiro y un siseo. Kathy subió corriendo las escaleras para mirar desde su ventana, aunque apenas podía soportar estar cerca de aquel monitor huérfano. ¿Contestaría el teléfono de Patricia? Lo único que respondió fue su voz. Kathy volvió a dejar el mensaje y buscó por la ladera de la colina, desprovista de toda actividad a lo largo de la desierta calle. Estaba casi segura de que aún seguía vigilando la casa para comprobar que estuviese a salvo, pero ¿habría seguido su consejo? Quizá no contestaba a los teléfonos por miedo a que le siguieran el rastro. En tal caso, debería huir, aunque seguramente no podría haber llegado muy lejos desde que habían hablado por última vez. Ni siquiera habría abandonado la colina aún. Entonces se dio cuenta de cómo podía localizarlo. No podía soportar quedarse en su habitación ahora que se había quedado tan vacía de él y de sus historias. Se obligó a alejarse del escritorio y corrió a por su bolso que aún estaba encima de la maleta en el recibidor.

No tenía tiempo para ver si Brenda Staples la estaba observando correr por el sendero. Mientras daba una carrera para cruzar la calle y subía la cuesta del estrecho sendero por culpa la descuidada vegetación, tuvo la sensación de dejarse atrás mucho más que su casa y la calle. Si era por el bien de Dudley, lo tenía que hacer. Cuando llegó al espacio abierto de lo alto del sendero, marcó su número.

No pasaba nada si se negaba a contestar. Siempre que no hubiese desconectado el teléfono, podría oírlo si sonaba por allí cerca. Estaba tan ansiosa por escuchar aquel sonido que cuando el teléfono empezó a comunicar se alejó el aparato de la oreja. Lo sostuvo entre sus manos como si le fuese de ayuda para rezar y se convenció de que lo que estaba oyendo era su tono, a pesar de lo distante y confuso que sonaba.

—¿Dudley? —llamó—. Puedo oírte. Sal que te vea. ¿No has oído mis mensajes?

Claro que también podría haber otros móviles con la misma melodía. De pronto temió que le hubiese revelado su presencia a alguien más en la colina. ¿Y si la policía estaba ya por los alrededores buscando a su hijo? Aquella posibilidad fue como un cordón negro capaz de abarcar todo el blanco sol y el cielo azul. Entonces, como una alarma el tono de *Halloween* cesó y Dudley apareció a su izquierda de detrás de unos arbustos.

—¿Qué has hecho? —preguntó—. Yo no te dije que hicieras nada. Dios, ¿qué creías que te había dicho?

Podía imaginarse que sus labios temblaban bajo su mirada y tuvo que humedecérselos antes de poder utilizarlos.

—Tus historias.

Aquello hizo que Dudley tuviera problemas con su propia boca, cuyos labios no estaban seguros de que forma adoptar.

—¿Qué has hecho con ellas...? —dijo sin entonar apenas la pregunta.

—Ya viste lo que creía Patricia. ¿Qué crees tú que pensará la policía? —No fue capaz ni de expresarlo con palabras—. Tendrás copias de tus historias en alguna parte, ¿verdad?

—Sí. Las que imprimí. Las que le diste para que leyera.

La boca de Kathy se encogió más que nunca y casi se le quedó rígida e inmóvil. Tuvo que intentar no decir nada hasta que él dijo:

—También las has destruido, ¿no?

—Dudley, intentaba protegerte. Ya no puede ser solo por tus historias.

—No puede, ¿verdad? Se han esfumado. Perdidas para siempre. Nadie más las leerá.

Se quedó mirándola fijamente hasta que ella tuvo que secarse los ojos. Entonces él dijo:

—No has protegido nada. Lo único que has hecho es destruir todo lo que yo he sido siempre.

—No digas eso. Sigues viviendo bajo mi techo, a pesar de lo que hayas hecho.

—Dios, ¿ahora intentas parecerte a papá? Haces incluso peores rimas que las tuyas. Los dos podéis decirle a todos cómo creíais que era. Gracias a Dios yo no estaré aquí para oírlo —dijo Dudley, mientras se dirigía al camino que conducía hasta la cima.

—¿Dónde vas a ir? —alegó Kathy—. ¿Quién va a cuidar de ti?

—Adonde no puedas seguirme. Ya no tengo nada por lo que vivir ahora que mis historias están destruidas.

Apenas podía verlo por culpa de la oscuridad de su cabeza. La luz del día solo hacía que todo pareciese más carbonizado, casi podía olerlo. Fue dando tumbos hacia él a través de los bloques de roca.

—Puedes volver a escribirlas —intentó convencerlo—. Puedes escribir más e incluso mejores.

—Mi inspiración ha muerto. Tú la has matado.

Aquello era más que injusto, pero no quería examinarlo al detalle.

—No has dejado de ser escritor —gritó.

—¿Por qué no? Tú lo hiciste, dejaste de escribir.

—Eso no es del todo cierto, ¿verdad? Terminé una de tus historias.

Antes de que pudiera decirle que se había acordado de que aún la tenía bajo la almohada, él anduvo hacia la cima y se giró para mirarla.

—¿Llamas a eso escribir? Yo no habría hecho algo así ni en el colegio.

Kathy pensó que lo único que estaba haciendo era lo posible por alejarla de él. Vio que se alejó del observatorio abandonado y caminó por la cresta hacia el molino. Aquella ruta lo conduciría hasta Birkenhead. Se acordó de la carretera que cortaba la

colina y el borde sin vallar del que tuvo que salvarlo una vez cuando tenía nueve años.

—No vayas por allí —suplicó a la vez que corría para ponerse a su altura—. Allí hay gente. ¿Quieres que te vean?

—No voy a llegar tan lejos.

No habría estado segura de que tuviera en mente la caída hacia la carretera, si no llega a ser porque su mirada apuntaba en aquella dirección e inmediatamente se echó a un lado. Ella intentó agarrarlo por el brazo, pero él ya estaba fuera de su alcance. Se resbaló al pisar unos líquenes y se cayó de rodillas sobre la roca.

—Detente, Dudley, escucha —gritaba, pero sin saber qué más añadir.

Entonces, Dudley se detuvo, como un corredor a la espera de la señal de salida en una carrera, porque su teléfono comenzó a sonar.

Kathy se puso de pie y volvió a cogerlo.

—¿Estás seguro de que deberías cogerlo? —dijo mientras él sacaba el teléfono—. No sabes quién puede estar intentando localizarte.

—No me importa. Llegarán demasiado tarde.

Seguía mirándola fijamente cuando dijo:

—Dudley Smith. El señor Matagrama.

Vio en sus ojos que la respuesta le provocó arrepentimiento.

—Hola, Vincent —dijo—. Ahora no estoy escribiendo... ¿Más actores? Hombres, ¿no? ¿Cuántos? ¿Sabes ya cómo tienen que hacer de señor Matagrama?

Kathy lo supo enseguida, pero no sabía si decirlo habría marcado alguna diferencia.

—De mí —dijo Dudley.

Estaba consternada por no saber si tenía que estar o no de acuerdo.

—No te preocupes, ahora —le dijo a Vincent—. Empezad sin mí si no he llegado. Aún puedo confiar en ti, ¿verdad? Elige a quien consideres que más se parezca al señor Matagrama.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y se apresuró hacia el borde del puente que había sobre la carretera.

—Aquí estás. Hay algo que tienes que recordar por mí —dijo sin mirar atrás—. *Conozca al señor Matagrama.*

—No quiero recordarte. Quiero tenerte conmigo.

Aquello fue demasiado vago, pero pudo añadir:

—Te quiero vivo —dijo, alcanzando su velocidad al pasar el molino.

Kathy miró al otro lado del puente, y esperó ver a alguien que hubiese salido a dar un paseo. Habían evitado encontrarse con gente, pero en aquel momento, lo único que le detendría sería que hubiese alguien más por ahí. Al igual que las aspas del molino, todo estaba en calma y no le servía de nada. Quería que se dirigiese hacia el puente aunque siguiera huyendo de ella. Casi había llegado allí cuando giró bruscamente, con un salto, hacia la carretera.

—No —casi gritó, intentando clamarse después—. Estás actuando como la gente de tus historias.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Siempre he sido parte de ellas.

Por accidente o por una bravuconada, le dio una patada a una piedra que fue a parar al otro lado del bloque y desapareció por el precipicio. Después de un silencio, como si les hubiera faltado el aire, cayó en la carretera. Aunque el impacto fue apenas audible, a Kathy le pareció que había sonado como una campana oxidada. Aquello no intimidó a su hijo, que se fue detrás de la piedra como si quisiera seguirla hacia abajo.

—Dudley, escucha —gritó.

La última vez no se esperó para hacerlo y esta, tampoco.

—Les diré que todo es culpa mía —le prometió, mientras pasaba el puente corriendo—. No la forma en que te he criado. Solía tomar drogas antes de que nacieras. Aquello seguramente ha tenido algo que ver en esto. Les obligaré a que me escuchen. Tendrán que entenderlo y después...

No sabía cómo continuar, pero tenía que hacerlo. Él se había detenido, a punto de saltar, y la miraba con cierto aire de invitación en sus ojos. Las siguientes palabras que dijera serían las más importantes de su vida.

—Ambos necesitamos ayuda —dijo ella.

Pareció esbozar una sonrisa, como si ni siquiera fuese capaz de realizar el esfuerzo de parecer desdeñoso.

—Yo no —dijo dando un paso hacia el borde.

Kathy sintió como la oscuridad inundó su cabeza. Apenas podía ver nada mientras se abalanzaba para tirar de él hacia atrás. Parecía que la negrura le ralentizaba la visión, así que apenas podía saber si se estaba imaginando que su hijo aún no había caído, se había salvado a sí mismo metiéndose bajo un saliente justo debajo del borde. Podía haber proyectado aquella imagen en su oscuridad: la visión de su hijo esquivándola y lanzando una patada para engañarla. Escuchó que dijo algo como si ya no le importara que ella lo oyera.

—Tendría que haberlo hecho con Patricia primero —murmuró.

No había nada más a lo que agarrarse excepto a él. Su brazo la sostenía de la muñeca mientras ella perdía el equilibrio en el borde. Vio que la miraba boquiabierto mientras intentaba soltarse y mantener el pie de apoyo. No consiguió ninguna de las dos cosas. Aunque lo miraba, a su alto hijo, solo veía a un niño avergonzado y aterrorizado por la injusticia del mundo. No podía soportar más aquello e hizo un último intento por protegerlo aunque apenas era capaz de inspirar el aire que corría a su alrededor necesario para hablar.

—Había una vez un chico y una madre que podían volar —comenzó.

Epílogo

Cuando toda la fiesta ya había visitado el bufé del restaurante El Año del Ave Liver más de dos veces y cuando el grupo oriental de *rock* llamado Hung Like Sammo terminó su primera actuación, Walt se levantó en la presidencia de la gran mesa:

—Bueno, ¿es esta la mejor comida china que habéis comido en Liverpool?

El murmullo general podría haberse tomado como un asentimiento, aunque Tony Chan mantuvo la paz por el bien de la comunidad china y la crítica del restaurante, Denise Curran, murmuró:

—En esta semana, sí.

—He ahí el humor liverpuliano. No hay otro mejor en el mundo. No olvidéis que no se trata solo de lo que podáis comer, sino también de lo que podáis beber a mi costa. ¿Hay alguien que todavía no haya tenido suficiente?

Miraba a Patricia, quizá solo porque ella estaba sentada en el extremo opuesto.

—Estoy bien —dijo, sin necesitar que Valeria le diera un golpecito en la mano.

—Vale, pero que nadie tenga vacía su copa. ¿Por qué no las alzamos por la revista? Vamos allá; por *La Voz del Mersey*.

Patricia se sintió como si las respuestas entremezcladas difuminaran sus palabras.

—¡Por *La Voz del Mersey*!

—Estábamos a punto de hacer tres grandes ejemplares. Qué pena que ya no tuviéramos más público, aunque nadie debería echarse la culpa de ello. Supongo que la controversia nunca viene bien después de todo y la gente dice que no sabíamos lo que íbamos a publicar. Quizá también esté la idea de que a algunos británicos no les gusta la iniciativa y quieren verla fracasar, pero dejadme que os diga que ha sido la mejor revista de la que nunca he formado parte. Aquí estamos todos los que participamos, incluso aunque no estén presentes esta noche. Alzad las copas.

Cuando cesó el entusiasmado chasquido de los bordes de las copas a lo largo de la mesa, Walt dijo:

—Escuchemos algo más de nuestra talentosa editora, Valeria Martingala.

Patricia se encontró con los ojos de su madre y levantó bien alta su copa.

—Valeria —dijo más alto que nadie.

Sorbía su chardonnay cuando Walt dijo:

—Y por Patricia, por haber hecho más de lo que se le puede pedir a nadie.

Sabía que había estado preparando aquella frase, pero tuvo la sensación de que aquello les había hecho sentir incómodos tanto a sus compañeros de cena como a ella. Habló antes de que pudiera revivir todas las pesadillas que ahora tenía cada noche: despertarse y ver que tenía la cabeza envuelta con cinta cuando solo estaba debajo de las sábanas o sentir el agua cerca con infinita lentitud sobre su cuerpo atado o abrir los ojos y ver a Dudley sonriéndole.

—Yo nunca me habría metido sola en aquella situación. Jamás haría así de

detective.

—Pero estabas allí como periodista. No conozco a ningún reportero que se hubiera expuesto a tal cosa.

—No tenía elección —dijo Valeria—. Estaba allí como víctima.

Patricia colocó su mano sobre la de su madre y miró a lo largo de la mesa.

—No. Estaba allí como una idiota.

—Parece como si hubieses salido de una batalla —dijo Walt—. Ojalá pudiera decir algo positivo para salvar ese triste negocio que tenemos que hacer. ¿Sabéis todos del nuevo proyecto de Vincent?

—A mí no me lo ha mencionado nadie —dijo David Kwazela con suficiente altivez como para toda su comunidad africana.

—Ha encontrado un modo de hacer la película dándole un enfoque diferente.

Vincent empujó sus gafas hacia sus ojos.

—Lo voy a cuestionar de todas formas.

—Cuéntale, Vincent —dijo Walt sentándose.

—Voy a investigar cómo Dudley Smith se está convirtiendo en un icono cultural. Alguien ha hecho una página web sobre él, el Asesino de Liverpool. La gente cree que mató a más gente de la que la policía deja entrever. Lo último es que los niños dicen que se mandan matagramas los unos a los otros en el colegio. El consejo está intentando impedir que se vendan tazas con su cara en un tenderete de la calle Church.

—¿Y cómo vas a investigar todo eso? —interrumpió David Kwazela.

—Y también otras cosas, como la forma en que ficción y realidad dependen la una de la otra. Creo que quizá pueda ser un nuevo tipo de película. Filmaré partes del manuscrito que teníamos y las intercalaré con reconstrucciones de los hechos actuales y entrevistas con sus parientes, si es que puedo conseguirlas. Deberían acceder cuando se enteren de lo que pretendo hacer.

—¿No crees que seguiría siendo algo controvertido?

—Eso espero.

Mientras David Kwazela despegaba el labio inferior y desviaba la mirada, Vincent les dijo a los tres comensales que habían intervenido:

—Inevitablemente, tengo que filmarte, Patricia. No quedará terminada hasta que aparezca la superviviente. Pensé que podría mostrar cómo habría sido para él el último fin de semana y cómo percibías tú la realidad. Contrataría a una actriz si no deseas pasar otra vez por lo mismo, con la condición de que puedas hablarme sobre ello.

Patricia se sentó más derecha, porque todo el mundo la miraba o evitaba hacerlo.

—No sé qué podría decir ni qué utilidad tendría.

—Prueba a decir que tú animaste a Dud.

Walt volvió a levantarse mientras el que había hablado se acercaba.

—Monty, creíamos que no vendrías.

—He estado bebiendo con algunos de mis compañeros poetas. ¿Por eso habéis estado aprovechando para decir cualquier cosa que quisierais sobre Dud?

—No creo que lo hayamos estado haciendo.

—Casi haces una rima. Ten cuidado o terminarás siendo poeta.

—Discúlpame —dijo Valeria antes de que Monty hubiera terminado—. ¿Puedo preguntarte cómo crees que Patricia animó a tu hijo?

—Tú y todos. Y tú, Vince. Me sorprende. Empezaste como un verdadero liverpuliano y después te empeñaste en hacer una película sobre ese criminal, como si la gente no supiera que todos lo somos.

—No la habría hecho sin Dudley, ya sabes.

—Eso es lo que estoy diciendo. Podrías haber intentado que escribiese algo sano, pero hiciste que fuese peor.

—No creo que nadie de aquí pueda afirmar que haya hecho tal cosa —objetó Valeria.

—¿Ya os habéis olvidado de Shell Garridge? Creía que era compañera vuestra.

—Yo no dije que ella fuese responsable, si me permites, de lo que él era.

—Ni yo tampoco. Nunca. Ahora andan diciendo por ahí que quizá la mató a ella también. Matar a alguien es horrible, pero ¿cómo podría él haberle hecho algo así a alguien como ella si hubiera sabido lo que estaba haciendo? Si de verdad lo hizo, es que de verdad tenía la mente retorcida.

Patricia estaba pensando que sí la tenía por la experiencia que había vivido, pero intentaba que sus recuerdos no afloraran cuando Monty dijo:

—Sigo pensando que su madre tiene la misma culpa que él.

—No —dijo Valeria, sin quitarle los ojos de encima.

—Ella lo mató, ¿no? Se mataron ambos. Creo que porque no podía soportar la culpabilidad. Solía tomar drogas, quizá ese sea el motivo. Una pena, no digo que no, pero ojalá le hubiese dejado buscar ayuda.

—A menos que fuera Dudley —propuso Patricia.

Monty dejó que ella sintiera su mirada fija antes de decir:

—No estoy tan seguro de que él matara a nadie.

—¿Estás sugiriendo que se ha inventado lo que le hizo? —preguntó Valeria—. ¿O también la estás culpando de lo ocurrido?

—Estoy segura de que no —dijo Patricia—. De todas formas la policía no tiene dudas con respecto a Dudley. Consiguieron sacar las fechas del ordenador.

Aquello iba dirigido a Monty, quien endureció la mirada.

—No necesito que me lo digas. Y eso no prueba mucho. Él nunca escribió nada sobre Shell Garridge, seguro. Fue su madre. Se lo escondió a todos, incluso a él.

Se preguntaba si había algo sincero que pudiera decir para que dejara de sentir que le habían robado a su hijo, cuando Monty se giró a Vincent.

—Apuesto a que tú crearás lo que más dinero te aporte. Por lo menos ya no tengo que volver a trabajar con vosotros.

Vincent tenía toda la atención de la mesa cuando abrió los ojos con tanta energía que sus gafas se le cayeron hasta la nariz.

—Me voy a beber con gente de verdad —anunció Monty—. Si alguien quiere venir conmigo, adelante.

Cuando terminó de observar la incomodidad general, se marchó hacia la salida con una dignidad estudiada y salió hacia el muelle. Entonces Walt ya se había aclarado la garganta.

—Supongo que podemos entender cómo se siente, aunque no estemos de acuerdo con todo lo que ha dicho. Pero seguid haciendo lo que mejor se os da, Vincent y Patricia. Espero que los demás también lo sigan haciendo.

—¿Y qué se supone que es eso?

—Os diré lo que podría ser. He estado hablando sobre algunas ideas con una editorial de Londres y la que más les gustó fue un libro sobre ti.

—¿Sobre qué? —quiso saber Patricia inmediatamente.

—Sobre todos tus encuentros con Dudley Smith. Estamos de acuerdo en que nadie que aún viva podría saber tanto sobre él. Podrías entrevistar a gente si quieres, pero es tu historia. Lo único es que quieren el libro lo antes posible, mientras es noticia.

Patricia permaneció en silencio el tiempo suficiente para sugerir que estaba considerando la propuesta.

—Gracias Walt, pero esto no es para mí. No quiero escribir, quiero sobrevivir.

—¿No puedes hacer ambas cosas? ¿No ayudaría la una a la otra? Si no es por ti, no es por nadie.

—No tendrías tiempo, ¿verdad, Patricia? —intervino Valeria—. Tu otro trabajo te mantendrá bastante ocupada. Acaba de ser nombrada corresponsal de Merseyside para *Chica Norteña* —informó a los comensales con orgullo.

—¿No es esa la revista para la que trabajas ahora? —preguntó Vincent.

—La mía es *Noroeste*. Patricia se ha independizado.

—Eso parece —dijo Walt.

Patricia no sabía si debía tomarse eso como una crítica.

—Hablaré contigo para la película, Vincent. Pero eso va a ser todo.

La suya no fue la única cara en la que apareció algo de compasión, aunque Walt estaba claramente decepcionado.

—Gracias por todo, de verdad, Walt —dijo, echando la silla hacia atrás—. Buenas noches a todos. Creo que mejor lo dejo.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Valeria.

—No hace falta, gracias.

De verdad no hacía falta, pero su madre se lo tomó como una petición. Alcanzó a Patricia en la columnata de fuera del restaurante, a lo largo de la cual el agua del muelle Albert parecía haber tomado prestado el pesado aletargamiento de una nublada noche de septiembre.

—¿Te apetece hablar? —preguntó Valeria.

—No especialmente. Solo estoy pensando.

Tenía la mente ocupada. Estaba recordando cómo Dudley la había llevado por aquella ruta después de la sesión de audición. ¿Le habría hecho algún daño si Vincent no lo hubiese llamado? No había necesidad de preocuparse: lo había evitado. Esperó más allá del muelle Albert a que el semáforo verde le arrebatara la luz a su contrario rojo y después cruzó los seis carriles desiertos de la carretera, dudando en el exterior de la estación de James Street.

—¿Caminamos hasta la siguiente?

—Lo que te venga mejor, Patricia.

Siguió aquel camino para dejar atrás a Dudley, pero no era el recuerdo lo que quería eliminar. Caminó por Castle Street, pasó el ayuntamiento sin apenas fijarse en el esqueleto y las sombras de su vestido metálico. El eco de sus pasos la acompañó a ella y a su madre hacia el otro lado del cuadrángulo y las calles que había más allá de aquel, por la escalera mecánica que llevaba a las desiertas barreras de los billetes y por ambas escaleras que llevaban a más profundidad que la propia calle. Al oír unos pasos corriendo tras ella por las escaleras mecánicas hacia abajo, Patricia se dijo a sí misma que no se encontraba en ninguna historia sobre Moorfields.

—No mires —murmuró—. No te molestes en mirar.

No solo le hablaba a su madre, quien iba un poco rezagada y subió otro escalón. Le abría paso al corredor, claro. No tenía que proteger a Patricia. El joven pasó de largo entre ellas con las orejas siseando y bombardeadas por los auriculares antes de que Patricia pudiera estar segura de la leyenda de su camiseta. Tuvo que volver a mirarlo cuando llegó al andén porque se había entretenido en el pasaje alicatado de blanco. Tenía escrito sobre el escuálido pecho: «Devuélvannos al señor Matagrama».

¿Por qué estaba espiándolas a ella y a su madre después de haberlas adelantado? Supuso que porque aún no había llegado su tren y no porque tuviera la intención de empujarlas debajo, pero no podía deshacerse de la idea de que quizá pudiera estar imaginándose algo parecido en memoria de su aparente héroe. Sintió la primera brisa fresca del día en la cara cuando el tren se aproximó. Se quedó mirando el eslogan antes de encontrar su mirada.

—¿Por qué quieres eso? —preguntó.

Los auriculares siseaban con tanta fuerza que seguramente no escuchaba nada más. Durante un momento le recordó vívidamente el agua que le había cubierto los oídos y el resto de la cara y no pudo respirar. Aunque el chico no la entendiera, eran claramente antagónicos. Las miró a ella y a Valeria. Dos mujeres solas en el andén del metro sin nadie más que las pudiera oír. Patricia vio que algo se parecía demasiado a Dudley Smith espiando desde la profundidad de sus ojos. En aquel momento llegó al andén el tren de New Brighton y él se subió con arrogancia, plantando los talones en el asiento de enfrente.

Valeria no dijo nada hasta que el ruido cesó al salir del túnel, como el último

resquicio de una tormenta.

—Es lo que decía Walt. Dudley Smith es la última moda. Ya mismo se olvidarán de él.

—Eso espero.

Valeria examinó su expresión y le tendió una mano por si Patricia quería que la acariciara.

—¿Estás bien?

—Lo estaré.

Aquella conversación le recordó a otra con demasiada precisión, así que intentó olvidarla. Miró hacia el túnel a medida que la oscuridad volvía a retumbar.

—Aquí llega —dijo—. Ahora es nuestra historia.



JOHN RAMSEY CAMPBELL, es un escritor y editor británico nacido en Merseyside, Liverpool, el 4 de enero de 1946. Es considerado uno de los mayores exponentes del género de terror contemporáneo.

Desde su adolescencia, mostró un marcado gusto por el género fantástico en general y el terror en particular, del que se confiesa ávido lector desde los nueve años. Los autores que más influyeron en él fueron Robert Bloch, William Hope Hodgson y H. P. Lovecraft.

Su precocidad viene avalada por un par de datos altamente destacables: vendió su primera historia a los dieciséis años, *The Church in the High Street*, y todavía estaba en el colegio cuando August Derleth adquirió los derechos para publicar su primera antología: *The Inhabitant of the Lake and less Welcome Tenants*, publicada por Arkham House dos años después. Más tarde, con la distancia que otorgan los años, calificaría aquellos cuentos como una «imitación» de los mitos de Cthulhu. Confesaría que, después de aquellos textos, tomó una decisión: escribir siguiendo el dictado de sus propios miedos. Ahondando en este punto, el escritor británico comenta que aunque los elementos de las historias de terror no son autobiográficos, los sentimientos, sí. De sus años de juventud recuerda algunas de las cosas que lo aterrorizaban: desde la frecuencia con que se recurría a la violencia física en el colegio católico al que asistía hasta acudir a fiestas en las que no conocía a nadie. Prácticamente todo era material susceptible de utilizar en sus historias.

Tras once años de ejercer diversos trabajos, siete de los cuales los pasó en diferentes

bibliotecas públicas, consiguió publicar su segunda antología de relatos. Era el año 1973. Entonces, decidió arriesgarse y dedicarse a ser escritor y crítico a tiempo completo. Lentamente, consiguió adquirir una visión propia. No hablaremos de estilo, dado que él mismo se muestra reticente al respecto. Pero sí, indudablemente, existe una impronta propia. Y cercana al lector. Probablemente, esa baza ha marcado la diferencia con otros buenos autores cultivadores de la narrativa de terror. Campbell ha buscado el terror en los elementos cotidianos, no ha partido de trabajos previos, pese a la dificultad de urdir tramas nuevas año tras año, sino de experiencias y visiones de la realidad, del día a día.

La obra de Ramsey Campbell se ha llevado a la gran pantalla en dos ocasiones. Es notable la adaptación la novela *Los sin nombre* de Jaume Balaguero (director de *Rec*, premiada con un Goya) así como la puesta en imágenes de Francisco Plaza de la novela *El segundo nombre*.

Actualmente, es el presidente de la British Fantasy Society y del Festival of Fantastic Film. Entre sus lecturas predilectas no faltará otro autor de culto: Clive Barker. Sus libros han sido traducidos en multitud de países, como la referencia del terror que es, entre los que podemos citar: Francia, Alemania, Holanda, Japón, Suecia, Finlandia y España.

Notas

[1] N. de la T.: Vino blanco del Rhin. <<

[2] N. de la T.: Medida de cuarenta y dos mililitros, para bebidas alcohólicas. <<

[3] N. de la T.: Persona encargada de transportar y montar el equipo de un grupo musical en gira. <<

[4] N. de la T.: Los *comprehensive schools* son el equivalente inglés a los institutos de secundaria del sistema educativo español. <<

[5] N. de la T.: Juego de palabras entre *kissograma* (telegrama en el que en vez de un mensaje se recibe el beso de una joven, disfrazada, por regla general) y «Matagrama», nombre elegido para el asesino. <<

[6] N. de la T: El original juega con varios de los significados de *blow*: «soplo de aire», «fumar», «hacer una felación» y «matar». <<